

Steven Brust

HEREG

INTRIGA EN EL CASTILLO NEGRO

SERIE DE VLAD TALOS I



Lectulandia

Un joven decidido y hábil con la espada dispone de muchos métodos para abrirse camino en la vida. Vlad Taltos escogió el camino del asesino. En Adrilankha, capital del imperio dragaerano, nunca falta trabajo para un asesino. Incluso si es humano.

Vlad Taltos, además, cuenta con armas poco comunes. Aparte de ciertos conocimientos de brujería, un arte que la mayoría desprecia, tiene la ayuda de un pequeño jhereg, cuyas alas correosas y venenosa mordedura respoden siempre a sus órdenes. Nunca se ha arrepentido del pacto que hizo con la madre del jhereg: «Ofrezco a tu huevo una vida larga, carne fresca y roja sin esfuerzo, y ofrezco mi amistad. A cambio pondré ayuda en mis empeños, pues está en su poder. Pediré su sabiduría y pediré su amistad».

Jhereg, primera novela dedicada al personaje de Vlad Taltos, tiene el ritmo vertiginoso y la potencia narrativa de las mejores novelas de fantasía que se hayan publicado nunca.

Lectulandia

Steven Brust

Jhereg

Intriga en el castillo negro

Vlad Tatlos 1

ePub r1.0

epublector 13.06.14

Título original: *Jhereg*

Steven Brust, 1983

Traducción: Eduardo García Murillo

Editor digital: epublector

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para mis padres, que entienden el profesionalismo
mucho mejor que yo.*

Agradecimientos

Gracias a: Steven Bond, Reert Brust, Lee Pelton, John Robey y John Stanley, por ser quienes son.

Y gracias en especial a Adrian Morgan, que preparó el lienzo y me prestó los pinceles.

Que los vientos de la noche selvática
detengan el vuelo de la cazadora.

El aliento de la noche a la mente de la bruja:
que nuestros destinos se entrelacen.

¡Jhereg! No pases de largo.
Enséñame dónde está ese huevo.

Prólogo

Existe una similitud, si me permitís una excursión al reino de las metáforas tenues, entre la sensación de una brisa helada y la sensación de una hoja de cuchillo, cuando acarician tu nuca. Si me esfuerzo, puedo convocar recuerdos de ambas. La brisa helada siempre constituirá un recuerdo más agradable. Por ejemplo...

Tenía once años y limpiaba mesas en el restaurante de mi padre. Era una noche tranquila, pues sólo estaban ocupadas un par de mesas. Un grupo acababa de irse y me encamine hacia la mesa que habían utilizado.

La mesa de la esquina era un caos; un macho, una hembra. Ambos dragaeranos, por supuesto. Por algún motivo, los humanos no solían frecuentar nuestro local quizá porque nosotros éramos también humanos, y no deseaban en el estigma, o algo por el estilo. Mi padre siempre evitaba hacer negocios con otros «orientales».

Había tres en la mesa situada junto a la pared del fondo. Todos machos, y dragaeranos. Observé que no había propina en la mesa que estaba limpiando, y oí una exclamación ahogada detrás de mí.

Me volví justo cuando uno de los tres dejaba caer la cabeza en el plato de pierna de lyorn con pimientos rojos. Mi padre me había dado permiso para preparar la sala, y la primera idea loca que me vino a la mente fue si habría cometido alguna equivocación.

Los otros dos se levantaron con tranquilidad, como si su amigo no les preocupara en absoluto. Empezaron a caminar hacia la puerta, y comprendí que tenían la intención de irse sin pagar. Miré a mi padre, pero estaba en la pared.

Eché otro vistazo a la mesa y me pregunté si debería echar una mano al tipo que se había atragantado, o bien interceptar a los dos que intentaban largarse sin pagar.

Entonces vi la sangre.

La empuñadura de un cuchillo sobresalía de la garganta del individuo con la cara hundida en el plato. Comprendí poco a poco lo sucedido, y decidí que no, no iba a pedir dinero a los caballeros que se marchaban.

Ni siquiera corrieron. Caminaron con rapidez y sigilo hacia la puerta. Yo no me moví. Creo que ni siquiera respiraba. Recuerdo que, de pronto, fui mucho más consciente de los latidos de mi corazón.

Unos pasos se detuvieron justo detrás de mí. Me quedé petrificado, mientras en

mi mente llamaba a Verra, la Diosa Demonio.

En aquel momento, algo frío y duro tocó mi nuca. Yo estaba demasiado petrificado para encogerme. Habría cerrado los ojos de haber podido. En cambio, clavé la vista al frente. En aquel momento no me di cuenta, pero la muchacha dragaerana me estaba mirando, y empezó a levantarse. Me fijé cuando su compañero extendió una mano para detenerla, pero ella la apartó.

Entonces oí una voz suave, casi sedosa, junto a mi oído.

—No has visto nada —dijo—. ¿Comprendes?

Si hubiera tenido tanta experiencia como ahora, habría sabido que no corría auténtico peligro; de haber querido matarme, ya lo habría hecho. Pero no la tenía, de manera que me estremecí. Creí que debía asentir, pero no lo logré. La chica dragaerana casi había llegado a mi lado, y supongo que el tipo debió de darse cuenta, porque la hoja se esfumó de súbito y oí pasos que se alejaban.

Temblaba de forma incontrolable, la alta dragaerana posó una mano sobre mi hombro. Vi simpatía en su cara, algo que jamás había observado en un dragaerano, y a su manera, era tan aterrador como la experiencia que acababa de vivir. Sentí el impulso de derrumbarme en sus brazos, pero no me lo permití. Tomé conciencia de que estaba hablando en voz baja y afectuosa.

—Ya se han marchado. No va a pasar nada. Tómalo con calma, ya ha pasado todo...

Mi padre irrumpió en la sala.

—¡Vlad! —gritó—. ¿Qué ha pasado allí? ¿Por qué...?

Enmudecí. Vio el cadáver. Oí que vomitaba y sentí vergüenza por él. La mano sobre mi hombro aumentó su presión. Noté que dejaba de temblar y miré a la chica que tenía delante.

¿Chica? Era muy difícil calcular su edad, pero siendo dragaerana, podía tener entre cien y mil años. Iba vestida de negro y gris, lo cual significaba que pertenecía a la Casa jhereg. Su compañero, que se acercaba a nosotros, también era un jhereg. Los tres que habían ocupado la otra mesa eran de la misma Casa. No tema nada de especial. Nuestro restaurante era frecuentado sobre todo por jheregs, y algún ocasional teckla (cada Casa dragaerana lleva el nombre de alguna bestia nativa).

Su compañero se detuvo detrás de ella.

—¿Te llamas Vlad? —preguntó la chica.

Asentí.

—Yo soy Kiera.

Asentí de nuevo. Ella sonrió una vez más y se volvió hacia su compañero. Pagaron la cuenta y se marcharon. Yo volví a limpiar el desastre ocasionado por el muerto... y por mi padre.

»Kiera —pensé para mis adentros—. No te olvidare».

Cuando los guardias del Fénix llegaron un rato más tarde, yo estaba en la trastienda, y oí a mi padre decirles que no, que nadie había visto lo ocurrido, que estábamos en la trastienda. Sin embargo, nunca olvidé la sensación de la hoja del cuchillo, apoyada sobre mi nuca.

* * *

Y otro ejemplo...

Tenía dieciséis años y caminaba solo por las selvas que se extienden al oeste de Adrilankha. La ciudad se encontraba a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, y era de noche. Estaba gozando con la sensación de soledad, e incluso con el leve temor que se infiltraba en mi mente si pensaba en la posibilidad de toparme con un dzur salvaje, un lyorn, o incluso, Verra me asista, un dragón.

La tierra crujía y chapoteaba bajo mis botas. No hacía el menor esfuerzo por moverme con sigilo. Confiaba en que los ruidos asustaran a cualquier bestia que, de lo contrario, me asustaría a mí. Esa lógica se me escapa ahora.

Levanté la vista, pero no se veía ni una brecha en las nubes que cubren el imperio dragaerano. Mi abuelo me había dicho que su hogar oriental natal no poseía aquel cielo rojoanaranjado. Decía que de noche se veían estrellas, y yo las había visto a través de sus ojos. Podía abrirme su atente, y lo hacía a menudo. Era parte de su método para enseñar brujería, método que me llevó, a los dieciséis años, a las selvas.

El cielo iluminaba la selva lo bastante para que pudiera orientarme. No hacía caso de los arañazos que el follaje dejaba en mi cara y brazos. Poco a poco, mi estómago se calmé, después de las náuseas que lo habían asaltado cuando me teleporté aquí.

Me di cuenta de la ironía: utilizar la magia dragaerana para trasladarme al lugar donde podría dar el siguiente paso en el aprendizaje de la brujería. Acomodé la mochila que llevaba a la espalda y entre en un claro.

Por su aspecto, decidí que tal vez serviría. Espesa hierba ocupaba lo que era, mas o menos, un círculo de unos doce metros de diámetro. Di la vuelta con lentitud y cautela mis ojos se esforzaban en captar todos los detalles. Sólo me faltaba caer en un nido de chreothas.

Pero mi claro estaba vacío. Me acerqué al centro y dejé la mochila. Extraje un pequeño brasero negro. Una bolsa de carbón, una sola vela negra, una vara de incienso, un teckla muerto y algunas hojas secas, las hojas eran de la planta denominada gorynth, que es sagrada para algunas religiones de Oriente.

Machaque las hojas con cuidado hasta transformarlas en un polvo grueso. Después, recorrí el perímetro del claro y lo espolvoreé ante mi mientras andaba.

Volví al centro. Me senté un rato y celebré el ritual de relajar cada músculo de mi

cuerpo, hasta que casi caí en trance. Con el cuerpo relajado, la mente no tuvo otro remedio que imitarlo. Cuando estuve preparado coloqué los pedazos de carbón en el brasero, lentamente, de uno en uno. Sostenía cada uno durante un momento, sentía su forma y textura, dejaba que el hollín se depositara en mis palmas. En la brujería todo puede convertirse en un ritual. Incluso antes de que el conjuro empiece los preparativos se han de realizar como es debido Siempre es posible arrojar la mente fuera, desde luego concentrarse en el resultado deseado y esperar. De esta forma las probabilidades de éxito no son muy buenas. Cuando se hace bien la brujería es mucho más satisfactoria que la magia.

Cuando hube colocado los pedazos de carbón en el brasero. Dispuse el incienso entre ellos. Cogí la vela, fijé la vista en la mecha y deseé que ardiera. Podía utilizar un pedernal, incluso la magia, para ello, pero hacerlo de esta forma servía para preparar mi mente.

Creo que la noche era propicia para la brujería. Al cabo de pocos minutos, vi que salía humo de la vela, seguido de una diminuta llama, también me sentí complacido de no experimentar rastro del agotamiento mental que acompaña a la consecución de un *hechizo* importante, En tiempos todavía recientes encender una vela me había dejado demasiado debilitado, incluso para la comunicación psiónica.

Estoy aprendiendo, abuelo.

Después, utilicé la vela para encender los carbones, y deseé que ardiera un buen friego. Cuando fue así, planté la vela en el suelo. El aroma del incienso, agradablemente dulce, llegó a mi olfato. Cerré los ojos. El círculo de hojas de gorynth trituradas impediría que los animales me estorbaran. Esperé.

Al cabo de un rato (ignoro su duración), volví a abrir los ojos. Los carbones proyectaban una tenue luz. El perfume del incienso impregnaba el aire. Los ruidos de la selva no traspasaban las fronteras del claro. Estaba dispuesto.

Contemplé fijamente los carbones y, al ritmo de mi respiración, entoné el cántico, muy lentamente, como me habían enseñado. Al tiempo que pronunciaba cada palabra, la arrojaba, la enviaba hacia la selva. Lo más lejos y con la mayor claridad posible. Mi abuelo había dicho que era un conjuro antiguo, y que había sido utilizado en Oriente durante miles de años, inmutable.

Me demoré en cada palabra, en cada sílaba, la exploré, dejé que mi lengua y mi boca investigaran y saborearan cada sonido, forcé a mi cerebro a comprender por completo cada pensamiento que enviaba. Cuando una palabra se alejaba de mí, quedaba impresa en mi consciencia, y daba la impresión de ser algo vivo.

Los últimos sonidos murieron poco a poco en la noche, y se llevaron algo de mí con ellos.

Entonces sí que me sentí exhausto. Como siempre que lanzaba un hechizo de tal magnitud, tenía que ir con cautela para no sumirme en un profundo trance. Respiré

con regularidad, profundamente. Como un sonámbulo, recogí el teckla muerto y lo trasladé al borde del claro, donde pudiera verlo desde donde iba a sentarme. Después, espere.

Creo que sólo habían transcurrido unos breves minutos cuando oí un aleteo cerca de mí. Abrí los ojos y vi un jhereg en el borde del claro, cerca del teckla muerto. Me estaba mirando.

Nos miramos durante un rato, y luego, vacilante, avanzó un poco y cogió un pedazo de mí ofrenda.

Sí, se trataba de una hembra, era de tamaño normal, y un poco grande si era macho. Si mi conjuro había funcionado, sería hembra. La longitud de cada ala equivalía a la distancia entre mi hombro y mi muñeca, y medía un poco menos desde la cabeza, similar a la de una serpiente, hasta el extremo de la cola, la lengua bífida se deslizó sobre el roedor, probó cada bocado antes de cortar un pedazo pequeño, lo masticó y lo tragó. Comía con gran parsimonia, sin dejar de mirarme.

Cuando vi que casi había terminado, empecé a preparar mi mente para el contacto psiónico, esperanzado.

No tardó en llegar. Sentí un leve pensamiento inquisitivo en mi interior. Dejé que aumentara. Adquirió definición.

¿Qué deseas?, oí con sorprendente claridad.

Llegaba el momento de la verdad. Si aquel jhereg había acudido como resultado de mi hechizo, sería hembra, con una nidada, y lo que iba a sugerir no la impulsaría a atacar, azuzada por la rabia. Si era un jhereg que pisaba por casualidad y había visto una carroña a su libre disposición, podría acarrearle problemas. Llevaba unas hierbas que me protegerían de morir por obra del veneno del jhereg aunque tal vez no.

Madre, pensé, con la mayor claridad posible, *quiero uno de tus huevos*.

No me atacó, y no percibí ni asombro ni irritación ante la sugerencia. Bien. Mi conjuro la había atraído y, como mínimo, sería receptiva al trueque. Noté que el nerviosismo crecía en su interior, y lo aplaqué. Me concentré en la jhereg. Esta parte casi constituía un ritual en sí misma, aunque no del todo. Todo dependía de lo que la jhereg pensara de mí.

¿Qué ofreces?, preguntó.

Ofrezco una vida larga, conteste. *Carne fresca y roja sin esfuerzo, y ofrezco mi amistad*.

El animal reflexionó unos instantes.

¿Y qué pides a cambio?, preguntó.

Pediré ayuda en mi empeño, pues está en su poder. Pediré su sabiduría, y pediré su amistad.

Durante un rato, no pasó nada. La jhereg permaneció en su sitio, sobre los restos

del teckla, mirándome.

Me acercaré, dijo por fin.

La jhereg caminó hacia mí. Sus garras eran largas y afiladas, pero más útiles para correr que para pelear. Después de un buen ágape, los jherregs descubrían que pesaban demasiado para remontar el vuelo, y debían correr para escapar de sus enemigos.

Se paró ante mí y me miró a los ojos. Era extraño distinguir inteligencia en aquellos ojos diminutos de serpiente, así como entablar una comunicación casi a nivel humano con un animal cuyo cerebro no era mayor que la primera articulación de mi dedo. Parecía antinatural, como así era, pero no lo descubrí hasta pasado un tiempo.

Al cabo de un rato, la jhereg «habló» de nuevo.

Espera aquí, dijo. Se volvió y extendió las alas, similares a las de un murciélago. Tuvo que correr unos pasos antes de remontar el vuelo, y entonces me quedé solo.

Solo...

Me pregunté qué diría mi padre, si estuviera vivo. No lo aprobaría, por supuesto. La brujería era demasiado «oriental» para él, y estaba demasiado ocupado en convenirse en dragaerano.

Mi padre murió cuando yo tenía catorce años. Nunca conocí a mi madre, pero mi padre murmuraba algo en ocasiones acerca de la «bruja» con quien se había casado. Poco después de su muerte, gastó todo cuanto había ganado en el restaurante durante cuarenta años en un esfuerzo por hacerse aún más dragaerano: compró un título. De esta forma nos convertimos en ciudadanos, y nos encontramos vinculados al Orbe Imperial. El vínculo nos permitía utilizar la magia, práctica que mi padre alentaba. Conocía a una bruja de la Mano Izquierda de jhereg que unció que practicaría la brujería. Después, encontró a un maestro de esgrima que accedió a enseñarme esgrima al estilo dragaerano. Mi padre me anunció que estudiaría esgrima oriental.

Pero mi abuelo seguía vivo. Un día, le expliqué que, pese a ser ya adulto, era demasiado bajo y débil para llegar a ser un buen espadachín tal como me enseñaban, y que la magia no me interesaba. Nunca pronunció una palabra de crítica contra mi padre, pero empezó a enseñarme esgrima y brujería.

Cuando mi padre murió, estaba satisfecho de que hubiera aprendido bastante magia para poder teleportarme; ignoraba que las teleportaciones me enfermaban. No sabía con cuánta frecuencia utilizaba la brujería para disimular las contusiones que me causaban los matones dragaeranos, si me sorprendían a solas y me informaban sobre lo que pensaban acerca de los orientales con pretensiones. Y nunca llegó a saber que Kiera me había enseñado a moverme con celeridad, a caminar entre una multitud, como si no existiera. Utilicé aquellas habilidades. Una noche salí con un garrote. Encontré solo a uno de mis torturadores y le rompí unos cuantos huesos.

No sé. Tal vez, si hubiera profundizado más en la magia, habría podido salvar a mi padre. Pero no lo sé.

Después de su muerte, me resultó más fácil encontrar tiempo para estudiar brujería y esgrima, pese al trabajo añadido de dirigir el restaurante. Empecé a ser un brujo muy bueno. Lo bastante, de hecho, para que mi abuelo dijera por fin que ya no podía enseñarme más cosas, y me dio instrucciones para dar el siguiente paso, ya sin su ayuda. El siguiente paso era, por supuesto...

* * *

La jhereg volvió al claro con un batir de alas. Esta vez se posó ante mis piernas cruzadas. Aferraba en la garra derecha un huevo diminuto. Me lo tendió.

Calmé mi nerviosismo. ¡Había funcionado! Extendí la mano derecha, después de comprobar que no temblaba. El huevo cayó en mi palma. El calor que desprendía me sorprendió. Cabía en mi palma. Me lo guardé con cuidado en el justillo, pegado al pecho.

Gracias, madre, pensé. Que tu vida sea larga, tu alimento abundante y numerosa tu progenie.

Larga vida y buena caza para ti, contestó.

No soy cazador, dije.

Lo serás, respondió. Entonces, dio media vuelta, extendió las alas y salió volando del claro.

* * *

Durante la semana siguiente, estuve a punto de aplastar el huevo dos veces pese a que lo llevaba apretado contra el pecho. La primera vez me vi enredado en una pelea con un par de esbirros de la Casa de la Orca; la segunda, ocurrió cuando apoyé contra mi pecho una caja de especias, en el restaurante.

Los incidentes me alarmaron, y decidí tomar medidas para que el huevo no volviera a correr peligro. Para protegerme de lo primero, estudié diplomacia. En cuanto a lo segundo, vendí el restaurante.

Aprender diplomacia fue la tarea, más difícil. Mis inclinaciones naturales no iban por esos derroteros, y tuve que estar en guardia todo el tiempo. Por fin, descubrí que era capaz de ser muy educado con un dragaerano que me estaba insultando. En ocasiones, pienso que, más que todo lo demás, fue lo que me preparó para lograr el éxito, tiempo después.

Vender el restaurante constituyó un alivio, sobre todo. Estaba al frente desde la

muerte de mi padre, y me ganaba bastante bien la vida, pero nunca pensé que mi futuro estuviera en la restauración.

Sin embargo, me planteó con crudeza el problema de qué iba a hacer para vivir, a corto plazo y durante el resto de mi vida. Mi abuelo me ofreció entrar como socio en su negocio de brujería, pero yo era muy consciente de que apenas le daba para ir tirando. También recibí una oferta de Kiera, que quería enseñarme su profesión, pero los ladrones orientales no obtienen buenas recompensas de la esgrima dragaerana. Además, mi abuelo no aprobaba el robo.

Vendí el local sin haber resuelto todavía el problema, y viví un tiempo de lo obtenido. No os diré qué gané; aún era joven. Me mudé a una nueva vivienda, pues el nuevo propietario iba a ocupar el piso situado encima del restaurante.

También compré una espada. Se trataba más bien de un estoque, hecho a medida por un herrero de la Casa jherég, que me cobró un precio desmesurado. Era lo bastante fuerte para parar las estocadas de las espadas dragaeranas, más pesadas, pero también lo bastante ligero para sorprender a los espadachines orientales, cuya sabiduría no sobrepasaba la ecuación ataque-defensa-ataque.

Con el futuro aún incierto, me volví a sentar y cuidé de mi huevo.

* * *

Dos meses después de vender el restaurante, me encontraba sentado a una mesa de juego. Hacía apuestas bajas en un local que permitía la entrada a los orientales. Aquella noche era el único humano presente, y había unas cuatro mesas en acción.

Oí voces airadas en la mesa contigua, y ya iba a darme la vuelta, cuando algo se estrelló contra mi silla. Experimenté una momentánea oleada de pánico, pues había estado a punto de aplastar el huevo contra el borde de la mesa, y me puse en pie. El pánico dio paso a la cólera y, sin pensarlo dos veces, cogí la silla y la rompí sobre la cabeza del tipo que se había derrumbado sobre mí. Se desplomó como un halcón y quedó inmóvil. El tipo que le había empujado me miró como si dudara entre darme las gracias o atacarme. Yo sostenía aún la pata de la silla en la mano. La levanté y aguardé su reacción. Entonces, una mano aferró mi hombro y sentí una frialdad conocida en la nuca.

—Aquí no queremos peleas, patán —dijo una voz junto a mi oído derecho.

Tenía la adrenalina bastante alta, así que estuve a punto de dar media vuelta y destrozar la cara del bastardo, pese al cuchillo que apretaba contra mí, pero el adiestramiento que había recibido vino en mi ayuda, y me oí decir con voz firme:

—Disculpadme, buen señor. Os aseguro que no volverá a ocurrir.

Bajé el brazo derecho y dejé caer la pata de la silla. Era inútil intentar explicarle lo

que había pasado si no lo había visto..., y también en caso contrario. Cuando hay problemas, y un oriental se encuentra en medio, no cabe duda sobre de quién es la culpa. No me moví.

A continuación, sentí que el cuchillo se apartaba de mi cuello.

—Tienes razón —dijo la voz—. No volverá a pasar. Lárgate de aquí y no vuelvas.

Asentí una sola vez. Dejé mi dinero sobre la mesa y salí sin mirar atrás.

Me calmé un poco camino de casa. El incidente me irritaba. No tendría que haber golpeado al tipo, decidí. Había permitido que el miedo me dominara, y reaccionado sin pensar. No servía de nada.

Mientras subía la escalera que conducía a mi apartamento, mi mente volvió al viejo problema de qué iba a hacer. Había dejado sobre la mesa un buen puñado de imperiales, el alquiler de media semana. Daba la impresión de que mis únicos talentos se reducían a la brujería y a apalazar dragaeranos. Poca cosa, mirado con objetividad.

Abrí la puerta y me relajé en el sofá. Saqué el huevo, lo sostuve un rato para calmar mis nervios, y me quedé inmóvil. Había una pequeña grieta. Debió de ocurrir cuando golpeé la mesa, aunque creía que no había sufrido daños.

Fue en aquel momento, a la edad de dieciséis años, cuando aprendí el significado de la ira. Una llama al rojo vivo me abrasó cuando recordé la cara del dragaerano que había empujado al otro contra mí, y asesinado de paso a mi huevo. Aprendí que era capaz de matar. Tomé la determinación de buscar a aquel bastardo y acabar con su vida. En mi mente, no cabía la menor duda de que era hombre muerto. Me levanté y avancé hacia la puerta, sin soltar el huevo...

... y me detuve de nuevo.

Algo sucedía. Un presentimiento, que no podía concretar, estaba atravesando la barrera de mi cólera. ¿Qué era? Contemplé el huevo y, de pronto, experimenté un inmenso alivio.

Si bien no era consciente de ello, había establecido un vínculo psiónico con el ser que habitaba en el interior del huevo. Yo percibía algo, a cierto nivel, y eso significaba que mi jhereg seguía vivo.

La ira se evaporó con tanta rapidez como había aparecido, y me dejó tembloroso. Volví al centro de la habitación y deposité el huevo en el suelo, con la mayor suavidad posible.

Utilicé el vínculo mental para identificar la emoción que percibía: determinación. Un propósito ciego, sin depurar. Jamás había establecido contacto con una finalidad tan decidida. Era sorprendente que algo tan pequeño pudiera experimentar un sentimiento tan potente.

Me alejé del huevo, supongo que impulsado por un deseo irracional de «darle rienda suelta», y miré. Se oyó un «tap tap» casi inaudible, y la grieta se ensanchó. Entonces, de repente, el huevo se partió, y apareció aquel feo reptil diminuto, entre

los fragmentos rotos de la cáscara. Tenía las alas apretadas contra el cuerpo, y los ojos cerrados. Las alas no eran mayores que mi pulgar.

Aquello... ¿Aquello? Él, comprendí de repente. Intentó moverse; fracasó. Probó de nuevo, sin resultado. Pensé que debía hacer algo, aunque ignoraba qué. Sus ojos se abrieron, pero dio la impresión de que no se enfocaban en nada. La cabeza, apoyada sobre el suelo, se movió penosamente.

Indagué mediante el vínculo, y ahora capté confusión y un poco de miedo. Intenté enviarle sensaciones de bienestar, protección y todo eso. Poco a poco, me acerqué y extendí la mano.

Por sorprendente que parezca, debió de ver mi movimiento. Es evidente que no relacionó los movimientos con los pensamientos que recibía de mí, porque percibí una rápida explosión de miedo, y trató de apartarse. No lo logró, y lo cogí con cautela. Obtuve dos resultados: el primer mensaje claro del ser y mi primera mordedura de jherég. El mordisco fue muy leve, y el veneno demasiado débil para afectarme, pero ya tenía colmillos. El mensaje fue sorprendentemente nítido.

¿Mamá?, dijo.

Exacto. Mamá. Medité unos instantes, y después intenté enviarle mi propio mensaje.

No, papá, dije.

Mamá, corroboró.

Dejó de removerse y pareció calmarse en mi mano. Comprendí que estaba demasiado agotado, y después comprendí que yo también. Además, los dos teníamos hambre. Entonces se me ocurrió: ¿con qué demonios voy a alimentarle? Durante todo el tiempo que le había llevado encima supe que algún día saldría del huevo, pero nunca asumí que dentro había un auténtico jherég vivo.

Lo llevé a la cocina y me puse a buscar. Veamos... Leche. Empezaremos con eso.

Conseguí sacar un platillo y verter un poco de leche en él. Lo dejé sobre la encimera y deposité al jherég al lado, con la cabeza en el plato.

Lamió un poco, en apariencia sin problemas, de modo que rebusqué un poco más y descubrí por fin un pedazo de ala de halcón. Lo puse en el plato; lo encontró casi al instante. Desgarró un trozo (ya tenía dientes; estupendo) y empezó a masticar. Lo masticó durante casi tres minutos antes de engullirlo, pero lo consiguió, y lo tragó sin dificultades. Me tranquilicé.

Después, dio la impresión de estar más cansado que hambriento, de modo que lo cogí y me lo llevé al sofá. Me tendí y lo coloqué sobre mi estómago. Me adormecí al poco rato. Compartimos sueños agradables.

Al día siguiente, alguien llamó a mi puerta, a eso de media tarde. Cuando abrí, reconocí al tipo de inmediato. Era el que conducía la partida el día anterior y me había dicho que no volviera..., con un cuchillo apoyado en mi cuello para mayor

énfasis.

Le invité a entrar, porque soy curioso.

—Gracias —dijo—. Me llamo Nielar.

—Os ruego que toméis asiento, mi señor. Soy Vlad Taltos. ¿Vino?

—No, gracias. No pienso quedarme mucho rato.

—Como gustéis.

Le acerqué una silla y me acomodé en el sofá. Cogí mi jherreg y lo abracé. Nielar arqueó las cejas, pero no dijo nada.

—¿Qué puedo hacer por vos? —pregunté.

—He llegado a la conclusión de que ayer tal vez me equivoqué cuando te culpé del incidente.

¿Cómo? ¿Un ciragaerano pidiendo perdón a un oriental? Me pregunté si el mundo estaba llegando a su fin. Era algo sin precedentes en mi experiencia anterior, por decirlo de una manera suave. Yo era un humano de dieciséis años, y él un dragaerano que debía de estar próximo al milenio.

—Sois muy amable, mi señor —logré articular.

Él desechó mis palabras con un ademán.

—Añadiré que también me gustó tu manera de comportarte.

¿De veras? Pues a mí no. ¿Qué estaba pasando?

—Lo que quiero decir —prosiguió— es que podría emplear a alguien como tú, si decides trabajar para mí. Tengo entendido que estás sin trabajo en este momento, y...

Terminó con un encogimiento de hombros.

Había varias preguntas que deseaba formularle, por ejemplo: «¿Cómo has averiguado tantas cosas sobre mí, y por qué?», pero no sabía qué reacción provocaría, de modo que dije:

—Con todos los respetos, mi señor, no sé qué podría hacer por vos.

Volvió a encogerse de hombros.

—Para empezar, impedir el tipo de problemas que tuvimos anoche. Además, necesito ayuda de vez en cuando para cobrar deudas. Ese tipo de cosas. Por lo general, hay dos personas que me ayudan a llevar el local, pero una de ellas sufrió un accidente la semana pasada, así que en este momento voy corto de personal.

Su forma de decir «accidente» se me antojó extraña, pero no dediqué tiempo a elucubrar sobre su significado.

—De nuevo con todos los respetos, mi señor, no me parece que un oriental pueda parecer muy intimidador cuando se enfrente a un dragaerano. Ignoro si...

—Estoy convencido de que no comportará ningún problema —me interrumpió—. Tenemos una amiga común, y me ha asegurado que eres muy capaz de manejar este tipo de cosas. De hecho, le debo uno o dos favores, y me pidió que pensara en tomarte a mi cargo.

¿Una amiga? Ya no había la menor duda, por supuesto. Kiera velaba de nuevo por mí, bendito sea su corazón. De pronto, todo empezó a aclararse.

—Tu paga —continuó— serían cuatro imperiales a la semana, más un diez por ciento de las deudas pendientes que vayas a cobrar. En realidad, la mitad, pues trabajarás con mi otro ayudante.

¡Uf! ¿Cuatro imperiales a la semana? Eso ya era más de lo que solía ingresar cuando regentaba el restaurante. Y la comisión, aunque tuviera que partírmela con...

—¿Estáis seguro de que ese ayudante no se opondrá a trabajar con un..., um, oriental?

Los ojos del dragaerano se entornaron.

—Ese es mi problema —dijo—. De hecho, ya lo he hablado con Kragar, y no le importa en absoluto.

Asentí.

—Tendré que pensarlo —contesté.

—Estupendo. Ya sabes dónde encontrarme.

Asentí de nuevo y le acompañé a la puerta, con palabras amables por ambas partes. Miré a mi jhereg cuando la puerta se cerró.

—Bien, ¿qué opinas? —le pregunté.

El jhereg no contestó, pero yo tampoco lo esperaba. Me senté a meditar y me pregunté si la cuestión de mi futuro se estaba solucionando, o sólo aplazando. Después, deseché el pensamiento. Tenía una cuestión más importante que resolver: ¿qué nombre iba a ponerle a mi jhereg?

Le llamé «Loiosh». Él me llamó «Mamá». Le adiestré. Me mordió. Poco a poco, en el curso de los siguientes meses, desarrollé una inmunidad a su veneno. Con mayor lentitud todavía, con el paso de los años, desarrollé una inmunidad parcial a su sentido del humor.

A medida que avanzaba en mi profesión, Loiosh me prestó su ayuda. Poca al principio, mucha después. Al fin y al cabo, ¿quién se fija en otro jhereg que vuela por la ciudad? El jhereg, por su parte, se fija en muchas cosas.

Gradualmente, con el paso del tiempo, acumulé más habilidad, nivel social, amigos y experiencia.

Y, tal como su madre había predicho, me convertí en cazador.

El ciclo

El fénix se sume en la decadencia,
el altivo dragón matar ansia.

El lyorn gruñe y baja el cuerno,
el tiassa sueña y nacen las conspiraciones.

El halcón observa desde su orgulloso vuelo,
el dzur acecha y se funde con la noche.

El issola impresiona con su elegante reverencia,
el tsalmothb se mantiene aunque nadie sabe cómo.

El vallista destruye y luego reconstruye,
el jhereg se alimenta de la caza de los demás.

El sigiloso iorích no olvida,
el astuto chreotha teje su nido.

El yendi se aovilla y golpea, invisible,
el orea describe círculos, poderoso y esbelto.

El asustadizo teckla se esconde en la hierba,
el jhegaala cambia a cada momento,

El athyra gobierna el intercambio de mentes,
el fénix resurge de las cenizas, gris.

1

«El éxito conduce al estancamiento; el estancamiento conduce al fracaso».

Deslicé el dardo envenenado en su hueco, bajo el cuello de mi capa y al lado del lanzador. No podía meterlo demasiado recto, o sería difícil cogerlo con rapidez; no podía meterlo demasiado angulado, o no quedaría sitio para el garrote. Así que... allí.

Cada dos o tres días cambio de armas. Sólo por si he de dejar algo clavado en, sobre o alrededor de un cuerpo. No quiero que el objeto haya estado en contacto con mi persona el tiempo suficiente para que una bruja me siga el rastro por su mediación.

Supongo que podría llamar a esta actitud paranoia. Hay muy pocas brujas accesibles al Imperio Dragaerano, y no se tiene muy buena opinión de la brujería. No es probable que llamen a una bruja para investigar el arma utilizada en un asesinato y tratar de encontrar al culpable. De hecho, que yo sepa, nunca se ha hecho en los doscientos cuarenta y tres años transcurridos desde el fin del Interregnum. No obstante, creo en la cautela y la atención a los detalles. Es uno de los motivos por los cuales todavía sigo practicando mi paranoia.

Cogí un garrote nuevo, tiré el antiguo en una caja que descansaba sobre el suelo y empecé a enrollar el cable.

—¿Te das cuenta, Vlad, de que desde hace más de un año nadie ha intentado matarte? —dijo una voz.

—¿Te das cuenta, Kragar, de que si sigues entrando aquí sin que yo te vea, moriré de un ataque al corazón y les ahorraré la molestia? —contesté.

Kragar lanzó una risita.

—No, lo digo en serio —continuó—. Más de un año. No hemos tenido problemas desde que aquel miserable... ¿Cómo se llamaba?

—Granthar.

—Eso, Granthar. Desde que intentó montar un negocio en Copper Lane y tú se lo impediste.

—De acuerdo, todo se ha tranquilizado. ¿Y qué?

—Bueno, nada, pero no sé si es una buena o una mala señal.

Contemplé su corpachón de dos metros y pico, confortablemente apoyado contra la pared posterior de mi oficina. Kragar era como un enigma. Estaba conmigo desde que yo había ingresado en la sección comercial de la Casa Jherreg, y nunca había ciado muestras de indignación por recibir órdenes de un «oriental». Ya hacía varios años que trabajábamos juntos, y nos habíamos salvado mutuamente la vida lo bastante a menudo para desarrollar una cierta confianza.

—No sé por qué ha de ser una mala señal —razoné, y deslicé el garrote en su hueco—. He demostrado mi eficiencia. He dirigido mi territorio sin problemas, liquidado a la gente adecuada, y sólo una vez he tenido un pequeño problema con el Imperio. Ahora se me acepta. Humano o no —añadí, complacido con la ambigüedad de la frase—. Recuerda que tengo más fama de asesino que de otra cosa, así que ¿quién estaría dispuesto a plantearme problemas?

Me miró un momento, como intrigado.

—Por eso sigues «trabajando», ¿verdad? —dijo en tono pensativo—. Para que nadie olvide que eres capaz de hacerlo.

Me encogí de hombros. Kragar era más directo de lo que a mí me gustaba, y me ponía violento. Supongo que lo presintió, pues volvió enseguida al primer tema.

—Pienso que tanta calma y tranquilidad significan que no te has movido tan deprisa como podrías, eso es todo. Has construido, de la nada, uno de los mejores círculos de espías de...

—No es verdad —le interrumpí—. No tengo un círculo de espías. Lo que sucede es que hay mucha gente ansiosa por pasarme información de vez en cuando. No es lo mismo.

Kragar desechó mis protestas con un ademán.

—Equivale a lo mismo cuando hablamos de fuentes de información. Además, tienes acceso a la red de Morrolan, que es un círculo de espías en el verdadero sentido de la palabra.

—Morrolan no pertenece a la Casa Jherreg —señalé.

—Encima —replicó—. Significa que puedes averiguar cosas de gente que no trataría contigo directamente.

—Bien, de acuerdo. Continúa.

—Muy bien. Contamos con elementos independientes estupendos. Nuestros agentes son lo bastante competentes para preocupar a cualquiera. Creo que deberíamos utilizar lo que tenemos, eso es todo.

—Kragar —dije, mientras extraía un cuchillo de lanzar muy delgado y lo volvía a colocar en el forro de mi capa—, ¿quieres tener la bondad de decirme por qué querría yo que alguien fuera tras mis pasos?

—No digo que lo quieras. Sólo me pregunto si el hecho de que nadie lo haga significa que nos estamos durmiendo.

Deslicé una daga en su vaina, sujeta a mi muslo derecho. Era delgada como una hoja de papel, una especie de cuchillo arrojable, tan pequeña que ni siquiera se notaba cuando me sentaba. La hendidura de mis pantalones también era invisible. Un buen compromiso, pensaba, entre la sutileza y la rapidez de acceso.

—Lo que quieres decir es que estás aburrido.

—Bien, puede que un poco, pero eso no quita veracidad a mis palabras.

Meneé la cabeza.

—Loiosh, ¿puedes creer lo que dice este tipo? Se está aburriendo, así que quiere que me maten.

Mi familiar voló desde el antepecho de la ventana y aterrizó en mi hombro. Empezó a lamerme la oreja.

—Eres una gran ayuda —le dije.

Me volví hacia Kragar.

—No. Si ocurre algo, nos ocuparemos de ello. Entretanto, no abrigo la menor intención de perseguir dragones. Bien, si eso es todo...

Callé. Por fin, mi cerebro empezaba a funcionar. ¿Kragar entra en mi oficina, sin otra cosa en su mente que el repentino descubrimiento de que deberíamos salir a meter bulla? No, no. Error. Le conozco bastante bien.

—De acuerdo —dije—. Escupe. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué tendría que haber pasado algo? —preguntó con aire inocente.

—Soy un oriental, ¿recuerdas? —contesté con sarcasmo—. Intuimos esas cosas.

Una sonrisa asomó a los labios de Kragar.

—Poca cosa —dijo—. Sólo un mensaje del secretario personal del Demonio.

Gulp. «El Demonio», como se le llamaba, era uno de los cinco miembros de un «consejo» que, hasta cierto punto, controlaba las actividades comerciales de la Casa Jhereg. El Consejo, compuesto por las personas más poderosas de la Casa, nunca había poseído existencia oficial hasta el Interregnum, pero ya actuaba mucho antes. Dirigían el cotarro hasta el extremo de resolver las disputas en el seno de la organización y procurar que nacía se liara lo suficiente para provocar la intervención del Imperio. Desde el Interregnum, su influencia había aumentado. Era el grupo que había reorganizado la Casa después de que el Imperio volviera a funcionar. Ahora existía con deberes y responsabilidades claramente definidos, y todo el mundo que hacía algo en la organización le cedía parte de sus beneficios.

Por lo general, se consideraba al Demonio el número dos de la organización. La última vez que me había topado con alguien de tanta categoría fue en plena guerra contra otro jhereg, y el miembro del Consejo con el cual hablé me comunicó que o encontraba un método mejor de pacificar la situación, o se encargaría él. No guardo recuerdos agradables de aquella entrevista.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—Reunirse contigo.

—Oh, mierda. Doble mierda. Mierda de dragón. ¿Alguna idea del motivo?

—No. Eligió un lugar de encuentro en nuestro territorio, por si te sirve de algo.

—No me sirve de nada. ¿Qué lugar?

—El restaurante La Llama Azul.

—La Llama Azul, ¿eh? ¿Qué te sugiere eso?

—Creo recordar que «trabajaste» en él un par de veces.

—Exacto. Es un lugar estupendo para matar a alguien. Reservados altos, pasillos amplios, luces tenues, y situado en una zona donde a la gente le gusta ocuparse de sus propios asuntos.

—Ese es el lugar. Fijó la cita para mañana, dos horas después de mediodía.

—¿Después de mediodía?

Kragar compuso una expresión de perplejidad.

—Exacto. Después de mediodía. Eso significa cuando la mayoría de la gente ha comido, pero aún no ha cenado. Ya te habrás tropezado con el concepto antes.

Hice caso omiso de su sarcasmo.

—Se te escapa lo fundamental —dije, y clavé un shuriken en la pared, junto a su oído.

—Curioso, Vlad...

Silencio.

—Bien, ¿cómo te las arreglas para matar a un asesino, en especial uno tan cuidadoso que no permite a sus movimientos adoptar una pauta concreta?

—¿Eh? Organizas un encuentro con él, como ha hecho el Demonio.

—Correcto. Y, por supuesto, haces lo imposible para despertar sus sospechas, ¿no?

—Bueno, tú quizá, pero yo no.

—¡Claro que no! Procuras que parezca una simple reunión de negocios. Eso significa que invitas al tío a comer. Y eso significa que no le citas dos horas después de mediodía.

Kragar guardó silencio unos instantes, mientras intentaba seguir mi lógica algo retorcida.

—Muy bien —dijo por fin—. Estoy de acuerdo en que hay algo anormal en todo esto. ¿Por qué?

—No estoy seguro. Te diré una cosa: averigua todo cuanto puedas sobre él, tráelo aquí y trataremos de descubrirlo. Puede que no signifique nada, pero...

Kragar sonrió y sacó una libreta pequeña del interior de su capa. Empezó a leer.

—«El Demonio» —dijo—. Nombre verdadero, desconocido. Joven, probablemente menos de ochocientos años. Nadie había oído hablar de él antes del Interregnum. Salió a la luz sólo después de matar con sus propias manos a dos de los

tres miembros del antiguo Consejo que habían sobrevivido a la destrucción de la ciudad de Dragaera, las plagas y las invasiones. Construyó una organización a partir de los restos, y contribuyó a que la Casa volviera a obtener beneficios. De hecho, Vlad —dijo, y levantó la vista—, al parecer fue idea suya permitir que los orientales compraran títulos de la Casa Jherég.

—Muy interesante. Por lo tanto, he de agradecerle que mi padre se gastara los beneficios de cuarenta años de trabajo para que le escupieran por ser un jherég, además de que le escupieran por ser un oriental. Tendré que idear alguna forma de darle las gracias.

—Debería señalar —dijo Kragar— que si tu padre no hubiera comprado el título, tú no habrías tenido la oportunidad de ingresar en la rama comercial de la Casa.

—Tal vez. Continúa.

—No hay mucho más. No llegó a la cumbre, exactamente; sería mucho más preciso decir que llegó a algún sitio, y luego anunció que era la cumbre. Recordarás que en aquellos tiempos, la situación era muy caótica.

»Y claro, era muy duro y logró su propósito. Por lo que yo sé, no ha sufrido amenazas serias contra su poder desde que se instaló en él. Tiene la habilidad de detectar a enemigos en potencia cuando todavía son débiles, y se deshace de ellos. De hecho... ¿Recuerdas a aquel tal Leonyar, al que liquidamos el año pasado?

Asentí.

—Bien, creo que la orden procedía indirectamente del Demonio. Nunca lo sabremos, desde luego, pero como ya he dicho, prefiere deshacerse con antelación de los problemas en potencia.

—Sí. ¿Crees que me considera «un problema en potencia»?

Kragar reflexionó.

—Supongo que podría ser, pero no entiendo la razón. Has rehuído los problemas y, como ya te he dicho antes, no te has movido muy deprisa después de los dos primeros años. La última vez que se produjo un problema fue cuando el negocio con Laris, el año pasado, y creo que todo el mundo sabe que él te obligó.

—Eso espero. ¿Aún «trabaja» el Demonio?

Kragar se encogió de hombros.

—No lo sabemos con seguridad, pero da la impresión de que sí. Sabemos que lo hacía. Como ya he dicho, eliminó a aquellos dos miembros del Consejo personalmente, cuando empezaba.

Fantástico. O sea, que además de lo que haya planeado, tal vez piense encargarse él mismo del trabajo.

Supongo que podría.

—De todos modos, aún no entiendo... Escucha, Kragar, estando implicado el Demonio, algo como esto no ocurriría por accidente, ¿verdad?

—¿Algo como...?

—Como concertar una cita de tal forma que despierte mis sospechas.

—No. Creo que él no... ¿Qué pasa?

Supongo que debió de ver la expresión de mi cara, que sin duda era impagable. Meneé la cabeza.

—Es eso, claro.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Kragar, búscame tres guardaespaldas, ¿de acuerdo?

—¿Guardaespaldas? Pero...

—Disfrázalos de camareros o algo por el estilo. No encontrarás la menor dificultad; poseo la mitad del local. Cosa que, debería añadir, el Demonio sabe muy bien.

—¿No crees que se dará cuenta?

—Pues claro que se dará cuenta. Allí está lo bueno. Sabe que la cita me va a poner nervioso, así que, de forma deliberada, organiza el encuentro en circunstancias que despertarán mis sospechas, y así tendré una excusa para procurarme protección en el local. Se las apaña para decir: «Adelante, haz lo que debas para sentirte a salvo, no me ofenderé». —Volví a menear la cabeza. Empezaba a marearme—. Espero no tener que enfrentar me nunca a ese hijo de puta. Es tortuoso.

—Tú sí que eres tortuoso, jefe. A veces, pienso que conoces a los dragaeranos mejor que otros dragaeranos.

—Y es cierto —repliqué—. Porque no lo soy.

Kragar asintió.

—De acuerdo, tres guardaespaldas. ¿Gente nuestra, o independientes?

—Uno de los nuestros y contrata a otros dos. Si reconoce a nuestros muchachos, no hace falta pasárselo por la cara.

—De acuerdo.

—¿Sabes una cosa, Kragar? —dije en tono pensativo—. Esto no me hace ninguna gracia. Debe de conocerme lo bastante bien para saber que me olería sus intenciones, lo cual significa que, a fin de cuentas, podría ser una trampa. —Alcé una mano cuando Kragar intentó hablar—. No, no estoy diciendo que lo sea, sólo que podría serlo.

—Bien, siempre puedes decirle que te va mal.

—Claro. Y si ahora no piensa matarme, después de la negativa ya lo tendría claro.

—Es probable —admitió Kragar—. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Puedo chulear y acudir a la cita. Bien, eso será mañana. ¿Ha pasado algo más?

—Sí. Asaltaron a un teckla hace dos noches, a un par de manzanas de aquí.

Maldije.

—¿Salió malparado?

Kragar negó con la cabeza.

—La mandíbula fracturada y un par de contusiones. Nada grave, pero pensé que te gustaría saberlo.

—Exacto. Gracias. ¿Debo suponer que no habéis encontrado al tipo que lo hizo?

—Aún no.

—Bien, encontradle.

—Costará.

—A la mierda el coste. Nos costará más si nuestros clientes se asustan. Encuentra al tipo y dale un castigo ejemplar.

Kragar enarcó una ceja.

—No —dije—, no hasta ese punto... Y encuentra un médico para ese teckla, a nuestro cargo. Supongo que era un cliente, ¿no?

—Todos los de por aquí son clientes, de una forma u otra.

—Sí. Págame un sanador y devuélvele lo que le robaron. ¿Cuánto le sacaron, por cierto?

—Casi dos imperiales. Si le hubieras oído, parecía que se tratase de la Tesorería del Dragón.

—Ya lo imagino. Escucha, ¿por qué no le dices a la víctima que venga a verme? Le devolveré el dinero yo mismo y le largaré un discurso sobre el crimen en las calles y lo mal que me sabe, como a un ciudadano más, por supuesto, lo que le pasó. Después, volverá a casa y contará a sus amigos lo amable que es tío Vlad, el oriental, y quizá aún sacaremos más beneficios del incidente.

—Eres un genio, jefe.

Resoplé.

—¿Algo más?

—Nada importante. Me encargaré de buscarte protección para mañana.

—Estupendo. Que sea buena gente. Como ya he dicho, estoy preocupado.

—Paranoia, jefe.

—Sí. Paranoico y orgulloso.

Kragar asintió y salió. Ceñí Rompehechizos a mi muñeca derecha. Los sesenta centímetros de cadena de oro era la única arma que no cambiaba, puesto que no tenía la menor intención de dejarla nunca. Como su nombre revelaba, rompía hechizos. Si iban a atacarme con magia (posibilidad muy remota, aunque fuera una celada), estaría preparado. Flexioné mi brazo y probé el peso. Estupendo.

Me volví hacia Loiosh, que seguía posado cómodamente sobre mi hombro derecho. Había guardado un extraño silencio durante la conversación.

¿Qué pasa?, le pregunté mentalmente. *¿Algún mal presentimiento sobre la cita de mañana?*

No, malos presentimientos sobre tener a un teckla en la oficina. ¿Puedo comérmelo,

jefe? ¿Puedo, eh? ¿Eh?

Reí y reanudé el cambio de armas con renovado entusiasmo.

2

«No hay sustituto para los buenos modales..., excepto los reflejos rápidos».

La Llama Azul se encuentra en una calle corta llamada Copper Lane, que parte de Lower Kieron Road. Llegué con quince minutos de antelación y elegí con todo cuidado una silla de espaldas a la puerta. Había decidido que si Loiosh, trabajando en colaboración con la gente que habíamos infiltrado en el restaurante, era incapaz de advertirme, daría igual que estuviera de espaldas o de cara a la puerta. De esta forma, en caso de que la cita fuera auténtica, posibilidad hacia la que apuntaban todas mis sospechas, demostraba al Demonio que confiaba en él y negaba cualquier sensación de «irrespetuosidad» que pudiera experimentar al ver que había traído protección. Loiosh estaba subido a mi hombro izquierdo y vigilaba la puerta.

Pedí vino blanco y esperé. Localicé a uno de mis agentes lavando platos, pero no identifiqué a ninguno de los independientes. Estupendo. Si yo no era capaz de localizarles, existían buenas posibilidades de que el Demonio tampoco. Bebí mi vino a lentos sorbos, aún riendo del encuentro que había sostenido con el teckla (¿cómo se llamaba?) al que habían asaltado. Había ido bastante bien, pese a que me costó un enorme esfuerzo reprimir las carcajadas a causa de las constantes súplicas psiónicas de mi jhereg: «Oh, jefe, por favor, te lo ruego, ¿puedo comérmelo?». Tengo un familiar muy desagradable.

Mantuve un férreo control sobre la cantidad de vino que bebía; lo último que necesitaba era atontarme. Flexioné el tobillo derecho y noté contra la pantorrilla el contacto tranquilizador del mango de uno de mis cuchillos. Aparté la mesa unos cinco centímetros, pues estaba sentado en un reservado y no podía mover la silla. Tomé nota de la posición de las especias sobre la mesa, como armas arrojadas u objetos que pudieran servir de estorbo. Y esperé.

Cinco minutos después de la hora, según el Reloj Imperial, recibí un aviso de Loiosh. Crucé el brazo derecho sobre la mesa, de manera que mi mano quedó a cinco centímetros de la manga izquierda, una distancia prudencial para coger un arma. Un individuo alto y corpulento, tipo guardaespaldas, apareció ante mi mesa, saludó con la cabeza y retrocedió. Un dragaerano bien vestido, de negro y gris, se acercó y tomó

asiento delante de mí.

Esperé a que hablara. Él había convocado la reunión, de modo que a él le tocaba fijar el tono. De repente, sentí la boca muy seca.

—¿Sois Vladimir Tallos? —preguntó. Pronunció mi nombre correctamente.

Asentí y bebí un sorbo de vino.

—¿Sois el Demonio?

Asintió. Le ofrecí vino y bebimos a nuestra salud mutua. Yo no habría puesto la mano en el fuego por la sinceridad del brindis. Mi mano no tembló cuando extendí el brazo. Bien.

El Demonio bebió con delicadeza, sin dejar de mirarme. Todos sus movimientos eran lentos y controlados. Creí ver una daga escondida en su manga derecha; reparé en un par de bultos que deformaban su capa, tal vez otras armas. Es probable que él se fijara también en las mías. Era muy joven para el cargo que ostentaba. Aparentaba entre ochocientos y mil años, que equivalen a entre treinta y cinco y cuarenta en los humanos. Tenía esos ojos que siempre dan la impresión de no poderse abrir apenas. Como los míos, dicen. Kragar tenía razón: aquel hombre era un asesino.

—Tenemos entendido —dijo, mientras daba vueltas al vino en la copa— que hacéis «trabajos».

Controlé una expresión de sorpresa. ¿Iba a ofrecerme un contrato? ¿Por qué? Quizá era una simple añagaza para pillarme desprevenido. No podía creerlo. Si de veras me quería para algo, hubiera debido pasar por media docena de intermediarios.

—Temo que no —dije, calculando mis palabras—. No me gusta verme mezclado en ese tipo de cosas. —Y luego agregué—: Tengo un amigo que sí.

El Demonio apartó la vista un momento, y asintió con la cabeza.

—Entiendo. ¿Podríais ponerme en contacto con ese «amigo»?

—No sale mucho —expliqué—. Puedo enviarle un mensaje, si queréis.

El Demonio volvió a asentir, sin mirarme.

—Supongo que vuestro «amigo» también será oriental.

—A decir verdad, sí. ¿Es importante?

—Tal vez. Decidle que nos gustaría que trabajara para nosotros, si está libre. Confío en que tenga acceso a vuestras fuentes de información. Sospecho que este trabajo necesitará de todas ellas.

¡Oh, oh! ¡Por eso había acudido a mí! Sabía que mis métodos de obtener información eran tan buenos que incluso a él le costaría igualarlos. Me permití un levísimo optimismo cauto. Tal vez hablaba en serio. Por otra parte, aún no entendía por qué había venido en persona.

Había varias preguntas que ardía en deseos de formularle, como «¿Por qué yo?» y «¿Por qué vos?», pero no podía abordarle de una forma tan directa. El problema consistía en que no iba a proporcionarme más información hasta que me hubiera

arrancado cierto grado de compromiso..., pero yo no me sentía predispuesto a comprometerme hasta saber más.

¿Alguna sugerencia, Loiosh?

Podrías preguntarle quién es el objetivo.

Eso es exactamente lo que no quiero hacer. Me comprometería.

Sólo si contesta.

¿Por qué crees que no va a contestar?

Soy un jhereg, ¿recuerdas?, contestó con sarcasmo. Tenemos intuición sobre esas cosas.

Una de las grandes habilidades de Loiosh es rebatirme con mis propios argumentos. Lo peor era que tal vez estaba diciendo la verdad.

El Demonio permaneció educadamente silencioso durante la conversación psiónica, o bien porque no se dio cuenta, o por pura cortesía. Sospeché lo último.

—¿Quién? —pregunté en voz alta.

El Demonio se volvió hacia mí y me miró durante lo que se me antojó mucho rato. Después, volvió la cara de nuevo.

—Alguien que vale para nosotros sesenta y cinco mil imperiales —contestó.

Esta vez no pude controlar mi expresión. ¡Sesenta y cinco mil! Eso era..., a ver..., ¡más de treinta, no, cuarenta veces la tarifa normal! ¡Con ese dinero podría construir a mi esposa el castillo del que hablaba! ¡Cono, podría construirlo dos veces! ¡Podría jubilarme! Podría...

—¿Detrás de quién vais? —pregunté otra vez, y obligué a mi voz a mantenerse firme—. ¿De la emperatriz?

El Demonio sonrió apenas.

—¿Vuestro amigo está interesado? Esta vez no capté las comillas.

—En eliminar a la emperatriz no.

—No os preocupéis. No contamos con Mario.

Había cometido un error. Me puse a pensar... Por el dinero que ofrecía, podía contratar a Mario. ¿Por qué no lo hacía?

Se me ocurrió un motivo al instante: la persona a la que había que eliminar era un pez tan gordo que, a continuación, el encargado del trabajo también sería liquidado. Por eso no lo habían intentado con Mario; pero conmigo sí. Yo no estaba tan bien protegido, teniendo en cuenta los recursos que el Demonio tenía a su disposición.

También encajaba de otra manera: explicaba por qué el Demonio había acudido en persona. Si pensaba eliminarme después del trabajo, le daba igual que yo supiera quién estaba detrás, y no desearía que lo averiguara mucha gente de su organización. Contratar a alguien para un trabajo y matarle después no es muy honorable..., pero se hace.

Deseché el pensamiento por un instante. Lo que yo deseaba era una idea clara de

lo que estaba pasando. Tenía una sospecha, sí, pero yo no era un dzur. Necesitaba algo más que una sospecha para emprender cualquier acción.

La pregunta clave era: ¿a quién quería el Demonio que me cepillara? Alguien lo bastante poderoso para que su asesino muriera también... ¿Un noble de elevada posición? Era posible, pero ¿por qué? ¿Quién se había cruzado en el camino del Demonio?

El Demonio era inteligente, era cauteloso, no se hacía muchos enemigos, formaba parte del Consejo, se... ¡Un momento! ¿El Consejo? Claro, tenía que ser eso. O alguien del Consejo intentaba deshacerse de él, o había llegado por fin a la conclusión de que ser el número dos no era suficiente. Si se trataba de esto último, sesenta y cinco mil no era suficiente. Sabía quién sería la víctima, y era prácticamente intocable. En cualquier caso, no parecía muy esperanzador.

¿Quién más podría ser? ¿Alguien encaramado en la cúpula de la organización del Demonio, que de repente había decidido irse de la lengua con el Imperio? ¡Muy improbable! El Demonio no cometía la clase de errores que conducen a esos desenlaces. No, tenía que ser alguien del Consejo. Y eso significaba, como ya había adivinado, que a quien hiciera el trabajo le costaría muchos esfuerzos seguir con vida después; poseería demasiada información sobre el tipo que le había dado el trabajo, y sabría demasiado sobre las luchas intestinas del Consejo.

Empecé a negar con la cabeza, pero el Demonio levantó la mano.

—No es lo que pensáis —dijo—. El único motivo por el que no hemos intentado conseguir a Mario es porque existen ciertas condiciones inseparables del trabajo..., condiciones que Mario no aceptaría. Así de sencillo.

Experimenté una breve punzada de ira, pero la reprimí antes de que se hiciera patente. ¿Qué coño le impulsaba a pensar que me iba a cargar con condiciones inaceptables para Mario? (Sesenta y cinco mil imperiales, eso era). Reflexioné un poco más. El problema residía en que el Demonio tenía fama de ser decente. No era la clase de tipo que contrataba a un asesino y luego se deshacía de él. Por otra parte, si estaban hablando de sesenta y cinco mil, la situación debía de ser desesperada en algún sentido. Sin duda estaba lo bastante desesperado para hacer cosas de las que, en otras circunstancias, se abstendría.

La cifra «sesenta y cinco mil imperiales» seguía dando *vueltas* en mi cabeza. Sin embargo, también aparecía otra cifra: ciento cincuenta imperiales. El precio normal de un funeral.

—Creo —dije por fin— que mi amigo no estaría interesado en eliminar a un miembro del Consejo.

Cabeceó como si aprobara la forma en que funcionaba mi cerebro.

—Casi. Un exmiembro del Consejo.

¿Cómo? Más y más adivinanzas.

—No había caído —dije poco a poco— en que existía más de una manera de abandonar el Consejo.

Y si el tipo había optado por aquella manera, no necesitaban mis servicios.

—Ni nosotros —contestó—, pero Mellar la descubrió.

¡Por fin! ¡Un nombre! Mellar, Mellar, a ver... Exacto. Un tipo muy duro. Tenía una organización sólida, cerebro y, bueno, suficientes músculos y recursos para ocupar un puesto en el Consejo. ¿Por qué me lo había dicho el Demonio? ¿Pensaba matarme, a fin de cuentas, si le fallaba, o se arriesgaba para tratar de convencerme?

—¿Cuál fue la manera? —pregunté, y bebí más vino.

—Robar nueve millones de los fondos operativos del Consejo y desaparecer.

Casi me atraganté.

¡Por los sagrados cojones del Fénix Imperial! ¿Fugarse con fondos jherég? ¿Con fondos del Consejo? Empezaba a dolerme la cabeza.

—¿Cuándo..., cuándo ocurrió eso? —logré articular.

—Ayer. —Estaba examinando la expresión de mi cara. Asintió con semblante sombrío—. Un bastardo con agallas, ¿eh?

Asentí a mi vez.

—Os va a costar mucho trabajo ocultar esto —dije.

—Cierto. No lo lograremos durante mucho tiempo. —Por un momento, un brillo helado apareció en sus ojos, y empecé a comprender cómo se había ganado el apelativo—. Cogió todo cuanto teníamos —dijo con voz tensa—. Todos tenemos nuestros propios fondos, por supuesto, y los hemos utilizado en la investigación, pero a la escala en que estamos trabajando, tardará poco en salir a la luz.

Meneé la cabeza.

—En cuanto se sepa...

—Estaría mejor muerto —terminó el Demonio por mí—, de lo contrario, cualquier ladronzuelo de tres al cuarto va a pensar que puede robarnos. Y alguno lo hará, claro.

En aquel momento, me di cuenta de que podía aceptar el trabajo sin correr riesgos. En cuanto Mellar estuviera muerto, daría igual si se sabía lo que había intentado. Sin embargo, si lo rechazaba, yo me convertía en un gran peligro y, a continuación, en un pequeño cadáver, sospechaba.

De nuevo, dio la impresión de que el Demonio adivinaba mis pensamientos.

—No —dijo, y se inclinó hacia delante—. Os aseguro que, si me rechazáis, no os ocurrirá nada. Sabemos que podemos confiar en vos; por eso hemos venido en vuestra busca.

Me pregunté por un momento si leía mi mente. Decidí que no. No es fácil sondear a un oriental, y dudé que pudiera hacerlo sin que yo me diera cuenta. Y estaba seguro de que no podía hacerlo sin que Loiosh se diera cuenta.

—Claro que si nos rechazáis y os vais de la lengua...

Calló. Reprimí un estremecimiento, y me dediqué a pensar un poco más.

—Me da la impresión de que hay que hacerlo pronto.

El Demonio asintió.

—Por eso no podemos contratar a Mario. No hay manera de darle prisas.

—¿Creéis que podéis dar prisas a mi amigo?

Se encogió de hombros.

—Creo que pagamos bien.

Tuve que darle la razón. Al menos no había límite de tiempo; pero, de hecho, nunca había aceptado «trabajar» sin llegar al compromiso de que dispondría de tanto tiempo como fuera necesario. ¿Hasta qué punto tendría que darme prisa?

—¿Tenéis alguna idea de adonde ha ido?

—Abrigamos fuertes sospechas de que se ha dirigido a Oriente. Al menos, si yo hubiera hecho algo por el estilo, allí me dirigiría.

Meneé la cabeza.

—Eso es absurdo. A los dragaeranos se les trata en Oriente como se trata a los orientales aquí... Peor aún. Se le consideraría, y perdonad la expresión, un demonio. Llamaría tanto la atención como un arma Morganti en el palacio imperial.

El Demonio sonrió.

—Es verdad, pero en esa zona casi carecemos de recursos, así que tardaríamos bastante en enterarnos. Además, hemos enviado en su busca a las mejores brujas de la Mano Izquierda desde que descubrimos lo sucedido, y no hay manera de encontrarle.

Me encogí de hombros.

—Tal vez haya alzado un obstáculo contra los rastreos.

—Lo ha hecho sin la menor duda.

—Bueno, entonces...

No tenéis ni idea de la magnitud del poder que hemos movilizado. Podríamos destruir cualquier obstáculo que hubiera erigido, aunque hiciera mucho tiempo que lo hubiera planeado, fuera quien fuese el hechicero que hubiera erigido el obstáculo. Si estuviera a menos de ciento cincuenta kilómetros de Adrilankha, a estas alturas ya lo habríamos destruido, o al menos descubierto una zona general donde no pudiéramos penetrar.

—Por lo tanto, ¿garantizáis que no se encuentra en un radio de ciento cincuenta kilómetros de la ciudad?

—Exacto. Bien, es posible que esté en la selva occidental, en cuyo caso le localizaremos dentro de uno o dos días, pero yo intuyo que se ha dirigido a Oriente.

Mentí lentamente.

—Por eso habéis acudido a mí, en la suposición de que puedo trabajar mejor allí que un dragaerano.

—Exacto. Además, sabemos que poseéis una red de información formidable, por supuesto.

—Mi red de información no abarca Oriente.

Casi era verdad. Las fuentes de información implantadas en mi tierra natal era escasas y muy alejadas entre sí. En cualquier caso, no existían motivos para informar al Demonio de todos mis recursos.

—Bien —dijo—, eso significa un premio especial para vos. Cuando todo esto termine, es probable que tengáis algo donde no había nada.

Contesté con una sonrisa y asentí levemente.

—Por lo tanto, ¿deseáis que mi amigo vaya al escondite de Mellar y os devuelva el dinero?

—Sería estupendo —admitió—, pero eso es secundario. Lo principal es conseguir que nadie se haga la idea de que puede robarnos con total impunidad. Ni siquiera Kiera, benditos sean sus deditos, lo ha intentado. Añadiré que me tomo el asunto como algo muy personal, y me sentiré muy agradecido con cualquiera que lleve a cabo este trabajito.

Me recliné en la silla y medité durante largo rato. El Demonio guardó un educado silencio. ¡Sesenta y cinco mil imperiales! Además, que el Demonio me debiera un favor era mucho mejor que una puñalada de una daga Morganti en el ojo, sin lugar a dudas.

—¿Morganti? —pregunté. Se encogió de hombros.

—Ha de ser permanente, se haga como se haga. Si por casualidad destruís su alma en el proceso, no lo lamentaré, pero es innecesario. Basta con que termine muerto, sin posibilidad de que nadie le resucite.

—Sí. ¿Decís que la Mano Izquierda está intentando localizarle?

—Exacto. Sus mejores elementos.

—Eso no ayuda en nada a vuestra seguridad.

Volvió a encogerse de hombros.

—Saben quién; ignoran por qué. En lo que a ellos concierne, es un asunto personal entre Mellar y yo. Quizá no lo sepáis, pero la Mano Izquierda concede menos interés a lo que hace el Consejo que el chulo más execrable de la calle. En ese sentido, no me preocupa la seguridad, pero si esto se prolonga demasiado, correrá la voz de que busco a Mellar, y alguien enterado de que el Consejo tiene problemas financieros sumará dos y dos.

—Ya me lo imagino. Bien, sospecho que mi amigo aceptará. Necesitará toda la información que obre en vuestro poder sobre Mellar, para empezar.

El Demonio extendió la mano a un lado. El guardaespaldas, que se había quedado de pie educadamente (y a salvo) a una prudente distancia, le tendió un imponente fajo de papeles. El Demonio me lo pasó.

—Todo está ahí —dijo.

—¿Todo?

—Todo lo que sabemos. Temo que no haya tanto como vos quisierais.

—De acuerdo. —Eché un breve vistazo a las hojas—. Habréis estado muy ocupado —comenté.

Sonrió.

—Si se necesita algo más, me pondré en contacto con vos —dije.

—Muy bien. Es evidente, pero vuestro amigo contará con toda la ayuda que necesite.

—En ese caso, ¿debo suponer que vais a continuar la investigación por vuestra cuenta? Tenéis acceso a mejores hechiceros que mi amigo; podríais perseverar en ese aspecto.

—Es mi intención —replicó con sequedad—. Creo que debería mencionar algo más. Si le localizamos antes que vos y existe la oportunidad, le cazaremos nosotros. No quiero parecer irrespetuoso, pero creo que comprenderéis el carácter especial de la situación.

—No puedo decir que me guste, pero lo comprendo.

En realidad, no me hacía la menor gracia. Mis honorarios no sufrirían, por supuesto, pero cosas como esas pueden causar complicaciones..., y las complicaciones me asustan.

Me encogí de hombros.

—Creo que vos también comprenderéis, y no quiero parecer irrespetuoso, que si algún teckla se interpone en su camino, y mi amigo considera que es un chapucero, le liquidará.

El Demonio asintió.

Suspiré. La comunicación es algo fantástico. Levanté mi copa.

—Por los amigos —dije.

El Demonio sonrió y alzó la suya.

—Por los amigos.

3

«Todo el mundo es un depredador».

El «trabajo» presenta tres variantes, cada una de las cuales posee su propio efecto, propósito, premio... y castigo.

La más sencilla no se produce a menudo, pero ocurre con la suficiente frecuencia para haber merecido el calificativo de «normal». La idea consiste en que tú quieres disuadir a un individuo de que emprenda determinada actividad, o bien empujarle hacia otra. En este caso, por una tarifa que empieza en mil quinientos imperiales y continúa elevándose, en función de lo difícil que sea el objetivo, un asesino se encargará de que el individuo seleccionado muera. Lo que ocurra después no importa demasiado al asesino, pero puede que el cadáver sea encontrado al fin por un amigo o pariente, que tal vez quiera y pueda, o no, resucitar a la persona.

La resucitación es muy cara, hasta cuatro mil imperiales para los casos difíciles. Incluso las más sencillas requieren la intervención de un hechicero experto, y el resultado siempre es incierto.

En otras palabras, la víctima despertará, si lo hace, con la certeza de que hay alguien (por lo general conoce su identidad) a quien le es indiferente que viva o muera, y que desea gastar mil quinientos imperiales, como mínimo, para demostrarlo.

Es un descubrimiento bastante aterrador. Me ocurrió una vez, cuando empecé a invadir el territorio de un individuo que era tan duro como yo. Comprendí el mensaje, ya lo creo. Comprendí lo que me estaba diciendo, sin margen de error. «Puedo liquidarte cuando me dé la gana, capullo, y lo haría, sólo que no vale la pena gastar más de mil quinientos imperiales en ti».

Y funcionó. Sethra Lavode me devolvió a la vida, después de que Kiera encontrara mi cuerpo tirado en una cuneta. Di marcha atrás. Nunca más he vuelto a molestar a ese tipo. Algún día, por supuesto...

Para empezar, deberíais comprender que existen leyes bastante estrictas en lo concerniente a las circunstancias en que una persona puede matar legalmente a otra, e implican cosas como «área de duelo autorizada», «testigos imperiales» y así. El asesinato nunca alcanza la calificación de legal. Esto nos lleva al mayor problema del tipo de trabajo que acabo de mencionar: has de conseguir que la víctima no vea tu

cara. Si fuera devuelta a la vida y acudiera al Imperio (lo cual es absolutamente contrario a las costumbres jhereg, pero...), el asesino podría ser detenido por su crimen. A continuación, se produciría un interrogatorio y existiría la posibilidad de una condena. Una condena por asesinato pondría un fin permanente a la carrera del asesino. Cuando el Imperio lleva a cabo una ejecución, quema el cadáver para asegurarse de que nadie lo recuperará para resucitarlo.

En el otro extremo de matar a alguien y dejar su cadáver donde pueda ser encontrado y, posiblemente, resucitado, se encuentra un tipo de asesinato especial que casi nunca tiene lugar. Por ejemplo, digamos que un asesino al que habéis contratado es capturado por el Imperio y revela quién le contrató, para salvar su alma carente de valor.

¿Qué hacer? Ya has jurado matarle; la protección del Imperio no será suficiente para mantenerle a salvo de un asesino de primera. Pero eso no es suficiente para alguien tan rastrero como para denunciarte al imperio. Bien, ¿qué haces? Procuras reunir, como mínimo, oh, seis mil imperiales, y conciertas una cita con el mejor asesino que puedas encontrar, un profesional de primera, le das el nombre del objetivo y dices «Morganti».

Al contrario que en otro tipo de situaciones, es probable que debas explicar tus motivos. Hasta el asesino más frío y perverso considerará de mal gusto utilizar un arma que destruirá el alma de una persona. Existe la posibilidad de que se niegue, a menos que tengas muy buenos motivos para pedir que se haga de esa forma y no de otra. *Hay* ocasiones en que es la única alternativa. He trabajado de esa forma dos veces. En ambas, estaba plenamente justificado. Lo estaba, creedme.

Sin embargo, así como los jheregs hacen excepciones en los casos en que se vaya a utilizar un arma Morganti, lo mismo ocurre con el Imperio. Olvidan de repente todas sus normas contra la tortura de los sospechosos y los sondeos mentales forzados. El peligro es muy real en esos casos. Cuando acaban contigo, entregan lo que sea a una hoja Morganti, como forma de justicia poética, supongo.

Existe, no obstante, un feliz terreno intermedio entre los asesinatos Morganti y las advertencias fatales: el pan y la sal del asesino.

Si quieres que alguien se vaya y no vuelva, y estás relacionado con la organización (no conozco a ningún asesino tan estúpido como para trabajar al servicio de alguien ajeno a la Casa), has de pensar que va a costarte, al menos, tres mil imperiales. El precio será más alto si la persona es especialmente dura, difícil de matar o importante. La cifra más alta de la que tengo noticia es, bien, perdonad, sesenta y cinco mil imperiales. Ejem. Espero que a Mario Nieblagrís le pagaran una cantidad mucho *más* elevada por matar al viejo emperador Fénix antes del Interregnum, pero nadie me ha revelado esa suma.

Bien, queridos asesinos, me preguntáis cómo lograr que un cadáver siga siendo un

cadáver como es debido, ¿eh? ¿Sin utilizar un arma Morganti, cuyos problemas ya hemos comentado? Conozco tres métodos y he utilizado los tres, y combinaciones, a lo largo de mi carrera.

Primero, tomad precauciones para que el cuerpo no sea encontrado antes de tres días completos, después de los cuales su alma partirá. El método más común consiste en pagar unos honorarios moderados, entre trescientos y quinientos imperiales, a unas hechiceras de la Mano Izquierda de Jhereg, quienes se encargarán de que nadie toque el cadáver durante el período necesario. Claro que siempre podéis esconderlo vosotros mismos; es arriesgado, y nada agradable, que os vean cargados con un cadáver por ahí. Despierta habladurías.

El segundo método, si no sois tan avaros, es pagar a esas mismas hechiceras una cantidad cercana a mil o incluso mil quinientos de vuestros imperiales recién adquiridos, y se encargarán, pase lo que pase, de que el cuerpo nunca sea resucitado. O, en tercer lugar, podéis impedir la resurrección del cadáver: quemadlo, cortadle la cabeza... Utilizad vuestra imaginación.

En cuanto a mí, me ceñiré a los métodos que desarrollé en el curso de mis dos primeros años de trabajo: horas de planificación, elección del momento oportuno, cálculos precisos y un solo cuchillo, afilado y preciso.

Aún no la he cagado.

* * *

Kragar me estaba esperando cuando regresé. Le informé de la conversación y el resultado. Habló con sensatez.

—Es una pena que no tengas un «amigo» al que pasar la pelota —comentó cuando hube terminado.

—¿Qué quieres decir, amigo? —pregunté.

—Yo... —Pareció sobresaltado por un momento, y luego sonrió—. Ah, no. Tú aceptaste el trabajo; tú lo harás.

—Lo sé, lo sé, pero ¿a qué te referías? ¿Crees que no damos la talla?

—Vlad, ese tío es bueno. Estaba en el Consejo. ¿Crees que bastará con acercarte a él y meterle una daga en el ojo izquierdo?

—No he querido insinuar que iba a ser fácil. Hemos de trabajar un poco...

—¡Un poco!

—De acuerdo, mucho. Trabajaremos mucho para diseñar el plan. Ya te he dicho lo que voy a sacar, y ya sabes cuál es tu porcentaje. ¿Qué le ha pasado a tu sentido innato de la codicia?

—No lo necesito. Tú tienes bastante por los dos.

Hice caso omiso del comentario.

—El primer paso consiste en localizar al tipo —dije—. ¿Se te ocurre algún método de averiguar dónde puede estar escondido?

Kragar compuso una expresión pensativa.

—Voy a decirte una cosa, Vlad: sólo por esta vez, para variar, tú te encargas del plan, y cuando hayas terminado, yo me cargo al tipo. ¿Qué dices?

Le dirigí la mirada más elocuente de que fui capaz.

—Está bien, está bien. —Suspiró—. ¿Dices que ha ocultado su rastro mediante magia?

—Por lo visto. Por si acaso, el Demonio está utilizando lo mejor que existe para buscarle de esa forma.

—Ummmm. ¿Trabajamos dando por sentado que el Demonio tiene razón, que el tipo se ha ido a Oriente?

—Buena pregunta. —Reflexioné—. No. Vamos a empezar sin dar nada por sentado. Lo que sabemos, porque el Demonio lo garantizó, es que Mellar no se encuentra en un radio de ciento cincuenta kilómetros alrededor de Adrilankha. De momento, asumamos que está en algún lugar del exterior.

—Lo cual incluye unos cuantos miles de kilómetros cuadrados de selva.

—Es cierto.

—No vas a hacer un esfuerzo para facilitar mi vida, ¿verdad?

Me encogí de hombros. Kragar permaneció un rato en silencio, pensativo.

¿Crees que podríamos localizarle mediante la brujería, Vlad? Dudo que haya pensado en protegerse contra eso, aunque pudiera.

¿Brujería? Déjame pensar... No sé. La brujería no es muy útil para ese tipo de cosas. O sea, es probable que pudiera encontrarle, hasta el punto de conseguir una imagen y una posición psiónicas, pero es imposible obtener de eso una localización, o coordenadas de teleportación, ni nada realmente útil. Tal vez podríamos usarla para comprobar que está vivo, pero a mí me parece que es evidente.

Kragar asintió, pensativo de nuevo.

—Bien —dijo al cabo de un rato—, si tienes una posición psiónica, es posible que obtengas algo que Daymar pueda utilizar para averiguar su paradero. Es un especialista en ese tipo de cosas.

—Una buena idea. Daymar era extraño, pero la psiónica era su especialidad. Si alguien podía hacerlo, era él.

—No estoy seguro de que debamos complicar a mucha gente en el caso —dije—. Al Demonio no le hará feliz la cantidad de filtraciones en potencia que vayamos acumulando. Además, Daymar ni siquiera es un jherég.

—Pues no se lo digas al Demonio —replicó Kragar—. La cuestión es que hemos de encontrarle, ¿no? Y sabemos que Daymar es de confianza, ¿no?

—Bueno...

—Oh, vamos, Vlad. Si le dices que no hable de ello, no lo hará. Además, ¿dónde vas a conseguir ayuda experta de esa categoría, sin pagar nada? A Daymar le gusta exhibir sus habilidades; lo haría gratis. ¿Qué podemos perder?

Enarqué una ceja y le miré.

—Eso es lo que hay —admitió—, pero pienso que el riesgo de contar a Daymar sólo lo imprescindible es insignificante. Sobre todo si piensas en lo que vamos a obtener a cambio.

—Si lo consigue.

—Creo que es capaz —dijo Kragar.

—De acuerdo. Me has convencido. Calla un momento mientras pienso en lo que voy a necesitar.

Repasé en mi mente lo que debería hacer para localizar a Mellar, y lo que sería necesario para que Daymar siguiera su rastro a continuación. Me habría gustado saber más sobre el método utilizado por Daymar, aunque me lo imaginaba. Debía de ser un conjuro muy preciso, que funcionaría si Mellar carecía de bloqueos contra la brujería.

Confeccioné una lista mental de lo que necesitaba. Nada extraordinario; ya lo tenía todo, excepto un pequeño detalle.

—Kragar, haz correr la voz por las calles de que me gustaría ver a Kiera. Cuando le vaya bien, por supuesto.

—De acuerdo. ¿Alguna preferencia sobre el lugar de encuentro?

—No, un... ¡Espera!

Me interrumpí y medité unos momentos. En mi oficina tenía protecciones y alarmas brujéales. Sabía que eran difíciles de burlar, y no quería que aquella información se filtrara. De todos modos, el Demonio se disgustaría si llegaba a saber que me había puesto en contacto con Kiera. No me agradaba la idea de que alguno de sus agentes me viera hablando con ella en un local público. Por otra parte, Kiera era..., bien, Kiera. Ummm. Cruel dilema.

A la mierda, decidí. Le daría un pequeño susto al personal. Les sentaría bien.

—Me gustaría verla aquí, en mi oficina, si ella está de acuerdo.

Kragar se sobresaltó y dio la impresión de que iba a decir algo, pero cambió de idea, supongo, cuando comprendió que yo ya había pensado en todas las objeciones.

—De acuerdo —dijo—. Hablemos ahora de Daymar. Ya sabes los problemas que nos depara localizarle. ¿Quieres que piense en una forma?

—No, gracias. Yo me ocuparé.

—¿Tú solito? ¡Caramba!

—No. Loiosh me ayudará. ¿Te sientes mejor?

Rio y se fue. Me levanté y abrí la ventana.

Loiosh, localiza a Daymar.

Como ordene Su Majestad, contestó.

Puedes ahorrarte el sarcasmo.

Una risita telepática constituye una experiencia peculiar. Loiosh emprendió el vuelo.

Volví a sentarme y clavé la vista en la lejanía durante un rato. ¿Cuántas veces me había encontrado en una situación semejante? En el momento mismo de empezar un trabajo, sin tener ni idea de adonde iba ni cómo llegar. Nada, en realidad, salvo una imagen de cómo terminaría: con un cadáver. ¿Cuántas veces? No era una pregunta retórica. Sería mi cuadragésimo segundo asesinato. Mi primer pensamiento fue que iba a resultar poco diferente de los demás, a cierto nivel, en cierta manera, en cierto grado. Poseo recuerdos precisos de cada uno. El procedimiento que empleo antes de hacer el trabajo es tal que no olvido ninguno. He de llegar a conocerlos demasiado bien. Esto constituiría un problema si fuera propenso a las pesadillas.

¿El cuarto? Era el sicario que pedía siempre un buen licor después de cenar y dejaba la mitad de la botella en lugar de una propina. El duodécimo era un matón de poca monta, aficionado a guardar el dinero en billetes del máximo valor. El decimonoveno era un hechicero que llevaba siempre un paño consigo para sacar brillo a sus empleados, cosa que hacía constantemente. Las víctimas siempre poseen alguna característica distintiva. A veces se trata de algo que me resulta de utilidad; suele ser, casi siempre, algo que se queda grabado en mi memoria. Cuando conoces bastante bien a alguien, se convierte en un individuo, por más que te esfuerces en considerarle tan sólo una cara..., o un cadáver.

Pero si te dejas de puñetas, terminas convencido de que las similitudes son importantes. Porque cuando llegan a mí como nombres mencionados en una conversación, después de una comida tranquila, rematada por una bolsa cuyo contenido oscila entre mil quinientos y cuatro mil imperiales, todos se reducen a lo mismo, y los trato igual: planifico el trabajo y lo ejecuto.

Solía trabajar al revés. Después de averiguar todo cuanto podía acerca de sus costumbres, de seguirles, de adaptarme a sus horarios durante días, en ocasiones durante semanas, decidía dónde quería que sucediera, lo cual solía determinar la hora, y a menudo el día. Después, era cuestión de empezar a partir de allí y organizar las cosas hasta que todos los factores encajaban. La ejecución sólo era interesante si cometía alguna equivocación a lo largo del proceso.

Kragar me preguntó una vez en que yo me sentía particularmente sensible si me gustaba matar gente. No contesté, porque lo ignoraba, pero me hizo pensar. Aún no estoy seguro al cien por cien. Sé que me gusta planificar un trabajo y ponerlo en marcha para que todo funcione. Pero ¿matar? Creo que ni me gusta ni me deja de gustar; sólo lo hago.

Me recliné en la silla y cerré los ojos. El inicio de un trabajo como este es como el inicio de un conjuro. Lo más importante es mi estado de ánimo. Quiero estar absolutamente seguro de que carezco de ideas preconcebidas acerca de cómo, dónde, o lo que sea. Eso viene después. Aún no había empezado a estudiar al sujeto, de modo que no tenía nada para avanzar. Lo poco que sabía daba vueltas en mi inconsciente, se asociaba libremente, dejaba que imágenes e ideas emergieran y fueran descartadas. En ocasiones, cuando me encuentro en plena labor de planificación, tengo una súbita inspiración, o lo que aparenta ser un repentino estallido de ingenio. En esos momentos, me considero un artista.

* * *

Salí poco a poco de mis ensoñaciones, con la sensación de que debía pensar en algo. Aún no me había despertado por completo, así que tardé un poco en darme cuenta de lo que pasaba. Un pensamiento errático e inquisidor vagaba en la antesala de mi cerebro.

Al cabo de un rato, comprendí que procedía del exterior. Le concedí libertad para expandirse y tomar forma, hasta que lo reconocí, y descubrí que alguien intentaba establecer contacto psiónico conmigo. Reconocí al emisor.

Ah, Daymar, pensé. Gracias.

De nada, llegó el pensamiento, claro y suave. ¿Querías algo?

Daymar tenía mejor control mental, y más poder, que nadie a quien conociese. Capté directamente de él la sensación de que debía tomar sus precauciones, aun en contacto mental, para no quemar mi mente por accidente.

Me gustaría que me hicieras un favor, Daymar.

¿Sí?

Tenía la característica de lograr que sus «síes» duraran cuatro veces más de lo normal.

Ahora mismo no, le dije, pero para mañana necesitaría una localización.

¿Una localización? ¿Qué clase de localización?

Espero localizar a un tipo que me interesa encontrar, y quiero descubrir una manera de calcular exactamente dónde está. Kragar cree que tú puedes hacerlo.

¿Existe algún motivo por el que no pueda rastrearle ahora?

Tiene un escudo contra los encantamientos de búsqueda. Creo que ni siquiera tú eres capaz de traspasarlo.

Estaba muy seguro de que Daymar no podía traspasar un escudo que estaba repeliendo a los mejores hechiceros de la Mano Izquierda, pero un poco de halagos juiciosos nunca hace daño a nadie.

Oh, dijo. Entonces, ¿cómo esperas localizarle psiómicamente?

Confío en que no se haya protegido contra la brujería. Como la brujería usa el poder psiónico, quizá podríamos dejarle una marca para que tú le localices.

Entiendo. Vas a intentar marcarle con un conjuro, y después yo le localizaré psiómicamente gracias a las marcas que haya dejado. Una idea interesante. Gracias. ¿Crees que funcionará? No.

Suspiré. Daymar, pensé para mis adentros, un día voy a...

¿Por qué no?, pregunté, algo vacilante.

Las marcas no durarán el tiempo suficiente para que yo las rastree. En caso contrario, serán tan tenues que el tipo se dará cuenta, y se limitará a borrarlas.

Volví a suspirar. Nunca discutas con un experto.

De acuerdo, dije. ¿Se te ocurre algo efectivo?

Si.

Aguardé, pero no continuó. Daymar, dije para mis adentros, definitivamente, un día voy a...

¿Qué es?

Lo opuesto.

Se explicó. Hice algunas preguntas, y fue capaz de contestarlas, más o menos.

Empecé a pensar en qué clase de conjuro debería utilizar para conseguir el efecto de que me había hablado. Un cristal, decidí, y luego empezaría el conjuro igual que el otro, y luego... Recordé que Daymar seguía en contacto conmigo, lo cual, a su vez, suscitó otra cuestión que debía clarificar, teniendo en cuenta con quién estaba tratando.

¿Serás tan amable de localizarle por mí?, pregunté.

Siguió una breve pausa.

Claro..., si me dejas mirar cómo realizas el conjuro.

¿Por qué no me siento sorprendido? Suspiré para mis adentros una vez más.

Trato hecho, contesté. ¿Cómo me pongo en contacto contigo? ¿Puedo contar con encontrarte en casa, si vuelvo a enviar a Loiosh?

Daymar reflexionó unos momentos.

Es probable que no. Me abriré al contacto durante unos segundos a la hora en punto, cada hora, a partir de mañana por la mañana. ¿Te va bien?

Estupendo. Me pondré en contacto contigo antes de empezar el hechizo.

Excelente. Hasta entonces.

Hasta entonces. Y gracias, Daymar.

Ha sido un placer.

De hecho, pensé, debía de ser sincero, pero habría sido poco diplomático decirlo. El vínculo se rompió.

* * *

Loiosh regresó un poco más tarde. Abrí la ventana en respuesta a su llamada. Ignoro por qué prefería llamar en lugar de establecer contacto conmigo. Cuando entró, cerré la ventana.

Gracias.

De nada, jefe.

Reanudé mi lectura. Loiosh se posó esta vez sobre mi hombro derecho y fingió leer conmigo. Aunque ¿quién sabe? Quizá había aprendido a leer de alguna manera y no se había tomado la molestia de informarme. No me habría extrañado nada.

El trabajo se había puesto en marcha. No podía avanzar más hasta que supiera dónde estaba Mellar, de manera que dediqué mi atención a averiguar quién era. Me mantuvo ocupado hasta que llegó la siguiente visita, unas horas más tarde.

4

«La inspiración requiere preparación»

Mi recepcionista, en los dos años que lleva conmigo, ha matado a tres personas ante la puerta de mi oficina.

Una era un asesino cuya excusa no funcione. Las otras dos eran tontos, perfectamente inocentes, que se lo habrían debido pensar dos veces antes de intentar apartarle de su camino.

A él le mataron una vez, mientras estorbaba a otro asesino el tiempo suficiente para que yo escapara heroicamente por la ventana. Experimenté un gran alivio cuando logramos resucitarle. Realiza las funciones de guardaespaldas, secretario, amortiguador de golpes y lo que Kragar o yo necesitemos. Puede que sea el recepcionista mejor pagado de Dragaera.

Eh, jefe.

¿Sí?

Esto..., Kiera ha llegado.

¡Estupendo! Hazla entrar.

Es Kiera la ladrona, jefe. ¿Está seguro?

Por completo, gracias.

Pero... Vale. ¿He de acompañarla y vigilar...?

No es necesario (ni suficiente, pensé para mis adentros). Hazla entrar.

Vale. Como desee.

Dejé los papeles y me levanté cuando la puerta se abrió. Una pequeña forma femenina dragaerana entró en la habitación. Recordé con cierta sorna que la primera vez que nos encontramos pensé que era alta, pero claro, sólo tenía once años en aquel tiempo. Me sacaba una cabeza, pero ahora ya estaba acostumbrado a la diferencia de tamaño.

Se movió con gracia y desenvoltura, de forma que casi me recordó a Mario. Flotó hasta mí y me saludó con un beso que habría puesto celosa a Cawti, de haber sido celosa. Respondí de la misma forma y le acerqué una silla.

Kiera tenía una cara afilada, bastante angulosa, sin características de la Casa apreciables; su ausencia era típica de los jheregs.

Se sentó y paseó la vista alrededor de la oficina. Sus ojos saltaron de un lugar a otro, tomaron nota de los elementos significativos. No me sorprendió. Ella me había enseñado a hacerlo. Por otra parte, sospeché que estaba buscando cosas diferentes de las que yo habría buscado.

Me dedicó una sonrisa.

—Gracias por venir, Kiera —dije, con el mayor sentimiento posible.

—Es un placer —contestó en voz baja—. Bonita oficina.

—Gracias. ¿Como van los negocios?

—No van mal, Vlad. Hace tiempo que no me han ofrecido contratos de trabajo, pero me las arreglo bien por mí misma. ¿Y tú?

Meneé la cabeza.

—¿Algún problema? —preguntó, con auténtica preocupación.

—Otro ataque de codicia.

—Oh oh. Sé lo que significa eso. Alguien te ha ofrecido algo demasiado gordo para dejarlo escapar, ¿eh? Y no te has podido resistir, así que estás desbordado, ¿no?

—Algo así.

Meneó lentamente la cabeza. Loiosh voló hacia ella y se posó sobre su hombro. Ella renovó su amistad, rascándole bajo la barbilla.

—La última vez que pasó —dijo al cabo de unos instantes—, te encontraste luchando contra un mago de Athyra, en su propio castillo, según creo recordar. Esas cosas no son buenas para la salud, Vlad.

—Lo sé, lo sé, pero recuerda que gané.

—Con ayuda.

—Bueno..., sí. Nunca va mal un poco de ayuda.

—Nunca. Lo cual, imagino, es lo que me ha traído aquí. Debe de ser algo gordo, de lo contrario no habrías querido que nos encontráramos aquí.

—Aguda como siempre. No sólo gordo, sino feo. No puedo correr el riesgo de que alguien se entere. Espero que nadie te haya visto entrar. No puedo correr el riesgo de que me vean contigo, y que ciertas personas adivinen que te he informado sobre lo que pasa.

—Nadie me ha visto entrar.

Asentí. La conocía. Si decía que nadie la había visto, no tenía motivos para dudar de su palabra.

—Pero —continuó— ¿qué va a decir tu gente cuando averigüe que me he encontrado contigo en tu propia oficina? Van a pensar que al fin te has metido «en la jungla», ya sabes.

Sonrió un poco; me estaba poniendo el cebo. Era consciente de su reputación.

—Ningún problema —contesté—. Correré la voz de que somos amantes desde hace años.

Kiera lanzó una carcajada.

—Muy buena idea, Vlad. ¡Deberíamos haber pensado en ello hace ciclos!

Esta vez fui yo quien río.

—¿Y qué dirían tus amigos? ¿Kiera la Ladrona, liada con un oriental? Nanay.

—No dirán nada. Tengo un amigo que hace «trabajos».

—A propósito.

—Exacto. Al grano. Supongo que quieres que robe algo.

Asentí.

—¿Conoces a un tal lord Mellar, de la Casa Jherreg? Creo que, oficialmente, es un conde, un duque o algo por el estilo.

Sus ojos se dilataron un poco.

—A por caza mayor, ¿en, Vlad? Ya lo creo que estás desbordado. Le conozco, en efecto. Le he ayudado un par de veces.

—¡No será hace poco! —dije, con una repentina sensación de alarma.

Ella me miró con aire perplejo, pero no preguntó a qué me refería.

—No, en los últimos meses no. Fue de lo más normal, en ambas ocasiones. Un simple intercambio de favores. Ya sabes cómo es eso.

Asentí, muy aliviado.

—¿No será amigo tuyo o algo así?

Negó con la cabeza.

—No. Nos hicimos mutuos favores. No estoy en deuda con él.

—Bien. Y hablando de deudas, por cierto... —Dejé una bolsa frente a ella. Contenía quinientos imperiales. No la tocó aún, por supuesto—. ¿Querrías que te debiera otro favor?

—Siempre me alegra que estés en deuda conmigo. ¿Qué tiene él que tú quieras?

—Varias cosas. Una prenda de ropa estaría bien. Cabello sería excelente. Cualquier cosa que haya tenido una larga relación con él.

Kiera meneó la cabeza una vez más, con burlona tristeza.

—¿Más brujería oriental, Vlad?

—Temo que sí —admití—. Ya sabes cómo somos, no podemos pasar sin ella.

—Lo creo. —Cogió la bolsa y se levantó—. Trato hecho. No tardaré más de uno o dos días.

—No hay prisa —mentí. Me levanté y la despedí con una reverencia.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en realidad? —preguntó Kragar.

—¿Cuánto tiempo llevas sentado ahí?

—No mucho.

Meneé la cabeza, disgustado.

—No me sorprendería que lo tuviera mañana.

—No está mal. ¿Has hablado con Daymar?

—Sí.

—¿Y?

Explicué el resultado de nuestra conversación. Se desentendió de los detalles técnicos de la brujería, pero captó lo esencial. Rio un poco cuando comenté que Daymar había logrado incluirse en el conjuro.

—Bien, ¿crees que funcionará? —preguntó.

—Daymar piensa que sí; yo también.

Pareció satisfecho con la respuesta.

—Así que no nos moveremos hasta que tengamos noticias de Kiera. ¿no?

—Exacto.

Bien. Creo que iré a descabezar un sueñecito.

—Inexacto.

¿Qué pasa ahora, oh, Amo?

—Te estás volviendo tan malo como Loiosh.

¿Qué significa eso, jefe?

Cierra el pico, Loiosh.

De acuerdo, jefe.

Recogí las notas sobre Mellar que había estado leyendo y se las pasé a Kragar.

—Lee —dije—. Dime lo que piensas.

Les echó un breve vistazo.

—Esto es mucho.

—Sí.

—Oye, Vlad, me duelen los ojos. ¿Qué te parece mañana?

—Lee.

Suspiró y empezó a leer.

—¿Sabes lo que me llama la atención, Vlad? —preguntó un rato después.

—¿Qué?

—Hay algo raro en este tipo desde que apareció por primera vez en la organización.

Pasó las notas a toda prisa y continuó.

—Se movió con demasiada rapidez. Llegó desde la nada a la cumbre en poco más de diez años. Eso es mucha rapidez. Nunca he oído de nadie que se moviera tan deprisa, excepto tú, y tienes la excusa de ser un oriental.

»O sea —prosiguió—, empieza como protector de un pequeño burdel, ¿no? Un matón. Un año después es el amo del local. Otro año después, tiene diez más. En ocho años se apodera de un territorio mayor del que tienes ahora. Un año después borra del mapa a Terion y ocupa su lugar en el Consejo. Y al cabo de otro año roba los fondos del Consejo y se desvanece. Casi parece que lo hubiera planeado todo desde que empezó.

—Ummm. Entiendo lo que dices, pero ¿no son diez años demasiado tiempo para preparar un trabajo?

—Estás pensando otra vez como un oriental, Vlad. No es mucho tiempo si tu esperanza de vida alcanza los dos o tres mil años.

Asentí y reflexioné sobre lo que había insinuado.

—No lo entiendo, Kragar. ¿Cuántos imperiales se llevó?

—Nueve millones —contestó, casi con reverencia.

—Exacto. Bien, es mucho dinero. Es muchísimo dinero. Si alguna vez consigo una décima parte de esa cantidad de un solo golpe, me retiro. ¿Abandonarías un puesto en el Consejo por eso?

Kragar fue a hablar, pero no lo hizo.

—No es la única forma de conseguir nueve millones de imperiales. No es la mejor, la más rápida ni la más fácil. Podría haber ido por libre y ganar más que eso durante los mismos diez años. Podría haber atracado la Tesorería del Dragón, doblando la cantidad sin correr el menor riesgo.

—Es verdad —asintió—. ¿Estás diciendo que no iba a por el dinero?

—En absoluto. Estoy sugiriendo que acaso haya experimentado una repentina necesidad de embolsarse unos cuantos millones, y era la única forma de obtenerlos a toda prisa.

—No sé, Vlad. Si te fijas en el conjunto de su historial, da la impresión de que lo hubiera planeado desde el primer momento.

—Pero ¿por qué, Kragar? Nadie trepa hasta un asiento del Consejo por dinero. Para hacer algo así, has de ir a por el poder...

—Tú lo sabrás bien —se burló Kragar.

—... y no echas por la borda ese poder, a menos que sea necesario.

—Quizá perdió el interés. Quizá perseguía la emoción de llegar a la cumbre, y cuando lo consiguió fue a por otra emoción.

—Si eso es cierto, emociones no le van a faltar. Hasta le sobrarán. Pero ¿no va eso contra tu teoría de «Él-Lo-Planeó-Todo-Desde-El-Principio»?

—Supongo que sí. Empiezo a tener la impresión de que nuestra información es insuficiente; nos limitamos a elucubrar.

—Muy cierto. ¿Qué te parece si empiezas a reunir información?

—¿Yo? Escucha, Vlad, he llevado las botas al zapatero para que me cambie las suelas. ¿Por qué no contratas a un lacayo para que haga el trabajo peatonal por nosotros?

Le conté dónde podía contratar al lacayo y qué trabajo podía encargarle. Suspiró.

—Está bien, me largo. ¿En qué vas a trabajar tú?

Reflexioné un momento.

—En un par de cosas —contesté—. Para empezar, voy a tratar de pensar en un

motivo sólido para que alguien decida abandonar de repente el Consejo, de tal forma que toda la Casa Jhereg siga el rastro de su culo. Además, voy a ponerme en contacto con el círculo de espías de Morrolan y con algunos de nuestros muchachos. Quiero extraer toda la información posible, y no será perjudicial que los dos nos dediquemos a ello. Después... creo que haré una visita a lady Alier.

Kragar estaba a medio camino de la puerta, pero cuando terminé de hablar, se detuvo y dio media vuelta.

—¿Quién? —preguntó con incredulidad.

—Alier e'Rieron, de la Casa del Dragón, prima de Morr...

—Sé quién es. Es que no podía creer que hubiera oído bien. ¿Por qué no vas a ver a la emperatriz, ya que estás en ello?

—Hay algunos interrogantes sobre ese individuo que me interesa despejar, y son la especialidad de ella. ¿Por qué no? Hace mucho tiempo que somos amigos.

—Es una dragón, jefe. No creen en el asesinato. Lo consideran un delito. Si vas a verla y...

—Kragar —le interrumpí—, no he dicho que vaya a verla para decirle: «Alier, estoy intentando asesinar a ese tipo, y he pensado si te gustaría ayudarme a tenderle el lazo». Reconoce que soy algo diplomático, ¿no? Sólo necesitamos encontrar una excusa razonable para que se interese por Mellar, y nos ayudará con mucho gusto.

—Sólo una «excusa razonable», ¿eh? Por pura curiosidad, ¿tienes alguna idea de cómo encontrar esa excusa?

—A decir verdad —contesté en un tono desagradable—, sí. La más sencilla del mundo. Te asigno la misión.

—¿A mí? Maldita sea, Vlad, ya me has puesto a trabajar en sus antecedentes, así como en tratar de imaginar un acontecimiento inexistente que proporcione una razón insuficiente para que un jhereg desaparecido haga lo imposible. No puedo...

—Claro que puedes. Gozas de toda mi confianza.

—Ve a lamer huevos yendi. ¿Cómo?

—Ya se te ocurrirá algo.

5

«La vista demasiado penetrante es peligrosa»

Lo único significativo que sucedió durante el resto del día fue la llegada de un correo del Demonio, junto con una escolta bastante impresionante y varias bolsas grandes: los sesenta y cinco mil imperiales. Ya era oficial; me había comprometido.

Di las bolsas a Kragar para que las guardara en la caja fuerte y me dirigí a casa. Estaba seguro de que mi mujer sabía que algo se estaba cocinando, pero no hizo preguntas. Carecía de motivos para no contárselo, pero no lo hice.

A la mañana siguiente, encontré un sobrecito sobre mi escritorio. Lo abrí, y varios cabellos humanos, o dragaeranos, cayeron. Iban acompañados de una nota que rezaba: «De su almohada. K.». Destruí la nota y establecí contacto mental con mi mujer.

¿Sí, Vlad?

¿Estás ocupada, cariño?

No mucho. Estaba practicando el lanzamiento de cuchillo.

¡Oye, no me gusta que hagas eso!

¿Por qué?

Porque ya me ganas siete veces de cada diez.

Voy a por las ocho. Últimamente, estás un poco torpe. ¿Qué pasa? ¿Tienes algún «trabajo» para mí?

No caerá esa breva. Pásate por aquí y te lo contaré.

¿Ahora mismo?

Cuando te vaya bien.

De acuerdo. No tardaré.

Estupendo. Ve al laboratorio.

Oh, exclamó, y el vínculo se rompió.

Avisé al recepcionista de que no iba a recibir mensajes durante las siguientes dos horas y bajé algunos tramos de escalera. Loiosh viajaba complacido sobre mi hombro izquierdo y miraba a su alrededor como si estuviera realizando una inspección. Llegué a una pequeña habitación del sótano y abrí la puerta con mi llave.

En este edificio, las cerraduras resultan casi inútiles como medio de impedir la

entrada a la gente, pero son eficaces como manera de anunciar «Privado».

Era una habitación bastante pequeña, con una mesa baja en el centro exacto y varias lámparas montadas a lo largo de la pared. Las encendí. En un rincón había un pequeño cofre. Sobre el centro de la mesa descansaba un brasero, que contenía algunos pedazos de carbón sin utilizar. Los saqué y busqué más en el cofre.

Enfoqué la vista un breve instante en una de las velas, y fui recompensado con una llama. La usé para encender las demás, y luego apagué las lámparas.

Consulté la hora y comprobé que aún faltaba un ratito para que pudiera contactar con Daymar. Examiné la colocación de las velas y contemplé las llamas oscilantes un momento.

Saqué algunos elementos más del cofre, incluido un trozo de incienso. Los dejé sobre la mesa, al lado del brasero, y deposité el incienso entre los carbones. A continuación, cogí una vela y acerqué la llama al carbón. Un momento de concentración, y el fuego se esparció con decisión y rapidez. El aroma del incienso empezó a introducirse en los diversos recovecos y rincones de la habitación.

Cawti no tardó en llegar y me saludó con una sonrisa radiante. Era una mujer oriental, menuda y bella, de cabello negro dzur y movimientos elegantes y ágiles. De haber sido dragaerana, es probable que hubiera nacido en la Casa de Issola, y les habría dado lecciones a todos sobre la «finura». Y también sobre la «sorpresa».

Tenía las manos pequeñas pero fuertes, y era capaz de sacar cuchillos de la nada. Sus ojos brillaban como fuego, a veces con el malicioso placer de una niña traviesa, a veces con la fría pasión de un asesino profesional, a veces con la furia de un Señor Dragón rumbo a la batalla.

Cawti era uno de los asesinos más mortíferos que había conocido. Ella y su socia, por aquel entonces una Señor Dragón caída en desgracia, habían formado uno de los equipos de asesinos más solicitados de la Casa jhereg, y habían adoptado el apelativo, más bien melodramático, de «La Espada y El Cuchillo». Consideré un gran honor el hecho de que un enemigo mío considerara que valía la pena gastarse el dinero en alquilar al dúo para eliminarme. Me quedé muy sorprendido cuando desperté después y descubrí que no habían conseguido matarme de forma permanente. Gracias a la agilidad mental de Kragar, la velocidad y capacidad combativa de Morrolan, y el talento excepcional de Alieria para curar y resucitar.

Algunas parejas se enamoran y acaban matándose mutuamente. Nosotros lo hicimos al revés.

Cawti era también una bruja competente, aunque no tan experta como yo. Le expliqué lo que íbamos a necesitar, y después charlamos de trivialidades.

¡Jefe!

¿Sí, Loiosh?

Lamento interrumpir...

Y un huevo.

... pero es hora de contactar con Daymar.

¿Ya? De acuerdo, gracias.

De nada, supongo.

Pensé en Daymar, me concentré, recordé el «tacto» de su mente.

¿Sí?, dijo. Era una de las escasas personas cuya voz podía oír cuando estábamos en contacto. En los otros casos, era porque las conocía lo bastante bien para que mi mente las reprodujera.

¿Te importaría hacer acto de presencia?, pregunté. *Nos gustaría empezar el conjuro.*

De acuerdo. Déjame... Vale, te tengo localizado. Ahora voy.

Espera un momento, para que desactive algunos protectores y alarmas. No quiero que cuarenta cosas se desconecten cuando te teleportes.

Ordené que desconectarán unos segundos nuestros protectores de teleportación. Daymar apareció delante de mí, flotando, con las piernas cruzadas, a un metro del suelo. Puse los ojos en blanco. Cawti meneó la cabeza con tristeza. Loiosh siseó. Daymar se encogió de hombros, estiró las piernas; se levantó.

—Te has dejado los rayos y los truenos —le dije.

—¿Quieres que vuelva a probarlo?

—Da igual.

Daymar medía unos dos metros y veinte centímetros. Poseía las facciones afiladas y bien cinceladas de la Casa del Halcón, si bien eran algo más suaves que las de la mayoría de Señores Halcones que había conocido. Era increíblemente delgado, casi transparente. Daba la impresión de que sus ojos casi nunca se enfocaban en algo concreto; parecía que miraba más allá de lo que estaba observando, o que escudriñara el interior del objeto de su interés. Éramos amigos desde la época en que casi le había matado por sondear a uno de mis muchachos. Lo había hecho por pura curiosidad, y creo que nunca llegó a comprender mi reacción.

—Bien, ¿a quién quieres localizar? —preguntó Daymar.

—A un jherég. Con suerte, conseguiré lo que necesitas para rastrearle. ¿Te servirá esto?

Le tendí un pequeño cristal que había sacado del cofre. Lo inspeccionó con atención, pero que me aspen si sé lo que iba buscando. Asintió y me lo devolvió.

—He visto mejores —comentó—, pero servirá.

Lo dejé con cuidado a la derecha del brasero. Abrí el sobre que me había enviado Kiera y extraje una media docena de cabellos. Los dejé encima del sobre, a la izquierda del brasero; reservé el resto por si había que repetir el conjuro.

Era interesante, reflexioné, constatar cuánto se parece un conjuro de brujería a un asesinato, y hasta qué punto eso mismo les distingue de la magia. Para utilizar la

magia, basta con apoderarse de algo de poder, mediante el vínculo con el Orbe Imperial, modelarlo y arrojarlo. Con la brujería, sin embargo, hay que planearlo todo con suma meticulosidad, para que en el último momento no tengas que buscar algún adminículo que necesites.

La habitación empezó a llenarse de humo, con el persistente aroma del incienso. Ocupé mi lugar frente al brasero. Cawti, automáticamente, se situó a mi derecha, e indiqué a Daymar que se pusiera a mi izquierda, algo más atrás. Dejé mi mente vagar, hasta acoplarse con la de Cawti. No era necesario que existiera contacto físico entre nosotros para que ocurriera, uno de los motivos por los que me gusta trabajar con ella. Una de las ventajas más evidentes de la brujería sobre la magia consiste en que más de un brujo puede participar en un solo conjuro. Noté que mi poder disminuía y aumentaba al mismo tiempo, lo cual resulta extraño si lo dices y más extraño aún si lo experimentas.

Posé unas hojas sobre los carbones, que emitieron los consabidos sonidos siseantes. Eran hojas anchas y grandes del árbol Heaken, que sólo crece en Oriente. Las habían preparado empapándolas en agua purificada durante cierto número de horas, y con diversos conjuros. Una enorme gota de humo vaporoso se elevó, y Cawti empezó a cantar, en voz baja, casi inaudible. Cuando las hojas empezaron a ennegrecerse y quemarse, mi mano izquierda tocó el sobre y los cabellos. Los enrollé alrededor de mis dedos durante un momento. Noté que empezaban a suceder cosas. La primera señal auténtica de que un conjuro de brujería empieza a obrar algún efecto es cuando ciertos sentidos comienzan a agudizarse. En este caso, mis dedos percibían por separado cada cabello, y casi podía distinguir los diminutos detalles de cada uno. Los dejé caer sobre las hojas quemadas, mientras el cántico de Cawti adquiría mayor intensidad, y casi fui capaz de entender las palabras.

En aquel momento, una súbita oleada de poder inundó mi mente. Me sentí mareado, y habría perdido mi control del conjuro si me hubiera dejado llevar. Un pensamiento cobró vida, y oí la seudovoz de Daymar decir: *¿Te importa si te ayudo?*

No contesté y traté de reunir más energía psíquica que nunca. Experimenté un breve impulso de contestar «¡No!», y devolverle la energía con todas mis fuerzas, pero no habría conseguido otra cosa que herir sus sentimientos. Observé mi cólera hacia aquella interferencia no solicitada como si fuera la de un extraño.

Cualquier conjuro, por trivial que sea, implica cierto grado de peligro. Al fin y al cabo, estás creando una fuerza de energía a partir de tu propia mente, y la manipulas como si fuera algo externo. Sé de brujos cuyas mentes han sido destruidas por manejar mal este poder. Daymar no podía saberlo, por supuesto. Se estaba portando como de costumbre, servicial y entrometido.

Apreté los dientes e intenté utilizar mi cólera para controlar las fuerzas que había generado y enfocarlas hacia el conjuro. En algún lugar, percibí que Loiosh se

esforzaba por conservar su control y encargarse de lo que yo no podía manejar. Loiosh y yo estábamos tan profundamente vinculados que cualquier cosa que me sucediera repercutiría en él. El vínculo se ensanchó, más y más poder fluyó a su través, y supe que, entre los dos, lograríamos manipularlo, de lo contrario nuestras mentes se quemarían. Me habría asustado tanto como un teckla si mi cólera no hubiera bloqueado el miedo, y esa conciencia de mi miedo tal vez alimentaba mi rabia.

Llegaron a un equilibrio y el tiempo se extendió hasta ambos horizontes. Oí a Cawti como desde muy lejos. Cantaba con energía y potencia, aunque debía de haber percibido la reacción de las fuerzas tanto como yo. Ella también colaboraba. Tenía que dirigir la energía hacia el conjuro, o se liberaría de alguna otra forma. Recuerdo que pensé, en aquel momento, *Daymar, si dañas la mente de mi familiar, eres dragaerano muerto.*

Loiosh se esforzaba. Sentí que había llegado casi al límite, intentaba absorber poder, controlarlo, canalizarlo. Por eso los brujos tienen familiares. Creo que me salvó.

Noté que el control triunfaba, y me esforcé por conservarlo el tiempo suficiente para arrojarlo al conjuro. Experimenté el deseo de liquidar a toda prisa el siguiente paso, pero resistí la tentación. No hay que precipitarse en ninguna fase de un conjuro de brujería.

Los cabellos se estaban quemando. Se fundieron y combinaron con una parte del vapor y el humo, y aún debían de estar vinculados a su dueño. Me esforcé por identificar qué voluta de humo concreta contenía la esencia de aquellos cabellos quemados y, por consiguiente, constituía un vínculo inquebrantable con mi objetivo.

Levanté los brazos hasta que mis manos llegaron al perímetro externo de la nube blancogrisácea. Sentí el cuádruple tirón de energía; de mí a Daymar, a Loiosh, a Cawti, y viceversa. Dejé que fluyera por mis manos, hasta que el humo dejó de subir, la primera señal visible de que el conjuro estaba obrando efecto. Lo retuve un instante y acerqué poco a poco una mano hacia la otra. El humo se hizo más denso delante de mí, y lancé la energía retenida a su través...

Se oye un grito de «¡carguen!» y cinco mil dragones se lanzan hacia el lugar donde el ejército oriental está atrincherado... Haciendo el amor con Cawti la primera vez: el momento de la penetración, aun más que el de la liberación; me pregunto si piensa matarme antes de que hayamos terminado, pero me da igual... El héroe dzur, en marcha solitaria hacia la montaña Dzur, ve a Sethra Lavode erguida ante él, con Llama helada viva en la mano... Una chiquilla de grandes ojos pardos me mira y sonríe... El rayo de energía, visible como una ola negra, vuela hacia mí y giro Rompehechizos hacia él, mientras me pregunto si funcionará... Miera se yergue ante la sombra de Kieron el Conquistador, en mitad de las Salas del Juicio, en los Senderos

de los Muertos, más allá de la Cascadas de la Puerta de la Muerte...

Y con todo ello, en aquel momento, retuve en mi mente todo cuanto sabía de Mellar, y toda mi cólera hacia Daymar, y sobre todo ello, por encima de todo, mi deseo, mi voluntad, mi esperanza. Lo lancé hacia la pequeña nube de vapor-humo que se alzaba del brasero; la lancé a su través, más allá, a su interior, hacia aquel con quien estaba unida.

Cawti cantaba a plena voz, sin que se le quebrara en ningún momento, con palabras que yo aún no podía identificar. Loiosh, dentro de mí, parte de mi ser, buscaba y acechaba. Y Daymar, alejado de nosotros, y pese a ello parte de nosotros, destacaba como un faro, que yo aferré, modelé y atravesé.

Percibí una respuesta. Lentamente, muy lentamente, una imagen se formó en el humo. Le comuniqué más energía cuando empezó a adquirir definición. Me obligué a no hacer caso de la cara, pues en aquel punto sólo era una distracción. Y, con agonizante lentitud, bajé... mi... mano... derecha... y... empecé... a... perder... el... control... del... conjuro...

Fracción a fracción de segundo, Loiosh recuperé las hebras de control, las aceptó, las manipuló. En aquel momento, el cansancio era mi enemigo, y lo combatí. El jhereg se había hecho cargo del poder, y lo estaba controlando todo, ¡por las escamas verdes de Barlen!

Me permití mirar la imagen por primera vez cuando mi mano derecha encontró el pequeño cristal. El rostro era de mediana edad y poseía facciones que recordaban la Casa del Dzur. Alcé con cuidado el cristal a la altura de los ojos, derramé los últimos restos de control sobre el conjuro y contuve el aliento.

La imagen estaba fija; había adiestrado bien a Loiosh. Cawti ya no cantaba. Había cumplido su cometido, y ahora se limitaba a proporcionar poder para la última fase del conjuro. Estudié la imagen a través del cristal, cerré mi ojo izquierdo. Se veía distorsionada, por supuesto, pero daba igual; era suficiente para identificarla.

Un momento de intensa concentración. Tomé la energía que Cawti y Daymar me estaban ofreciendo y quemé la cara que contenía el recipiente. Mi ojo derecho quedó cegado un momento, y me sentí un poco mareado cuando me concentré en el cristal, mientras intentaba gastar el exceso de poder que habíamos creado.

Oí que Cawti suspiraba y se relajaba. Me derrumbé contra la pared, y Loiosh se derrumbó sobre mi cuello. Oí que Daymar suspiraba. Ahora, había una niebla lechosa en el interior del cristal. Supe, sin intentarlo, que por un mero acto de voluntad la niebla se disiparía y aparecería la cara de Mellar. Aún más importante, existía ahora una conexión entre Mellar, estuviera donde estuviera, y el cristal. Las posibilidades de que detectara el vínculo eran casi inexistentes. Expresé mi satisfacción a Cawti con un cabeceo, y dedicamos varios minutos a recuperar nuestro aliento colectivo.

Al cabo de un rato apagué las velas, y Cawti encendió las lámparas de la pared.

Abrí el respiradero para que el humo se fuera, junto con el olor a incienso, que ahora parecía empalagoso y dulzón. La habitación se iluminó, y paseé la vista a mi alrededor. Daymar tenía una expresión distante, y Cawti parecía congestionada y cansada. Tuve ganas de pedir vino a alguien de arriba, pero hasta la energía necesaria para establecer contacto psiónico se me antojó excesiva.

—Bien —anuncié a la habitación en general—, creo que no tenía protección contra la brujería.

—Ha sido muy interesante, Vlad —comentó Daymar—. Gracias por dejarme participar.

De pronto, comprendí que no tenía ni idea de que había estado a punto de destruirme con su «ayuda». Intenté imaginar una forma de decírselo, pero abandoné. Ya lo recordaría en otra ocasión venidera, si me acompañaba en otra sesión de brujería.

Le tendí el cristal; lo aceptó. Lo estudió con atención unos segundos, y después asintió poco a poco.

—Bien, ¿puedes localizarle con eso?

—Creo que sí. Al menos, lo intentaré. ¿Tienes mucha prisa?

—Mejor que lo averigües lo antes posible.

—De acuerdo. Por cierto, ¿por qué le buscas?

¿Por qué quieres saberlo?

—Oh, simple curiosidad. Ya me lo imaginaba.

—Prefiero callarlo, si no te importa.

—Como quieras —contestó, enfurruñado—. Vas a matarle, ¿eh?

—Daymar...

—Lo siento. Cuando le encuentre, te avisaré. Cuestión de uno o dos días.

—Estupendo. Ya nos veremos. Claro que —dije, después de pensarlo mejor—, bastará con que se lo comuniques a Kragar.

—De acuerdo —contestó. Asintió y desapareció.

Obligué a mis piernas a moverse y me despegué de la pared. Apagué las lámparas y ayudé a Cawti a salir. Cerré la puerta con llave.

—No nos iría nada mal echar algo al colete —dije.

—Me parece magnífico. Después, un baño, y después, veinte años de sueño.

—Ojalá pudiera arrancar tiempo para las dos últimas cosas, pero he de volver a trabajar.

—De acuerdo —contestó en tono desenvuelto—. Dormiré por ti.

—De menuda ayuda me sirves.

Subimos la escalera, apoyados el uno en el otro, peldaño a peldaño. Percibí que Loiosh, todavía recostado contra mi cuello, dormía.

6

«Las auténticas heroicidades hay que planificarlas con cuidado... y evitarlas a toda costa»

Cawti y yo comimos en uno de los restaurantes de los que era copropietario. Comimos poco a poco y recuperamos las fuerzas. La sensación de agotamiento físico que acompaña a la brujería no dura mucho; el cansancio psiónico es más persistente. A mitad de la comida, me sentí de nuevo descansado y a gusto. Por otra parte, aún pensaba que me costaría bastante establecer contacto psiónico. Esperé que nadie necesitara ponerse en comunicación conmigo durante la comida.

Comimos en silencio, disfrutando de la mutua compañía, sin necesidad de hablar.

—Así que tú consigues trabajo —dijo Cawti cuando estábamos a punto de terminar—, mientras yo me quedo en casa y me pudro de aburrimiento.

—No me pareces nada podrida —contesté, para ponerla a prueba—. Además, no recuerdo que el mes pasado me pidieras ayuda para aquel asuntillo de nada.

—Ummmm. No necesité ayuda, pero esto parece muy gordo. Reconocí a la víctima. Espero que te hayan pagado una cantidad razonable por él.

Revelé la cantidad.

Mi mujer enarcó las cejas.

—¡Fantástico! ¿Quién le busca?

Paseé la vista a mi alrededor, pero el restaurante estaba casi vacío. No me gustaba correr riesgos, pero Cawti se merecía una respuesta.

—Todos los jodidos jheregs le buscan.

—¿Qué ha hecho? No se fue de la lengua, ¿verdad?

Me estremecí.

—No, gracias a Yerra. Huyó con nueve millones de imperiales en fondos operativos del consejo.

Se quedó estupefacta y silenciosa un momento, cuando se dio cuenta de que no estaba bromeando.

—¿Cuándo pasó?

—Hace tres días. —Reflexioné un momento—. El Demonio en persona vino a verme.

—¡Fiu! La batalla de los jheregs gigantes. ¿Estás seguro de que no te has metido en algo demasiado grande para ti?

—No —contesté, risueño.

—Mi marido, el optimista —comentó—. Supongo que ya has aceptado.

—Exacto. De lo contrario, ¿crees que habría pasado por tantas penurias?

—Supongo que no. Era pura esperanza.

Loiosh despertó sobresaltado, miró a su alrededor y saltó de mi hombro. Empezó a devorar los restos de mis costillas de tsalmoth.

—¿Tienes alguna idea de por qué te han dado el trabajo? —preguntó Cawti, preocupada de repente. Comprendí que su mente estaba dando los mismos saltos que la mía.

—Sí, y es lógico.

Expliqué los motivos del Demonio y pareció satisfecha.

—¿Qué opinas de subarrendar este caso?

—Ni hablar —contesté—. Soy demasiado codicioso. Si lo subarriendo, no podré construirte el castillo.

Cawti lanzó una risita.

—¿Por qué? —continué—. ¿Norathar y tú lo queréis?

—No creo —replicó con sequedad—. Me parece demasiado peligroso. Además, se ha retirado. En cualquier caso —se apresuró a añadir—, no podrías permitirte el lujo de contratarnos.

Reí y levanté mi copa a su salud. Loiosh se trasladó a su plato y empezó a limpiarlo.

—Creo que tienes razón —admití—. Tendré que arreglármelas solo.

Cawti sonrió un momento, pero enseguida se puso seria.

—En realidad, Vlad, es una especie de honor que te asignen un trabajo de ese calibre.

Asentí.

—Yo también lo creo, hasta cierto punto, pero el Demonio está convencido de que Mellar ha huido a Oriente; piensa que puedo moverme mejor que un dragaerano en la región. Desde que te pseudoretiraste, no hay muchos humanos que «trabajen».

Cawti compuso una expresión pensativa.

—¿Por qué piensa que Mellar está en Oriente?

Expliqué sus opiniones al respecto, y Cawti asintió.

—Es lógico, en cierto sentido, pero, como tú has dicho, destacaría en Oriente como un rayo. Me cuesta creer que Mellar sea tan ingenuo como para pensar que la Casa no le perseguirá.

Medité unos instantes.

—Puede que estés en lo cierto. Tengo algunos amigos en Oriente a los que puedo

consultar. De hecho, pensaba ponerme en contacto con ellos si Daymar no logra averiguar su paradero. En este momento, creo que no nos queda otro remedio que comprobar si la teoría del Demonio es correcta.

—Algo es algo, pero me pone un poco nerviosa. ¿Sabes desde cuándo planeaba Mellar este golpe? Si consiguiéramos descubrirlo, nos daría alguna idea de lo difícil que será seguirle la pista.

—No estoy seguro. Tengo la impresión de que lo único lógico es que se tratara de una idea repentina, pero Kragar insiste en que lo planeó desde el primer momento en que ingresó en la Casa jhereg.

—Si Kragar tiene razón, habrá planeado también la huida. De hecho, si todo empezó hace tanto tiempo, debió de imaginar que alguien intentaría, como mínimo, localizarle mediante la brujería. Si ese es el caso, debió de descubrir una forma de contrarrestarla.

»Por otra parte, si lo planeó hace tanto tiempo y no logró contrarrestar la brujería, o no pensó en la posibilidad, significa que el Demonio ha subestimado sus defensas.

—¿Qué quieres decir?

—Bien, ¿no crees que, después de tantos años, no habrías descubierto un escudo contra la brujería que ni siquiera la Mano Izquierda fuera capaz de derribar, con el poco tiempo de que dispone?

Medité durante largo rato.

—No pudo hacerlo, Cawti. Siempre es más fácil derribar un obstáculo que erigirlo. Es imposible que encontrara los recursos para disponer tal escudo contra la Mano Izquierda. Tengo la impresión de que el Demonio ha puesto en acción a sus mejores elementos. Desafiaría a Sethra Lavode a disponer un escudo que les retuviera más de un día.

—Entonces, ¿por qué no le han encontrado todavía?

—La distancia. Antes de derribar el escudo, han de localizar la zona general. Eso lleva tiempo. Incluso un conjuro de teleportación normal encuentra dificultades si la persona se teleporta lo bastante lejos. Por eso el Demonio apunta hacia Oriente. Si utilizara conjuros de rastreo normales, tardaría años en encontrarle, si huyó a esa región.

—Supongo que tienes razón —admitió—, pero todo esto me pone nerviosa.

—A mí también, y no sólo por eso.

—¿Por ejemplo?

—El tiempo. El Demonio quiere que esto se haga con mucha mayor rapidez de lo que a mí me gusta. Lo esencial es eliminar a Mellar antes de que todos los jheregs se enteren de lo que hizo, lo cual podría ocurrir de un momento a otro.

Cawti meneó la cabeza.

—Mal asunto, Vlad. ¿Por qué, por la Diosa Demonio, aceptaste el trabajo con un

límite de tiempo? Nunca he sabido de nadie que hubiera aceptado un «trabajo» en esas condiciones.

—Ni yo. Lo acepté porque esas eran las condiciones. Tampoco es que haya un límite de tiempo, aunque dio a entender que podríamos llegar a ello. He de actuar con la mayor rapidez posible.

—Mal asunto, repito. Trabajo rápido equivale a cometer equivocaciones. Y tú no te las puedes permitir.

No tuve otro remedio que darle la razón.

—Pero comprendes su situación, ¿no? Si no le cazamos, la reputación del consejo jhereg queda arruinada. Ya no habrá forma de mantener a buen recaudo los fondos de la Casa, cuando la gente capte la idea de que es posible. Coño, guardé sesenta y cinco mil imperiales en una habitación de la oficina y me olvidé. Sé que están a salvo, porque nadie se atrevería a tocarlos, pero, en cuanto corra la voz...

Me encogí de hombros.

—Por si fuera poco —proseguí—, me dijo a bocajarro que, si alguno de sus chicos encontraba a Mellar antes que yo, no pensaba esperarme.

—¿Y por qué te preocupas? Ya te han pagado.

—Por supuesto. Ese no es el problema, pero piensa: un sicario va en busca de Mellar. ¿Quién va a ser? Un profesional no, desde luego, porque el Demonio dirá «Tú, cárgate a ese tipo pero ya», y ningún profesional accede a trabajar de esa forma. Por lo tanto, será un matón de tres al cuarto, o tal vez un esbirro que se crea capaz de hacerlo solo. Y luego, ¿qué? El tío la caga, eso es lo que pasa. Y yo he de cargarme a Mellar, después de que ya esté sobre aviso. Oh, el tío podría tener éxito, desde luego, pero quizá no. No confío en los aficionados.

Cawti asintió.

—Entiendo el problema, y empiezo a comprender por qué es tan alta la recompensa.

Me levanté, después de comprobar que Loiosh había terminado de comer.

—Vámonos. Intentaré hacer algo durante lo que queda de día.

Loiosh se apoderó de una servilleta, se limpió la cara con meticulosidad y nos siguió. No pagué, naturalmente, puesto que soy propietario de medio local, pero dejé una propina generosa.

Por pura costumbre, Cawti se asomó a la calle un segundo antes que yo y escudriñó las cercanías. Cabeceó, y salí. En una ocasión, poco tiempo atrás, esa precaución me había salvado la vida. Loiosh, al fin y al cabo, no puede estar en todas partes. Volvimos a mi oficina.

Nos despedimos con un beso en la puerta y subí, mientras ella regresaba a nuestro apartamento. Después, me senté y empecé a repasar los asuntos del día. Observé con cierta satisfacción que Kragar había localizado al imbécil que había asaltado al teckla

el otro día, por apenas cuatrocientos imperiales, o algo así, y había llevado a cabo mis instrucciones. Destruí la nota y estudié la propuesta de que uno de mis muchachos, deseoso de mejorar su situación, abriera un nuevo local de juego. Sentí cierta simpatía. Yo también había empezado de la misma manera.

—No lo hagas, Vlad.

—¿Qu...? Kragar, ¿quieres hacer el favor de explicarte?

—Concédele a ese tipo un año más para demostrar su valía. Es demasiado novato para confiar en él.

—Te juro, Kragar, que un día de estos voy a...

—Daymar nos ha pasado la información.

—¿Qué? —Cambió de tono—. ¡Estupendo!

Kragar meneó la cabeza.

—¿No es estupendo? Demasiado pronto para comunicarnos que no ha podido encontrar a ese individuo. ¿Es que no quiere ayudarnos?

—Te equivocas. Ha encontrado a Mellar.

—Excelente. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Esto no te va a gustar, Vlad.

—Escupe de una vez, Kragar.

—El Demonio se equivocó. No huyó a Oriente.

—¿De veras? ¿Adonde?

Kragar se hundió en la silla un poco más. Apoyó la cabeza en la mano y la sacudió.

—Está en el Castillo Negro —dijo.

Asimilé la información, muy lentamente.

—Maldito bastardo —mascullé—. Un bastardo listo, muy listo.

Los dragaeranos tienen muy buena memoria. El Imperio había existido, no sé, durante doscientos mil o doscientos cincuenta mil años. Desde la creación del Orbe Imperial, en el principio del principio, cada una de las Diecisiete Casas ha llevado al día sus registros.

Azuzado por mi padre, sabía tanto de la historia de la Casa Jherég como cualquier dragaerano nacido en la Casa. Debo admitir que los registros Jherég tienden a ser algo más reducidos que los de otras Casas, pues cualquier persona con suficiente influencia o dinero puede lograr que se eliminen, o incluso se inserten, determinadas informaciones. No obstante, vale la pena estudiarlos.

Hace unos diez mil años, casi un ciclo entero antes del Interregnum, la Casa del Athyra detentaba el trono y el Orbe. En aquella época, por un motivo que se nos escapa, cierto jherég decidió que era necesario eliminar a otro jherég. Contrató a un asesino, que siguió al tipo en cuestión hasta la fortaleza de un noble de la Casa del Dragón. En virtud de la tradición jherég (basada en buenos y sólidos motivos, que tal vez analice en otro momento), la víctima se habría salvado si se hubiera quedado en

su casa. Ningún asesino le mataría en su propia casa. Nadie puede quedarse en su casa eternamente, como es obvio, y si aquel jhereg hubiera intentado esconderse de tal forma, le habría resultado imposible salir, teleportándose o a pie, sin que le siguieran. Cabía la posibilidad, por supuesto, de que ignorara la sentencia de extinción que pesaba sobre él. Por lo general, todo el mundo lo ignora, hasta que es demasiado tarde.

Fuera por la razón que fuera, se encontraba en el hogar de un Señor Dragón. El asesino sabía que no podía disponer un conjuro de rastreo alrededor del hogar de un elemento neutral. La persona lo averiguaría y, casi con toda seguridad, se ofendería, lo cual no sería bueno para nadie.

Sin embargo, no existe ninguna tradición jhereg que ordene que has de dejar en paz a alguien porque esté en casa de un amigo. El asesino esperó mucho tiempo, hasta convencerse de que la víctima no pensaba marcharse enseguida. Entonces, atravesó las defensas del Señor Dragón y liquidó a su objetivo.

Entonces, las fauces de la Puerta de la Muerte se abrieron.

Por lo visto, los dragones no aprobaban que sus huéspedes fueran asesinados. Exigieron disculpas a la Casa jhereg y obtuvieron una. Después, exigieron la cabeza del asesino y, a cambio, recibieron la cabeza de su mensajero en una cesta.

El insulto, pensaron los jheregs, no era tan excesivo. Al fin y al cabo, no habían destruido el cerebro del pobre desgraciado, o impedido que le resucitaran. Se habían limitado a transmitir un mensaje a los dragones.

Los dragones recibieron el mensaje y enviaron otro. De algún modo, averiguaron quién había expedido el contrato. Al día siguiente de que les devolvieran el mensajero, asaltaron la casa del individuo en cuestión. Le mataron a él y a su familia, y después quemaron su casa. Dos días más tarde, el dragón heredero del trono fue encontrado frente a las puertas del palacio imperial, con una púa de quince centímetros clavada en la cabeza.

Cuatro bares de Lower Rieron Road, todos pertenecientes a jheregs, y todos dedicados a alguna actividad ilegal, en la parte de arriba o en la trasera, fueron asaltados y quemados, y muchos clientes resultaron asesinados. Todos los jheregs presentes fueron asesinados. Se emplearon armas Morganti en algunos.

Al día siguiente, el Señor de la Guerra del Imperio desapareció. A lo largo de los días siguientes, se fueron encontrando fragmentos de su cuerpo en las mansiones de varios nobles dragones.

La Casa del Dragón anunció su intención de borrar del ciclo a la Casa Jhereg. Los dragones afirmaron que pretendían matar a todos y cada uno de los jheregs existentes.

La respuesta de la Casa jhereg consistió en enviar asesinos tras cada general dragón que mandaba a más de mil soldados, y después fue descendiendo.

La rama e'Rieron de los dragones casi fue borrada del mapa, y por un tiempo dio la impresión de que también la e'Baritt.

¿Queréis más?

En conjunto, fue un desastre. La «Guerra Dragón-Jhereg» duró unos seis meses. Al final, cuando el emperador Athyra forzó una reunión entre los líderes dragones supervivientes y el consejo jhereg, y forzó también un tratado de paz, se habían producido algunos cambios. Los mejores cerebros, los mejores generales y los mejores guerreros de la Casa del Dragón habían muerto, y la Casa Jhereg estaba casi arruinada.

Los jheregs admiten que ellos fueron quienes salieron más perjudicados. Era de esperar, pues ellos se encontraban en el fondo del ciclo y los dragones en la cumbre. De todos modos, los dragones no se jactan del desenlace.

Por suerte, el reinado de Athyra fue largo, y el reinado Fénix aún más largo, de lo contrario habría sido muy difícil para la Casa del Dragón adquirir la fuerza suficiente para tomar el trono y el Orbe cuando llegó su turno, a continuación del Fénix. Los jheregs tardaron todo el tiempo restante hasta su turno de asumir el trono, del que les distanciaba casi la mitad del ciclo, o sea, varios miles de años, en estabilizar los negocios.

Recapitulé, mientras repasaba la historia en mi mente. Désele entonces, ningún dragón ha concedido refugio a un jhereg, y ningún jhereg ha intentado cometer un asesinato en la casa de un Señor Dragón.

El Castillo Negro era el hogar de lord Morrolan e'Drien, de la Casa del Dragón.

* * *

—¿Cómo crees que lo hizo? —preguntó Kragar.

—¿Cómo coño voy a saberlo? Encontró una forma de convencer a Morrolan con engaños, seguro. Morrolan sería la última persona en Dragaera que permitiría a un jhereg fugado utilizar su casa.

—¿Crees que Morrolan le echará a patadas, cuando averigüe que le ha manipulado?

—Eso dependerá de cómo le haya engañado Mellar, pero si Morrolan le invitó a ir, nunca permitirá que sufra daño alguno ni le negará asilo, a menos que Mellar se colara sin invitación.

Kragar asintió y reflexionó un rato.

—Bien, Vlad —dijo por fin—, no se quedará eternamente.

—No, pero puede quedarse mucho tiempo. Bastará con que adopte una nueva identidad y descubra un buen sitio al que huir. No podemos tenerle vigilado durante

cientos de años, y puede permitirse el lujo de esperar tanto como quiera.

»Aún más —continué—, nosotros no podemos esperar más que unos pocos días. En cuanto la información se haga pública, estamos acabados.

—¿Crees que podemos disponer una red de seguimiento al rededor del Castillo Negro, para saber al menos cuándo se vaya?

Me encogí de hombros.

—Sospecho que a Morrolan no le importaría. Es posible que lo haga él mismo, si se irrita tanto por haber sido manipulado como yo espero, pero aún nos queda el problema del tiempo.

—Supongo que —dijo lentamente Kragar—, como Morrolan es amigo tuyo, no querrá, siquiera por esta vez...

—Ni tan sólo pienso preguntárselo. Bueno, lo haré, si la situación se hace desesperada, pero no creo que existan muchas posibilidades de que acceda. Era un Señor Dragón mucho antes de ser amigo mío.

—¿Crees que podríamos disimularlo como un accidente?

Medité sobre la posibilidad durante largo rato.

—No. Para empezar, el Demonio quiere que se sepa que los jheregs le mataron. De hecho, es el punto fundamental. Además, no estoy seguro de que sea posible. Ha de ser permanente, recuerda. Según las normas de Morrolan, podemos matarle tantas veces como queramos, mientras nos aseguremos de que pueda y sea resucitado a continuación. Cada día asesinan a alguien en el Castillo Negro, pero no se ha producido una muerte permanente desde que el edificio fue construido. Es absurdo provocar un accidente que no sea permanente. ¿Tienes idea de lo difícil que sería preparar un «accidente» que acabe con él sin posibilidad de resucitación? ¿Qué debo hacer, ponerle la zancadilla para que caiga sobre un cuchillo Morganti?

»Y otra cosa más —añadí—, si le matáramos así, no te quepa duda de que Morrolan volcará todos los medios a su alcance en la investigación. Se enorgullece mucho de su historial, y se sentiría probablemente «deshonrado» si alguien muriera, aunque fuera por accidente, en el Castillo Negro. —Meneé la cabeza—. Es un lugar muy extraño. ¿Sabes cuántos duelos se celebran cada día? Y todos con la condición de que no haya mandobles dirigidos a la cabeza, para poder proceder después a la revivificación. Lo comprueba todo él en persona, hasta veinte veces. Si Mellar sufriera un «accidente», existen grandes posibilidades de que terminara por descubrir lo ocurrido.

—De acuerdo —suspiró Kragar—. Me has convencido.

—Una cosa más. Sólo para desechar este método, o alguno parecido, será mejor que deje bien claro que considero a Morrolan un amigo, y no voy a permitir que sufra tal ofensa si puedo impedirlo. Le debo demasiado.

Estás perdiendo los papeles, jefe.

Cierra el pico, Loiosh. De todos modos, ya había terminado.

Kragar se encogió de hombros.

—Vale, me has convencido. ¿Qué podemos hacer?

—Aún no lo sé. Déjame pensar. Y si tienes más ideas, me las comunicas.

—Oh, de acuerdo. Alguien ha de pensar por ti. Lo cual me recuerda...

—¿Sí?

—Una buena noticia entre tanto desastre.

—¿De veras? ¿Cuál?

—Bien, ahora ya tenemos una excusa para hablar con lady Alieria. Al fin y al cabo, es prima de Morrolan, y según me han dicho está viviendo en su casa. Por lo que sé de ella, a propósito, no le va a hacer ninguna gracia que un jherreg haya engatusado a su primo. De hecho, si trabajamos bien, es probable que acabe siendo nuestra aliada.

Extraje una daga y empecé a jugar con ella, distraído, mientras pensaba.

—No está mal —admití—. Muy bien. Mi principal prioridad será verla a ella y a Morrolan.

Kragar meneó la cabeza con burlón pesar.

—No sé, jefe. Primero, lo de la brujería, y ahora, esto de Alieria. He estado dando vueltas a todas las ideas. Creo que estás patinando. ¿Qué cono harías sin mí?

—Habría muerto hace muchísimo tiempo. ¿Y qué?

Kragar rio y se levantó.

—Nada, nada. ¿Qué hacemos ahora?

—Comunicar a Morrolan que iré a verle.

—¿Cuándo?

—Ya. Trae un brujo para que se encargue de la teleportación. Tal como me siento ahora, no confío en mis conjuros.

Kragar salió, meneando la cabeza con tristeza. Guardé la daga y extendí un brazo hacia Loiosh. Voló y se posó sobre mi hombro. Me detuve junto a la ventana y contemplé las calles. Estaban silenciosas, casi sin transeúntes. Había pocos vendedores callejeros en esta parte de la ciudad y escaso tráfico hasta el anochecer. Para entonces, ya me encontraría en el Castillo Negro, unos trescientos kilómetros al noroeste.

Sabía que Morrolan iba a enfadarse con alguien. Sin embargo, al contrario que un dzur, un dragón airado es impredecible.

Esto podría ponerse realmente feo, jefe, comentó Loiosh.

Sí, lo sé, contesté.

7

«Habla siempre con educación a un dragón furioso»

Mi primera reacción años antes, al oír hablar del Castillo Negro, había sido de desprecio. Para empezar, el negro se considera el color de la brujería en Dragaera desde hace cientos de miles de años, y hace falta un poco de cara dura para ponerle ese nombre a tu casa. Por otra parte, está el hecho de que el castillo flota. Pende a un kilómetro y medio del suelo, y parece muy impresionante desde lejos. Era el único castillo flotante existente.

Debería mencionar que hubo muchos castillos flotantes antes del Interregnum. Creo que el conjuro no es muy difícil, si te preocupas de trabajarlo bastante. El motivo de que estén pasados de moda es el propio Interregnum. Un día, hace cuatrocientos años, la brujería dejó de funcionar... Así de sencillo. Si miras en los lugares adecuados de la campiña, verás todavía restos destrozados de lo que en otro tiempo fueron castillos flotantes.

Lord Morrolan e'Drien nació durante el Interregnum, que pasó casi todo en Oriente, estudiando brujería. Esto es muy raro en un dragaerano. Mientras los orientales aprovechaban el fracaso de la magia dragaerana para cambiar las tornas e invadirles a ellos, por una vez, Morrolan acumulaba en silencio talento y poder.

Después, cuando Zerika, de la Casa del Fénix, surgió de los Senderos de la Muerte con el Orbe aferrado en sus manos pequeñas y codiciosas, Morrolan estaba a su lado, ayudándola a ganar el trono. Después, fue un elemento clave en la derrota de los orientales, y ayudó a curar las plagas que habían dejado a su espalda como recuerdo de su visita.

Todo ello conspiraba para que fuera más tolerante con los orientales de lo que es normal en un dragaerano, en especial un Señor Dragón. Fue ese, en parte, el motivo de que acabara trabajando para él de forma permanente, después de que casi nos matamos mutuamente la primera vez que nos encontramos. Pequeños malentendidos y todo eso.

Poco a poco, comprendí que lord Morrolan merecía tener una casa llamada Castillo Negro (aunque a él le hubiera importado un chillido de teckla mi opinión, en cualquier caso). También llegué a comprender parte del motivo de su nombre.

Debéis comprender que los Señores Dragones, sobre todo cuando son jóvenes (si habéis prestado atención, os habréis dado cuenta de que Morrolan tenía menos de quinientos años) tienden a ser..., ¿cómo lo diría?, excitables. Morrolan sabía muy bien que llamara su fortaleza de aquella manera era algo pretencioso, y también sabía que, de vez en cuando, habría personas que se burlarían de él. Cuando eso sucedía, las retaba a duelo y las mataba con gran placer.

Lord Morrolan, de la Casa del Dragón, era uno de los poquísimos nobles que merecían el apelativo. Le he visto exhibir la mayoría de los atributos que uno espera en un noble: cortesía, bondad, honor. Debo decir asimismo que es uno de los más sanguinarios bastardos que he conocido en mi vida.

* * *

Me dio la bienvenida al Castillo Negro, como siempre, lady Teldra, de la Casa del Issola. Ignoro qué le pagaba Morrolan por sus servicios como comité de recepción y servicio de bienvenidas. Lady Teldra era alta, hermosa y elegante como un dzur. Sus ojos eran tiernos como ala de iorich, y su paso era reposado, fluido y delicado como el de una bailarina de la corte. Caminaba con el porte relajado y confiado de una, bien, de una issola.

Hice una reverencia y ella me la devolvió, junto a un torrente de chismes sin sentido que me alegraron mucho de haber ido, y que casi me hicieron olvidar mi misión.

Me acompañó a la biblioteca, donde Morrolan estaba sentado sobre un grueso tomo o libro mayor, del que iba tomando notas.

—Entre —dijo Morrolan.

Lo hice y me incliné ante él. Me saludó.

—¿Qué sucede, Vlad?

—Problemas —dije, mientras lady Teldra volvía como un rayo a ocupar su posición cerca de la entrada del castillo—. ¿Para qué crees que he venido? No pensarás que me he tomado la molestia por una fruslería, ¿verdad?

Se permitió un sonrisa y extendió el brazo derecho hacia Loiosh, que voló hacia él y aceptó que le rascara la cabeza.

—Claro que no —contestó—. En la fiesta del otro día, sólo acudió una ilusión de ti.

—Exacto. Muy observador. ¿Está Alierá?

—Por ahí. ¿Por qué?

—El problema también la incluye a ella. Y a propósito, Sethra también debería venir, si está disponible. Será más fácil explicarlo a todos a la vez.

Morrolan enarcó las cejas un momento; después, cabeceó.

—De acuerdo. Alieria ya viene, y avisará a Sethra.

Alieria llegó casi al instante, y Morrolan y yo nos levantamos. Dedicó a cada uno una breve reverencia. Morrolan era un poco alto para ser dragaerano. Su prima Alieria, sin embargo, era la dragaerana más baja que había conocido; podrían haberla confundido con un humano alto. Molesta por tal circunstancia, tenía la costumbre de llevar vestidos demasiado largos, y enmendaba la diferencia a base de levitar, en lugar de caminar. Había quienes hacían comentarios despectivos al respecto. No obstante, Alieria era poco rencorosa. Casi siempre los resucitaba después.

Tanto Morrolan como Alieria poseían algunas características típicas de los dragones, los pómulos altos, las caras más bien enjutas y las frentes afiladas de la Casa, pero tenían poco más en común. El cabello de Morrolan era negro como el mío, mientras que el de Alieria era dorado; raro en un dragaerano y casi insólito en un Señor Dragón. Por lo general, los ojos de Alieria eran verdes, otra rareza, pero los he visto cambiar de verde a gris, y en ocasiones al azul hielo. Cuando los ojos de Alieria viran al azul, voy con mucho cuidado.

Sethra apareció justo después de ella. ¿Qué puedo decir sobre Sethra Lavode? Los que creen en ella dicen que ha vivido diez mil años (algunos dicen veinte mil). Otros afirman que es un mito. Lllaman a su vida sobrenatural, sienten su aliento incorrupto. La pintan de negro en la magia, de gris en la muerte.

Me sonrió. Todos los presentes éramos amigos. Morrolan portaba a Varanegra, que mató a mil en el Muro de la Tumba de Baritt. Alieria portaba a Exploradora, que según se decía servía a un poder más alto que el Imperio. Sethra portaba a Llamahelada, que contenía el poder de la Montaña. Yo me portaba a mí mismo, y bastante bien, gracias.

Todos nos sentamos y convertimos en iguales.

—Y bien, Vlad —dijo Morrolan—. ¿Qué hay de nuevo?

—Mi ira —contesté.

Arqueó las cejas.

—Espero que no vaya dirigida contra nadie conocido.

—De hecho, contra uno de tus invitados.

—¿De veras? Qué desgracia para los dos. ¿Puedo preguntar quién es?

—¿Conoces a un tal lord Mellar, un jherreg?

—Pues sí. Da la casualidad de que sí.

—¿Puedo interrogarte acerca de las circunstancias?

(Una risita). *Ya empiezas a hablar como él, jefe.*

Cierra el pico, Loiosh.

Morrolan se encogió de hombros.

—Me avisó hace unas semanas de que había adquirido cierto libro en el que yo

estaba interesado, y concertamos una cita para que lo trajera. Llegó hace..., déjame pensar..., hace tres días. Desde entonces, es mi invitado.

—Supongo que habrá traído el libro.

—Tu suposición es correcta. —Morrolan indicó el tomo que estaba leyendo cuando yo entré. Miré la cubierta, pero llevaba un símbolo que no reconocí.

—¿Cuál es?

Me miró un momento, como si se preguntara si yo era de confianza, o quizá si debía permitir que le interrogara. Volvió a encogerse de hombros.

—«Brujería preimperial».

Silbé en señal de respeto, y también de sorpresa. Paseé una rápida mirada a mi alrededor, pero ninguno de los demás pareció sorprenderse por la revelación. Era probable que lo supieran desde el primer momento. No paraba de averiguar cosas sobre la gente, cuando pensaba que ya la conocía.

—¿Está enterada la emperatriz de tu pequeña afición? —pregunté.

Sonrió levemente.

—Siempre me olvido de comentárselo. —Guardó silencio.

—¿Desde cuándo la estudias?

—¿La brujería preimperial? Me interesa desde hace unos cien años, más o menos. De hecho, no me cabe duda de que la emperatriz lo sabe; no es un secreto tan bien guardado. Nunca lo he reconocido de manera oficial, por supuesto, pero es un poco como poseer una espada Morganti; si necesitaran una excusa para acosar a un tipo, ya la tienen. Por lo demás, no es fácil que le molesten por eso. A menos que empiece a usarla.

—O a menos que se trate de un jherég —murmuré.

—Estábamos en eso, ¿no?

Volví al tema principal.

—¿Por qué se quedó Mellar aquí, después de entregarte el libro?

Morrolan compuso una expresión pensativa.

—¿Te molestará mucho si te pregunto a qué viene todo esto?

Paseé la vista a mi alrededor una vez más y vi que Sethra y Alieria también estaban interesadas. Alieria estaba sentada en el sofá, con un brazo sobre el respaldo y una copa de vino en la otra mano (¿de dónde la había sacado?), sostenida de forma que la luz de la lámpara del techo se reflejaba en el cristal y arrojaba hermosas configuraciones sobre su mejilla. Me inspeccionó con frialdad desde debajo de sus párpados, con la cabeza algo ladeada.

Sethra me miraba fijamente. Había elegido una butaca negra de respaldo recto que se fundía con su vestido, y su piel pálida, no muerta, brillaba. Noté cierta tensión en ella, como si abrigara la sensación de que algo desagradable iba a ocurrir. Conociendo a Sethra, era probable.

Morrolan estaba sentado al otro extremo del sofá, relajado, y sin embargo, daba la impresión de que estaba posando para un cuadro. Sacudí la cabeza.

—Te lo diré si insistes —contesté—, pero prefiero averiguar un poco más antes, para tener una idea mejor sobre lo que estoy hablando.

—¿O sobre cuánto te apetece contarnos? —preguntó con dulzura Alieria.

No pude reprimir una sonrisa.

—Debería señalar —dijo Morrolan— que si precisas nuestra ayuda, deberás contarnos toda la historia.

—Soy consciente de ello.

Morrolan consultó la opinión de los demás con una mirada. Alieria se encogió de hombros con su copa de vino, como si le diera absolutamente igual. Sethra asintió una vez...

Morrolan se volvió hacia mí.

—Muy bien. Vlad. ¿Qué deseas saber, exactamente?

—¿Cómo es que Mellar se quedó aquí después de entregarte el libro? No sueles invitar a jheregs a tu casa.

Morrolan se permitió otra sonrisa.

—Con algunas pocas excepciones —replicó.

Algunos somos especiales.

Cierra el pico, Loioosh.

—El conde Mellar se puso en contacto conmigo hace cuatro días —explicó—. Me informó de que obraba en su poder un volumen que tal vez me interesara, y sugirió cortésmente que se dejaría caer por aquí para dármelo.

Le interrumpí.

—¿No te pareció extraño que lo entregara en persona, en lugar de utilizar un correo?

—Sí, me pareció extraño, pero al fin y al cabo, el libro es ilegal, y presumí que no quería informar a nadie más de que lo tenía. A fin de cuentas, todos sus empleados son jheregs. ¿Cómo iba a confiar en ellos? En cualquier caso —continuó—, daba la impresión de que el conde era un individuo muy educado. Hice algunas investigaciones y descubrí que era de confianza, pese a ser un jhereg. Después de decidir que no causaría problemas, le invité a cenar conmigo y los demás invitados, y aceptó.

Lancé una rápida mirada en dirección a Sethra y Alieria. Sethra meneó la cabeza, para indicar que no había estado presente. Alieria parecía moderadamente interesada. Asintió.

—Me acuerdo de él —comentó—. Era aburrido.

Después de aquella condena definitiva, me volví hacia Morrolan, que prosiguió.

—La cena fue bastante bien y no me arrepentí de invitarle a la cena general. Debo

admitir que algunos de mis invitados más groseros, que tienen mala opinión de los jheregs, intentaron provocarle de una manera u otra, pero se mostró muy cordial y procuró evitar problemas.

»Por lo tanto, le invité a quedarse diecisiete días, si quería. Admito que me quedé un poco asombrado cuando aceptó, pero supuse que deseaba gozar de unas breves vacaciones. ¿Qué más deseas saber?

Levanté la mano para pedir un momento de misericordia, mientras meditaba sobre la información. ¿Podría ser...? ¿Cuáles eran las posibilidades? ¿Hasta qué punto podía estar seguro Mellar?

—¿Tienes idea de cómo consiguió el libro, para empezar? —pregunté.

Morrolan negó con la cabeza.

—La única condición que puso para entregarlo fue que no intentara averiguar cómo lo había conseguido. En un tiempo, ocupó un lugar en mi biblioteca, ¿sabes? «Voló», como dirías tú. Debo añadir que eso ocurrió antes de que empezara a mejorar mi sistema de seguridad.

Asentí. Por desgracia, todo encajaba bastante bien.

—¿Y no despertó tus sospechas? —pregunté.

—Supuse que lo había robado un jhereg, por supuesto, pero, como sabrás mejor que yo, este sujeto pudo recibir «legítimamente» el libro de mil maneras diferentes. Por ejemplo, el tipo que lo robó tal vez se encontró con que no podía venderlo de una manera segura, y el conde Mellar le debió de dar garantías de que yo jamás averiguaría los detalles del delito. Los jheregs son propensos a actuar de esta manera, ya sabes.

Lo sabía.

—¿Cuándo te robaron ese libro?

—¿Cuándo? Déjame pensar... Unos... diez años, creo.

—Maldición —mascullé—. Así que Kragar tenía razón.

—¿Qué pasa, Vlad? —preguntó Alier. Ahora sí que se mostraba interesada.

Miré a los tres. ¿Cómo iba a plantearlo? Experimenté un súbito impulso de contestar «No, nada», levantarme y averiguar si podía llegar a la puerta sin que me detuvieran. No me hacía ninguna gracia que aquel trío se enfureciera, siendo yo el portador de malas noticias y todo eso. No pensaba que ninguno de ellos fuera a hacerme daño, pero...

Intenté pensar en un acercamiento indirecto, en vano.

¿Alguna sugerencia, Loiosh?

Diles la verdad, jefe. Después, telepórtate.

No puedo teleportarme con la rapidez suficiente. ¿Alguna sugerencia seria, Loiosh?

Nada. Había encontrado una manera de cerrarle el pico. Dadas las circunstancias, mi alegría por aquel logro se vio bastante enturbiada.

—Te está utilizando, Morrolan —dije de sopetón.

—¿Me está «utilizando»? ¿Cómo, si se puede saber?

—Mellar ha huido de los jheregs. Se ha hospedado aquí por un solo motivo: sabe que ningún jhereg podrá tocarle mientras sea huésped de un Señor Dragón.

Morrolan frunció el ceño. Percibí que una tormenta se estaba formando en el horizonte.

—¿Estás seguro? —preguntó con calma. Asentí.

—Creo que —dije poco a poco— si hicieras algunas averiguaciones, descubrirías que fue el propio Mellar quien se apoderó del libro, o contrató a alguien para que lo hiciera. Todo encaja. Sí, estoy seguro.

Desvié la vista hacia Alier. Estaba mirando a Morrolan, con expresión de sorpresa. La fina diletante de unos segundos antes había desaparecido.

—¡Qué cara más dura! —estalló.

—Oh, sí, la tiene muy dura —dije. Sethra intervino.

—Vlad, ¿cómo pudo saber Mellar que iba a ser invitado a hospedarse en el Castillo Negro?

Suspiré para mis adentros. Había confiado en que nadie me hiciera esa pregunta.

—Ningún problema. Debió de realizar un estudio sobre Morrolan para averiguar qué debía hacer en orden a ser invitado. Lamento decirlo, Morrolan, pero eres bastante predecible en ciertos aspectos.

Morrolan me dirigió una mirada de desagrado, pero, por suerte, no percibí otro efecto. Observé que Sethra estaba acariciando distraídamente la empuñadura de Llamahelada. Me estremecí. Los ojos de Alier habían virado a gris. Morrolan tenía una expresión sombría. Se levantó y empezó a pasear delante de nosotros. Alier, Sethra y yo guardamos silencio.

—¿Estás seguro de que sabe que los jheregs le persiguen? —preguntó, al cabo de dos viajes.

—Lo sabe.

—¿Y estás seguro de que ya sabía que le iba a invitar cuando se puso en contacto conmigo por primera vez?

—Lo planeó así, Morrolan. Aún diré más: a tenor de las pruebas que poseemos, lo planeó todo hace unos diez años, como mínimo.

—Entiendo. —Sacudió la cabeza lentamente. Apoyó la mano sobre el pomo de Varanegra, y volví a estremecerme—. Sabes cómo pienso acerca del trato y seguridad de mis invitados, ¿verdad? —preguntó al cabo de un rato.

Asentí.

—Entonces, serás consciente de que no podemos hacerle daño de ninguna manera, al menos hasta que finalicen los diecisiete días.

Volví a asentir.

—A menos que se vaya por voluntad propia —indiqué.

Me miró con aire suspicaz.

Aliera habló en aquel momento.

—No vas a permitir que se salga con la suya, ¿verdad? —preguntó.

Su voz delataba apenas una insinuación de enojo. De pronto, deseé poseer la habilidad de Kragar para pasar desapercibido.

—Durante el día de hoy, querida prima, y los trece días siguientes, estará perfectamente a salvo. Después —su voz adquirió un tono duro y frío— es dragaerano muerto.

—No puedo proporcionarte los detalles —dije—, pero dentro de trece días habrá perjudicado de una forma irremediable a los jheregs.

Morrolan se encogió de hombros, y Aliera hizo un ademán despectivo.

—¿Y qué? ¿A quién le importaban los jheregs?

Observé que Sethra asentía, como si comprendiera.

—Y dentro de trece días —indicó—, se habrá marchado.

Aliera agitó la cabeza y se levantó. Apartó la capa a un lado y bajó la mano hacia el pomo de Exploradora.

—Que intente esconderse —dijo.

—Se te escapa lo principal —dijo Sethra—. No dudo que tú y Exploradora seáis capaces de seguirle. Digo que, con el tiempo que ha tenido, os lo va a poner difícil, como mínimo. Tardaríais días en encontrarle si, por ejemplo, huye a Oriente. Y en el ínterin —su voz adquirió un tono cortante— habrá logrado utilizar a un dragón para esconderse de los jheregs.

Sus palabras impresionaron a los otros dos, y no me gustó. Había algo más que me molestaba.

—Aliera, ¿estás segura de que no podría hacer nada para impedir que le encontraras con Exploradora? Parece absurdo que haya planeado durante tanto tiempo un plan tan complicado, para luego permitir que tú y Morrolan le sigáis y matéis.

—Como tal vez recuerdes —contestó ella—, sólo hace unos meses que tengo a Exploradora, y muy poca gente sabe que poseo un Arma Definitiva. No pudo contar con eso. Como no la tenía, imaginó que podría escapar.

Acepté la explicación. Sí, era posible. Por más meticulosos que sean tus planes, siempre existe la posibilidad de que pases por alto algo importante. El nuestro es un negocio arriesgado.

Aliera se volvió hacia Morrolan.

—No creo que debamos esperar a que pasen esos diecisiete días —dijo.

Morrolan desvió la vista.

Allá va, jefe.

Lo sé, Loiosh. Esperemos que Sethra sea capaz de manejar la situación..., y quiera.

—¿No ves —continuó Alier— que este, este jherég, está intentando convertirte en un simple guardaespaldas que le proteja de su propia Casa?

—Soy muy consciente de ello, Alier, te lo aseguro —respondió en voz baja Morrolan.

—¿Y no te molesta? ¡Ha deshonrado a toda la Casa del Dragón! ¿Cómo se atreve a utilizar a un Señor Dragón?

—¡Ja! —exclamó Morrolan—. ¿Cómo se atreve a utilizarme? Es bastante obvio que se atreve, e igualmente evidente que se ha salido con la suya.

La mirada de Morrolan estaba clavada en ella. La estaba retando o esperando a ver si ella le retaba. En cualquier caso, decidí, no importaba demasiado.

—Aún no se ha salido con la suya —apuntó Alier, sombría.

—¿Qué significa eso? —preguntó Morrolan.

—Justo lo que he dicho. Que aún no se ha salido con la suya. Ha dado por sentado que, como invitado tuyo, puede insultarte todo cuanto quiera sin que nadie le toque.

—Y está en lo cierto —contestó Morrolan.

—Ah, ¿sí? ¿Estás seguro?

—Por completo.

Alier sostuvo su mirada unos instantes.

—Si tú optas por hacer caso omiso del insulto contra tu honor, es tu problema, pero cuando se insulta a toda la Casa del Dragón, también es el mío.

—No obstante —repuso Morrolan—, como el insulto ha sido transmitido por mi mediación, me corresponde a mí el derecho y la obligación de vengarlo, ¿no crees?

Alier sonrió. Se reclinó en la silla, la viva imagen de alguien que acaba de quitarse todas sus preocupaciones de encima.

—¡Estupendo! —dijo—. Así que le matarás, a fin de cuentas.

—Desde luego —contestó Morrolan, y enseñó los dientes—, dentro de trece días.

Miré a Sethra para ver cuál era su reacción. Aún no había dicho nada, pero la expresión de su cara estaba lejos de ser complacida. Esperaba que mediara entre ambos si las cosas se ponían feas. Sin embargo, al mirarla, me pregunté si lo iba a hacer.

Alier ya no sonreía. Su mano se cerró sobre el pomo de Exploradora y sus nudillos se pusieron blancos.

—Eso equivale a no hacer nada —explicó—. No permitiré que un jherég...

—No le tocarás, Alier —cortó Morrolan—. Mientras yo viva, ningún huésped de mi casa temerá por su vida. Me da igual quién sea o por qué esté aquí; mientras le haya recibido de buen grado, podrá considerarse a salvo.

»He acogido a mis enemigos en mi mesa, y les he retado a duelos Morganti. He visto a la Nigromántica hablar tranquilamente con uno que había sido enemigo suyo

durante seis encarnaciones. He visto a Sethra —la señaló con un gesto— sentarse frente a un Señor Dzur que había jurado destruirla. No te permitiré a ti, mi propia sobrina, que arrastres mi nombre por el barro, que me obligues a quebrantar mi juramento. ¿Así piensas proteger el honor de la Casa del Dragón?

—Oh, sigue hablando, gran protector del honor —replicó Alier—. ¿Por qué no llegar hasta el final? Pon un cartel delante de los barracones de los jheregs y anuncia que siempre estarás dispuesto a proteger a cualquiera que desee huir de sus asesinos a sueldo.

Morrolan no hizo caso del sarcasmo.

—¿Puedes explicarme cómo vamos a defender el honor de la Casa si sus miembros no hacen honor ni tan siquiera a sus propias palabras?

Alier meneó la cabeza y continuó en voz más baja.

—¿No ves, Morrolan, que existe una diferencia entre los códigos de honor y su práctica procedentes de las tradiciones de la Casa del Dragón, y tu costumbre personal? No me opongo a que observes tus pequeñas costumbres. Me parece estupendo, pero no se encuentran al mismo nivel de las tradiciones de la Casa.

Morrolan asintió.

—Lo entiendo, Alier, pero no estoy hablando de una «costumbre». Juré convertir el Castillo Negro en un refugio. Sería diferente si estuviéramos, por ejemplo, en la Montaña Dzur.

Alier sacudió la cabeza.

—No te comprendo. Quieres vivir guiándote por tu juramento, por supuesto, pero eso no significa que debas permitir que te utilicen, a ti y a la Casa. No sólo vive protegido por tu juramento, abusa de él.

—Cierto —admitió Morrolan—, pero temo que nuestro sujeto tenga razón. No existe la menor posibilidad de que rompa mi juramento, y él lo sabe. Me sorprende que no lo comprendas.

Decidí que había llegado el momento de intervenir.

—Me parece que...

—Silencio, jhereg —replicó Alier—. Esto no te concierne.

Me lo volví a pensar.

—No es que no pueda comprenderlo —dijo Alier a Morrolan—. Es que creo que te has equivocado de prioridad.

Morrolan se encogió de hombros.

—Lamento que creas eso.

Equivocó sus palabras. Alier se levantó, y vi que sus ojos habían virado al azul hielo.

—Da la casualidad de que no es mi juramento, sino el tuyo. Si ya no fueras el dueño del Castillo Negro, el problema no existiría, ¿verdad? ¡No recuerdo que tu

juramento impida a tus huéspedes atacarte!

La mano de Morrolan, que aferraba el pomo de Varanegra, se puso blanca. Loiosh se escondió bajo mi capa. A mí me habría gustado imitarle.

—Es cierto —dijo Morrolan con serenidad—. Ataca.

Sethra habló por primera vez, con parsimonia.

—¿Debo recordarte las leyes de los invitados, Alieria?

Alieria no contestó. Estaba de pie, con la espada en la mano, y miraba sin pestañear a Morrolan. Pensé que no quería atacar a Morrolan; quería que Morrolan la atacara. No me sorprendió su siguiente afirmación.

—Y las leyes de los invitados se aplican a todos los anfitriones. Incluso si afirman ser dragones, pero carecen de valor para vengar un insulto proferido contra todos nosotros.

Casi funcionó, pero Morrolan logró controlarse. Su tono hizo la competencia al color de sus ojos.

—Puedes considerarte afortunada de que me ciña a esa norma, y que seas una invitada como ese jherég, aunque está claro que él sabe más acerca de la cortesía que un huésped debe a su anfitrión.

—¡Ja! —gritó Alieria, y desenvainó a Exploradora.

—Mierda —dije.

—De acuerdo, Morrolan, en lo concerniente a mí, te libero de tu juramento. De todos modos, da igual, porque prefiero ser una dragón muerta que una teckla viva.

Exploradora se erguía como una vara verde corta, que latía levemente.

—No parece darte cuenta, prima, de que no tienes poder sobre mi juramento.

Sethra se puso en pie. Gracias a los Señores del Discernimiento, no había desenfundado a Llamahelada. Se interpuso con calma entre ambos.

—Los dos os equivocáis —dijo—. Ninguno tiene la intención de atacar al otro, y ambos lo sabéis. Alieria quiere que Morrolan la mate, lo cual protege su honor y rompe el juramento de él, para que de esta forma pueda matar a Mellar. Morrolan quiere que Alieria le mate, para que rompa las normas sobre los invitados y pueda matar a Mellar. Yo, sin embargo, no tengo la menor intención de permitir que os matéis o deshonréis, para que podáis olvidar las provocaciones.

Permanecieron un momento inmóviles. Después, la sombra de una sonrisa pasó por los labios de Morrolan. También por los de Alieria. Loiosh se asomó y volvió a ocupar su posición sobre mi hombro derecho.

Sethra se volvió hacia mí.

—Vlad —dijo—, ¿no es cierto que tú eres...? —Calló, reflexionó y probó de huevo—. ¿... que conoces a la persona que ha de matar a Mellar?

Me masajee el cuello y descubrí que estaba bastante tenso.

—Supongo que podría ponerle la mano encima —repliqué con sequedad.

—Bien. Quizá deberíamos empezar a pensar todos en una forma de ayudar a ese tipo, en lugar de maneras de matarnos mutuamente.

Morrolan y Alieria fruncieron el ceño al pensar en la idea de ayudar a un jhereg, y luego se encogieron de hombros.

Elevé una breve oración de agradecimiento a Verra por haber pensado en solicitar la presencia de Sethra.

—¿Cuánto tiempo puede esperar el asesino? —preguntó Sethra.

¿Cómo *cono* había averiguado tanto?, me pregunté, por enésima vez desde que la conocía.

—Tal vez unos pocos días —contesté.

—Muy bien. ¿En qué podemos ayudarle?

Me encogí de hombros.

—Lo único que se me ocurre es lo que Alieria insinuó antes: seguir su rastro con Exploradora. El problema consiste en que hemos de encontrar una forma de empujarle a marchar pronto sin obligarle, por supuesto.

Alieria volvió a sentarse, pero Morrolan dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Teniendo en cuenta las circunstancias —dijo—, no me parece correcto incluirme en esto. Confío en que ninguno de vosotros —dirigió una mirada significativa a Alieria— quebrantará mi promesa, pero creo que sería incorrecto conspirar contra mi propio invitado. Si me disculpáis...

Hizo una reverencia y salió.

Alieria retomó el hilo de la conversación.

—¿Te refieres a engañarle para que se vaya?

—Algo así. No sé, arrojarle un conjuro para que se considere a salvo. ¿Es posible?

Sethra pareció meditar, pero Alieria se adelantó antes de que pudiera hablar.

—No, no es posible. Creo que podría hacerse, pero, para empezar, Morrolan lo detectaría. En segundo lugar, no podemos utilizar ninguna forma de magia contra él sin violar el juramento de Morrolan.

—¡Por el Desastre de Adron! —exclamé—. ¿Quieres decir que tampoco podemos engañarle?

—No, no —dijo Alieria—. Tenemos las manos libres para convencerle de que se vaya por voluntad propia, aunque tengamos que mentir para conseguirlo, pero no podemos utilizar magia contra él. Morrolan no ve ninguna diferencia entre, pongamos por caso, desintegrarle mediante un rayo de energía o utilizar un implante mental para obligarle a marchar.

—Oh, fantástico —dije—. Supongo que ninguna de las dos tenéis alguna idea sobre cómo lograrlo.

Ambas menearon la cabeza.

Me levanté.

—Muy bien. Vuelvo a mi oficina. Os ruego que penséis en ello y me aviséis si encontráis un método.

Asintieron y se sentaron, enzarzadas ya en una discusión. Pensé que no existían muchas posibilidades de que sacaran algo en claro. Eran muy buenas en sus especialidades respectivas, pero el asesinato no era ninguna de ellas. Por otra parte, tal vez me llevara una sorpresa. En cualquier caso, era muchísimo mejor que trabajaran conmigo que contra mí.

Hice una reverencia y me fui.



«No existe preparación suficiente»

Regresé a mi oficina y permití a mi estómago recuperarme de las secuelas de la teleportación. Al cabo de diez minutos, me puse en contacto con mi secretario.

Haz el favor de decirle a Kragar que entre, comuniqué.

Pero, jefe, si entró hace cinco minutos.

Levanté la vista y le vi sentado en su lugar habitual, con aire inocente.

Da igual.

Meneé la cabeza.

—Ojalá dejaras de hacer eso.

—¿El qué?

Suspiré.

—Kragar, Alieria desea ayudarnos.

—Estupendo. ¿Ya tenéis un plan?

—No, sólo el principio de uno, pero Alieria y, a propósito, Sethra Lavode intentan imaginar el resto.

Pareció impresionado.

—¿Sethra? No está mal. ¿Qué ha pasado?

—Nada..., apenas.

—¿Eh?

Le hice un resumen de lo ocurrido.

—Por lo tanto —concluí—, hemos de pensar cómo vamos a obligar a Mellar a marcharse antes.

—Bueno —dijo en tono pensativo—, podrías consultar con el Demonio.

—Oh, claro. Y si no tiene ninguna idea, se lo preguntaré a la emperatriz, y...

—¿Qué hay de malo en consultar al Demonio? Como has de hablar con él de todos modos, ¿por qué no aprovechar la op...?

—¿Qué dices que voy a hacer?

—El Demonio quiere encontrarse contigo de inmediato. Llegó un mensaje justo antes que tú.

—¿Por qué quiere encontrarse conmigo?

—No lo dijo. Quizá ha obtenido alguna información.

—Información que podía haberse limitado a enviar. Maldita sea, será mejor que no me dé prisas. Ya me conoce.

—Desde luego —resopló Kragar—, pero ¿qué vas a hacer al respecto si ya lo ha decidido?

—Así están las cosas, ¿no?

Asintió.

—¿Cuándo y dónde? No, déjame que adivine, a la misma hora y en el mismo sitio, ¿no?

—Más o menos. En el mismo lugar, pero a mediodía.

—¿A mediodía? Pero si ya es... —Callé, me concentré un momento y obtuve la hora. ¡Por el Gran Mar del Caos, si faltaba apenas media hora para mediodía! Toda la conversación había durado menos de una hora. ¡Yerra!

—Eso significa que va a invitarme a comer, ¿verdad?

—Exacto.

—Y también significa que no tenemos tiempo para preparar algo, por si él ha preparado algo.

—Exacto, una vez más. ¿Sabes una cosa, Vlad? Estaríamos en nuestro derecho si nos negáramos a encontrarnos con él. No tienes ninguna obligación.

—¿Crees que es una buena idea?

Pensó unos momentos, y luego sacudió la cabeza.

—Yo tampoco —dije.

—Bien, ¿quieres que coloque a uno de los muchachos como si fuera un cliente? Quizá podríamos situar a una o dos personas...

No. A estas alturas, ya estará sobre aviso, y no podemos permitir que ocurra eso. Indicaría que no confiamos en él. Lo cual es cierto, claro, pero...

Sí, lo sé.

Se encogió de hombros y cambió de tema.

—Acerca de ese asunto de Alier y Sethra, ¿tienes alguna idea de cómo van a convencer a Mellar de que abandone el Castillo Negro?

—Bueno, podríamos invitarle a una reunión de negocios.

Kragar lanzó una risita.

—Otra idea —dijo.

—No sé. Ese ha sido el problema desde el principio, ¿no?

—Uh uh.

Me encogí de hombros.

—Ya se nos ocurrirá algo. Por cierto, si es posible averiguar algo más sobre los orígenes de Mellar, adelante. Me gustaría descubrir alguno de sus puntos débiles ahora mismo.

Kragar asintió.

—Sería estupendo, ¿eh?

Salió de algún sitio, maldita sea. La información que nos proporcionó el Demonio no empieza hasta que se unió a los jheregs. No sabemos nada de lo de antes.

—Lo sé, pero ¿cómo vamos a descubrir algo más que el Demonio?

—No lo sé... ¡Sí! ¡Ya lo tengo! ¡Alier! En eso quería que nos ayudara, y luego se me olvidó pedírselo.

—Pedirle ¿qué?

—Bien, entre otras cosas, se especializa en investigación genética.

—¿Y?

—Pues dime: ¿en qué Casa nació Mellar?

—Supongo que en la jhereg. ¿No opinas lo mismo?

—Carecemos de motivos para estar seguros. Si es la jhereg, existe la posibilidad de que Alier nos pueda conducir hasta sus padres, y podríamos empezar a investigar a partir de ahí. Si no, la información ya sería valiosa per se, y quizá nos guiaría en otra dirección.

—De acuerdo. Creo que el Demonio no podría descubrirlo. ¿Vas a ponerte en contacto con ella, o quieres que concierte otra cita?

Lo pensé antes de contestar.

—Conciértala —decidí—. Mientras se prolongue la confusión, procederemos con formalidad. Fijala para esta noche, si es posible. Si sigo vivo. Di que le investigue.

—De acuerdo. Me ocuparé de ello. Si has muerto, me disculparé en tu nombre.

—Oh, fantástico. Me has quitado un gran peso de encima.

* * *

Una vez más, me puse de espaldas a la puerta. Mi brazo derecho estaba próximo a la copa de vino. Podría desenfundar una daga de mi brazo izquierdo y lanzarla con la puntería suficiente para atravesar el tapón de una botella de vino a cinco metros de distancia en menos de medio segundo. Loiosh tenía la vista clavada en la puerta. Yo era muy consciente de que, si me iban a eliminar, ninguna de aquellas cosas me serviría de nada.

No obstante, tenía las palmas de las manos secas. Se debía a tres motivos: primero, había vivido muchas situaciones en que debí reaccionar a toda velocidad para salvar el pellejo. Segundo, consideraba muy poco probable que el Demonio quisiera eliminarme. Hay maneras mucho más sencillas de hacerlo, y en esta ocasión estaba seguro de que todo era legal. Y tercero, no paraba de secarme las manos en las perneras de los pantalones.

Aquí viene, jefe.

¿Solo?

Dos guardaespaldas, pero se han quedado junto a la puerta.

El Demonio ocupó en silencio el asiento opuesto al mío.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Cómo va todo?

—Va. Recomiendo el tsalmoth con mantequilla de ajo.

—Como queráis.

Llamó a un camarero, que atendió nuestra solicitud con suficiente respeto para indicar que, al menos, sabía quién era yo. El Demonio escogió un vino *Nyroth* joven para acompañar la comida, y de paso me demostró que también sabía algo sobre gastronomía.

—La situación es cada vez más apremiante, Vlad. ¿Puedo llamarle Vlad?

Dile que no, jefe.

—Por supuesto. —Lancé una risita—. Yo te llamaré «Demonio».

Sonrió, sin demostrar lo mucho que le había molestado el comentario.

—Como estaba diciendo, la situación es cada vez más grave. Al parecer, se ha enterado ya demasiada gente. Las mejores brujas de la Mano Izquierda han deducido que un pez gordo está interesado en encontrar a Mellar, pero no hubo forma de evitarlo. Por otra parte, algunas personas están intrigadas por los recortes que hemos debido efectuar en nuestras operaciones. Sólo falta que alguien sume dos y dos, y la situación se agravará a marchas forzadas.

—De manera que...

Me interrumpí cuando llegó la sopa. Por puro reflejo, pasé un momento mi mano izquierda por encima, pero no estaba envenenada, claro. El veneno es torpe e impredecible, y pocos dragaeranos poseen conocimientos sobre el metabolismo de los orientales, así que no debía preocuparme por esa posibilidad.

Continué cuando el camarero se alejó.

—¿Quieres decir que he de darme prisa?

Reprimí mi irritación. Lo último que deseaba, a este lado de la Puerta de la Muerte, era que el Demonio intuyera mi enojo.

—La máxima posible, sin correr el riesgo de cometer equivocaciones. Sin embargo, no es eso lo que deseaba. Sé que procedes con la mayor rapidez posible.

Por supuesto. Decidí que la sopa era sosa.

—Hemos averiguado algo que tal vez te interese —continuó.

Esperé.

—Mellar se ha refugiado en el Castillo Negro.

Esperó mi reacción y, como no se produjo, continuó.

—Nuestros brujos rompieron el cerco hace dos horas y se pusieron en contacto con tu gente. Por lo tanto, ya te puedes olvidar de Oriente. La razón de que no

lográramos localizarle durante tanto tiempo reside en que el Castillo Negro se encuentra a unos trescientos kilómetros de Adrilankha..., aunque todo esto ya lo sabes, ¿no? Trabajas para Morrolan, ¿verdad?

—¿Trabajar para él? No, consto en su nómina como consultor de seguridad, pero nada más.

Asintió. Tomó un poco de sopa.

—No pareciste sorprenderte cuando te dije dónde estaba.

—Muchas gracias.

El Demonio me informó de que tenía dientes y levantó su copa a modo de saludo. Dicen los sabios que sonreír procede de una antigua forma de enseñar los dientes. Mientras los Jhereg no muestran sus dientes, los Jhereg sí.

—¿Lo sabías? —preguntó el Demonio a bocajarro.

Asentí.

—Estoy impresionado —dijo—. Actúas con rapidez.

Seguí esperando, mientras terminaba la sopa. Aún no sabía por qué me había convocado, pero estaba seguro de que no era para felicitarme por mis fuentes de información, o para proporcionarme información que habría podido enviar mediante un correo.

Levantó la copa y examinó su interior, le dio vueltas lentamente y bebió. De repente, me recordó a la Nigromántica.

—Vlad —dijo—, creo que tal vez nos encontremos ante un conflicto de intereses.

—¿De veras?

—Bien, todo el mundo sabe que eres amigo de Morrolan. Morrolan ha dado asilo a Mellar. Da la impresión de que sus objetivos y los nuestros no apuntan en la misma dirección.

Seguí callado. El camarero apareció con el plato principal. Lo investigué, y empecé. El Demonio fingió no darse cuenta de mi gesto. Yo fingí no darme cuenta de que él hacía lo mismo.

Prosiguió, después de engullir y emitir el consabido murmullo de satisfacción.

—La situación podría ponerse muy desagradable para Morrolan.

—No veo cómo, a menos que pienses desencadenar otra guerra Dragón-Jhereg. Y Mellar, pese a lo que ha hecho, no vale tanto.

Ahora fue el Demonio quien guardó silencio. Noté un hueco en el estómago.

—No puede valer tanto como para desencadenar otra guerra Dragón-Jhereg —dije, muy poco a poco.

El demonio continuó en silencio.

Sacudí la cabeza. ¿Seguiría adelante y trataría de liquidar a Mellar en el castillo de Morrolan? ¡Dioses! ¡Estaba diciendo que sí! Lanzaría a todos los dragones de Dragaera sobre nuestras cabezas. Sería peor que la última. Era el reinado de los fénix,

lo cual favorecía la posición de los dragones en el ciclo. Cuanto más alta se encuentra una Casa, más propende el hado a favorecerla. No sé ni el cómo ni el porqué, pero así es. El Demonio también lo sabía.

—¿Por qué? —pregunté.

—En este momento —contestó lentamente—, no creo que haya necesidad de desencadenar esa guerra. Creo que puede soslayarse, por eso estoy hablando contigo. Pero también diré esto: si me equivoco, y las únicas opciones que se me ocurren son permitir que Mellar se salga con la suya o iniciar otra guerra, iniciaré la guerra. ¿Por qué? Porque si hay una guerra, la situación empeorará, sí, empeorará muchísimo, pero luego se terminará. Sabemos a qué nos exponemos esta vez, y estamos preparados. Oh, claro, padeceremos graves perjuicios, tal vez gravísimos, pero a la larga nos recuperaremos, dentro de unos miles de años.

»Por otra parte, si Mellar se sale con la suya, no habrá fin. Mientras la Casa jhereg perdure, tendremos que enfrentarnos a los ladrones codiciosos de nuestros fondos. Quedaremos tullidos para siempre.

Sus ojos se convirtieron en estrechas rendijas, y vi que apretaba los dientes un momento.

—Yo fui el artífice de nuestra recuperación después del Desastre de Adron. Yo convertí una Casa rota y decaída en un negocio viable. Puedo aceptar que mi obra retroceda mil años, o diez mil si es necesario, pero no permitiré que quedemos debilitados para siempre.

Se reclinó en la silla. Asimilé sus palabras. Lo peor era que tenía razón. Si yo estuviera en su lugar, creo que tomaría la misma decisión. Meneé la cabeza.

—Tienes razón —dije—. Tenemos un conflicto de intereses. Si me concedes el tiempo suficiente, terminaré mi trabajo, pero no permitiré que liquides a alguien en el Castillo Negro. Lo siento, pero así son las cosas.

Asintió, pensativo.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—No lo sé. En cuanto abandone el Castillo Negro, le cazaré, pero aún no he encontrado una manera de hacerle salir.

—¿Bastarán dos días? Reflexioné.

—Tal vez —dije por fin—, pero puede que no.

Asintió y guardó silencio.

Utilicé un trozo de pan sólo algo pasado para untar lo que quedaba de mantequilla de ajo (nunca he dicho que fuera un buen restaurante).

—¿Qué se te ha ocurrido para impedir la guerra Dragón-Jhereg? —le pregunté.

Meneó la cabeza lentamente. No iba a proporcionarme más información al respecto. En cambio, hizo una seña al camarero y pagó.

—Lo siento —dijo, mientras el camarero se alejaba—. Tendremos que hacerlo sin

tu colaboración. Podrías habernos sido de mucha ayuda.

Se levantó y caminó hacia la puerta.

Observé que el camarero volvía con el cambio. Le disuadí con un ademán distraído. Fue entonces cuando lo comprendí. El Demonio había previsto que este desenlace era posible, pero quería darme la oportunidad de salvarme. Mierda. Noté que se iniciaban las oleadas de pánico, pero las rechacé. No me iría de aquel local, decidí, hasta que llegara ayuda. Busqué contacto con Kragar.

El camarero no había captado mi señal y seguía acercándose. Cuando estaba a punto de indicarle con un gesto que se fuera, Loiosh gritó una advertencia en mi mente. Distinguí el movimiento casi al mismo tiempo. Empujé la mesa y busqué mi daga, al tiempo que Loiosh saltaba de mi hombro para atacar. También supe, en aquella fracción de segundo, que era demasiado tarde. El cálculo de tiempo había sido perfecto, la emboscada, profesional. Me volví, con la esperanza de llevarme por delante, al menos, al asesino.

Se oyó un gorgoteo mientras me volvía y levantaba. En lugar de lanzarse sobre mí, el «camarero» se desplomó contra mí, y luego continuó hasta el suelo. Llevaba un enorme cuchillo de cocina en la mano, y la punta de una daga sobresalía de su garganta.

Miré a mi alrededor cuando empezaron los chillidos. Tardé un poco, pero por fin localicé a Kragar, sentado a una mesa a pocos metros de la mía. Se puso en pie y caminó hacia mí. Noté que mis piernas empezaban a temblar, pero no me permití derrumbarme en la silla hasta estar seguro de que el Demonio se había marchado.

Así era. Sus guardaespaldas también; habrían salido por la puerta antes de que el cadáver del asesino cayera al suelo. Muy prudente, desde luego. Si alguno de sus muchachos se hubiera quedado en el local, *ya* estaría muerto. Loiosh volvió a mi hombro, y percibí que paseaba la vista por la sala, como para acobardar a cualquier culpable. A estas alturas, ya no quedaría ninguno. Se había arriesgado, y casi había funcionado.

Me senté y temblé un rato.

—Gracias, Kragar. ¿Estuviste aquí desde el primer momento?

—Sí. De hecho, me miraste directamente un par de veces. Al igual que los camareros. Al igual que el Demonio —añadió con acritud.

—Kragar, la próxima vez que te apetezca desobedecer mis órdenes, hazlo.

Me dedicó una sonrisa típica.

—Vlad, nunca confíes en alguien que se hace llamar demonio.

—Lo recordaré.

Los guardias imperiales aparecerían dentro de pocos minutos, y había que hacer algunas cosas antes de que llegaran. Aún temblaba a causa de la adrenalina sin usar cuando me acerqué a la cocina, la crucé y llegué a la oficina de la parte trasera. El

propietario, un dragaerano llamado Nethrond, estaba sentado detrás de su escritorio. Había sido mi socio desde que había aceptado la mitad del local a cambio de una cantidad exorbitante que me debía. Supongo que no tenía motivos de peso para quererme, pero aun así...

Entré y me miró como si estuviera contemplando a la Muerte personificada. Y estaba en lo cierto, claro. Kragar me seguía y se detuvo en el umbral para asegurarse de que nadie viniera a pedir a Nethrond que firmara un pedido de peregil o algo por el estilo.

Observé que temblaba. Estupendo. Yo, ya no.

—¿Cuánto te pagó, cadáver?

—(Gulp) ¿Pagarme? ¿A quién...?

—Ya sabes —dije como si tal cosa— que has sido un podrido tramposo desde que te conozco. Por eso te metiste en esto. Bien, ¿cuánto te pagó?

—P-p-p-p-pero si nadie...

De repente, agarré su garganta con mi mano izquierda. Noté que mis labios formaban la clásica sonrisa burlona jhereg.

—Tú eres el único, aparte de mí, autorizado para contratar a la gente que trabaja aquí. Hoy, había un camarero nuevo. Yo no le contraté, por lo tanto fuiste tú. Dio la casualidad de que era un asesino. Como camarero, era todavía peor que los idiotas que contratas para ahuyentar a los clientes. Bien, creo que sus principales cualificaciones como camarero eran los imperiales que recibiste por contratarle. Quiero saber cuántos.

Intentó negar con la cabeza, pero le tenía bien cogido. Quiso verbalizar la negativa, pero mi mano estranguló las palabras. Intentó tragar saliva; aflojé algo la presa para que pudiera. Abrió la boca, volvió a cerrarla, la abrió y dijo:

—No sé de qué...

Descubrí con cierta sorpresa que aún no había enfundado la daga que había sacado cuando el ataque. Era una bonita herramienta: casi toda punta, y de unos dieciocho centímetros de largo. Cabía bien en mi mano derecha, lo cual es un poco extraño en las armas dragaeranas. La utilicé para pincharle en el esternón. Apareció una pequeña mancha de sangre, que empapó su indumentaria blanca de chef. Emitió un leve chillido y dio la impresión de que iba a perder el conocimiento. Yo recordaba a la perfección nuestra primera conversación, cuando le informé de que era su nuevo socio y bosquejé con todo cuidado lo que ocurriría si nuestra sociedad no funcionaba. Era de la Casa Jhegaala, pero estaba llevando a cabo una buena imitación de la Teckla.

Entonces, asintió, y consiguió pasarme una bolsa que tenía al lado. No la toqué.

—¿Cuánto contiene? —pregunté.

—M— mil imperiales, m-mi señor...

Lancé una breve carcajada.

—Ni siquiera es suficiente para comprar mi parte. ¿Quién te abordó? ¿Fue el asesino, el Demonio o un esbirro?

Cerró los ojos, como si deseara que yo desapareciera. Le concedí la ilusión un momento.

—Fue el Demonio —dijo en un susurro.

—¡Vaya! Bien, me halaga que se interese por mí hasta ese punto.

Empezó a sollozar.

—Y te garantizó que yo moriría, ¿verdad?

Asintió, apesadumbrado.

—¿Y te garantizó protección?

Volvió a asentir.

Sacudí la cabeza con tristeza.

* * *

Llamé a Kragar para teleportarnos a nuestra oficina. Contempló el cadáver con rostro inexpresivo.

—Es una pena que ese sujeto se suicidara, ¿verdad? —comentó.

No tuve otro remedio que mostrarme de acuerdo.

—¿Alguna señal de guardias?

—No. Acabarán llegando, pero nadie tiene prisa por llamarlos, y no es su barrio favorito para patrullar.

—Bien. Volvamos a casa.

Empezó a manipular el teleportador. Me volví hacia el cadáver.

—Nunca confíes en alguien que se hace llamar demonio —le dije.

Las paredes desaparecieron a nuestro alrededor.

9

«No puedes recomponerlo si antes no lo destrozás»

A lo largo de los años he desarrollado un ritual al que me someto después de un intento de asesinato. Primero, vuelvo a mi oficina con el medio de transporte más rápido. Después, me siento ante mi despacho y clavo la vista en la lejanía durante un ratito. Después, me pongo mal, muy mal. Luego, vuelvo a mi escritorio y tiemblo un rato.

A veces, cuando estoy solo y tembloroso, aparece Cawti y me lleva a casa. Si no he comido, me da de comer. Si esto funciona, me lleva a la cama.

Esta era la cuarta vez que casi habían cercenado por la mitad mi ración de años. En esta ocasión no pude dormir, porque Alier me estaba esperando. Cuando me recobré lo suficiente para poder andar, entré en la habitación de atrás para teleportarme. Soy un brujo lo bastante bueno para hacerlo yo mismo cuando es necesario, si bien por lo general no me tomo la molestia. Esta vez no me sentía con ánimos de llamar a nadie más. No era que desconfiara de ellos... Bueno, quizá sí.

Extraje mi daga encantada (una daga barata, de segunda mano, pero mejor que el acero normal) y empecé a dibujar con cuidado los diagramas y símbolos que no son necesarios para teleportarse, pero tranquilizan la mente cuando uno cree que su magia no es todo lo que debería ser.

Cawti me besó antes de partir y dio la impresión de que se demoraba un poco más de lo necesario. O tal vez no. En aquel momento, me sentía extraordinariamente sensible.

La teleportación funcionó de maravilla y me dejó en el patio. Giré en redondo cuando llegué, y casi devuelvo la comida en el intento. No, no había nadie detrás de mí.

Caminé hacia las enormes puertas dobles del castillo, sin dejar de mirar a mi alrededor. Las puertas se abrieron ante mí, y tuve que reprimir el impulso de huir a toda prisa.

¿Quieres calmarte, jefe?

No.

Nadie va a atacarte en el Castillo Negro.

¿Y qué?

¿A qué viene tanto nerviosismo?

Me hace sentir mejor.

Bien, a mí me molesta una barbaridad.

Aguántate.

Tómalo con calma, ¿vale? Yo te cuidaré.

No lo dudo, es que estoy nervioso, ¿vale?

No.

Te jodes.

No obstante, tenía razón. Decidí tranquilizarme un poco mientras saludaba a lady Teldra. Fingió que no era extraño que la obligara a precederme cinco pasos. Confiaba en lady Teldra, desde luego, pero podía ser una impostora, a fin de cuentas. Bien, podía serlo, ¿no?

Me encontré frente a los aposentos de Alieria. Lady Teldra me dedicó una reverencia y se marchó. Di una palmada, y Alieria dijo que entrara. Abrí la puerta de par en par y salté a un lado. No me arrojaron nada, así que eché un vistazo al interior.

Alieria estaba sentada junto a la cabecera de la cama, con la vista clavada en el infinito. Observé que, pese a su postura, aún podía desenvainar a Exploradora. Examiné el cuarto con suma atención.

Entré y moví una silla para dar la espalda a la pared. Los ojos de Alieria se clavaron en mí, con expresión perpleja.

—¿Pasa algo, Vlad?

—No.

Pareció confusa, y después intrigada.

—Estás muy seguro —dijo.

Asentí. Si debía liquidar a alguien desde aquella posición, ¿cómo me las iba a ingeniar? Veamos...

Alieria levantó la mano de repente, y reconocí el gesto de cuando se arroja un conjuro.

Loiosh siseó indignado cuando rodé por el suelo y Rompehechizos se soltó.

De todos modos, no reconocí los hormigueos que produce Rompehechizos cuando intercepta magia dirigida contra mí. Seguí tendido, con la vista fija en Alieria, que me observaba con atención.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Alieria.

—¿Qué era ese conjuro?

—Quería investigar tus antecedentes genéticos —replicó con sequedad—. Buscaba algunos genes teckla latentes.

Sufrí un ataque de histeria. Aquello me había desmadejado por completo. Me senté en el suelo, con el cuerpo tembloroso a causa de las carcajadas, y noté que las

lágrimas inundaban mi cara. Estoy seguro de que Alier se puso a imaginar cómo podía recomponerme o curarme.

Cuando por fin me tranquilicé, me sentía mucho mejor. Volví a la silla y recuperé el aliento. Sequé las lágrimas de mi cara, sin dejar de reír. Loiosh voló hacia Alier, lamió su oreja derecha y regresó a mi hombro.

—Gracias —dije—. Me ha sido de gran ayuda.

—¿Cuál era el problema?

Meneé la cabeza y me encogí de hombros.

—Alguien intentó matarme hace un rato —expliqué.

Pareció más confusa que nunca.

—¿Y?

Casi logró que volviera a estallar en carcajadas, pero me contuve con un gran esfuerzo.

—Son mis genes teckla latentes —dije.

—Entiendo.

¡Dioses! ¡Qué pesadilla! Ya me estaba saliendo, de todos modos. Volví a pensar en los negocios. Debía asegurarme de que Mellar no pasara por lo que yo acababa de pasar.

—¿Conseguiste practicar tu especialidad con Mellar? —pregunté.

Asintió.

—¿Lo detectó?

—Ni por asomo.

—Estupendo. ¿Averiguaste algo interesante?

Pareció extrañarse de nuevo, como cuando había entrado.

—Vlad, ¿qué te hizo pensar en sus genes? —preguntó—. Es una pequeña especialidad mía, pero todo el mundo tiene sus pequeñas especialidades. ¿Por qué pensaste en eso?

Me encogí de hombros.

—No he conseguido descubrir nada sobre sus orígenes, y pensé que tú podrías averiguar algo sobre sus padres que nos fuera de ayuda. No es algo que se descubra con facilidad, ya sabes. Por lo general, no me cuesta nada averiguar todo lo necesario sobre una persona, pero este tipo no es normal.

—¡Estoy de acuerdo contigo! —dijo con vehemencia.

—¿Qué significa eso? ¿Has descubierto algo?

Cabeceó significativamente en dirección al bar. Se levantó y fue en busca de una botella de vino del desierto de Ailour, y me la enseñó. La sostuvo un momento, ejecutó un veloz conjuro para refrescarla y me la devolvió. La abrí y serví. Alier bebió.

—He descubierto algo, en efecto.

—¿Estás segura de que no lo ha detectado?

—No había activado ningún conjuro protector, y es muy fácil de hacer.

—¡Bien! ¿Qué es?

Sacudió la cabeza.

—¡Es espantoso, dioses!

—¿Qué es? ¿Quieres decírmelo ya? Eres tan mala como Loiosh.

Recuerda eso la próxima vez que te acuestes y encuentres un teckla muerto sobre tu almohada.

No le hice caso. Alieria no mordió el anzuelo. Se limitó a menear la cabeza, como perpleja.

—Vlad —dijo lentamente— tiene genes dragón.

Asimilé la información.

—¿Estás segura? ¿No te cabe la menor duda?

—Ninguna. Si hubiera querido dedicar más tiempo, te habría dicho hasta qué rama de dragones. Pero eso no es todo: es un híbrido.

—¿De veras? —me limité a decir.

Los híbridos eran raros, y casi ninguna Casa los aceptaba, excepto la Jhereg. Por otra parte, los trataban mejor que a los orientales, de manera que no iba a derramar amargas lágrimas por aquel sujeto.

Alieria asintió.

—Es evidente que lleva tres Casas en sus genes. Dragón y Dzur por un lado, Jhereg por el otro.

—Hummm. Entiendo. No sabía que podías identificar genes jheregs. Pensaba que eran una mezcla de todas las demás Casas.

Sonrió.

—Si consigues una mezcla, como dices tú, que se perpetúe durante las generaciones suficientes, llega a ser identificable como algo en y de por sí.

Sacudí la cabeza.

—Esto me sobrepasa. Ni siquiera sé cómo puedes localizar un gen, y mucho menos reconocerlo como asociado a una Casa en particular.

Se encogió de hombros.

—Es algo así como una sonda mental, sólo que no investigas la mente. Has de profundizar mucho más, por supuesto. Por eso es tan difícil de detectar. Todo el mundo se da cuenta si examinan su mente, a menos que lo haga un experto, pero que sondeen tu dedo es más difícil de captar.

Me vino a la mente la imagen de la emperatriz, con el Orbe dando vueltas alrededor de su cabeza, un dedo extendido y diciendo: «¡Habla ya! ¿Dónde estabas escondido?». Lancé una risita y me perdí las siguientes palabras de Alieria.

—Perdona, Alieria. ¿Qué has dicho?

—He dicho que determinar la Casa de una persona es fácil si sabes lo que buscas. Sabrás que cada animal es diferente, y...

—¡Espera un momento! «Cada animal es diferente», claro, pero no estamos hablando de animales, sino de dragaeranos. —En ese punto, reprimí un comentario desagradable, pues Alieria no parecía estar de humor.

—Por favor, Vlad —contestó—. Los nombres de las Casas no son casuales.

—¿Qué quieres decir?

—Por ejemplo, ¿cómo crees que la Casa del Dragón recibió su nombre?

—Siempre supuse que se debía a que poseéis caracteres similares a los de un dragón. Sois irritables, reptilianos, acostumbrados a saliros con la vuestra...

—¡Buf! Supongo que yo me lo he buscado, carroñero. Pues estás equivocado. Como soy de la Casa del Dragón, significa que si retrocedes unos cientos de miles de generaciones, encontrarás auténticos dragones en mi linaje.

¿Y estás orgullosa de eso?, pensé, pero no lo dije. Debí de aparentar tanta sorpresa como sentía, a tenor de sus siguientes palabras.

—Pensaba que lo sabías.

—Es la primera vez que lo oigo, te lo aseguro. ¿Quieres decir, por ejemplo, que los chreotas descienden de auténticos chreotas?

Compuso una expresión de perplejidad.

—No descienden, exactamente. Es un poco más complicado. En principio, todos los dragaeranos surgieron del mismo linaje, pero las cosas cambiaron cuando... ¿Cómo te lo explico? Bien, ciertos, um, seres dominaban Dragaera. Era una raza llamada jenoine. Utilizaban a la raza dragaerana, y a los orientales, debería añadir, como base para practicar experimentos genéticos. Cuando se marcharon, los dragaeranos se dividieron en tribus basadas en un parentesco natural, y las Casas se formaron a partir de estos grupos después de la fundación del Imperio por Kieron el Conquistador.

No añadió «mi antepasado», pero lo oí igual.

—Los experimentos llevados a cabo con dragaeranos incluyeron la utilización de animales salvajes de la zona como almacén genético.

La interrumpí.

—Pero los dragaeranos no se pueden cruzar con esos animales, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿cómo...?

—No sabemos cómo lo hicieron. Hacia ello he encauzado mis investigaciones, y aún no lo he descubierto.

—¿Qué hicieron esos... jenine...?

—Je-no-i-ne.

—Jenoine. ¿Qué hicieron a los orientales?

—No estamos seguros, si quieres que te diga la verdad. Una teoría popular es que les proporcionaron capacidad psiónica.

—Hummm. Fascinante. Alier, ¿has pensado alguna vez que los dragones y los orientales quizá procedan del mismo linaje?

—No seas absurdo —replicó con sequedad—. Los dragaeranos y los orientales no pueden entrecruzarse. De hecho, algunas teorías afirman que los orientales no son nativos de Dragaera, sino que fueron traídos por los jenoine de algún otro lugar, para utilizarlos como controles de sus ensayos.

—¿Controles?

—Sí. Proporcionaron a los orientales capacidades psiónicas equivalentes, o casi, a las de los dragaeranos. Después, empezaron a experimentar con los dragaeranos, y se sentaron a ver qué se hacían mutuamente las dos razas.

Me estremecí.

—¿Quieres decir que esos jenoine aún podrían estar por ahí, observando...?

—No. Han desaparecido. No todos fueron destruidos, pero apenas vienen ya a Dragaera..., y cuando lo hacen, ya no pueden dominarnos como antes. De hecho, Sethra Lavode destruyó a uno hace muy pocos años.

Mi mente voló a mi primer encuentro con Sethra. Parecía un poco preocupada, y dijo «Ahora no puedo abandonar la Montaña Dzur». Y más tarde, dio la impresión de que estaba agotada, como si hubiera participado en un combate. Otro viejo misterio aclarado.

—¿Cómo fueron destruidos? ¿Se rebelaron los dragaeranos contra ellos?

Meneó la cabeza.

—Además de la genética, tenían otros intereses. Uno de ellos era el estudio del Caos. Nunca sabremos con seguridad lo que pasó, pero, en esencia, un experimento se descontroló, o bien se produjo una disputa entre algunos grupos, y ¡bum! Tenemos un Gran Mar del Caos, algunos dioses nuevos y ningún jenoine más.

Ya tenía bastante de lecciones de historia por aquel día. No podía negar que me interesaban. En realidad, no era mi historia, pero me fascinaba.

—Recuerda lo que le pasó a Adron hace unos años, a menor escala. Ya sabes, lo que creó el Mar del Caos, el Interregnum... ¿Alier?

Me miraba de una forma extraña, sin decir nada.

Se hizo la luz en mi mente.

—¡Ya! —dije—. ¡Es la brujería preimperial! La brujería de los jenoine. —Me detuve lo suficiente para sentir un escalofrío, cuando comprendí las implicaciones—. No me extraña que el Imperio disuada a la gente de estudiarla.

Alier asintió.

—Para ser más precisa, la brujería preimperial es la manipulación directa del caos en bruto; doblegarlo a voluntad propia.

Me estremecí otra vez.

—Suenan bastante peligrosos.

Aliera se encogió de hombros, pero no añadió nada más. Ella lo veía desde un punto de vista diferente, por supuesto. Yo sabía que el padre de Aliera no era otro que el propio Adron, que había volado por accidente la antigua ciudad de Dragaera y creado un mar de caos en su emplazamiento.

—Espero que Morrolan no planea otro número como el de tu padre —dije.

—No podría.

—¿Por qué no? Todavía utiliza brujería preimperial...

Miera hizo una bonita mueca.

—Corregiré lo que he dicho antes. La brujería preimperial no es, exactamente, la manipulación directa del caos; falta un paso. La manipulación directa es otra cosa..., y eso es lo que hacía Adron. Poseía la capacidad de utilizar, en realidad, la capacidad de crear caos. Si combinas eso con las habilidades de la brujería preimperial...

—¿Morrolan no posee la capacidad de crear caos? Pobre tío. ¿Cómo puede vivir sin ella?

Aliera lanzó una risita.

—Es una habilidad que no se puede adquirir. Va incluida en los genes. Por lo que yo sé, sólo retiene esa capacidad el linaje e'Kieron de la Casa del Dragón, si bien se dice que Kieron nunca la usó.

—Me preguntó cómo interactúa la herencia genética con la reencarnación del alma.

—De una forma extraña.

—Ah. Bien, eso explica de dónde proceden las Casas dragaeranas. Me sorprende que los jenoine perdieran el tiempo apareando un animal como el jherreg con algunos dragaeranos —dije.

Te debo otra, jefe.

Cierra el pico, Loioosh.

—Es que no lo hicieron —repuso Aliera.

—¿Eh?

—Manipularon a los jherregs y descubrieron un método de insuflar inteligencia a un cerebro del tamaño de una nuez roja, pero nunca inyectaron genes jherreg a los dragaeranos.

¿Ves, Loioosh? Tendrías que estar agradecido a los jenoine, pues...

Cierra el pico, jefe.

—Creí que habías dicho...

—Los jherregs son una excepción. No empezaron como una tribu, al contrario que los demás.

—Entonces, ¿cómo?

—Bien, hemos de regresar a los días en que el Imperio se formó. De hecho, hemos de remontarnos todavía más. Por lo que sabemos, en un principio había hasta treinta tribus distintas de dragaeranos. No conocemos el número exacto, puesto que los registros se han perdido.

»A la larga, muchas se extinguieron. Por fin, quedaron dieciséis tribus. Bueno, quince, más una tribu de los teckla, que carecía de importancia.

—Inventaron la agricultura —indiqué—. Algo es algo.

Aliera desechó el comentario con un ademán despectivo.

—Kieron el Conquistador, junto con un grupo de los mejores chamanes de aquella época, convocaron a las tribus, o a una parte de cada tribu, y se unieron para expulsar a los orientales de las mejores tierras.

—Para trabajarlas —dije.

—Además de las tribus, había multitud de desterrados. Muchos procedían de la tribu del Dragón, tal vez porque los dragones ponían el listón más alto que los demás.

Irguió la cabeza cuando dijo lo último. No hice caso.

—Fuera como fuera —continuó—, había muchos desterrados, que vivían en pequeños grupos. Mientras las demás tribus se unieron bajo el mando de Kieron, cierto exdragón llamado Dolivar logró unificar a la mayoría de aquellos grupos independientes, mediante el expediente de matar a los líderes que se opusieron a su idea.

»Se unieron, pues, y empezaron a llamarse «la tribu de los jheregs», lo cual me parece de lo más sarcástico. Vivían, principalmente, a costa de las demás tribus: robaban, saqueaban, y luego huían. Hasta tenían algunos chamanes.

—¿Por qué no se unieron las demás tribus para exterminar los? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Muchas tribus estaban dispuestas, pero Kieron necesitaba exploradores y espías para la guerra lanzada contra los orientales, y los jheregs eran los únicos aptos.

—¿Por qué accedieron a colaborar los jheregs?

—En mi opinión —replicó con sequedad—, Dolivar decidió que era preferible a ser exterminado. Se entrevistó con Kieron antes de que comenzara la Larga Marcha, y llegaron al acuerdo de que, si su «tribu» colaboraba, se integraría en el Imperio cuando la guerra terminara.

—Entiendo. De esta forma, los jheregs se integraron en el Ciclo. Interesante.

—Sí. También fue la causa de la muerte de Kieron.

—¿A qué te refieres?

—Al trato: la tensión de obligar a las tribus a adherirse al acuerdo desapareció después de la guerra, y las demás tribus consideraron que los jheregs ya no les servían de nada. Fue asesinado por un grupo de guerreros y chamanes lyorns, tras decidir que era el responsable de algunos problemas causados por los jheregs al Imperio.

—Así que se lo debemos todo a Kieron el Conquistador, ¿eh?

—A Kieron y a ese jefe jhereg llamado Dolivar, que forzó el acuerdo, y después obligó a los miembros de su tribu a aceptarlo.

—¿Por qué será, me pregunto, que nunca había oído hablar de ese líder jhereg? No conozco ninguna Casa que guarde registros de él, y da la impresión de que debían considerarle una especie de héroe.

—Oh, si buscas bien, le encontrarás. Como sabes mejor que yo, a los jheregs se les da una higa los héroes. Los lyorns guardan registros de su historia.

—¿Así averiguaste todo esto?

Aliera meneó la cabeza.

—No, lo descubrí hablando con Sethra. Y yo me acordaba de otras cosas, por supuesto.

—¿Qué?

Aliera asintió.

—Sethra vivía en aquel entonces, como Sethra. Hay quien calcula su edad en diez mil años. Es un error. Falta una pequeña multiplicación por veinte. Es más vieja que el Imperio, literalmente.

—¿Eso es imposible, Aliera! ¿Doscientos mil años? ¡Es ridículo!

—Díselo a la Montaña Dzur.

—Pero... ¿y tú? ¿Cómo te acuerdas?

—No seas idiota, Vlad. Regresión, por supuesto. En mi caso, recuerdo de vidas anteriores. ¿Pensabas que la reencarnación era sólo un mito, o una creencia religiosa, como la vuestra?

Sus ojos brillaban de una manera extraña, mientras se esforzaba por asimilar la última información.

—Lo he visto con mis propios ojos. Lo he vivido de nuevo.

»Yo estaba presente, Vlad, cuando Kieron cayó en una emboscada planeada por un exdragón llamado Dolivar, que había sido hermano de Kieron antes de caer en desgracia, él y toda la tribu. Dolivar fue torturado y expulsado.

»Yo también compartí la culpabilidad, como Sethra. Sethra debía paralizar a los yendi, pero fracasó..., a propósito. Lo vi, pero no dije nada. Quizá eso me convirtió en responsable de la muerte de mi hermano. No sé...

—¿Tu hermano!

Aquello era demasiado.

—Mi hermano —repitió ella—. Empezamos como una familia: Kieron, Dolivar y yo.

Se volvió hacia mí y sentí una corriente de aire en mis oídos, mientras escuchaba sus relatos circulares, que no me atrevía a rechazar como mitos o desvaríos.

—Yo era un chamán en aquella vida —dijo—, y creo que bastante bueno. Era un

chamán, y Kieron era un guerrero. Aún sigue en los Senderos de los Muertos, Vlad. He hablado con él. Me reconoció.

»Éramos tres. El chamán, el guerrero... y el traidor. Cuando Dolivar nos traicionó, ya no le consideramos un hermano. Era un jhereg, hasta el fondo de su alma.

»Su alma... —Su voz se quebró—. Sí —continuó—. «Extraña» es la forma correcta de definir la manera en que la herencia de un cuerpo interactúa con la reencarnación del alma. Kieron nunca volvió a reencarnarse. He nacido en un cuerpo que desciende del hermano de mi alma. Y tú —me dirigió una mirada insondable, pero de repente supe lo que se avecinaba. Quise gritar que no lo dijera, pero, desde hacía milenios, Alier siempre era más rápida que yo—, tú te convertiste en un oriental, hermano.

10

«El error de un hombre es la oportunidad de otro»

Una jodienda después de otra.

Regresé a mi oficina y pasé un rato mirando a nada en concreto. Necesitaba tiempo, tal vez días, para adaptarme a aquella información. En cambio, me quedaban unos diez minutos.

—Vlad —dijo Kragar—. ¡Oye, Vlad!

Levanté la vista. Al cabo de un momento, la dirigí a Kragar, que estaba sentado frente a mí y parecía preocupado.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Eso era lo que yo me estaba preguntando.

—¿En?

—¿Algo va mal?

—Sí. No. Coño, Kragar, no lo sé.

—Parece serio.

—Lo es. Todo mi mundo se ha venido abajo, y aún no sé cómo. —Me incliné hacia él y agarré su justillo—. Te diré una cosa, viejo amigo: si valoras en algo tu cordura, nunca, pero nunca, sostengas una conversación sincera con Alier.

—Parece muy serio.

—Sí.

Permanecimos en silencio un momento.

—Kragar —dije después.

—¿Sí, jefe?

Me mordí la lengua. Nunca había abordado el tema antes, pero...

—¿Cómo te sentiste cuando te expulsaron a patadas de la Casa del Dragón?

—Aliviado —contestó sin vacilar—. ¿Por qué?

Suspiré.

—Da igual.

Intenté cambiar de estado de ánimo, y casi lo logré.

—¿Qué piensas, Kragar?

—Me estaba preguntando si has descubierto algo —dijo, con aire inocente.

¿Si había descubierto algo?, me pregunté. El interrogante empezó a dar vueltas en mi cabeza, y me oí reír. Vi que Kragar me miraba de una forma peculiar: preocupado. Seguí riendo. Intenté parar, pero no pude. *¡Ja! ¿Había descubierto algo?*

Kragar se inclinó sobre el escritorio y me abofeteó una vez..., con fuerza.

Corta, jefe, dijo Loioosh.

Me calmé.

Para ti es muy fácil decirlo, contesté. *No acabas de averiguar que, en otro tiempo, fuiste todo lo que detestas, el tipo exacto de persona que desprecias.*

¿Y qué? No acabas de descubrir que eras un tonto de capirote, sino que un pseudodios decidió divertirse un poco con tus antepasados, ladró Loioosh.

Comprendí que tenía razón. Me volví hacia Kragar.

—Ya estoy bien. Gracias.

Aún parecía preocupado.

—¿Estás seguro?

—No.

Puso los ojos en blanco.

—Fantástico. Bien, si eres capaz de reprimir tu histeria, ¿qué averiguaste?

Casi me dio la histeria otra vez, pero me controlé antes de que Kragar me abofeteara de nuevo. ¿Qué había averiguado? Bien, no iba a contarle aquello, lo otro, ni lo de más allá. ¿Qué quedaba? Ah, claro.

—Averigüé que Mellar es el producto de tres Casas —dije. Le informé sobre aquella parte de la conversación.

Meditó sobre la información.

—Interesante —dijo—. Un dzur, ¿eh? Y un dragón. Ummm. Bien, ¿por qué no investigas sobre su rama dzur, y yo me ocupo de la dragón?

—Creo que sería más sensato hacerlo al revés, pues tengo cierta relación con los dragones.

Me miró fijamente.

—¿Estás seguro de que deseas utilizar esas relaciones en este preciso momento? —preguntó.

Oh. Me lo pensé y asentí.

—De acuerdo, investigaré los archivos dzur. ¿Qué crees que deberíamos buscar?

—No estoy seguro —dijo.

Ladeó la cabeza durante unos instantes, como si pensara en algo o hubiera establecido contacto psiónico. Aguardé.

—Vlad ¿tienes idea de lo que significa ser un híbrido?

—¡Sé que no es tan malo como ser oriental!

—¿No?

—¿Adonde quieres ir? Sabes muy bien lo que he tenido que aguantar.

—Oh, claro. Mellar no va a tener tantos problemas como tú, pero imagina que heredó el verdadero espíritu de cada Casa. ¿Tienes idea de lo irritante que sería para un dzur ver negado el lugar que le corresponde en la lista de héroes de la Casa, si fuera lo bastante bueno para ganárselo? ¿O que a un dragón le negaran el derecho a mandar todas las tropas que su competencia le permitiera? La única Casa que le aceptaría es la nuestra, Vlad, por los Infiernos, y algunos jherreg le obligarían a comer bosta de dragón. Sí, Vlad, tú lo tienes peor, pero él estaría convencido de que tiene derecho a lo mejor.

—¿Y yo no?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Supongo —admití—. Te entiendo. ¿Hacia dónde diriges tus tiros?

Kragar compuso una expresión de perplejidad.

—No lo sé con exactitud, pero tiene que obrar un efecto en este personaje.

Asentí.

—No lo olvidaré.

—Muy bien. Empezaré ahora mismo.

—Estupendo. Ah, ¿podrías pedirle a Daymar que te prestara ese cristal con la cara de Mellar? Tal vez quiera utilizarlo.

—Claro. ¿Cuándo lo necesitas?

—Mañana por la mañana me irá bien. Me tomo la noche libre. Empezaré mañana.

Los ojos de Kragar expresaron simpatía, lo cual era raro.

—Claro, jefe. Me quedaré aquí. Hasta mañana.

* * *

Comí mecánicamente y di gracias a los Señores del Discernimiento de que aquella fuera la noche que le tocaba a Cawti cocinar y lavar platos. Creo que yo no habría sido capaz.

Después de cenar, me levanté y fui a la sala de estar. Me senté y empecé a meditar sobre todo tipo de cosas. No llegué a ninguna conclusión. Al cabo de un rato, Cawti entró y se sentó a mi lado. Permanecimos un rato en silencio.

Intenté negar lo que Alier me había contado, o desecharlo como una combinación de mito, superstición traspapelada y engaño. Por desgracia, todo encajaba demasiado bien. ¿Por qué, a fin de cuentas, me había demostrado tanta cordialidad, a mí, un jherreg y oriental, Sethra Lavode? Y era evidente que Alier se lo creía todo, de lo contrario, no me habría tratado casi como a un igual.

Por encima de todo, permanecía el hecho innegable de que lo sentía como verídico. Era lo más aterrador; en algún lugar de mi ser, sin duda en mi «alma», sabía

que Alera había dicho la verdad.

Lo cual significaba..., ¿qué? Que la causa de haberme convertido en un jhereg (mi odio hacia los dragaeranos), era un fraude. Que mi desprecio hacia los dragones no era por considerar mi sistema de valores superior al suyo, sino a causa de un sentimiento de insuficiencia que retornaba, ¿desde cuándo? ¿Doscientos mil años? ¿Doscientos cincuenta mil años? ¡Por los dedos multiarticulados de Yerra!

Me di cuenta de que Cawti había cogido mi mano. Le dediqué una sonrisa, tal vez algo desvaída.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó en voz baja.

Otra buena pregunta. No estaba seguro, pero lo hice, a trancas y barrancas, durante las siguientes dos horas. Cawti me ofreció su silenciosa solidaridad, pero no dio la impresión de disgustarse mucho.

—En verdad, Vlad, ¿cuál es la diferencia?

Fui a responder, pero me interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Lo sé. Pensabas que ser un oriental te ha hecho como eres, y ahora estás dudoso. Pero ser humano sólo constituye un aspecto, ¿verdad? El hecho de que en una vida anterior, o tal vez varias, fueras dragaerano no cambia lo que has sido en esta vida.

—No, supongo que no, pero...

—Lo sé. Voy a decirte una cosa, Vlad: cuando todo esto esté terminado y olvidado, digamos dentro de un año, iremos a hablar con Sethra. Averiguaremos más sobre lo que pasó y tal vez, si tú quieres, te devolverá a aquel tiempo para que lo experimentes de nuevo. Si quieres. En el ínterin, olvídale. Eres quien eres y, en lo que a mí concierne, todo cuanto te ha convertido en esta persona es estupendo.

Apreté su mano, contento de haber hablado con ella. Me sentí un poco más tranquilo y noté cierto cansancio. Besé la mano de Cawti.

—Gracias por la cena —dije.

Enarcó una ceja.

—Apuesto a que ni siquiera sabes qué era.

Pensé un momento. ¿Huevos de jhegaala? No, los había preparado ayer.

—¡Oye! Esta noche me tocaba cocinar a mí, ¿no?

Cawti sonrió de oreja a oreja.

—Claro, camarada. Te he engañado para que me debas otra. ¿A que soy lista?

—Maldita sea.

Meneó la cabeza con burlona tristeza.

—Lo cual significa que me debes, déjame pensar, doscientos cuarenta y siete favores.

—Pero para qué contar, ¿verdad?

—Verdad.

Me levanté, sin soltar su mano. Me siguió al dormitorio, donde le devolví el favor,

o ella me hizo otro, o nos lo hicimos mutuamente, depende de cómo se cuenten esas cosas.

* * *

Los criados de lord Keleth me dejaron entrar en el castillo con obvio desagrado. No les hice caso.

—El duque os recibirá en su estudio —dijo el mayordomo, mirándome por encima del hombro.

Extendió la mano para coger mi capa; en cambio, le di la espada. Pareció sorprenderse, pero la aceptó. El truco para sobrevivir a una pelea con un héroe dzur consiste en no librarla. El truco para no librarla consiste en aparentar la máxima indefensión posible. Los héroes dzur se resisten a combatir cuando las probabilidades no están en su contra.

Estaba orgulloso del plan que me había traído aquí. No era nada inusitado, por supuesto, pero era bueno, sólido, de bajo riesgo y con grandes posibilidades de obtener beneficios. Lo más importante: era típico-de-mí. Había temido que mi encuentro con Alieria hubiera doblegado mi nervio, me hubiera cambiado de algún modo, reducido mi capacidad de concebir y ejecutar un plan elegante. La ejecución de este seguía sin resolverse, pero la concepción ya no me preocupaba.

Me acompañaron al estudio. Observé signos de dejadez durante el trayecto: losas rotas en el suelo, grietas en el techo, lugares desnudos en la pared donde, en otro tiempo, habrían colgado caros tapices.

El mayordomo me indicó que entrara en el estudio. El duque de Keletharan era viejo y lo que se considera «rechoncho» en un dragaerano, lo cual significa que su pecho era más ancho de lo normal, y se podían ver los músculos de sus brazos. Tenía la cara lisa (creo que los Señores Dzur no coleccionan arrugas), y sus ojos eran algo almendrados, típicos de la Casa. Tenía las cejas muy pobladas y, si los dragaeranos tuvieran barba, habría exhibido una discreta barba blanca. Estaba sentado en una silla de respaldo recto sin brazos. Una espada de filo ancho colgaba a su lado, y una vara de mago estaba apoyada contra el escritorio. No me invitó a sentar; lo hice, de todos modos. Es mejor dar por sentadas algunas cosas al principio de la conversación. Vi que sus labios se tensaban, pero eso fue todo. Bien. Uno a cero a nuestro favor.

—Bien, jhereg, ¿qué ocurre? —preguntó.

—¡Espero no haberos molestado, mi señor!

—Lo has hecho.

—Me ha llamado la atención un pequeño asunto, y es necesario que hable con vos.

Keleth miró al mayordomo, que hizo una reverencia y se marchó. La puerta se cerró a su espalda. Después, el duque se permitió una expresión de desagrado.

—El «pequeño asunto», sin duda, son cuatro mil imperiales de oro.

Intenté aparentar que intentaba aparentar pesar.

—Sí, mi señor. Según nuestros registros, venció hace más de un mes. Hemos tratado de ser pacientes, pero...

—¡Pacientes, y un huevo! —estalló—. Con los intereses que cargáis, creo que podríais ser más pacientes con un hombre que sufre problemas económicos de poca monta.

Menuda broma. Por lo que yo sabía, sus problemas eran cualquier cosa excepto «de poca monta», y era dudoso que fueran a resolverse en un futuro cercano. No obstante, decidí que sería poco diplomático comentarlo, o bien sugerir que no tendría esos problemas si pudiera controlar su afición por las piedras syang.

—Con todos los respetos, mi señor, creo que un mes es un período de espera razonable. Y, de nuevo con todos los respetos, ya conocíais los intereses cuando acudisteis en busca de ayuda.

—Acudí en busca de «ayuda», para utilizar tu expresión, porque... Da igual.

Había acudido en busca de «ayuda», para utilizar mi expresión, porque le habíamos explicado con toda claridad que, en caso contrario, nos ocuparíamos de que todo el Imperio, y en particular la Casa del Dzur, se enterara de que era incapaz de controlar sus impulsos ludópatas, o de pagar las deudas cuando perdía. Quizá adquirir la reputación de jugador empedernido era lo peor que podía pasarle, en su opinión.

Me encogí de hombros.

—Como deseéis —dije—. No obstante, debo insistir...

—Te digo que no lo tengo —estalló—. ¿Qué quieres que te diga? Si tuviera el dinero, te lo daría. Si te empeñas, juro por el Fénix Imperial que acudiré al Imperio e informaré acerca de algunos juegos de azar libres de impuestos que conozco, así como de ciertos prestamistas que defraudan a Hacienda.

En estos casos, es de gran ayuda saber con quién te la estás jugando. En la mayoría de dichos casos, le informaría con todo detalle de que, si cumplía su amenaza, su cadáver sería encontrado dentro del plazo de una semana, probablemente detrás de un burdel de baja estofa, con el aspecto de haber muerto en combate con un bravucón de taberna borracho. Había utilizado antes esta técnica con héroes dzur, y con buenos resultados. No es la idea de morir lo que les asusta, sino la perspectiva de que la gente piense que un teckla anónimo les ha matado en una reyerta tabernaria.

Sabía que esto asustaría a Keleth, pero también le provocaría una rabia asesina, y el hecho de que yo estuviera «desarmado e indefenso» tal vez no sería suficiente para detenerle. Por otra parte, si no me mataba en el acto, sí garantizaría que cumpliría su

amenaza de acudir al Imperio. Se imponía otra táctica, sin duda.

—Por favor, lord Keleth —dije—. ¿Qué sería de vuestra reputación?

—No la perjudicaría más que si vosotros airearais mis finanzas personales por no pagar vuestro jodido dinero.

Los dzur solían ser descuidados con el lenguaje, pero no le corregí. Exhalé mi suspiro patentado como «hombre-que-intenta-ser-de-ayuda-al-borde-de-la-exasperación».

—¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Otro mes, tal vez dos.

Meneé la cabeza con pesar.

—Temo que es imposible. Sospecho que deberéis acudir al Imperio. Significa que uno o dos de nuestros establecimientos tendrán que encontrar un sitio nuevo, y cierto prestamista deberá tomarse unas cortas vacaciones, pero os aseguro que no será tan perjudicial para nosotros como para vos.

Me levanté, hice una reverencia y di media vuelta para marcharme. El duque no se puso en pie para acompañarme, lo cual consideré grosero, aunque comprensible, dadas las circunstancias. Justo un segundo antes de que mi mano tocara el pomo de la puerta, me detuve y giré en redondo.

—A menos...

—A menos ¿qué? —preguntó con suspicacia.

—Bien —mentí—, se me acaba de ocurrir que podríais ayudarme en algo.

Me dirigió una mirada larga y ceñuda, como si intentara adivinar a qué estaba jugando. Me mantuve inexpresivo. Si hubiera querido que supiera las reglas, se las habría dado por escrito.

—¿En qué? —preguntó.

—Busco una pequeña información concerniente a la historia de vuestra Casa. Supongo que podría averiguarlo por mí mismo, pero implicaría un trabajo que no me apetece hacer. Vos los podréis encontrar, estoy seguro. De hecho, es posible que ya lo sepáis. Si pudierais ayudarme, os lo agradecería.

Seguía suspicaz, pero también empezaba a parecer ansioso.

—¿Qué forma adoptará este agradecimiento? —preguntó.

Fingí meditar.

—Creo que podríamos concederos una demora de dos meses más. De hecho, incluso congelaría el interés..., siempre que me consigáis esta información cuanto antes.

Se mordisqueó el labio inferior un rato, reflexionó, pero sabía que estaba en mi poder. La oportunidad era demasiado buena para que la desechara. Yo lo había planeado así.

—¿Qué quieres saber? —preguntó por fin.

Introduje la mano en el bolsillo interior de la capa y extraje el pequeño cristal que Daymar me había devuelto. Me concentré en él, y el rostro de Mellar apareció. Se lo enseñé.

—¿Conocéis a esta persona, o podríais averiguar quién es, qué relaciones tiene con la Casa del Dzur, o quién eran sus padres? Cualquier cosa que averigüéis nos será útil. Sabemos que mantiene cierta relación con vuestra Casa. Si os fijáis, se le nota en la cara.

Keleth palideció en cuanto vio a Mellar. Su reacción me sorprendió. Keleth le conocía. Sus labios se convirtieron en una línea fina y volvió la cabeza.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Temo que no puedo ayudarte —contestó Keleth.

En aquel punto, la pregunta no era «¿Debo insistir?», ni siquiera «¿Hasta qué punto debo insistir?», sino más bien «¿Cómo debo insistir?». Decidí proseguir el juego que había iniciado.

Me encogí de hombros y guardé el cristal.

—Lamento oír eso. Como deseáis. No me cabe la menor duda de que debéis de tener buenos motivos para ocultar esa información. De todos modos, es una pena que vuestro nombre deba verse arrastrado por el barro.

Me volví de nuevo.

—Espera, yo...

Di media vuelta. Empezaba a marearse. Daba la impresión de que el duque estaba trabado en combate consigo mismo. Dejé de preocuparme; ya se adivinaba qué bando vencería.

Su rostro era una máscara de rabia deforme cuando profirió:

—¡Maldito seas, jherég! ¡No puedes hacerme esto!

No había nada que comentar ante aquella incorrecta definición de nuestras posiciones respectivas. Esperé pacientemente.

Se dejó caer en su silla y se cubrió la cara con las manos.

—Se llama Leareth —dijo por fin—. Ignoro de dónde procede, o quiénes son sus padres. Apareció hace doce años e ingresó en nuestra Casa.

—¿Ingresó en vuestra Casa? ¿Cómo es posible ingresar en la Casa del Dzur?

Era asombroso. Pensaba que sólo los jherég permitían a los demás comprar un título.

Lord Keleth me miró como si estuviera a punto de rugir. De pronto, recordé la afirmación de Alier de que los Señores Dzur descendían, en parte, de dzurs auténticos. Lo creí.

—Para ingresar en la Casa del Dzur —explicó, en el tono mis arisco que había oído—, hay que derrotar, en combate singular, a diecisiete campeones escogidos por la Casa. —Sus ojos se tornaron hoscos de repente—. Yo fui el decimocuarto. Es el

único hombre que lo logró desde el Interregnum.

Me encogí de hombros.

—Y así se convirtió en Señor Dzur. No sé qué hay de secreto en eso.

—Descubrimos más tarde algo acerca de sus orígenes. Era un híbrido. Un mestizo.

—Ah, bien —dije lentamente—. Comprendo que debió de ser bastante molesto, pero...

—Y luego —continuó—, después de ser un dzur durante sólo dos años, renunció a todos sus títulos e ingresó en la Casa jhereg. ¿No comprendes lo que significa? ¡Nos tomó el pelo! Un mestizo derrota a los mejores elementos de la Casa del Dzur, y luego lo tira por la borda...

Calló y se encogió de hombros.

Reflexioné. Aquel tal Leareth debía de ser un espadachín cojonudo.

—Es curioso que nunca haya oído hablar de ese incidente —comenté—. He investigado a este sujeto con suma minuciosidad.

—La Casa lo mantuvo en secreto. Leareth nos prometió que todo el Imperio se enteraría del asunto si le mataban o algún dzur intentaba hacerle daño. Nos ató de pies y manos.

Experimenté el repentino deseo de estallar en carcajadas, pero me controlé por motivos de salud. Empezaba a gustarme el tal Mellar, o Leareth, o comoquiera que se llamara. O sea, durante los doce últimos años había tenido cogida a toda la Casa de los Héroeos por las pelotas. Las dos cosas más importantes para la Casa del Dzur, así como para un Señor Dzur, son el honor y la reputación. Y Mellar había conseguido enfrentar el primero a la segunda.

—¿Qué pasará si alguien le mata? —pregunté.

—Hay que simular un accidente.

Sacudí la cabeza y me levanté.

—Muy bien, gracias. Me habéis proporcionado lo que necesitaba. Olvidad el pago durante dos meses, y también los intereses. Yo me ocuparé de los detalles. Si alguna vez necesitáis mi ayuda para algo, avisadme. Estoy en deuda con vos.

Asintió, todavía alicaído.

Le dejé y el criado me entregó la espada.

Salí del castillo, pensativo. Mellar era un hueso duro de roer. Y entonces, se me ocurrió otra cosa. Si yo triunfaba, un montón de Señores Dzur iban a sentirse muy desdichados. Si alguna vez averiguaban quién le había matado, no esperarían a reunir pruebas, como el Imperio. Aquello no me alegró el día.

* * *

Loiosh me propinó un mordisco imperial por no haberle llevado conmigo, pero no hice caso. Kragar me informó de lo que había descubierto: nada.

—Localicé a unos cuantos criados que habían trabajado en los archivos de la Casa del Dragón —dijo—. No sabían nada.

—¿Y los que aún trabajan?

—No quisieron hablar.

—Ummmm. Qué pena.

—Sí. Me puse mi disfraz de dragón y encontré a una Dama de la Casa que accedió a efectuar algunas investigaciones.

—Pero tampoco sacaste nada en limpio, ¿verdad?

—Bueno, yo no diría eso.

—¿No? Oh.

—¿Y tú?

—Proporcionarle la información me procuró un gran placer, pues era raro que le aventajara en esas cuestiones. Tomó nota de todo.

—¿Sabes, Vlad? Nadie despierta una mañana y descubre que es lo bastante bueno para abrirse camino hasta la Casa del Dzur mediante la espada. Debió de tramarlo durante mucho tiempo.

Parece lógico.

—Bien, trabajaré a partir de eso. Me pondré a investigar desde ese ángulo.

—¿Crees que servirá de algo?

—¿Quién sabe? Si fue lo bastante bueno para meterse en la Casa del Dzur, debió de adiestrarse en algún sitio. Veré qué puedo encontrar.

—De acuerdo. Por cierto, hay algo más que me reconcome.

—¿Sí?

—¿Por qué?

Kragar guardó silencio unos momentos.

—Se me ocurren dos posibilidades. Primera, tal vez quiso ingresar en la Casa porque consideraba que tenía derecho, y después descubrió que no servía, que le trataban igual que antes, o que no le gustaba.

—Parece lógico. ¿Y la segunda?

—La otra posibilidad es que deseara algo, y sólo pudiera obtenerlo siendo un dzur. Y no había necesidad de quedarse en la Casa después de apoderarse de ello.

También era lógico, decidí.

—¿Qué podría ser? —pregunté.

—No lo sé, pero deberíamos averiguarlo.

Kragar se reclinó en la silla un momento y me miró fijamente. Debía seguir preocupado por lo de ayer. No dije nada; debía descubrir a su manera que me encontraba bien. Me encontraba bien, ¿no? Me contemplé un momento. Daba la

impresión de que me encontraba bien. Era raro.

Deseché aquellas elucubraciones.

—De acuerdo. Empieza a investigar —dije—. Avísame en cuanto sepas algo.

Asintió.

—Hoy he oído algo interesante —dijo.

—¿Qué?

—Uno de mis muchachos estaba hablando, y le oí decir que su novia piensa que algo pasa en el consejo.

Me sentí repentinamente mal.

—¿Qué?

—No lo sabía, pero pensaba que era algo muy gordo. Y mencionó el nombre de Mellar.

Sabía lo que eso significaba, por supuesto. No nos quedaba mucho tiempo. Un día, tal vez dos. Tres, a lo sumo. Después, sería demasiado tarde. Los rumores ya habrían llegado a oídos del Demonio, a estas alturas. ¿Qué haría? Intentar liquidar a Mellar, por supuesto. ¿A mí? ¿Volvería a intentarlo? ¿Y a Kragar? ¿O a Cawti? Por lo general, nadie se interesaría en ellos, puesto que yo era el jefe, pero ¿y si el Demonio iba a por ellos, con el fin de joderme?

—Mierda —dije.

Kragar se mostró de acuerdo con mis sentimientos.

—Kragar, ¿sabes quién es la novia de ese tipo?

Asintió.

—Una bruja. Mano Izquierda. Competente.

—Bien. Mátala.

Volvió a asentir.

Me levanté y me quité la capa. La tiré sobre el escritorio, empecé a vaciarla de cosas, y también me desprendí de algunas distribuidas sobre mi persona.

—¿Te importaría ir al arsenal y recogerme el equipo habitual? Mientras hablamos, podría hacer algo útil.

Asintió y salió. Encontré una caja vacía en un rincón y empecé a llenarla de armas descartadas.

¿Aún dispuesto a protegerme, Loiosh?

Alguien ha de hacerlo, jefe.

Voló desde el antepecho de su ventana y aterrizó en mi hombro derecho. Le rasqué bajo la barbilla con mi mano derecha, lo cual alzó mi muñeca hasta la altura del ojo. Rompehechizos, ceñida alrededor de mi antebrazo, destelló como oro a la luz. Confiaba en que la cadena sería capaz de defenderme contra cualquier magia que me saliera al encuentro, y el resto de mis armas, si se utilizaban de la forma debida, me proporcionarían la oportunidad de eliminar a cualquiera que utilizara una espada

normal. Todo dependía de que me advirtieran a tiempo.

Y, como asesino, había algo que no cesaba de dar vueltas en mi cabeza: con tiempo y destreza, cualquiera puede ser asesinado. Cualquiera. Mi gran esperanza y mi gran temor, combinados en uno.

Saqué una daga de la caja que tenía delante y examiné su filo... ¿Caja? Levanté la vista y comprobé que Kragar había regresado.

—¿Quieres hacer el favor de decirme cómo lo haces? —pregunté.

Sonrió y meneó la cabeza con burlona tristeza. Le miré, pero no descubrí nada nuevo. Kragar era un dragaerano de lo más normal. Medía apenas dos metros diez de altura. Su pelo castaño remataba una cabeza delgada y angulosa, que remataba un cuerpo delgado y anguloso. Sus orejas eran un poco puntiagudas. Nacía de vello facial (por eso yo me había dejado crecer el bigote), pero por lo demás, era difícil distinguir a un dragaerano de un humano sólo por su cara.

—¿Cómo? —repetí.

Enarcó las cejas.

—¿De veras quieres saberlo? —preguntó.

—¿De verdad vas a decírmelo?

Se encogió de hombros.

—Para ser sincero, no lo sé. No lo hago a posta. Es que la gente no se fija en mí. Por eso nunca triunfé como Señor Dragón. Daba una orden en plena batalla y nadie me prestaba atención. Me dieron tantos problemas por ese motivo que, al final, les dije que se tiraran por las Cataratas de la Puerta de la Muerte.

Asentí y lo dejé correr. Sabía que la última parte era una mentira. No había abandonado la Casa del Dragón por voluntad propia; le habían expulsado. Lo sabía, y él sabía que yo lo sabía. Pero si quería venderme aquella historia, yo la aceptaba.

Coño, yo también tenía cicatrices que no permitía rascar a Kragar. No podía negarle el derecho a mantenerse alejado de las suyas.

Contemplé la daga que aún sujetaba en la mano, comprobé el filo y el equilibrio, y la guardé en la vaina a resoné colocada al revés bajo mi brazo izquierdo.

—Se me ocurre —dijo Kragar, cambiando de tema— que no querrás que Mellar se entere de tu intervención antes de lo necesario.

—¿Crees que vendrá a por mí?

—Es probable. Aún quedará algo de su organización, incluso ahora. La mayoría de sus miembros se habrán dispersado, o estarán a punto, pero seguro que todavía hay algunas personas deseosas de ayudarlo.

Asentí.

—No había pensado anunciarlo públicamente.

—Supongo que no. ¿Se te ha ocurrido ya alguna forma de hacerle salir del castillo? Añadí otra daga al montón de armas guardadas en la caja «usada». Escogí un

sustituto, lo probé y la deslicé en la vaina del forro de la capa, encima de donde estaría mi brazo izquierdo. Comprobé qué tal funcionaba al lanzarla y añadí un poco más de aceite a la hoja. La envainé y desenvainé, y continué.

—No —contesté—. No tengo ni la menor idea, si quieres que te diga la verdad. Estoy en ello. Supongo que a ti no se te habrá ocurrido nada.

—No. Es tu trabajo.

—Muchas gracias.

Probé el equilibrio de los dardos arrojados y llené la punta con mi combinación personal de veneno de sangre, músculo y nervio. Los dejé a un lado para que se secaran, deseché los usados y contemplé el shuriken.

—Mi primera idea —dije— era convencerle de que habíamos dejado de buscarle, para después organizar algo de aspecto atractivo en términos de huida. Por desgracia, creo que no lograré hacerlo en tres días. Maldita sea, detesto trabajar con límites de tiempo.

—Estoy seguro de que a Mellar le sabría muy mal oír eso.

Medité unos instantes.

—Tal vez, ahora que lo pienso. Creo que se lo preguntaré.

—¿Qué?

—Me gustaría verle en persona, hablar con él, saber cómo es. Todavía no sé lo suficiente sobre él.

—¡Estás chiflado! Convinimos en que no te acercarías a él. ¡Le informarás de que vas a por él y le pondrás sobre aviso!

—¿Se lo imaginará? Piénsalo. Ha de saber que trabajo para Morrolan. A estas alturas, ya se habrá dado cuenta de que Morrolan le protege, y estará esperando una vista de los agentes de seguridad de Morrolan. Y si sospecha que voy tras él, ¿qué más da? Perdemos una ventaja, por supuesto, pero no abandonaré el Castillo Negro hasta que esté preparado, o hasta que Morrolan le eche a patadas. ¿Qué va a hacer al respecto?

»No puede matarme en el Castillo Negro por el mismo motivo que yo no puedo matarle allí. Si adivina que soy yo quien va a eliminarle, adivinará que se lo estoy descubriendo para que salte, y se esconderá más que nunca.

—Lo cual es, exactamente, lo que no deseamos —señaló Kragar.

Me encogí de hombros.

—Si vamos a obligarle a salir, tendremos que imaginar algo lo bastante siniestro y engañoso para obligarle a huir, por mucho que quiera quedarse. De una forma u otra, ya no importará.

Kragar meditó un rato, y después asintió.

—De acuerdo, suena posible. ¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Ocupate de que todo siga funcionando aquí, y continúa

investigando los antecedentes de Mellar. Loiosh me protegerá. Me lo ha prometido.

11

«Cuando los inocentes y los justos mueren, los propios dioses piden venganza»

Dicen que, desde que fue construido, la sala de banquetes del Castillo Negro nunca ha estado vacía. De eso hace más de trescientos años. También se dice que se han celebrado más duelos en la fortaleza que en la plaza de Rieron, frente al Palacio Imperial.

Te teletransportas, más o menos, en el centro del patio del Castillo Negro. Las grandes puertas dobles de la fortaleza se abren cuando te acercas, y lo primero que ves del interior del castillo es un vestíbulo tenuemente iluminado que enmarca a lady Teldra, como el Guardián, esa figura que se yergue inmóvil sobre las Cataratas de la Puerta de la Muerte, que dominan los Senderos de los Muertos, donde la realidad se transforma en fantasía..., pero sólo hasta cierto punto.

Lady Teldra te hace una reverencia, justo la apropiada para tu Casa y Rango, y te saluda por el nombre, tanto si te conoce como si no. Pronuncia palabras que te den la sensación de ser bienvenido, tanto si vienes en son de amistad como de hostilidad. Después, si lo deseas, te acompañan a la sala de banquetes. Ascendes una larga escalera de mármol negro. La escalera es cómoda si eres humano, un poco frívola (por tanto, elegante) si eres dragaerano. Esta escalera es larga, sinuosa, majestuosa. Hay lámparas a lo largo de la pared que iluminan cuadros de la larga, violenta, en ocasiones extraña historia del Imperio Dragaerano.

Aquí hay uno pintado por la Nigromántica (no sabíais que era artista, ¿verdad?), que plasma a un dragón herido, cabeza reptiliana y cuello arrollado alrededor de su cría, y sus ojos te atraviesan y penetran tu alma. Aquí hay uno de un lyorn anónimo que reproduce a Rieron el Conquistador discutiendo con los chamanes..., espada en mano. Inteligente, ¿verdad?

En lo alto, si miras a la derecha verás las puertas del comedor actual, pero si te vuelves a la izquierda, llegarás enseguida a unas enormes puertas dobles, abiertas. Siempre las custodia un guardia, a veces dos. Si miras al interior, la sala se revela poco a poco. Primero, reparas en el cuadro que ocupa todo el techo: plasma el Tercer Asedio de la Montaña Dzur, ejecutado, nada más y nada menos, que por Katana

e'Marchala. Si lo miras y sigues los detalles de pared a pared, te harás una idea de la enormidad de la sala. Las paredes son de mármol negro, con finas vetas de plata. La sala es oscura, pero, sea como sea, siempre ves bien.

Sólo entonces tomas conciencia de la gente. La sala siempre está abarrotada. Las mesas de las esquinas, donde se sirve comida y bebida, son los puntos focales de una incesante emigración de humanidad, si se me permite utilizar esa palabra. Al otro lado hay dos puertas dobles más, que dan acceso a una terraza. En los demás lados hay puertas más pequeñas que conducen a aposentos privados, a los cuales puedes atraer a algún ingenuo para contarle la historia de tu vida, o si prefieres, para preguntar a un general dragón si es verdad que había planeado su último contraataque desde el primer momento.

Aliera utiliza estas habitaciones a menudo. Morrolan, muy poco. Yo, nunca.

¿Sabes una cosa, jefe? Este lugar es como un zoo siniestro.

Muy cierto, mi buen jherég.

Ah, hoy vamos a finolis. Sí, ya lo creo.

Me abrí paso entre la multitud, saludé a los conocidos y gruñí a los enemigos. Sethra Lavode me vio y charlamos unos minutos sobre nada en particular. Ya no sabía cómo llevarme con ella, así que me apresuré a abreviar la conversación. Me dio un beso cariñoso-pese-al-frío en la mejilla; lo sabía o lo sospechaba, pero no dijo nada.

Intercambié agradables sonrisas con la Nigromántica, que luego desvió su atención hacia el noble Orea al que estaba seduciendo.

Por el Orbe, jefe, juro que en este lugar hay más no muertos que vivos.

Dirigí una fría mirada a la Bruja de Verde, que ella me devolvió. Saludé con un cabeceo neutral a Sethra la Menor y eché un buen vistazo a mi alrededor.

En una esquina de la sala, la multitud había dejado sitio a un dzur y un dragón, que se estaban gritando insultos como preparación para despedazarse mutuamente. Uno de los guardias mago de Morrolan estaba al quite, y lanzaba encantamientos que evitaran heridas graves a las cabezas, mientras declamaba la Ley del Castillo en lo tocante a duelos.

Continué buscando hasta que localicé a uno de los agentes de seguridad de Morrolan. Llamé su atención, asentí en su dirección, y él me devolvió la señal. Se acercó poco a poco. Observé que se las ingeniaba muy bien para avanzar entre la multitud sin molestar a nadie ni dar la impresión de que se dirigía a algún sitio concreto. Bien. Tomé nota mental de él.

—¿Has visto a lord Mellar? —pregunté cuando llegó.

Asintió.

—No le he perdido de vista. Tendría que estar en el rincón de la cata de vinos.

No dejamos de sonreír y cabecear mientras hablábamos; un encuentro casual de antiguos conocidos.

—Bien. Gracias.

—¿He de estar preparado para problemas?

—Siempre, pero no en este preciso momento. Sigue alerta.

—Siempre.

—¿Se encuentra aquí Morrolan en este momento? No le he visto.

—Ni yo. Creo que está en la biblioteca.

—De acuerdo.

Empecé a caminar hacia la cata de vinos.

Miré en una dirección, Loiosh en la otra. Iba sobre mi hombro derecho, como retando a todo el mundo a hacer algún comentario sobre su presencia. Fue el primero en localizar a Mellar.

Allí está, jefe.

¿Eh? ¿Dónde?

Contra la pared. ¿Le ves?

Ah, sí. Gracias.

Me aproximé poco a poco, sin dejar de examinarle. Había sido difícil de localizar porque carecía de características destacadas. Medía menos de dos metros diez. Tenía el cabello castaño oscuro, algo ondulado, y le caía justo sobre los hombros. Supongo que una dragaerana le habría considerado atractivo, pero no demasiado. Tenía aire de jherég. Vigilante, sereno y controlado; muy peligroso. Pude leer la advertencia «No os metáis conmigo».

Estaba hablando con un noble de la Casa del Halcón que yo no conocía, y que casi con toda seguridad no se daba cuenta de que, mientras hablaba, Mellar no cesaba de escudriñar la multitud, quizá incluso de una manera inconsciente, al acecho, vigilante... Me vio.

Nos miramos un momento mientras yo me acercaba, y me sentí sometido a un experto escrutinio. Me pregunté cuántas de mis armas y artilugios había localizado. Un buen número, desde luego. Pero no todas, naturalmente. Llegué a su lado.

—¿Cómo estáis, conde Mellar? —dije—. Soy Vladimir Taltos.

Me saludó con un cabeceo. Doblé el cuello. El Señor Halcón se volvió al oír mi voz, reparó en que yo era un oriental y frunció el ceño. Se dirigió a Mellar.

—Da la impresión de que, últimamente, Morrolan deja entrar a toda clase de gente.

Mellar se encogió de hombros y sonrió.

El Señor Halcón se inclinó ante él y se marchó.

—Tal vez más tarde, mi señor.

—Sí. Ha sido un placer conocerlos, mi señor.

Mellar se volvió hacia mí.

—Baronet, ¿verdad?

Asentí.

—Espero no haber interrumpido nada importante.

—En absoluto.

Iba a ser una entrevista diferente de la sostenida con Keleth, el Señor Dzur. Mellar conocía todas las reglas. Había mencionado mi título para informarme de que sabía quién era yo, dando a entender que sería mejor decirle más. Yo también sabía cómo se jugaba ese juego.

No obstante, fue una conversación extraña en otros aspectos. Para empezar, no tengo la costumbre de hablar con gente a la que voy a liquidar. Antes de estar preparado, no quiero acercarme a las futuras víctimas. No tengo el menor deseo de proporcionar al objetivo alguna idea de quién soy o cómo soy, aunque no se dé cuenta de que voy a ser su ejecutor.

Pero esto era diferente. Tenía que hacerle caer en una trampa, lo cual significaba que necesitaba conocer al bastardo mejor que a cualquier objetivo de mi carrera. Para colmo, sabía menos sobre él que acerca de mis anteriores víctimas.

Por lo tanto, debía averiguar algunas cosas sobre él, y él, sin duda, querría averiguar algunas cosas sobre mí, al menos, qué estaba haciendo allí. Reflexioné y rechacé una docena o así de estratagemas de apertura, antes de quedarme con una.

—Tengo entendido que lord Morrolan os compró un libro en el que estaba interesado.

—Sí. ¿Os dijo cuál era?

—No entró en detalles. Espero que se quedara satisfecho.

—Esa impresión me dio.

—Estupendo. Siempre es agradable ayudar a la gente.

—¿Verdad que sí?

—¿Cómo lograsteis obtenerlo? Tengo entendido que es muy raro y difícil de conseguir.

Sonrió apenas.

—Me sorprende que Morrolan lo preguntara —dijo, lo cual me informó de algo. Tal vez no mucho, pero confirmó que conocía mi relación laboral con Morrolan. Archiva eso.

—No lo hizo —respondí—. Es que soy curioso.

Asintió, y la sonrisa destelló por un breve instante.

Charlamos de trivialidades durante un rato. Cada uno permitió al otro que fuera el primero en revelar cuánto sabía, en una estrategia para averiguar lo que sabía el otro. Al cabo de un rato, decidí que él no iba a ser el primero. Era el único que podía ganar algo, por lo tanto...

—Tengo entendido que Alier se os presentó.

El giro de la conversación dio la impresión de sorprenderle.

—Pues sí, lo hizo.

—Una persona muy notable, ¿verdad?

—¿De veras? ¿En qué sentido?

Me encogí de hombros.

—Para ser un Señor Dragón, tiene un buen cerebro.

—No me había dado cuenta. Me pareció bastante imprecisa.

¡Bien! A menos que fuera mucho más agudo de lo que debía, y un mentiroso cojonudo (lo cual era posible), no había advertido que Alier le había arrojado un conjuro mientras hablaba con él. El detalle me proporcionó una pista en cuanto a su nivel de brujería: era inferior al de ella.

—Ah, ¿sí? —dije—. ¿De qué hablasteis?

—Oh, de nada, en realidad. Ocurrencias.

—Bueno, algo es algo, ¿no? ¿A cuántos dragones conocéis que intercambien ocurrencias con un jherreg?

—Es posible. Por otra parte, puede que intentara averiguar algo sobre mí, desde luego.

—¿Qué os hace pensar así?

—No he dicho que lo pensara, sólo que es posible. Yo también me he interrogado sobre los motivos de que me investigara.

—Me lo imagino. No me había dado cuenta de que los dragones son propensos a la sutileza. ¿Parecía irritada con vos?

Percibí que su mente se ponía en funcionamiento. ¿Hasta qué punto puedo sincerarme con este tipo, con la esperanza de extraerle información?, se estaba preguntando. No podía correr el riesgo de soltar una mentira que yo pudiera detectar, e ignoraba lo que yo sabía. Estábamos jugando al mismo juego, y cualquiera de los dos podía fijar el límite. ¿Cuánto deseaba saber él?

¿Hasta qué punto deseaba saberlo? ¿Cuál era el alcance de su preocupación?

—En apariencia, no —dijo por fin—, pero dio la impresión de que no le caía muy bien. Me estropeó el día, a decir verdad.

Lancé una risita.

—¿Tenéis idea de por qué?

Esta vez, me había pasado. Se cerró como una almeja.

—En absoluto —contestó.

Bien, yo había averiguado algo, y él había averiguado algo.Cuál de los dos había obtenido más se descubriría cuando sólo uno de ambos quedara vivo al final.

Bien, Loiosh, ¿has descubierto algo?

Más que tú, jefe.

Ah, ¿sí? ¿Qué, en concreto?

Imágenes mentales aparecieron ante el ojo de mi mente.

Esos dos. Te estuvieron observando todo el rato, desde pocos pasos de distancia.

¿De veras? Así que tiene guardaespaldas, ¿eh?

Al menos dos. ¿Te sorprende?

La verdad es que no. Sólo que sorprende que no me diera cuenta.

Creo que son muy buenos.

Sí. Gracias, por cierto.

Ningún problema. Menos mal que uno de los dos está despierto.

Salí de la sala de banquetes y reflexioné sobre mi siguiente movimiento. Veamos. Tenía que ponerme en contacto con Morrolan. Primero, sin embargo, quería hablar con uno de los guardias de seguridad, para que vigilara a aquellos dos guardaespaldas. Quería averiguar algo sobre ellos antes de que algún asunto importante nos condujera a una confrontación.

El agente de seguridad de Morrolan que estaba de turno tenía un despacho a pocas puertas de la biblioteca. Entré sin llamar. La naturaleza de mi trabajo me colocaba un peldaño por encima de aquel sujeto.

La persona que levantó la vista cuando entré se llamaba Uliron, y tenía que trabajar en el siguiente turno, no en aquel.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Dónde está Fentor?

Se encogió de hombros.

—Quiso que intercambiáramos el turno. Creo que tenía una especie de compromiso.

Aquello me molestó.

—¿Lo hacéis a menudo? —pregunté.

—Bueno —contestó, con expresión perpleja—, tanto Morrolan como tú dijisteis que no había problema en que intercambiáramos los turnos de vez en cuando, y así lo hemos hecho con el último.

—Pero ¿lo hacéis con frecuencia?

—No, con mucha frecuencia no. ¿Importa?

—No lo sé. Cierra el pico un momento. He de pensar. Fentor era un tsalmoth, y llevaba más de quince años en las fuerzas de seguridad de Morrolan. Era difícil imaginarle presa de un repentino soborno, pero es posible presionar a cualquiera. ¿Por qué? ¿Qué querían?

Me senté en el borde del escritorio y pensé. La circunstancia era peculiar. Saqué una daga y empecé a jugar con ella.

¿Qué deduces de todo esto, Loiosh?

No deduzco nada, jefe. ¿Por qué piensas que algo va mal?

No lo sé. En este preciso momento, ha aparecido una fisura en la rutina, cuando sabemos que el Demonio quiere acabar con Mellar, y no le va a detener el hecho de que Mellar sea huésped del Castillo Negro.

¿Crees que podría tratarse de un atentado contra Mellar?

O una trampa, no lo sé. Estoy preocupado.

Pero ¿no dijo el Demonio que era innecesario desencadenar una guerra?

Dijo que sería posible «soslayarla».

Sí, es cierto. No lo he olvidado. Es que no comprendo cómo puede hacerlo...

Me callé. En aquel momento, comprendí con toda claridad cómo podía hacerlo. Por eso el Demonio había intentado lograr mi colaboración, y luego atentado contra mí, cuando no se la di. Mierda.

No quise perder tiempo en salir corriendo al vestíbulo. Me puse en contacto con Morrolan. Existían bastantes posibilidades de que fuera demasiado tarde, por supuesto, pero tal vez no. Si conseguía localizarle, tendría que convencerle de que no saliera del Castillo Negro, bajo ninguna circunstancia. Tendría que... Me di cuenta de que no conseguía ponerme en contacto con él.

Tomé conciencia de que ponía el piloto automático, cuando mi cerebro asume la independencia y me informa de lo que debo hacer a continuación. Me concentré en Alieria, y establecí contacto.

¿Sí. Vlad? ¿Qué pasa?

Morrolan. No puedo localizarle, y es urgente. ¿Puedes encontrarle con Exploradora?

¿Qué ocurre, Vlad?

Si nos damos prisa, quizá podamos localizarle antes de que sea imposible resucitarle.

El eco de los pensamientos no había muerto en mi cabeza cuando Alieria se materializó a mi lado, con Exploradora en la mano. Oí una exclamación ahogada a mi espalda, y me acordé de Uliron.

—Custodia la fortaleza por nosotros —dije—. Y reza.

Envainé mi daga. Quería tener libres las dos manos. Si no sé en qué me voy a meter, considero las manos más versátiles que cualquier arma. Anhelaba quitarme a Rompehechizos y empuñarla, pero no lo hice. Me sentía mejor así.

Alieria se había concentrado, y observé que Exploradora empezaba a sentir un tenue resplandor verdoso. Me ponía furioso esperar sentado a que alguien terminara su trabajo para empezar yo el mío. Estudié a Exploradora. Su negra y dura extensión proyectaba un brillo verde. Era más corta y pesada que mis estoques favoritos, pero en las manos de Alieria se veía ligera y eficaz. Y, por supuesto, era un Arma Definitiva.

¿Qué es un Arma Definitiva? Buena pregunta. Yo también me lo pregunté mientras contemplaba a Alieria, concentrada, los ojos entornados y la mano sujetando con fuerza la espada pulsátil.

Esto es lo que yo sé: un arma Morganti, fabricada por una de las pequeñas y extrañas razas llamadas Serioli que habitan en las selvas y montañas de Dragaera, es capaz de destruir el alma de la persona que mata. Todas ellas son objetos extraños y

aterradores, y poseen una especie de sensibilidad. Albergan diferentes grados de poder, y algunas están encantadas de otras formas.

Pero existen unas pocas (la leyenda afirma que diecisiete) que superan lo de «una especie de sensibilidad». Son las Armas Definitivas. Son todas poderosas. Poseen suficiente sensibilidad para decidir si destruyen o no el alma de la víctima. Cada una posee sus propias habilidades, aptitudes y poderes. Y cada una, se dice, está unida al alma de su dueño. Puede, y hace, todo lo necesario para proteger a su dueño, si es Aquel elegido para ella. Y las cosas que estas armas pueden hacer...

Aliera tiró de mi manga y asintió cuando levanté la vista. Noté el estómago revuelto, las paredes se desvanecieron y me sentí fatal, como de costumbre. Estábamos de pie en lo que parecía un almacén sin estrenar. Aliera lanzó una exclamación ahogada, y yo seguí su mirada.

El cuerpo de Morrolan yacía en el suelo, a pocos metros de nosotros. Había una mancha roja en su pecho. Me acerqué, más mareado que nunca. Doblé una rodilla a su lado y vi que no respiraba.

Aliera envainó a Exploradora y se dejó caer junto a mí. Movié las manos sobre el cuerpo de Morrolan una vez, con el rostro tenso a causa de la concentración. Después, se sentó y sacudió la cabeza.

—¿Es imposible revivirle? —pregunté.

Ella asintió. Tenía los ojos grises y fríos. El dolor, en caso de producirse, tendría que esperar.

12

«Pisa con cuidado cerca de tus propias trampas»

—¿Podemos hacer algo, Alieria?

—No estoy segura. Espera.

Movió de nuevo las manos sobre el cuerpo de Morrolan, mientras yo inspeccionaba por pura rutina el almacén. No encontré nada, pero había varias zonas que no pude ver.

—No puedo romperlo —dijo.

—Romper ¿qué?

—El conjuro que impide la resucitación.

—Oh.

—Sin embargo, el brujo que lo lanzó sí podría, si se hace con la rapidez suficiente. Tendremos que encontrarle, y de prisa.

—Encontrarla —corregí automáticamente. Alieria levantó la vista al instante.

—¿Sabes quién lo hizo?

—No exactamente, pero creo que hemos de limitarnos a la Mano Izquierda, y casi todos sus componentes son mujeres.

Alieria se quedó perpleja.

—¿Por qué quieren los jheregs matar a Morrolan?

Sacudí la cabeza.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora, hemos de encontrar a esa bruja.

—¿Alguna sugerencia al respecto?

—¿Exploradora?

—No tiene nada con qué trabajar. Necesito una imagen psiónica, o al menos una cara o un nombre. Ya he investigado el almacén, pero no he conseguido captar nada.

—Suele pasar con los jheregs. Si la bruja es competente, no habrá sentido fuertes emociones a la hora de cumplir su misión.

Alieria asintió. Paseé la vista a mi alrededor, con la esperanza de encontrar algún tipo de pista. Loiosh fue más rápido. Voló alrededor del perímetro y no tardó en localizar algo.

¡Aquí, jefe!

Aliera y yo corrimos en aquella dirección, y casi tropezamos con otro cuerpo, tendido de cara al suelo. Le di la vuelta y vi la cara de Fentor, que me miraba. Le habían cortado el cuello con un cuchillo de hoja ancha, usado con habilidad y precisión. Le habían sajado limpiamente la yugular.

Me volví hacia Aliera para preguntar si era posible revivirle, pero ya lo estaba investigando. Retrocedí para dejarle sitio.

Asintió y apoyo la mano izquierda en la garganta de Fentor. La mantuvo unos momentos y la retiró. La herida se cerró, y desde donde yo estaba sólo distinguí una tenue cicatriz.

Siguió examinando el cuerpo y le dio la vuelta para comprobar que no tuviera nada en la espalda. Lo volvió una vez más del otro lado y apoyó las dos manos sobre su pecho. Cerró los ojos, y vi arrugas de tensión en su cara.

Fentor empezó a respirar.

Dejé escapar el aire de mis pulmones, cuando me di cuenta de que lo había contenido.

Los ojos de Fentor se abrieron. Miedo, reconocimiento, alivio, perplejidad, comprensión.

Me pregunté qué habría expresado mi cara aquella vez que Aliera me devolvió a la vida.

Levantó la mano derecha y tocó su garganta; se estremeció. Me vio, pero no reaccionó como si se sintiera culpable. Bien. Al menos, no le habían sobornado. Me habría gustado concederle tiempo para recobrase, pero no nos lo podíamos permitir. Cada segundo que esperábamos disminuía las posibilidades de localizar a la bruja que había liquidado a Morrolan. Teníamos que encontrarla y obligarla a...

Me puse en contacto con Kragar. Al cabo de largo rato, o eso me pareció, lo conseguí.

¿Qué pasa, jefe?

¿Puedes localizarme?

Tardaré un poco. ¿Problemas?

Lo has adivinado. Necesito una hoja Morganti. Esta vez, no te molestes en que sea imposible de rastrear. Sólo me interesa que sea potente.

De acuerdo. ¿Espada o daga?

Daga, si es posible, pero una espada servirá.

De acuerdo. ¿Quieres que te la envíe adonde estás?

Exacto. Y deprisa.

Muy bien. Deja la comunicación abierta, para que pueda seguir su rastro.

De acuerdo.

Me volví hacia Fentor.

—¿Qué ha pasado? En pocas palabras.

Cerró los ojos un momento y serenó su mente.

—Estaba sentado en la oficina de seguridad, cuando...

—No —le interrumpí—. No tenemos tiempo para toda la historia. Cuenta lo que ocurrió después de que llegaste aquí.

Asintió.

—De acuerdo. Aparecí, me golpearon. Cuando desperté, me habían vendado los ojos. Oí que alguien hablaba, pero no entendí nada. Intenté ponerme en contacto con vos y después con Morrolan, pero habían dispuesto una especie de bloqueo. Estuve sentado unos quince minutos e intenté salir. Alguien tocó mi garganta con un cuchillo para indicar que me vigilaban, así que lo dejé. Noté que alguien se teleportaba, y después me degollaron. —Se encogió y desvió la vista. Cuando me miró de nuevo, su cara estaba serena—. Es todo cuanto sé.

—Seguimos en la inopia —dije.

—No necesariamente —intervino Alier. Se volvió hacia Fentor—. ¿Dices que oíste voces?

Fentor asintió.

—¿Alguna femenina?

Fentor intentó recordar, y después asintió.

—Sí. Había una mujer, sin duda.

Alier apoyó una mano sobre su frente.

—Ahora, piensa en esa voz —ordenó—. Concéntrate en ella. Trata de oírla en tu mente.

Fentor comprendió lo que venía a continuación y me miró, con los ojos abiertos de par en par. A nadie, por inocente que sea, le gusta que sondeen su mente.

—Hazlo —dije—. Colabora.

Dejó caer la cabeza y cerró los ojos.

Al cabo de un minuto, Alier abrió los ojos y los alza

—Creo que ya lo tengo —dijo. Desenvainó a Exploradora. Fentor lanzó una exclamación ahogada y trató de apartarse.

En aquel momento, se oyó un ruido seco y oí la pseudovoz de Kragar.

Ahí la tienes.

Vi una daga envainada a mis pies.

Buen trabajo, le dije, y corté el vínculo antes de que me asediara a preguntas.

Desenvainé la daga para examinarla. En cuanto salió de la vaina, vi que era una Morganti. Percibí la sensibilidad de la hoja, que resonaba en mi mente, y me estremecí.

Era un cuchillo grande, con una punta y un filo. Dos filos, de hecho, porque estaba afilada unos centímetros a lo largo del lomo. La hoja medía unos cuarenta centímetros de largo, y se curvaba por la parte afilada del lomo. El arma de un

profesional del cuchillo. El mango era ancho y sencillo. Me resultaba algo incómodo, pues había sido fabricado para dragaeranos, por supuesto.

Lo envainé y colgué de mi cinturón, al costado izquierdo. Estaba delante de la espada, muy cerca, dispuesto para lanzarlo de través. Lo probé varias veces, para comprobar que el emplazamiento no me estorbaba para coger la espada. Miré a Alieria e indiqué con un cabeceo que estaba preparado.

—Fentor —dije—, cuando hayas recuperado las fuerzas, ponte en contacto con Uliron para que te devuelva allí. Considérate temporalmente suspendido de tus obligaciones.

Consiguió asentir, mientras yo notaba el mareante efecto de la teleportación.

* * *

Algunos consejos generales sobre el asesinato y actividades similares: no te teleportes, de lo contrario llegarás al lugar del crimen con el estómago revuelto. Evítalo sobre todo cuando no tengas ni la más remota idea de dónde irás a parar. Si no haces caso de estas dos observaciones, al menos asegúrate de que no sea en una taberna abarrotada en una hora punta, pues no sabrás dónde está tu víctima. Si lo haces, la gente que te rodea tendrá tiempo de reaccionar antes de que empieces a moverte. Y nunca lo hagas en un lugar donde tu víctima esté sentada a una mesa rodeada de brujas.

Si, por algún motivo, has de violar todas estas normas, intenta tener a tu lado a un Señor Dragón enfurecido provisto de un Arma Definitiva. Por suene, yo no estaba aquí para cometer un asesinato. Bueno, no exactamente.

Alieria se volvió en una dirección, yo en otra. Fui el primero en verles, pero no antes de oír un grito y ver a varias personas que emprendían diversos tipos de acciones frenéticas. Si esto era el típico local regentado por jheregs, era fácil que hubiera hasta media docena de personas que solieran ir acompañadas de guardaespaldas. Algunos de los guardaespaldas, como mínimo, me reconocerían, y sabrían que había un asesino entre ellos.

¡Agáchate, jefe!

Me dejé caer sobre una rodilla cuando localicé la mesa, y así esquivé un cuchillo, que pasó silbando sobre mi cabeza. Vi a alguien, de sexo femenino, apuntarme con un dedo. Rompehechizos cayó en mi mano, y la extendí. Debí de interceptar lo que la mujer intentaba hacerme. No quedé desintegrado, paralizado, o lo que fuera.

Entonces, caí en la cuenta de un problema: había reconocido la mesa porque había mucha gente sentada a ella que, sabía yo, estaban con la Mano Izquierda, y porque habían reaccionado ante mi súbita aparición. Por lo tanto, una de aquellas

personas debió de comprender el motivo de mi llegada (confirmado por la presencia de Miera) y actuó en consecuencia. Podía matar a todos, excepto a ella. Pero ¿cuál era? Por su aspecto, no podía adivinarlo. Todos se habían puesto en pie, dispuestos a destruirnos. Estaba tan paralizado como si un conjuro me hubiera alcanzado.

Aliera no, sin embargo. Debió de preguntar a Exploradora quién era en cuanto vio la mesa, sólo una fracción de segundo después de mí. No se detuvo a compartir su secreto conmigo. Se me adelantó y Exploradora describió un círculo espasmódico. Vi lo que debía de ser otro conjuro dirigido hacia mí, y moví de nuevo a Rompehechizos: tocado. Aliera llevaba extendida ante sí la mano izquierda. Vi que luces multicoloreadas surgían de ella. Exploradora entró en contacto con la cabeza de una bruja de cabello castaño claro y rizado, que habría sido muy guapa de no ser por su expresión y el tajo en su frente.

Grité por encima de los chillidos mientras rodaba por el suelo, con la esperanza de convertirme en un blanco difícil.

—Maldita sea, Aliera, ¿cuál es?

Aliera dio otro mandoble y una segunda bruja cayó. Su cabeza se separó de los hombros y se detuvo a mi lado. Pese a todo, Aliera me había oído. Su mano izquierda dejó de bloquear conjuros y apuntó directamente a una de las brujas. No la conocía. Dio la impresión de que algo golpeaba a Aliera en aquel instante, pero Exploradora emitió un brillante destello verde y Aliera continuó con la escabechina.

Mi mano izquierda encontró tres shuriken, que lancé contra una bruja que intentaba hacer una cosa u otra a Aliera.

Eso es lo que más detesto de luchar contra la magia: nunca sabes lo que tratan de hacerte, hasta que lo consiguen. La bruja sí supo lo que la había alcanzado. Dos shuriken atravesaron sus defensas. Una la alcanzó justo debajo de la garganta, y el otro en mitad del pecho. No la mató, pero tardaría un rato en molestar a nadie.

Observé que Loiosh se precipitaba hacia las caras de las personas y las obligaba a agacharse; la alternativa era recibir su veneno. Empecé a abrirme paso hacia nuestro objetivo. Agarrarla, que Aliera nos teleportara y bloqueara nuestro rastro.

La bruja se defendió.

Me puse en pie y avancé hacia ella. Estaba a unos cinco pasos de distancia, cuando se desvaneció. En el mismo instante, algo me alcanzó. Descubrí que era incapaz de moverme. Iba corriendo y en precario equilibrio, de modo que caí al suelo con cierta violencia. Terminé de bruces, en una posición desde la que pude ver a Aliera indecisa entre ayudarme y tratar de seguir a la bruja desaparecida.

¡Estoy bien!, mentí psiónicamente. *¡Coge a esa zorra y métela en algún sitio!*

Aliera desapareció al instante y me dejó más solo que la una. Paralizado. ¿Por qué me había metido en aquel lío?, me pregunté.

En el extremo de mi campo visual (la parálisis era tan completa que ni siquiera

podía mover los globos oculares, lo cual era de lo más frustrante), vi a una bruja que apuntaba un dedo en mi dirección, Supongo que me habría preparado para morir, de haber sabido cómo.

Sin embargo, no tuvo la oportunidad de terminar su conjuro.

En aquel momento, una forma alada golpeó su cara de lado. Oí que gritaba y desapareció de mi vista.

¡Loiosh, lárgate de aquí!

Vete a la Puerta de la Muerte, jefe.

¿A dónde se pensaba que iba?

La bruja apareció de nuevo ante mi vista, con una expresión de rabia en la cara. Extendió la mano de nuevo, pero esta vez no me apuntaba a mí. Intentaba seguir a Loiosh con la mano, pero tenía problemas. Yo no podía ver al jherreg, pero imaginaba lo que estaba haciendo.

No podía moverme para activar a Rompehechizos, y mucho menos para hacer algo productivo. Podría haber intentado convocar a Kragar, pero todo habría acabado antes siquiera de establecer contacto con él. La brujería también tarda lo suyo.

Habría chillado de haber podido. No era tanto porque fueran a matarme, pero estar tirado allí, completamente indefenso, mientras Loiosh corría el peligro de acabar asado, era demasiado frustrante. Mi mente martilleaba los lazos invisibles que me retenían, en tanto trataba de obtener poder mediante mi vínculo con el Orbe, pero no existía la menor posibilidad de romper las ataduras. Yo no era un brujo de la misma clase que mis atacantes. Si al menos Alieria estuviera aquí.

¡Era ridículo! No habrían podido inmovilizarla así. Si hubieran tenido las agallas de intentarlo, la habría disuelto a todas en el caos.

Disolverlas en el caos... la frase resonó en mi mente y despertó ecos en el almacén de mi memoria. «Me pregunto cómo interactúa la herencia genética con la reencarnación del alma.»

Yo era hermano de Alieria.

Los pensamientos no ocuparon el menor tiempo. Entonces, supe lo que debía hacer, pero no tenía ni idea de cómo. Claro que, llegado a aquel punto, ya no me importaba. Que el mundo estallara en pedazos. Que todo el planeta se disolviera en el caos. La bruja, que aún seguía al alcance de mi vista, se convirtió en todo mi mundo por un momento.

Imaginé que se disolvía, se disipaba, desaparecía. Entonces, arrojé toda la energía mágica que había acumulado sin ser capaz de utilizarla, y mi rabia y frustración la guiaron.

Me han contado que, aquellos que estaban mirando, vieron un torrente de algo como fuego carente de forma y color que salía disparado de mí hacia la bruja alta del dedo apuntado al aire, que no lo vio venir.

En cuanto a mí, me sentí de repente vaciado de energía, de odio, de todo. Vi a la bruja caer y disolverse en una masa remolineante de todos los colores que pude concebir, y varios que no.

Llegaron chillidos a mis oídos. No significaban nada. Descubrí que podía volver a moverme cuando mi cabeza golpeó de súbito el suelo, y comprendí que había quedado semierguido en ángulo. Traté de mirar a mi alrededor, pero sin conseguir levantar la cabeza. Creo que alguien gritó, «¡Se está extendiendo!», lo cual se me antojó extraño.

¡Levántate, jefe!

¿Qu...? Ah. Más tarde, Loiosh.

¡Ahora, jefe! ¡Deprisa! ¡Avanza hacia ti!

¿Qué es?

Lo que arrojaste a la bruja. ¡Deprisa, jefe! ¡Está a punto de alcanzarte!

Me pareció tan extraño que levanté la cabeza un poquito. Tenía razón. Parecía casi un charco de... algo, centrado más o menos donde había estado la bruja. Qué raro, pensé.

Se me ocurrieron varias cosas a la vez. Primera, que aquello debía de ser lo que pasaba cuando algo se disolvía en el caos: se extendía. Segunda, que debía esforzarme por controlarlo. Tercera, que no tenía ni idea de cómo se controlaba el caos. Hasta parecía una contradicción, si sabéis a qué me refiero. Cuarta, observé que los zarcillos exteriores estaban muy cerca de mí. Por fin, me di cuenta de que carecía de fuerzas para moverme.

Y entonces, oí otro grito, a un lado, y comprendí que alguien acababa de teleportarse. Casi me puse a reír. No, no, quise decir. No te teleportas a una situación como esta, sales disparado.

Se produjo un brillante destello verde a mi derecha, y vi que Alierá avanzaba directamente hacia el borde de la masa informe que llenaba aquella parte de la sala. Loiosh aterrizó a mi lado y empezó a lamerme la oreja.

Vamos, jefe. ¡Levántate va!

Estaba fuera de toda duda, por supuesto. Demasiado trabajo. No obstante, conseguí levantar la cabeza lo suficiente para ver a Alierá. Todo aquello era muy interesante, de una forma vaga, carente de importancia. Se detuvo en el borde de la masa informe y extendió a Exploradora con la mano derecha. Tenía la izquierda levantada, con la palma hacia fuera, en un gesto de advertencia.

¡Y entonces, que Verra me asista, dejó de extenderse! Pensé imaginar cosas al principio, pero no, había dejado de extenderse. Después, poco a poco, adoptó un único y uniforme color: verde. Era muy interesante verlo cambiar. Comenzó por los bordes y después avanzó, hasta que toda la masa adquirió un tono esmeralda.

Alierá empezó a hacer gestos con la mano izquierda, y la masa verde se puso a

brillar, hasta virar lentamente a azul. Pensé que era muy bonito. Observé con atención. ¿Era mi imaginación, o la masa azul parecía un poco más pequeña que antes? Miré hacia donde habían estado los bordes y lo confirmé. Ya no había nada. El suelo de madera del restaurante había desaparecido, retrocedido hasta revelar el borde de lo que semejaba un pozo. Levanté la vista y descubrí que aquella parte del techo también había desaparecido.

Vi que la masa azul se encogía gradualmente. Tomó la forma de un círculo, o mejor dicho, una esfera, de unos tres metros de diámetro. Alieria iba avanzando, y levitaba sobre el agujero del suelo. Los tres metros se convirtieron en uno y medio, después en treinta centímetros, y luego el cuerpo de Alieria lo ocultó por completo.

Noté que volvían mis fuerzas. Loiosh continuaba lamiéndome la oreja. Me senté cuando Alieria se volvió y avanzó hacia mí, como si caminara sobre la nada que había debajo de ella. Cuando llegó a mi lado, me cogió por el hombro y me obligó a erguirme. No pude descifrar la expresión de su cara. Extendió la mano hacia mí cuando recuperé el equilibrio por completo. Tenía en la mano un pequeño cristal azul. Lo cogí, noté que desprendía un calor pulsátil. Me estremecí...

Alieria habló.

—Una chuchería para tu mujer —elijo—. Dile cómo la conseguiste, si quieres. De todas formas, nunca te creará.

Miré a mi alrededor. La sala estaba vacía. No me sorprendió.

Nadie con un gramo de cerebro desea codearse con una masa de caos puro incontrolado.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté. Alieria sacudió la cabeza,

—Pásate cincuenta o cien años estudiando —contestó—. Después, entra en el Gran Mar del Caos y hazte amigo de él, después de asegurarte de que posees genes e'Kieron. Después de todo esto, si no te queda otra alternativa, tal vez te arriesgues a llevar a cabo algo como lo que tú acabas de hacer.

Hizo una pausa.

—Fue una estupidez increíble, ¿sabes? —añadió.

Me encogí de hombros. No tenía ganas de contestar en aquel momento. Sin embargo, empezaba a sentirme algo mejor. Me estiré.

—Será mejor que nos larguemos, antes de que aparezcan los Guardias Imperiales.

Alieria se encogió de hombros, hizo un ademán desdeñoso y empezó a decir algo, pero Loiosh la interrumpió.

¡Guardias, jefe!

Oí el sonido de botas que corrían. Justo a tiempo.

Eran tres, con sus rostros sombríos y oficiales, y empuñaban enormes espadas. Sus ojos se clavaron en mí, como si no vieran a Alieria. No les culpé, por supuesto. Se enteran de una bronca fenomenal en un bar regentado por un jhereg, entran y ven a

un oriental con los colores de la Casa jherreg. ¿Qué van a pensar?

Tres armas me apuntaban, por lo tanto. No me moví. Les observé y me concedí bastantes posibilidades de abrirme paso por la fuerza, puesto que contaba con Loiosh y esos idiotas no saben casi nada acerca de cómo arreglárselas con veneno o armas arrojadas del tipo que sean. No hice nada por el estilo, claro. Aunque me hubiera sentido en plena forma y sólo hubiera uno, no les habría tocado. A los Guardias Imperiales no se les mata. Nunca. Puedes sobornarlos, suplicar, razonar, pero no luchas con ellos. Si lo haces, sólo existen dos resultados posibles: o pierdes, en cuyo caso eres jherreg muerto, o ganas, en cuyo caso eres jherreg muerto.

Pero esta vez no tenía motivos para preocuparme. Oí la voz de Alier, por encima de mi hombro.

—Dejadnos en paz —dijo.

El guardia desvió la atención hacia ella, al parecer por primera vez. Enarcó las cejas, descubrió que era un Señor Dragón y no supo cómo reaccionar. Sentí una inmensa compasión por el pobre tipo.

—¿Quién sois vos? —preguntó, acercándose, pero con la espada educadamente apartada.

Alier echó hacia atrás su capa y posó la mano sobre la empuñadura de Exploradora. Debieron de intuir lo que era al instante, porque vi que retrocedían unos pasos. Y conocían, al igual que yo, la diferencia entre un Guardia Imperial asesinado por un jherreg y un combate entre dragones.

—Soy Miera e'Kieron —anunció—. Este jherreg es mío. Podéis marcharos.

El guardia, nervioso, se humedeció los labios y se volvió hacia los demás. Por lo que pude ver, no expresaron la menor opinión. Se volvió hacia Miera y la miró un momento. Después, se inclinó y, sin decir palabra, dio media vuelta y salió, seguido por sus compañeros. Me habría gustado muchísimo saber lo que escribieron después en su informe.

Miera se volvió hacia mí.

—¿Qué te alcanzó? —preguntó.

—Una paralización completamente externa, creo. No afectó a mis oídos, ni tampoco a mi corazón y pulmones, pero sí a todo lo demás.

Asintió. De repente, recordé qué estaba haciendo aquí.

—¡La bruja! ¿La has cazado?

Sonrió, asintió y palmeó la empuñadura de Exploradora.

Me estremecí de nuevo.

—¿Tuviste que destruirla?

Meneó la cabeza.

—Olvidas, Vlad, que esta es un Arma Definitiva. Su cuerpo se encuentra en el Castillo Negro, y su alma está aquí, donde podemos destruirla cuando nos dé la gana.

Soltó una risita.

Me estremecí una vez más. Lo siento, pero algunas cosas me disgustan.

—¿Y el cuerpo de Morrolan?

—También en el Castillo Negro. La Nigromántica le está cuidando, por si encuentra una forma de romper el conjuro. Parece que no existen muchas esperanzas, a menos que convenzamos a nuestra amiga de que colabore.

Asentí.

—Bien, vámonos.

En aquel momento, recordé de repente que, cuando aquellos Guardias Imperiales habían entrado, llevaba encima un arma Morganti de alta potencia. Si lo hubiera recordado en aquel instante, no sé qué habría hecho, pero habría estado mucho más preocupado. Era la primera vez que estaban a punto de pillarme con una, y me puse muy contento de que Miera me acompañara.

* * *

Cuando llegamos al Castillo Negro, mi estómago estaba más que algo irritado conmigo. Si hubiera comido pocas horas antes, lo habría devuelto todo. Decidí ser superamable con mis tripas durante el resto del día.

El castillo de Morrolan tiene una torre muy alta. Es el centro de casi todo su poder, según me han dicho. Aparte de él, a muy poca gente se le permite el acceso. Yo soy uno de los privilegiados, Alieria es otro. Lino más es la Nigromántica. La torre es el centro de adoración a Yerra, la Diosa Demonio a la que sirve Morrolan. Y digo en serio lo de «sirve». Se sabe que sacrificó pueblos enteros a ella.

La torre siempre está a oscuras, tan sólo iluminada por unas pocas velas negras. Tiene una única ventana, que no da al patio. Si tienes suerte, no da a nada. De lo contrario, da a cosas capaces de destruir tu cordura.

Tendimos el cuerpo de Morrolan en el suelo, bajo la ventana. La bruja estaba en el altar situado en el centro de la habitación. Le habíamos sujetado la cabeza bien en alto para que pudiera ver la ventana, a sugerencia mía. No tenía la menor intención de utilizar la ventana para nada, pero que ella la viera ayudaría a nuestras intenciones.

La Nigromántica ayudó a Alieria, que resucitó a la bruja. Podría haber sido al revés, sin duda. Hay pocas personas que sepan más sobre la transferencia de almas y los misterios de la muerte que la Nigromántica. Pero la había matado el Arma Definitiva de Alieria, de modo que ella se ocupó de los conjuros.

Los ojos de la bruja parpadearon y se abrieron, y su cara pasó por las mismas fases que la de Fentor, excepto que la última expresión fue de miedo.

Aquella parte me correspondía a mí. No deseaba darle tiempo para que examinara

su entorno o se orientara. El hecho de que hubiera sido elegida por el asesino de Morrolan garantizaba que era buena, lo cual corroboraba que era dura de pelar. No creía en absoluto que fuera a resultar fácil.

Así, lo primero que vio cuando abrió lo ojos fue la ventana. Estaba misericordiosamente vacía en aquel momento, pero no menos eficaz. Antes de que tuviera tiempo de asimilar aquello, vio mi cara. Estaba de pie sobre ella y me esforzaba por mirarla con cara de pocos amigos.

—Bien —dije—, ¿te ha gustado la experiencia?

No contestó. Estaba intrigado por cómo se sentía uno con el alma devorada, así que se lo pregunté. Siguió sin contestar.

A estas alturas, ya sería consciente de varias cosas, incluidas las cadenas que la ataban al altar y los conjuros diseminados por la habitación, que la impedían utilizar la brujería.

Esperé un momento, para darle tiempo a digerir la información.

—Alier ha disfrutado matándote así —dije, como si tal cosa—. Quería repetirlo.

Miedo. Controlado.

—No la dejé. Quería hacerlo yo.

Ninguna reacción.

¿Estás bien, jefe?

¡Maldita sea! ¿Tanto se nota?

Sólo yo.

Bien. No, no estoy bien, pero tampoco puedo hacer nada.

—Tal vez —proseguí— es una imperfección de mi carácter, pero disfruto mucho utilizando armas Morganti con las zorras como tú.

Nada.

—Por eso te hemos devuelto a la vida.

Mientras hablaba, extraje la daga que Kragar me había proporcionado y la sostuve ante sus ojos. Se abrieron de par en par. Negó con la cabeza.

Nunca me había visto obligado a hacer algo semejante, y no me gustaba. No era que la bruja hubiera cometido una fechoría; había aceptado un contrato normal, como yo habría hecho. Por desgracia, se había enrolado en el bando equivocado. Y, por desgracia, necesitábamos su colaboración porque había hecho un buen trabajo. No podía dejar de identificarme con ella.

Toqué su garganta con el lomo de la hoja, sobre el borde. Noté que se rebelaba, intentaba dar la vuelta, clavarse en la piel, cortar, beber.

Ella también lo notó.

Me hice con el control.

—Sin embargo, por ser un tipo honorable, debo informarte de que, si colaboras con nosotros, no utilizaré esto contigo. Sería una pena que ocurriera.

Su rostro reflejó el hálito de esperanza que experimentó, y se detestó por ello. Bueno, al fin y al cabo, yo tampoco me sentía muy bien conmigo mismo, pero el juego es así.

La agarré por el pelo y levanté su cabeza un poco más. Sus ojos se posaron sobre la figura de Morrolan, que yacía debajo de la ventana, la cual todavía albergaba tan sólo negrura.

—Ya sabes lo que queremos —dije—. A mí, personalmente, se me da un graznido de teckla que lo hagas o no, pero a otros no. Llegamos a un compromiso. He de pedirte, una sola vez, que quites el conjuro que pusiste. Si te niegas, tengo las manos libres. Si aceptas, Morrolan decidirá después tu suerte.

Se puso a temblar sin el menor disimulo.

Para un profesional jhereg, un contrato es un vínculo casi sagrado. La mayoría perderíamos el alma antes que quebrantar un contrato, hablando de una manera abstracta. Sin embargo, cuando llega el momento, bien... Pronto lo íbamos a ver. Nunca me había encontrado en la tesitura que padecía la bruja, y recé a Yerra para que nunca se diera la circunstancia. Me sentía muy hipócrita. Me habría desmoronado en aquel momento. Bueno, quizá no. Es difícil saberlo.

—Bien, ¿cuál es? —pregunté con rudeza. Vi la indecisión reflejada en su cara. A veces, detesto de verdad las cosas que hago. Tal vez tendría que haber sido ladrón, después de todo.

Cogí su vestido, lo alcé y dejé al descubierto sus piernas. Tiré de una rodilla. Loiosh siseó, ya dispuesto.

—¡No! —grité—. ¡Hasta que haya acabado con ella, no!

Me lamí el dedo índice de mi mano izquierda y humedecí un punto de la parte interna de su muslo. Estaba a punto de llorar, lo cual significaba que estaba a punto de desmoronarse. Bien, ahora o nunca,

—Demasiado tarde —dije con regocijo, y bajé la hoja Morganti, lenta e incesantemente, hacia su muslo. La punta lo tocó.

—¡No! ¡Para, dios mío! ¡Lo haré!

Dejé caer el cuchillo al suelo, cogí su cabeza de nuevo y sostuve sus hombros. Estaba de cara al cuerpo de Morrolan; el suyo se estremecía de sollozos. Asentí en dirección a Alier, quien eliminó los conjuros protectores que habían impedido a la bruja hacer de las suyas. Si había mentido, ahora podría ofrecer resistencia, pero sabía muy bien que no podría vencer a la fuerza combinada de Alier y yo, por no mencionar a la Nigromántica.

—¡Pues hazlo ya! —repliqué—. Antes de que cambie de opinión.

Asintió débilmente, sin dejar de sollozar en silencio. Vi que se concentraba un momento.

La Nigromántica habló por primera vez.

—Ya está —dijo.

Dejó que la bruja se derrumbara. Me sentí mareado otra vez.

La Nigromántica se acercó al cuerpo de Morrolan y puso manos a la obra. No miré. Sólo se oían los sollozos de la bruja y, mucho más tenues, nuestras respiraciones.

Al cabo de pocos momentos, la Nigromántica se incorporó. Sus apagados ojos no muertos parecieron casi alegres por un momento. Miré a Morrolan, cuya respiración era profunda y regular. Abrió los ojos.

Al contrario que otros, su primera reacción fue de ira. Vi que sus labios se fruncían, y luego confusión en su cara. Paseó la vista a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Te tendieron una trampa —dije.

Meneó la cabeza, con expresión de perplejidad. Levantó una mano y se puso en pie. Nos miró a todos, y sus ojos se posaron sobre la bruja, que seguía sollozando.

Paseó la mirada de Alier a mí y viceversa.

—¿Quién es esta? —preguntó.

—Mano Izquierda —expliqué—. Sospecho que fue contratada por la persona que te liquidó, para lograr que no pudieran revivirte. Lo hizo. Pero claro, quien echa un conjuro puede quitarlo también, y la convencimos de que lo eliminara.

La miró con aire pensativo.

—Debe de ser muy buena, ¿verdad?

—Lo bastante —dijo Alier.

—En ese caso —dijo Morrolan—, sospecho que hizo algo más que eso. Alguien me atacó en cuanto llegué a aquel... lugar.

—Almacén —colaboré.

—Aquel almacén. Alguien consiguió destruir todos mis conjuros defensivos. ¿Podrías haber sido vos, mi señora?

La bruja le miró con expresión desolada, pero no contestó.

—Tuvo que ser ella —dije—. ¿Para qué contratar a dos brujas, cuando sólo se necesita una?

Morrolan asintió.

Recogí la daga del suelo, la envainé y se la tendí a Morrolan. Colecciona armas Morganti, y yo no quería ver aquella nunca más. La miró y asintió. El cuchillo desapareció en el interior de su capa.

—Salgamos de aquí —propuse.

Nos encaminamos hacia la salida. Alier me miró. No podía disimular del todo el desagrado que reflejaba su rostro. Aparté la vista.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —pregunté a Morrolan—. Le garantizamos su alma si nos ayudaba, pero no hicimos otras promesas.

Asintió, la miró y extrajo una daga de acero normal de su cinturón.

Los demás salimos de la habitación, pues ninguno deseaba presenciar el final del asunto.

«La mordedura de un yendi nunca se cura por completo»

Morrolan nos alcanzó cuando llegamos a la biblioteca, y llevaba la daga envainada. Intenté alejar todo el incidente de mi mente. Fracasé, por supuesto.

De hecho (y no deja de ser divertido, si tenéis ganas de reiros), había cometido cuarenta y un asesinatos hasta aquel momento, y nunca he perdido el sueño por ninguno. Ni un ápice, vamos. Pero esta vez, en que ni siquiera había hecho daño a la bruja, me afectó tanto que, durante muchos años después, me despertaba viendo su cara. Puede que me arrojara algún tipo de maldición, pero lo dudo. Es que, oh, infiernos. No quiero hablar de eso.

Fentor estaba en la biblioteca cuando llegamos. Al ver a Morrolan, estuvo a punto de desmoronarse. Se precipitó a postrarse de hinojos ante él, con la cabeza tocando el suelo. Creí que iba a vomitar de nuevo, pero Morrolan fue más comprensivo.

—Levántate —rezongó—. Después, siéntate y cuéntalo todo.

Fentor asintió y se puso en pie. Morrolan le guio hasta una silla y le sirvió una copa de vino. Lo bebió ansiosamente, sin apreciar la cosecha, mientras nosotros nos procurábamos asientos y nos servíamos vino. Al fin, estuvo en condiciones de hablar.

—Fue esta mañana, mi señor, cuando recibí un mensaje.

—¿De qué clase? —le interrumpió Morrolan.

—Psiónico.

—Muy bien. Prosigue.

—Se identificó como un jhereg y dijo que tenía cierta información que venderme.

—¿De veras? ¿Qué clase de «información»?

—Un nombre, mi señor. Dijo que Mellar iba a sufrir un atentado, que era uno de nuestros invitados, y que al asesino no le importaba esa circunstancia. —Fentor se encogió de hombros, como disculpando la falta de juicio de su contacto—. Dijo que el asesino era lo bastante bueno para burlar nuestro sistema de seguridad.

Morrolan me miró y arqueó una ceja. Yo estaba al mando de la seguridad, decían sus ojos, de una forma muy elocuente. ¿Podía burlarse?

—Cualquiera puede ser asesinado —dije con sequedad a Morrolan.

Permitió que sus labios sonrieran levemente, asintió y devolvió su atención a

Fentor.

—¿De veras crees que estaban dispuestos a iniciar otra guerra Dragón-Jhereg? —le preguntó.

Abrí la boca para hablar, pero me lo pensé mejor. Iba a dejar que terminara su historia.

—Lo temí —contestó Fentor—. En cualquier caso, pensé que sería una buena idea conseguir el nombre, por sí acaso.

—¿Quería proporcionarte el nombre del asesino? —pregunté. Fentor asintió.

—Dijo que necesitaba dinero con desesperación, se había tropezado con la información y sabía que a Morrolan le interesaría.

—Supongo que no se te ocurrió comunicarme esta información antes de intentar algo por tu cuenta —dijo Morrolan.

Fentor guardó silencio unos instantes.

—¿Vos lo habríais hecho, mi señor? —preguntó.

—Lo más seguro es que no —contestó Morrolan—. No me sometería a ninguna extorsión.

Alzó un poco la barbilla.

(Estate quieto, mi revoltoso estómago).

Fentor asintió.

—Supuse que esa habría sido vuestra reacción, mi señor. Por otra parte, mi trabajo consiste en velar para que no ocurra nada a vuestros invitados, y pensé que, si en verdad un asesino acechaba a Mellar, necesitaba toda la ventaja posible.

—¿Cuánto quería? —pregunté.

—Tres mil imperiales de oro.

—Barato —comenté—, teniendo en cuenta lo que arriesgaba.

—¿De dónde salió el oro? —preguntó Morrolan.

Fentor se encogió de hombros.

—No soy pobre —dijo—. Y como lo hacía por mi cuenta...

—Lo sospechaba —dijo Morrolan—. Te será devuelto.

Fentor meneó la cabeza.

—Aún tengo el oro —dijo—. No me lo quitaron.

Se lo podría haber dicho yo, Al fin y al cabo, estábamos tratando con profesionales.

Fentor continuó.

—Llegué a las coordenadas de teleportación que me dieron y me atacaron en cuanto llegué. Me vendaron los ojos, y luego me mataron. No tuve ni idea de lo ocurrido, o del motivo, hasta que me levanté, después de que Alier me resucitara, y vi... —Calló un momento y desvió la vista—... y vi vuestro cuerpo, mi señor. Fue entonces cuando tomé medidas para que nos teleportaran de vuelta.

Experimenté una momentánea punzada de compasión por él. Tendríamos que haberle informado de que el cadáver de Morrolan se encontraba a unos pasos de distancia, pero en aquel momento no estaba yo de buen humor para conversaciones educadas, y tampoco tenía tiempo.

Morrolan asintió cuando Fentor terminó su relato.

—Le he revelado temporalmente de sus obligaciones —dije.

Morrolan se levantó y caminó hasta Fentor. Le miró unos instantes.

—Muy bien. Apruebo los motivos que te impulsaron a actuar. Comprendo y simpatizo con tus razonamientos, pero una acción semejante no debe repetirse en el futuro. ¿Entendido?

—Sí, mi señor. Y gracias.

Morrolan le palmeó el hombro.

—Muy bien. Puedes volver a tu trabajo.

Fentor hizo una reverencia y se marchó. Morrolan cerró la puerta, se sentó y bebió vino.

—Todos estaréis deseando saber qué me pasó, sin duda —dijo.

—Lo has adivinado —contesté.

Se encogió de hombros.

—Recibí un mensaje, probablemente del mismo individuo que se puso en contacto con Fentor. Afirmaba que habían capturado a Fentor. Me ordenaba —pronunció la palabra como si tuviera mal sabor— retirar mi protección a lord Mellar y expulsarle de mi casa. Me dijeron que, si no lo hacía, matarían a Fentor. Amenazaron con utilizar una hoja Morganti en él si intentaba rescatarle.

—Naturalmente, te precipitaste hacia allí.

—Naturalmente —admitió, sin hacer caso de mi sarcasmo—. Le hice hablar el tiempo suficiente para localizarle, disponer mis conjuros de protección normales y teleportarme.

—¿Fentor aún estaba vivo?

Asintió.

—Sí. Mientras intentaba localizarles, pedí que me pusieran en contacto con él, para verificar que estaba vivo. Estaba inconsciente, pero vivo.

»En cualquier caso, llegué. Esa uf, dama a la que acabamos de dejar arrojó algún tipo de conjuro. Supongo que estaba preparado. No sabía que era ella hasta hace un momento, claro, pero fuera lo que fuera eliminó mis protecciones contra ataques físicos. —Sacudió la cabeza—. Me veo obligado a admirar su cálculo del tiempo. Tú también lo habrías apreciado, Vlad. Antes de darme cuenta de lo que pasaba, algo me golpeó en la nuca y vi que un cuchillo se me acercaba. Muy desagradable. No tuve tiempo ni de contraatacar. Tal como ellos habían planeado, por supuesto.

Asentí.

—Sabían lo que hacían. Tendría que habérmelo imaginado antes.

—¿Cómo lo dedujiste? —preguntó Alieria.

—Ciertas personas comentaron que habían descubierto una forma de matar a Mellar sin desencadenar sobre sus cabezas la furia de toda la Casa del Dragón. Me costó mucho, pero al final se me ocurrió que una forma de hacerlo, sin necesidad de que Mellar abandonara el Castillo Negro, sería si Morrolan aparecía muerto. Entonces, ya no habría problema, pues Mellar ya no sería huésped de Morrolan.

Morrolan meneó la cabeza con tristeza.

Continué.

—En cuanto descubrí que Fentor y Uliron habían intercambiado el turno, supe que algo pasaba. Deduje lo que debía de ser, contacté con Alieria y, bueno, ya sabes el resto.

Morrolan no lo sabía, por supuesto, pero yo no estaba de humor para contarle que casi me había disuelto (junto con la mitad de Adrilankha) en el caos puro.

Morrolan me miró fijamente.

—¿Quién es la persona que imaginó este maravilloso plan? —preguntó.

Sostuve su mirada y sacudí la cabeza.

—No. Ni a ti puedo proporcionar esa información.

Me miró un momento más, y luego se encogió de hombros.

—Bien, muchas gracias, en cualquier caso.

—¿Sabes dónde reside la auténtica ironía?

—¿Dónde?

—He intentado encontrar una manera de evitar otra guerra Dragón-Jherég, y cuando una me cae en el regazo, me la sacudo de encima.

Morrolan se permitió una leve sonrisa.

—No creo que habrían llegado tan lejos, ¿verdad? —preguntó.

Estuve a punto de asentir, pero no. ¡Ya lo creo que sí! Conociendo al Demonio, no se lo pensaría dos veces.

—¿Qué pasa, Vlad? —preguntó Alieria.

Sacudí la cabeza y me puse en contacto con Fentor.

¿Sí, mi señor?

¿Has vuelto a tu puesto?

Sí, mi señor.

Registra de arriba abajo todas nuestras zonas seguras. Ya. Comprueba que no haya la menor infracción. Lo quiero hecho para hace una hora. Muévete.

Retuve el contacto mientras daba las órdenes pertinentes. Si iba a liquidar a Mellar, ¿cómo burlaría el sistema de seguridad de Morrolan? Lo repasé en mi mente. Lo había diseñado yo mismo; claro que no se me ocurrían imperfecciones. ¿Y si le preguntara a Kiera? Después, si había tiempo. Si ya no era demasiado tarde.

Todo comprobado, mi señor.

Estupendo. Espera un momento.

Morrolan y Alier me estaban mirando, perplejos. No les hice caso. Ahora... Olvida las ventanas, nadie entra por ahí. ¿Un túnel? ¡Ja! ¿Desde el aire? ¿Si Morrolan puede detectar cualquier brujería que se realice alrededor de su castillo? Ni hablar. ¿Un agujero en el muro? Si no utilizaran brujería, cosa que no podrían hacer, tardarían demasiado. ¿Las puertas? La puerta principal contaba con brujería, hechicería y Lady Teldra. Olvídalo. ¿Las puertas traseras? ¿Las entradas de servicio? No, teníamos guardias.

Guardias. ¿Podrían haberlos sobornado? ¿A cuántos? ¡Maldita sea! Sólo dos. ¿Cuánto tardarían en prepararlo? No más de dos días. No, no podría encontrar dos guardias en sólo dos días, sin descubrir al que hablara primero. ¿Mataría a los otros que se negaran?

Fentor, ¿ha muerto algún guardia durante los últimos dos días?

No, mi señor.

Estupendo. No habían sobornado a ninguno. ¿Qué más? ¿Sustituir a un guardia? Oh, mierda, eso es lo que yo haría.

Fentor, ¿trabaja hoy algún guardia nuevo, gente que lleve en nómina menos de tres días? Si no, investiga a los criados, pero antes a los guardias.

Eso es lo que yo haría, por supuesto. Conseguir un empleo de guardia, o de criado, y esperar el momento perfecto. Bastaría con lograr que el guardia apropiado estuviera ocupado, o enfermo, o necesitado de un repentino permiso, incluso no haría falta, si consiguiera acceder a los registros y colar mi nombre.

De hecho, sí. Tenernos a uno nuevo que custodia la sala de banquetes. El guardia que suele cumplir esa misión...

Corté la comunicación. Ya estaba a punto de salir, cuando oí a Morrolan y Alier que me gritaban algo. La Nigromántica, que no había pronunciado palabra en todo el rato, se quedó en su sitio. Al fin y al cabo, ¿qué era otra muerte, más o menos, para ella?

Me precipité hacia la sala de banquetes a toda velocidad. Sin embargo, Loiosh fue más rápido. Me precedía diez pasos cuando vi a los dos guardias que custodiaban la puerta. Observé que me reconocían. Hicieron una leve inclinación y se pusieron firmes cuando me acerqué. Me di cuenta, desde quince metros de distancia, de que uno llevaba una daga escondida bajo el uniforme, lo cual es muy poco normal en un dragón. Gracias a Barlen, llegábamos a tiempo.

Morrolan me pisaba los talones cuando me aproximé. El guardia de la daga escondida me miró a los ojos un momento; después, se volvió y entró como un rayo en la sala, perseguido por Loiosh. Morrolan y yo corrimos tras él. Saqué un cuchillo arrojadizo, Morrolan desenvainó a Varanegra. Me encogí involuntariamente al

pensar en lo que la hoja desenvainada me traía a la mente, pero no permití que frenara a mis piernas.

Se oyeron gritos en el interior de la sala, sin duda como respuesta a las órdenes psiónicas de Morrolan. Atravesé la puerta. Por un momento, no le vi, pues la multitud le ocultaba. Entonces, vi que Loiosh atacaba. Se oyó un chillido, y vi el centelleo de una espada.

Nos detuvimos. Veíamos con toda claridad a Mellar, que no demostraba la menor preocupación. Dedicó a Morrolan una mirada inquisitiva. A sus pies estaba el «guardia». Su cabeza descansaba sobre el suelo, a escasa distancia. Un auténtico guardia se erguía sobre el cadáver, con la espada desenvainada y goteante. Miró a Morrolan, que asintió.

Morrolan y yo nos acercamos al cuerpo y nos apoderamos de una daga que sujetaba en su mano extendida. Morrolan la cogió para examinarla. Dijo «buen trabajo» al guardia.

El guardia sacudió la cabeza.

—Gracias al jherreg —dijo, y miró a Loiosh con una expresión de asombro en la cara—. Si no le hubiera estorbado, nunca habría llegado a tiempo.

Por fin alguien que reconoce mis méritos.

Por fin has hecho algo productivo.

Dos tecklas muertos sobre tu almohada.

No hicimos el menor caso a Mellar y salimos de la sala.

—Muy bien —dijo Morrolan mientras nos íbamos—. Limpiad eso.

Aliera apareció a nuestro lado, y volvimos a la biblioteca. Morrolan me tendió la daga. La toqué, y supe al instante que era una Morganti. Me estremecí y se la devolví. Últimamente, había demasiadas cosas como aquella pululando a nuestro alrededor.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —dijo. Asentí.

—¿Sabías que iba a pasar?

—Lo presentí. Cuando el atentado contra tu vida fracasó, tuvieron que seguir adelante para liquidarle.

»Hemos estado de suerte —añadí—. He reaccionado con demasiada lentitud en casi todos los momentos. Si Mellar hubiera pasado junto a la puerta en algún momento de la última hora, todo habría terminado ya.

Entramos en la biblioteca. La Nigromántica nos saludó con un movimiento de cabeza y realizó un ademán con su copa de vino, con la extraña y perpetua semisonrisa en su cara.

Siempre me ha gustado. Algún día, espero llegar a comprenderla. Por otra parte, quizá sea mejor que no.

—Quería hablar contigo desde que descubrí lo de los guardaespaldas —dije a Morrolan mientras nos sentábamos.

—¿Guardaespaldas? ¿De quién? ¿De Mellar?

—Exacto. Por lo que yo sé, tiene dos.

¿Quién lo sabe con certeza, jefe?

Cierra el pico, Loiosh.

—Muy interesante —comentó Morrolan—. Cuando llegó, me aseguró que no llevaba guardaespaldas.

Me encogí de hombros.

—Por lo tanto, no están en tu lista de invitados. Lo cual les convierte en un buen objetivo, ¿verdad?

Asintió.

—Por lo visto, no confía mucho en mi juramento.

Algo me inquietaba al respecto, pero no sabía qué.

—Es posible —dije—, pero quizá desconfía de que los jheregs no inicien una guerra con tal de eliminarle.

—Bien, tiene razón, ¿no, Vlad?

Asentí y desvié la mirada.

—Ocupara el cargo que ocupara en la Casa jhereg, no cabe duda de que ofendió a muchos peces gordos.

—Muy gordos.

Morrolan meneó la cabeza.

—No puedo creer que los jheregs sean tan estúpidos. Las dos Casas casi quedaron destruidas la primera vez, y la última...

—¿La última? Por lo que yo sé, sólo ha pasado una vez.

Morrolan aparentó sorpresa.

—¿No lo sabías? Claro, a los jheregs no les gusta hablar mucho de eso. Yo tampoco lo sabría si Alieria no me lo hubiera contado.

—Contado ¿qué?

Mi voz sonó débil y hueca a mis propios oídos.

Alieria intervino.

—Sucedió una vez más. Empezó igual que la primera, con un jhereg asesinado mientras se hospedaba en casa de un Señor Dragón. Los dragones se vengaron, los jheregs se vengaron, y... —Se encogió de hombros.

—¿Por qué nadie me lo había dicho antes?

—Porque todo se fue al Infierno después, y quedó bien registrado. En pocas palabras, el jhereg asesinado era amigo del Señor Dragón, y le estaba ayudando en algo. Alguien descubrió lo que hacía y puso fin a su tarea.

»Los dragones exigieron que el asesino les fuera entregado y, esta vez, los jheregs accedieron. Supongo que la Casa jhereg pensó que habría debido meditarlo mejor, y puede que también se tratara de una disputa privada. En cualquier caso, el asesino

escapó de casa del Señor Dragón antes de que le mataran. Liquidó a un par de dragones en su huida, y después a un par de mandamases jheregs que le habían delatado. Resultó muerto más adelante, pero para entonces ya era demasiado tarde para parar a nadie.

¿Por qué? Si fue el único individuo...

Sucedió durante el reinado de un fénix decadente, de modo que nadie confiaba en nadie. Los jheregs pensaron que los dragones habían matado a los mandamases, y los dragones pensaron que los jheregs habían organizado la huida.

—¿Y dices que luego todo se fue al infierno? ¿Justo después?

Aliera asintió.

—Los jheregs mataron a bastantes dragones clave, incluidos algunos magos, y uno de ellos, que preparaba un golpe de estado, se vio obligado a actuar demasiado pronto, y a depender demasiado de la magia. Despojado de sus mejores brujos, el conjuro perdió el control, incluso después de que el emperador muriera, y...

Su voz enmudeció. Empecé a comprender. Sé sumar dos y dos tan bien como cualquiera, y si la primera guerra Dragón-Jhereg ocurrió cuando ocurrió, la segunda tuvo que ser..., fénix decadente... golpe de estado dragón..., se fue al Infierno..., conjuro fuera de control..., emperador fénix muerto...

—Adron —dije.

Aliera asintió.

—Mi padre. El asesino tenía motivos propios para odiar al emperador y estaba trabajando con mi padre para encontrar una forma de envenenarlo cuando todo se viniera abajo. Como sabes, fue Mario quien asesinó finalmente al emperador, cuando intentó utilizar el Orbe contra los jheregs. Otro fénix intentó apoderarse del trono, y mi padre tuvo que actuar con excesiva rapidez. Al momento siguiente, apareció un mar de caos donde se alzaba la ciudad de Dragaera, y nos quedamos sin emperador, Orbe e Imperio. Pasaron doscientos años antes de que Zerika apareciera con el Orbe.

Sacudí la cabeza. Demasiados sobresaltos en tan pocos días. Se me escapaba de las manos.

—Y ahora —dije—, va a volver a empezar.

Morrolan asintió. Permanecimos un rato en silencio.

—Y si eso ocurre, Vlad, ¿de qué lado estarás? —preguntó Morrolan en voz baja.

Aparté la vista.

—Sabes que yo sería uno de los primeros objetivos de la Casa jhereg —continuó.

—Lo sé —contesté—. También sé que estarías en primera línea, con la idea de destruir la organización. Al igual que Aliera, a propósito. Ah, por cierto, yo sería uno de los primeros objetivos de los dragones.

Morrolan asintió.

—¿Crees que podrías convencer a los jheregs de que perdonaran esta?

Negué con la cabeza.

—Yo no soy un issola, Morrolan, y no soy tan listo. Además, si quieres que te diga la verdad, no estoy seguro de que lo haría en caso de que pudiera. Conozco todos los motivos de que Mellar deba desaparecer, y es difícil rebatirlos.

—Entiendo. Tal vez podrías convencerles de que esperaran. Como sabes, sólo va a quedarse unos días más.

—Es imposible, Morrolan.

Asintió. Seguimos sentados un rato en silencio.

—Supongo que no existe la menor posibilidad —dije después— de que, sólo por esta vez, nos dejes eliminarle. Sólo tienes que echarle a patadas. Ni siquiera tenía la intención de preguntártelo, pero...

Aliera levantó la vista.

—Lo siento, Vlad. No.

Aliera suspiró.

—De acuerdo —dije—. Tampoco pensaba que aceptarías.

Volvimos a sumirnos en el silencio durante unos minutos. Después, Morrolan habló de nuevo.

—Es probable que no tenga ni que decirlo, pero te recuerdo que si algo, lo que sea, le ocurre en esta casa, no descansaré hasta averiguar la causa. No retrocederé ante nada, aunque seas tú.

»Y si eres tú, o cualquier otro jherég, declararé personalmente la guerra a la Casa, y todos los dragones del Imperio me apoyarán. Hace mucho tiempo que somos amigos, y me has salvado la vida en más de una ocasión, pero no te permitiré, ni a ti ni a nadie, que asesinéis a uno de mis invitados y salgáis bien librados. Me has entendido, ¿verdad?

—Morrolan, si intentara algo por el estilo, no te habría interrogado al respecto, ¿verdad? Ya lo habría hecho. Hace..., ¿cuánto, cuatro años?, que nos conocemos. Me sorprende que me conozcas tan poco, hasta el punto de creer que puedo abusar de tu amistad.

Meneó la cabeza con tristeza.

—Nunca pensé que lo harías. Sólo quería asegurarme de que había dejado bien claro el asunto, y con las palabras precisas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Supongo que me lo merecía por haberte hecho esa pregunta. Ahora, me voy a marchar. He de reflexionar sobre todo esto.

Se levantó al mismo tiempo que yo. Le dediqué una reverencia, otra a Aliera, y una tercera a la Nigromántica. Aliera me la devolvió. La Nigromántica me miró con sus ojos oscuros, y sonrió. Cuando me volví hacia la puerta, Morrolan me cogió por el hombro.

—Lo siento, Vlad.

Asentí.

—Yo también —dije.

14

«A menudo sorprende descubrir lo que ocultan las turbias profundidades»

Cawti me conoce mejor que cualquier otro ser, con la posible excepción de Loiosh. Reprimió cualquier deseo que abrigara de entablar conversación y permitió que meditara en silencio mientras comíamos. Calló la sugerencia de que yo le cambiara el turno de cocinar, puesto que ella me había cambiado el mío, y cocinó algo soso y carente de interés para que no me sintiera obligado a felicitarla. Una mujer inteligente, mi esposa.

Nuestro apartamento era pequeño, pero tenía dos virtudes: estaba bien iluminado y la cocina era amplia. Hay una forma de diferenciar un apartamento perteneciente a un miembro de la Casa jhereg de cualquier otro apartamento: la falta de conjuros que impidan o detecten los robos. ¿Por qué? Sencillo. Ningún ratero vulgar aligerará el apartamento de un miembro de la organización, como no sea por error. Si se comete tal error, dentro de dos días me lo habrán devuelto todo, sin la menor duda. Kragar tal vez deba ordenar que se rompan algunos huesos para ello, pero se hará. La única otra clase de ladrón que existe, es alguien como Kiera: alguien a quien se haya ordenado específicamente que entre en mi casa y coja algo. Si eso sucede, no existe ningún tipo de defensa que importe un graznido de teckla. ¿Mantener a Kiera alejada? ¡Ja!

Así que estábamos sentados, cómodos y seguros en nuestra cocinita, y yo dije:

—¿Sabes cuál es el problema?

—¿Cuál?

—Cada vez que intento pensar en cómo hacerlo, sólo se me ocurre pensar en lo que ocurrirá si no lo consigo.

Cawti asintió.

—Aún me cuesta creer que el Demonio vaya a desencadenar una guerra Dragón-Jhereg, consciente y deliberadamente.

Meneé la cabeza.

—¿Qué alternativa le queda?

—Bien, si estuvieras en su lugar, ¿lo harías?

—Ese es el punto. Creo que lo haría. Nos aplastarían y escupirían otra vez, por supuesto, pero si Mellar se sale con la suya, significa una muerte lenta para toda la organización. Si consigues que todos los rateros de la calle piensen que pueden cargarse el consejo, a la larga uno de ellos lo conseguirá. Y después, lo intentarán más, y la situación no parará de empeorar.

Se me ocurrió entonces que estaba repitiendo como un loro todo lo que el Demonio me había dicho. Me encogí de hombros. ¿Y qué? Era verdad. Si hubiera alguna forma de deshacerse de Mellar sin desencadenar una guerra..., pero, claro, había una. El Demonio la había encontrado.

Claro, matar a Morrolan, había pensado. Por eso me había ofrecido la oportunidad, en la Llama Azul, de colaborar. Bien, era un tipo honorable, a fin de cuentas, no podía negarlo.

Me pregunté cuál iba a ser su siguiente movimiento. Podía volver a atentar contra mí, o contra Morrolan, o ir directamente a por Mellar. Supuse que iría a por Mellar, puesto que el factor tiempo era cada vez, más crítico, y la gente ya empezaba a hablar. ¿Hasta cuándo podríamos ocultarlo? ¿Un día más? ¿Dos, con suerte? Me di cuenta de que Cawti estaba hablando.

—Tienes razón —decía—. Hay que eliminarle.

—Pero no puedo tocarle mientras esté en el Castillo Negro.

—Y los jheregs no esperarán a que se marche.

No, ya no. ¿Cómo sería el ataque esta vez? Da igual, no podían tramar nada en un día, y Morrolan había reforzado la seguridad. Esperarían a mañana. Por fuerza. Hoy, ya era inútil.

—Como has dicho tú, atrapado entre un dragón y un dzur —comenté.

—¿Espera un momento, Vlad! ¿Y un dzur? ¿No podrías manipular a un héroe dzur para que lo eliminara en tu lugar? Podríamos probar con uno de los jóvenes, que desconozca la historia de Mellar, tal vez un mago. Ya sabes lo fácil que es manipular a los héroes dzur.

Sacudí la cabeza.

—No, querida —dije, pensando en el discurso de Morrolan—. Aparte de que Morrolan lo adivinaría, no quiero hacerle eso.

—Pero si nunca descubriría...

—No. Sabría que yo había sido el causante de que su juramento se hubiera incumplido. Recuerda, Mellar no sólo se ha refugiado en la casa de un Señor Dragón, que ya es bastante grave; Morrolan ha convertido en una cuestión de honor que el Castillo Negro sea un santuario para todos sus invitados. Significa demasiado para él, y no quiero jugar con sus sentimientos.

Vaya, vaya, ¿hoy volvemos a estar puntillosos?

Cierra el pico. Loiosh. Acaba tu plato.

Es tu plato.

—Además —dije a Cawti—, ¿cómo te sentirías si hubieras aceptado el trabajo y el objetivo se alojara con Norathar?

La mención a su vieja amiga y soda la acalló,

—Hmmm. Norathar lo comprendería —dijo al cabo de un rato.

—¿Sí?

—Sí... Bueno, no. Creo que no.

—Exacto. Y tampoco se lo pedirías, ¿verdad?

Estuvo en silencio un rato más.

—No.

—Me lo imaginaba. —Suspiró.

—Pues no se me ocurre ninguna forma.

—Ni a mí. La única salida, como has dicho tú, es convencer a Mellar de que abandone el Castillo Negro por voluntad propia, y después liquidarle. Podemos engañarle como nos dé la gana, o enviar una especie de mensaje falso, pero no podemos atacarle ni utilizar ninguna forma de magia mientras esté allí.

—Espera un momento, Vlad. Morrolan no permitirá que le atacemos, ni utilizar magia, pero si nosotros, digamos, le entregamos una nota que le convenza de marcharse, ¿no hay problema? ¿A Morrolan no le importará?

—Exacto.

Una expresión de confusión total se dibujó en sus facciones.

—Pero... ¡es ridículo! ¿Qué más le da a Morrolan el método que utilicemos para que salga? ¿Qué tiene que ver eso con la utilización de la magia?

Meneé la cabeza.

—¿He afirmado alguna vez que comprendía a los dragones?

—Pero...

—Oh, casi lo entiendo, en un sentido. No podemos hacerle nada, esa es la idea.

Pero engañarle, ¿no es «hacerle algo»?

—Bueno, sí. Más o menos. Pero es diferente, al menos para Morrolan. De entrada, es una cuestión de libre elección. La magia no da la menor elección a la víctima; el engaño, sí. También sospecho que Morrolan nos considera incapaces de conseguir lo. Y no le faltan motivos. Sabes que Mellar va a estar en guardia contra cualquier cosa por el estilo. No veo cómo vamos a poder hacer algo.

—Yo tampoco.

Asentí.

—Kragar está investigando sus antecedentes, y confiamos en encontrar algún punto débil por ahí, o algo que nos sea de utilidad. He de admitir que no abrigo grandes esperanzas.

Cawti guardó silencio.

—Me pregunto qué haría Mario —dije un poco después.

—¿Mario? —Mi mujer rio—. Le acecharía durante años, en caso necesario, sin que nadie le viera. Cuando Mellar abandonara por fin el Castillo Negro, cómo y cuándo fuera, Mario le esperaría para eliminarle.

—Pero la organización no puede esperar...

—A Mario le esperarían.

—Recuerda que acepté el encargo con limitaciones de tiempo.

—Sí, pero Mario se habría negado.

Me ofendí un poco, pero tuve que admitir que era cierto, sobre todo porque yo había llegado a la misma conclusión cuando el Demonio me propuso el trabajo.

—En cualquier caso —prosiguió Cawti—, sólo hay un Mario.

Asentí con tristeza.

—¿Qué habríais hecho Norathar y tú, si os hubieran encargado el trabajo?

Cawti meditó durante largo rato.

—No estoy segura, pero recuerda que Morrolan no es tan amigo nuestro, o al menos no lo era cuando aún trabajábamos. Sospecho que habríamos arrojado algún conjuro sobre Mellar para obligarle a salir, asegurándonos de que Morrolan nunca lo descubriera.

Eso tampoco me fue de utilidad.

—Me pregunto qué haría Mellar. Tengo entendido que fue un estupendo asesino, cuando se abrió paso hacia la cumbre. Quizá le invitemos dentro de un tiempo para preguntárselo.

Cawti rio.

—Tendrás que preguntárselo en el Castillo Negro. Tengo entendido que no sale mucho últimamente.

Contemplé a Loiosh mientras daba cuenta de los restos de nuestra cena. Me levanté y fui a la sala de estar. Me senté un rato, mientras pensaba y miraba las paredes marrón claro, pero no se me ocurrió nada.

Aún no me había sacudido la acuciante sensación que me había asaltado cuando hablaba con Morrolan. Intenté recordar la parte de la conversación que la había desencadenado. Algo acerca de guardaespaldas.

—Cawti —grité.

—¿Sí, querido? —contestó desde la cocina.

—¿Sabías que Mellar tiene un par de guardaespaldas?

—No, pero tampoco me sorprende.

—Ni a mí. Deben de ser muy buenos, porque me observaban mientras hablaba con Mellar, y no me fijé en ellos.

—¿Se lo dijiste a Morrolan?

—Sí. Pareció un poco sorprendido.

—Ya me lo imagino. Ya sabes que tienes libertad para liquidarles, ¿verdad? Como es evidente que se colaron, no son invitados.

—Es verdad —admití—. También demuestra lo buenos que son. Colarse en el Castillo Negro no es obra de aficionados, si nuestras protecciones son la mitad de buenas de lo que yo creo. No hemos aumentado el número de guardias, pero aun así...

Cawti terminó de lavar los platos y se sentó a mi lado. Apoyé la cabeza en su hombro. Se apartó y palmeó su regazo. Me estiré y crucé las piernas. Loiosh voló, se posó sobre mi hombro y frotó su hocico contra mi cabeza.

Algo sobre los guardias me continuaba pareciendo peculiar. No podía definirlo, lo cual era increíblemente frustrante. De hecho, había algo extraño en todo el asunto que no alcanzaba a ver.

—¿Piensas que podrías sobornar a uno de los guardaespaldas? —preguntó Cawti un poco más tarde.

—¿Qué te crees? Si tienes toda una organización donde elegir, ¿piensas que no vas a encontrar a dos personas de absoluta confianza? Sobre todo si cuentas con nueve millones de imperiales extra para pagarles.

—Creo que tienes razón —admitió—. Por otra parte, podríamos utilizar otra clase de presiones.

—¿En dos días, Cawti? Creo que no.

Asintió y me acarició la frente.

—Y aunque lo hiciéramos —añadió—, me parece que no serviría de nada. Si no podemos eliminarle, sería inútil convencer a uno de los guardaespaldas de que se esfumara en el momento preciso.

¡Cling! ¡Ya lo tenía! No mucho, tal vez, pero de repente descubrí lo que me estaba torturando. Me incorporé en el sofá y sobresalté a Loiosh, que siseó indignado.

Me incliné y propiné un beso a Cawti.

—¿Por qué? —preguntó, casi sin aliento—. No es que me importe, ya sabes.

Cogí su mano, la miré a los ojos y me concentré, para que leyera mis pensamientos. Al principio, dio la impresión de que estaba un poco sobresaltada, pero no tardó en adaptarse. Reproduje el recuerdo de cuando estaba de pie ante la entrada de la sala, entraba corriendo y veía al asesino con una daga Morganti en la mano. Repetí toda la escena, recordé expresiones, vislumbres la sala y cosas en las que sólo un asesino habría reparado, así como cosas que un asesino tendría que haber observado, si hubieran estado presentes.

Oye, jefe, ¿quieres volver a pasar la parte en que ataco al tío?

Cierra el pico, Loiosh.

Cawti asintió mientras la escena se desarrollaba, y la compartió conmigo. Llegamos al punto en que Morrolan me tendía la daga, y corté la sesión.

—¿Has notado algo extraño?

Cawti reflexionó.

—Bueno, Mellar parecía muy tranquilo, teniendo en cuenta que habían estado a punto de matarle, y con una daga Morganti, pero aparte de eso...

La interrumpí con un ademán.

—Es posible que no llegara a darse cuenta de que era una Morganti. Sí, fue extraño, pero no me refería a eso.

—Entonces, no sé qué quieres decir.

—Me refiero a la extraña actitud de los guardaespaldas durante el atentado.

—Pero si no hicieron nada.

—Eso fue lo extraño.

Cawti asintió lentamente. Continué.

—Si el guardia dragón hubiera sido un poco más lento, Mellar habría muerto. Me cuesta reconciliar eso con nuestra idea de que los guardaespaldas son competentes. Supongo que Mellar habría tenido tiempo de sacar un arma, o algo por el estilo, pero no daba esa impresión. Los guardaespaldas no se veían por ninguna parte. Si son tan buenos como suponemos, tendrían que haber agarrado al asesino antes de que el guardia de Morrolan hubiera desenvainado la espada.

¡Ejem!

—O Loioosh hubiera tenido tiempo de atacar.

No habrían podido igualar mi velocidad.

Cawti parecía pensativa.

—¿Cabe la posibilidad de que no estuvieran presentes, de que Mellar les hubiera encomendado otro cometido?

—Eso es, querida mía, exactamente lo que estoy pensando. Y en ese caso, me gustaría mucho saber a qué se estaban dedicando.

Cawti asintió.

—También es posible que estuvieran en la sala y son tan buenos que se dieran cuenta de que el guardia de Morrolan iba a detenerle.

—También es posible, pero si son tan buenos, empiezo a estar muy asustado.

—¿Sabes si aún están con él?

—Buena observación. Voy a comprobarlo.

Me puse en contacto con uno de los muchachos de Morrolan que vigilaba la sala de banquetes, pregunté y obtuve respuesta.

—Aún están ahí —dije.

—Lo cual significa que no fueron sobornados por el Demonio, o por el asesino. Al parecer, las razones de su «extraña acción» fueron suficiente para Mellar.

Asentí.

—Y eso, amor mío, es un buen inicio para empezar a investigar mañana. Vamos a

la cama.

Me miró con expresión inocente.

—¿Qué tenéis en mente, mi señor?

—¿Por qué crees que tengo algo en mente?

—Porque siempre es así. ¿Intentas decirme que no lo tenías todo planeado?

Entró en el dormitorio.

—No tengo nada planeado desde que comencé este maldito trabajo —contesté—. Habrá que improvisar.

* * *

Me concedí dos días para terminar el asunto. Me di cuenta de que mi optimismo era excesivo.

A la mañana siguiente, llegué a la oficina bastante temprano, con la esperanza de emplear el día en forjar un plan sólido, o al menos entrever una dirección. Me estaba felicitando por haber batido a Kragar en su propio terreno, puesto que es un madrugador consumado, cuando le oí toser con delicadeza. Estaba sentado frente a mí, con su pulcra expresión traducible como «Llevo-diez-minutos-sentado-aquí».

Le dediqué una sonrisa jherég entre moderada y peligrosa.

—¿Qué has averiguado? —pregunté.

—Bien, ¿por qué no empezamos con las malas noticias, antes de seguir con las malas noticias, o las demás malas noticias?

—Maldita sea. Veo que hoy estás muy optimista, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—De acuerdo —dije—. ¿Cuáles son las malas noticias?

—Corren rumores.

—Oh, qué alegría. ¿Son muy acertados?

—No mucho. Nadie ha relacionado todavía los rumores de que ha pasado algo raro con Mellar y los rumores sobre los problemas económicos de la Casa jherég.

—¿Aguantará dos días?

Compuso una expresión dudosa.

—Tal vez. Alguien tendrá que empezar a dar respuesta a las preguntas muy pronto. Mañana sería mejor, y hoy, magnífico.

—Te lo preguntaré de otra manera: ¿pasado mañana será demasiado tarde?

Adoptó un aire pensativo.

—Es probable —dijo por fin.

Meneé la cabeza.

—Bien, en cualquier caso, no seré yo quien vaya a responder a las preguntas.

—Muy cierto —admitió—. Ah, una buena noticia.

—¿De veras? ¡Bien, suelta a los kiiinara, por los pelos de Verra! Haremos una fiesta.

Yo llevaré los tecklas muertos.

—No te emborraches todavía. La cuestión es que nos hemos cargado a la bruja que querías.

—¿La que se dedicaba a esparcir rumores? ¿Ya? ¡Estupendo! Dale al asesino una recompensa especial.

—Ya me he encargado. Dijo que fue por pura suerte. Estaba en el lugar perfecto, y la liquidó al momento.

—Bien. La suerte es esto. Acuérdate del tipo.

—Lo haré.

—En cuanto al resto, ¿has averiguado algo sobre los antecedentes de Mellar?

—Mucho —contestó, mientras sacaba su libreta y la abría—, pero, en mi opinión, nada nos va a servir de mucho.

—Olvídate de eso ahora. Vamos a intentar hacernos una idea de quién cono es en realidad. Después, pensaremos en qué anida nos proporciona.

Kragar asintió, localizó la hoja y empezó a leer.

—Su madre vivió la existencia feliz y gratificante de una mestiza dragón-dzur. Acabó de puta. Al parecer, su padre se dedicó a muchas cosas diferentes, pero era un asesino, sin la menor duda. Razonablemente competente. Por lo que yo sé, su padre murió durante la caída de la ciudad de Dragaera. Creemos que lo mismo sucedió a su madre. Se mantuvo escondido durante las invasiones orientales y apareció de nuevo cuando Zerika ocupó el trono. Intentó reclamar parentesco con la Casa del Dragón y fue rechazado, por supuesto. Repitió la jugada con la Casa del Dzur, con idéntico resultado.

—Espera un momento. ¿Quieres decir que fue antes de que se abriera camino?

—Exacto. Ah, por cierto, su nombre auténtico es Leareth, al menos nació con ese nombre. Lo utilizó la primera vez que ingresó en la jherreg.

—¿La primera vez?

—Exacto. Costó mucho descubrirlo, pero lo logramos. Utilizaba el nombre de Leareth, por supuesto, y no existen referencias de ese nombre en los archivos jherreg.

—Entonces, ¿cómo...?

—Los archivos lyorn. Nos costó unos dos mil imperiales, por cierto. Por lo visto, «alguien» había conseguido sobornar a unos cuantos lyorns. Muchos documentos que deberían mencionarle, o al menos a su familia, no estaban en su sitio. En parte, fue una cuestión de suerte que nos topáramos con algo que había pasado por alto, o a lo que no había podido acceder. El resto fue planificación inteligente, ejecución brillante.

—Dinero —interrumpí.

—Exacto. Conocí a una joven dama lyorn que no pudo resistirse a mis evidentes encantos.

—Me sorprende que se fijara en ti.

—¡Ay! Nunca lo hacen, hasta que ya es demasiado tarde.

En cualquier caso, me quedé impresionado, tanto por Kragar como por Mellar. Sobornar a un lyorn para acceder a los archivos no es fácil, y sobornarle para alterar los registros es casi inaudito. Sería como sobornar a un asesino para que te diera el nombre del tío que le había contratado.

—De hecho —continuó Kragar—, no ingresó oficialmente en la Casa jhereg por aquel tiempo, por eso tuvimos tantos problemas. Trabajó para ganárselo en plan independiente.

—¿Trabajó?

—Exacto.

—¡No me lo puedo creer, Kragar! ¿Con cuántos asesinos nos vamos a topar? Empiezo a tener la sensación de pertenecer a una horda.

—Sí. Ya no se puede salir a pasear de noche, ¿eh? —sonrió con sorna.

Indiqué con un gesto el bar. Era un poco pronto para mí, pero necesitaba algo para amortiguar los continuos golpes.

—¿Era bueno? —pregunté.

—Competente —admitió Kragar, mientras servía a cada uno una copa de Valle del Baritt blanco—. Hacía cosillas, pero nunca falló una. Parece que nunca aceptó nada que superara los tres mil imperiales.

—Suficiente para ganarse la vida.

—Eso creo. Por otra parte, tampoco le dedicaba mucho tiempo. No aceptaba un «trabajo» más de una o dos veces al año.

—¿Sí?

—Sí. A la salud del asesino, si me perdonas la expresión: mientras trabajaba para los jheregs, dedicaba la mayor parte de su tiempo libre a aprender esgrima.

—¿De veras?

—De veras. No te lo pierdas, estudiaba con lord Onarr.

Me incorporé en la silla tan repentinamente que casi tiré a Loioosh, que se quejó con cierta amargura de mis malos tratos.

—¡Oh, oh! ¡Por eso era tan diestro que logró vencer a diecisiete héroes dzurs!

Asintió con semblante sombrío.

—¿Tienes alguna idea de por qué Onarr le aceptó como estudiante?

—Ninguna. Lo sé con toda exactitud. Es una historia sabrosa, también. Por lo visto, la mujer de Onarr contrajo una de las plagas durante el Interregnum. Mellar, aunque creo que entonces se llamaba Leareth, encontró a una bruja que la curó.

Como ya sabes, la brujería era inoperante en aquel tiempo, y había muy pocas brujas orientales que quisieran trabajar para dragaeranos, y aún menos dragaeranos que supieran de brujería.

—Lo sé todo.

Kragar calló y me miró.

—Mi padre murió a causa de una de las plagas —expliqué—. Después del Interregnum, cuando ya estaban casi vencidas. Él no sabía magia, yo sí, pero no lo suficiente. Podríamos haberle curado con brujería, tanto mi abuelo como yo, pero no nos dejó. La brujería era demasiado «oriental», ¿sabes? Papá quería ser dragaerano. Por eso compró el título de jhereg y me obligó a estudiar esgrima y magia dragaeranas. Y claro, después de tirar todo nuestro dinero por la ventana, no quedó para contratar a un mago. Yo habría muerto de la misma plaga si mi abuelo no me hubiera curado.

—No lo sabía, Vlad —dijo Kragar en voz baja.

—Continúa —ordené con brusquedad.

—Bien, por si no lo habías adivinado ya, fue Mellar quien se conchabó con una bruja para que inoculara la plaga a la mujer de Onarr. Así que aparece, justo cuando la mujer está a punto de morir, la salva y Onarr se siente muy, pero que muy agradecido. Tan agradecido, de hecho, que se muestra dispuesto a enseñar esgrima a un mestizo sin Casa. Bonita historia, ¿verdad?

—Interesante. Detecto algunos movimientos elegantes.

—¿A que es interesante? Habrás tomado nota del cálculo de tiempo, estoy seguro.

—Sí. Inició esto antes de intentar ingresar en la Casa del Dzur la primera vez o en la Casa del Dragón.

—Exacto. Lo cual significa que, a menos que mis suposiciones yerren, sabía exactamente lo que sucedería cuando intentara solicitar el ingreso como miembro.

Asentí.

—Lo cual arroja una luz algo diferente sobre las cosas, ¿no? Consigue que su intento de ingresar en la Dragón y en la Dzur no resulte tan confuso como desconcertante.

—Kragar asintió.

—Una cosa más —dije—. Da la impresión de que la preparación del plan se remonta a más de los doce años que pensábamos al principio. Yo diría que a unos doscientos.

—Más aún —añadió Kragar.

—Ah, claro. Empezó durante el Interregnum, ¿no? ¿Trescientos, tal vez cuatrocientos?

—Exacto. Impresionante, ¿verdad?

Me mostré de acuerdo.

—Continúa.

—Bien, trabajó con Onarr durante casi cien años, en secreto. Después, se abrió camino hasta la Casa del Dzur cuando se sintió preparado, y el resto de la historia ya lo conoces.

Reflexioné unos instantes. Era demasiado pronto para saber si algo de aquello me podía ser útil, pero quería tratar de comprenderlo al máximo.

—¿Encontraste alguna pista sobre por qué quería ingresar en la Dzur, la segunda vez, cuando lo consiguió a base de duelos?

Kragar meneó la cabeza.

—Bien. Me gustaría averiguarlo. ¿Ha estudiado magia?

—Por lo que yo sé, sólo un poco.

—¿Brujería? —Imposible.

—Bien, algo hemos avanzado.

Bebí vino, mientras asimilaba la información, o al menos una parte. Estudió con Onarr, ¿eh? Y se abrió camino hasta la Dzur, sólo para largarse e ingresar (o mejor dicho, reingresar) en la Jhereg, llegar a la cumbre, y después desvalijar al consejo. ¿Por qué? ¿Sólo para demostrar que podía hacerlo? Bien, era en parte dzur, pero aún no lo entendía. Aquel rollo con Onarr, todos los planes y estratagemas. Qué raro.

—Creo, Kragar, que si alguna vez he de pelear con este tipo, tendré problemas.

Resopló.

—Tienes talento para la modestia. Te haría fosfatina.

Me encogí de hombros.

—Por otra parte, recuerda que yo practico la esgrima oriental. Eso podría desorientarle un poco.

—Sólo que es muy bueno en su especialidad.

—Sí.

Permanecimos un rato en silencio y bebimos vino.

—¿Has descubierto algo nuevo? —preguntó después Kragar. Asentí.

—Ayer tuve un día muy ajetreado.

—¿De veras? Cuéntame.

Le hice un resumen de los acontecimientos del día y de la nueva información recabada. Loiosh se encargó de que describiera la parte del rescate con todo lujo de detalles. Cuando le hablé sobre los guardaespaldas, Kragar se quedó impresionado y perplejo.

—Eso es absurdo, Vlad. ¿Dónde los envió?

—No tengo ni la más remota idea, aunque, después de lo que acabas de contar, se me ocurre otra explicación. Temo que tampoco me gusta mucho.

—¿Cuál es?

—Que los guardaespaldas son brujos, y que Mellar se cree capaz de repeler

cualquier ataque físico.

—Pero dio la impresión de que no hizo nada, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Sí, debo admitirlo, pero quizá pensó que sólo derribaría al tipo en caso necesario, y contaba con que los guardias de Morrolan le detuvieran. Lo cual hicieron, a fin de cuentas. Con ayuda —me apresuré a corregir.

Kragar meneó la cabeza.

—¿Tú confiarías en la rapidez de otros?

—Bien, no, pero tampoco soy el guerrero que Mellar es. Eso ya lo sabemos.

Kragar parecía muy poco convencido. Bueno, igual que yo.

—Lo único lógico es lo que pensaste al principio: les encargó una misión y estaban en ello cuando el asesino atacó.

—Tal vez —dije—. Espera un momento. Debo de estar senil, o algo por el estilo. ¿Por qué no lo investigo?

—¿Qué?

—Un momento.

Me puse en contacto con aquel guardia al que había hablado en la sala del banquete. Tomé nota mental de él, ¿cómo se llamaba?

¿Quién sois?

Lord Taltos, contesté (seamos pretenciosos).

Sí, mi señor. ¿Qué deseáis?

¿Has mantenido bajo vigilancia a esos dos guardaespaldas de Mellar?

Lo he intentado, mi señor, pero son muy escurridizos.

Bien. Anoche, cuando el intento de asesinato, ¿estabas de guardia?

Sí, mi señor.

¿Se encontraban presentes los guardaespaldas?

No, mi señor... ¡esperad! No estoy seguro... Sí. Sí, estaban.

¿Sin la menor duda posible?

Sí, mi señor. Me había fijado en ellos antes del incidente. Seguían allí cuando los volví a ver al cabo de pocos segundos.

Muy bien, eso es todo. Buen trabajo.

Corté la comunicación y dije a Kragar lo que había averiguado. Meneó la cabeza con tristeza,

—Otra teoría arrojada a la Puerta de la Muerte.

—Sí.

No entendía nada. Todo en este asunto era absurdo. No comprendía qué hacía Mellar, ni por qué sus guardaespaldas parecían tan indiferentes. Pero nada ocurre sin motivo. Tenía que existir alguna explicación. Saqué una daga y empecé a jugar con ella.

Kragar gruñó.

—¿Sabes lo más divertido, Vlad?

—¿Qué? Me encantaría oír algo divertido en este momento.

—El pobre Mellar, eso es lo divertido.

Resoplé.

—¡El «pobre Mellar»! ¡Pobres de nosotros! Él es quien inició todo esto, y nos van a borrar del mapa por su culpa.

—Seguro, pero él también está muerto, de una forma u otra. Él lo empezó, y es imposible que sobreviva. El pobre imbécil llevó a cabo su plan de robar el oro jherég y vivir de él, y trabajó en el proyecto, por lo que sabemos de momento, durante sus buenos trescientos años. Y, en lugar de disfrutar, va a morir, y arrastrará a dos casas con él.

—Bien, estoy seguro de que no se pondría a llorar por arrastrar a dos casas con él...

Me interrumpí. «El pobre imbécil», había dicho Kragar. Pero sabíamos que Mellar no era imbécil. ¿Cómo podías tramar algo como esto, dedicar cientos de años, gastar miles de imperiales, y después meter la pata porque no habías caído en la cuenta de que los jherégs reaccionarían de una forma que, incluso para mí, era lógica y razonable? No era simple imbecilidad, era una estupidez total. Y yo no estaba dispuesto a opinar que Mellar era estúpido. No, o sabía una forma de salir vivo de esta, o..., o...

Clic, clic, clic. Una a una, todas las piezas empezaron a encajar. Clic, clic, ¡hum! La expresión de Mellar, el comportamiento de los guardaespaldas, la forma de ingresar en la Casa del Dzur, todo encajaba. Me sentí henchido de asombro al comprender la magnificencia del plan de Mellar. ¡Era tremendo! Me sentí, contra mi voluntad, lleno de admiración.

—¿Qué pasa, Vlad?

¿Qué pasa, jefe?

Me limité a menear la cabeza. Mi daga se había detenido en el aire, y estaba tan estupefacto que ni siquiera la cogí. Me dio en el pie, y tuve suerte de que me golpeará con el mango. Creo que, aunque me hubiera atravesado el pie, no me habría dado cuenta. ¡Era tan bonito! Por un momento, casi me pregunté si tendría valor para abortarlo, aunque se me ocurriera una manera. Era tan perfecto. Por lo que sabía, durante los cientos de años de planificación y ejecución no había cometido ni un solo error. Era increíble. Me estaba quedando sin adjetivos.

—¡Maldita sea, Vlad! ¡Habla! ¿Qué pasa?

—Deberías saberlo.

—¿El qué?

—Tú fuiste el primero en apuntarlo, un par de veces, el otro día. ¡Yerra! ¿Hace

sólo uno o dos días? Me parecen años...

—¿Qué apunté? ¡Vamos, maldita sea!

—Tú fuiste quien empezó a hablarme de cómo sería crecer siendo un híbrido.

—Por lo tanto, le consideramos un jherreg.

—Bueno, es un jherreg.

Negué con la cabeza.

—Genéticamente, no.

—¿Qué tiene que ver la genética con eso?

—Todo. Tendría que haberme dado cuenta cuando Alier me contó lo que significaba ser de una determinada Casa. ¿No lo entiendes, Kragar? No, claro. Tú eres un jherreg, y tú, nosotros, no vemos las cosas de esa forma. Pero es cierto. Si eres un dragaerano, no puedes negar tu Casa. Fíjate en ti, Kragar. Para salvar mi vida, tuviste que desobedecer mis órdenes. Es impropio de un jherreg; la única vez que un jherreg desobedece órdenes es cuando piensa matar a su jefe. Pero un dragón, Kragar, un dragón descubrirá en ocasiones que la única forma de satisfacer los deseos de su comandante es desobedecer sus órdenes, hacer lo que es necesario y arriesgarse a un consejo de guerra.

»Fue el dragón que anida en tu interior quien lo hizo, pese a tu opinión sobre los dragones. Para un dragaerano, su Casa lo controla todo. Su forma de vivir, sus fines, sus aptitudes, sus puntos fuertes, sus puntos débiles. No hay nada, pero nada, que ejerza más influencia sobre un dragaerano que su Casa. La Casa en que nació, independientemente de cómo lo educaron.

»Con los humanos, tal vez es diferente, pero... Tendría que haberlo comprendido. ¡Maldita sea! Tendría que haberlo comprendido. Cien cosas apuntan en esa dirección.

¡Por el amor del Imperio, Vlad! ¿Qué es?

—Piensa un momento, Kragar —dije, y me tranquilicé un poco—. Este tipo no sólo es un jherreg, también posee la sed de sangre de un dragón y el heroísmo de un dzur.

—¿Y?

—Repasa tus informes, viejo amigo. ¿Te acuerdas de su padre? ¿Por qué no averiguas más cosas sobre él? Adelante, investiga, pero te diré ahora mismo lo que vas a encontrar.

»Su padre mató a alguien, otro jherreg, justo antes del Interregnum. Un Señor Dragón protegía al jherreg que mató; era, en concreto, lord Adron. El plan de Mellar no tenía como objetivo robar el oro jherreg y salir vivo; su propósito era conseguir que le mataran. Durante más de trescientos años ha planeado su muerte, ejecutada tal vez con un arma Morganti. Le daba igual. Le matarían, y la información sobre los dzur saldría a la luz y cubriría de barro sus caras. Al mismo tiempo, las dos Casas que más detestaba, los dragones y los jherregs, se destruirían mutuamente. Todo fue concebido

por venganza, Kragar, venganza por el trato que recibe un mestizo y venganza por la muerte de su padre.

»Una venganza tan intrépida como un dzur, tan salvaje como un dragón y tan astuta como un jhereg. A eso se reduce todo, Kragar.

Kragar tenía el aspecto de un chreota en el momento de descubrir que un dragón ha quedado atrapado en su red. Repitió el mismo proceso que yo había realizado, todos los pequeños detalles fueron encajando y, como yo, empezó a menear la cabeza, asombrado, con el rostro convertido en una máscara de estupor.

—Mierda, jefe —sólo pudo decir.

Asentí para mostrar mi acuerdo.

«Cuando miras a las fauces del dragón, adquieres
repentina sabiduría»

La sala de banquetes del Castillo Negro estaba igual que la última vez. Algunas caras diferentes, algunas caras de siempre, muchas caras sin cara. Me detuve en el umbral un momento, y después entré. Quería serenar un poco mis pensamientos, y dejar que mi estómago se recuperara antes de emprender cualquier trabajo serio.

¿De veras crees que a Morrolan le gusta esto, jefe?

Ya conoces a los dragones, Loiosh.

Kragar había tardado una hora en verificar todas mis suposiciones acerca del parentesco de Mellar. Daba la impresión de que su padre había sido uno de los elementos que habían conspirado para desencadenar la segunda guerra Dragón-Jhereg, de la que Kragar tampoco había oído hablar nunca. Las referencias encontradas en los archivos lyorns eran escasas, pero claras. Había tenido lugar, y más o menos como me habían referido.

Todo encajaba a la perfección. Sin embargo, no estaba más cerca de saber lo que debía hacer que el día anterior. Eso era lo más molesto. Toda aquella información tenía que servir para algo, dejando aparte la satisfacción de haber solucionado un enigma. Oh, claro, ahora ya sabía que ciertas cosas no funcionarían, puesto que Mellar no abrigaba la menor intención de salir vivo del Castillo Negro, pero como antes tampoco tenía ni idea de qué hacer, todo seguía más o menos igual. Pensé que, cuanto más averiguaba, más difícil, en lugar de más fácil, se me antojaba el caso. Quizá debería arreglármelas para olvidar casi todo aquello.

Me di cuenta de que aún quedaba un misterio por resolver. No era muy grande ni, supuse, difícil, pero tenía curiosidad por saber por qué Mellar había traído guardaespaldas, si no pretendía salvar su vida. Tal vez no era muy importante, pero a estas alturas no podía permitirme el lujo de pasar por alto nada. Por eso había vuelto a la sala de banquetes, para echarles un vistazo a ver si era capaz de averiguar, adivinar o, al menos, eliminar algo.

Paseé entre la multitud, saludando, sonriendo, bebiendo. Al cabo de unos quince minutos, localicé a Mellar. Activé el recuerdo de los dos rostros que Loiosh me había

proporcionado y descubrí a los dos guardaespaldas, a pocos metros de distancia.

Me acerqué tanto a ellos como consideré seguro y les miré. Sí, los dos eran luchadores. Tenían aquella forma de moverse, de manejarse, que indica poderío físico. Los dos eran corpulentos, de manos grandes y capaces, y eran expertos en observar a una multitud sin que lo pareciera.

¿Por qué lo hacían? A estas alturas, ya estaba convencido de que no tenían la menor intención de detener a un asesino, de modo que su objetivo debía de ser otro. Una pequeña parte de mí quiso liquidarles en aquel mismo instante, pero no quería hacerlo hasta saber cuál era su misión. Tampoco existían garantías de que lo lograra, claro está.

Obré con mucha cautela para que no se dieran cuenta de mi escrutinio, pero nunca puedes estar seguro. Me esforcé por ver si llevaban armas, pero, aunque parezca raro, no distinguí ninguna. Llevaban espadas largas, las típicas dragaeranas, y una daga cada uno, pero no vi ni detecté ninguna escondida.

Al cabo de cinco minutos, me dispuse a salir de la sala de banquetes, y me abrí paso con cuidado entre la masa de humanidad. Casi había llegado a la puerta, cuando Loioosh interrumpió mis meditaciones.

Jefe, tío duro detrás de ti.

Me volví a tiempo de ver que uno de ellos se acercaba. Le esperé. Se detuvo a unos treinta centímetros de distancia, lo que yo llamo «zona de intimidación». Yo no estaba intimidado. Bueno, tal vez un poco. No perdió el tiempo en preliminares.

—Una advertencia, bigotudo —dijo—. No lo intentes.

—Intentar ¿qué? —pregunté con aire inocente, aunque mi corazón se aceleró un poco. No hice caso del insulto; la última vez que el término me había molestado, no llevaba bigote, pero las implicaciones de la frase eran, digamos, poco agradables.

—Lo que sea —fue su respuesta. Me miró unos cuantos segundos más, dio media vuelta y se alejó.

¡Maldita sea! De modo que Mellar sabía que iba a por él. ¿Por qué quería detenerme? Oh, claro, no lo quería. Actuaba con la convicción de que yo quería matarle y no tenía ni idea de sus motivaciones. Era coherente. Si yo me había delatado, cosa que era posible, no podía hacer caso omiso. Estaba lanzado a tumba abierta (interesante juego de palabras, ahora que me doy cuenta).

Me sentí algo mejor, pero no del todo. Era Malo que Mellar supiera de dónde procedía el peligro. Aunque los guardaespaldas no abortaran un ataque directo contra Mellar, el hecho de que fueran conscientes de mi existencia disminuía mis posibilidades de tender una celada, o sea que ahora debía exprimirme más el cerebro. Noté los primeros indicios del hermano pequeño de la desesperación agitarse en mi interior cuando salí de la sala. Reprimí la sensación.

Justo al salir por la puerta, me detuve y establecí contacto con Alier. Quién sabe,

pensé, quizá a ella y Sethra se les había ocurrido algo. En cualquier caso, pensé que debía informarlas de lo que habíamos descubierto.

¿Qué pasa, Vlad?

¿Te importa si subo a verte? Tengo una información que tal vez no quieras escuchar.

Ardo de impaciencia. Te espero en mis aposentos.

Caminé por el pasillo hasta la escalera y me encontré con Morrolan, que bajaba. Le saludé con la cabeza y me dispuse a pasar de largo. Me hizo un gesto. Me detuve, y él se encaminó a la biblioteca. Le seguí obedientemente y me senté después de que Morrolan cerrara la puerta. La situación me recordó de una forma desagradable la de un criado que va a recibir una reprimenda por no haber fregado bien los orinales.

—Vlad, ¿te importaría aclararme un poco lo que está ocurriendo aquí?

—¿En?

—Ha pasado algo de lo que no estoy enterado. Lo intuyo. Estás preparando un atentado contra Mellar, ¿verdad?

¡Por los dedos de Yerra! ¿Es que todo el Imperio se había enterado?

Empezó a desgranar puntos.

—Alieria está bastante disgustada por todo este asunto y no sabe bien qué hacer. Tú actuabas de la misma forma ayer. Hoy, me informan de que has estado, por decirlo de alguna manera, husmeando alrededor de Mellar. Veo a Alieria y la encuentro tan contenta de la vida como no puedes imaginar. Después, te veo subir la escalera, presumo que vas a ver a mi prima, y da la impresión de que sabes lo que haces, así de repente. Bien, ¿quieres decirme exactamente qué estáis planeando los dos?

Guardé silencio unos instantes.

—Si hoy me comporto de una manera diferente a la de ayer —dije, lenta y cautelosamente—, es porque acabamos de resolver el misterio, aunque no el problema. Aún no sé qué voy a hacer al respecto. Diré, sin embargo, que no tengo la menor intención de hacer algo que te comprometa, quebrante tu juramento, o avergüence a tu Casa. Creo que ya lo dije ayer, y carezco de motivos para cambiar de opinión. ¿Es suficiente?

¡Ánimo, jefe, ánimo!

Cierra el pico, Loioosh.

Morrolan me miró unos instantes, como si intentara leer mi mente. Me jacto de que hasta a Daymar le costaría hacerlo sin que yo me diera cuenta. Creo que Morrolan me respeta demasiado para intentarlo sin preguntar antes. En cualquier caso, hay que mantener quietecitos los ojos de lince.

Asintió una vez.

—Muy bien —dijo—. No hablaremos más del asunto.

—La verdad, no sé lo que pasa por la mente de Alieria. Como has adivinado, iba a verla cuando me encontré contigo, pero no he planeado nada con ella... todavía. Espero que no haya planeado nada sin mí.

Morrolan me miró ceñudo.

—Eso me gusta menos —dijo.

Me encogí de hombros.

—Ya que estoy aquí, dime: ¿has investigado a esos guardaespaldas?

—Sí, les eché un vistazo. ¿Y qué?

—¿Son brujos?

Dio la impresión de que discutía consigo mismo un momento. Después, asintió.

—Sí, los dos. Muy competentes, además.

Maldita sea. Las buenas noticias seguían amontonándose.

—Bien. ¿Querías algo más?

—No... Sí. Me gustaría que no le quitaras el ojo de encima a Alieria.

—¿Espiar a Alieria?

—No. Sólo si intenta hacer algo que tal vez no debería, creo que ya me entiendes. Intenta hablarlo con ella, ¿de acuerdo?

Asentí, cuando la última pieza del rompecabezas encajó en su sitio. ¡Por supuesto! ¡Aquello era lo que preocupaba a Mellar! Llevaba guardaespaldas para evitar que le asesinara un no jherég. Había oído hablar de Exploradora.

La resolución de aquel último misterio no me acercó más a su solución; no me extrañó. Me despedí de Morrolan y subí a los aposentos de Alieria. Sentí que los ojos de Morrolan me seguían durante todo el trayecto.

—¿Por qué te has retrasado? —preguntó Alieria.

—Morrolan quería hablar conmigo.

Observé que, en efecto, Alieria parecía estar de muy buen humor. Sus ojos verdes brillaban. Se reclinó contra la cabecera de la cama y acarició con aire ausente a un gato que no me había presentado. Loiosh y el gato se observaron con ansia abstracta.

—Entiendo —contestó—. ¿Sobre qué?

—Por lo visto, sospecha que tienes algo en mente. Yo también, a propósito. ¿Te importa explicármelo?

Enarcó las cejas y sonrió.

—Tal vez. Tú primero.

El gato rodó sobre su lomo para exigir que le rascaran el estómago. Su pelaje blanco y largo sobresalía un poco, como para negar la existencia de Loiosh. Alieria le complació.

Oye, jefe.

¿Sí, Loiosh?

¿No te parece desagradable que haya gente dispuesta a plegarse a los caprichos de

animales estúpidos?

No contesté.

—Para empezar, Alier, nuestra idea precedente no va a funcionar.

—¿Por qué?

No parecía muy preocupada. Yo empezaba a estarlo.

—Por diversos motivos —contesté—, pero lo principal es que Mellar no piensa irse de aquí.

Explicué nuestras deducciones sobre los planes y motivos de Mellar. Por sorprendente que parezca, su primera reacción fue similar a la mía: sacudir la cabeza en señal de admiración. Después, poco a poco, su ojos viraron a un gris metálico severo. Me estremecí.

—No permitiré que se salga con la suya, Vlad. Ya lo sabes, ¿verdad?

Bien, en realidad no lo sabía, pero temía algo por el estilo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté con voz plácida.

No dijo nada, pero su mano se apoyó sobre el pomo de Exploradora.

—Si lo haces, Morrolan se verá obligado a matarte.

—¿Y qué? —se limitó a preguntar.

—¿Por qué no buscamos una solución mejor?

—¿Por ejemplo?

—¡No lo sé, maldita sea! ¿En qué crees que me he devanado los sesos durante los últimos días? Si encontramos alguna manera de convencerle de que se vaya, aún podremos ceñirnos a nuestra primera idea: le sigues con Exploradora, y luego le liquidamos donde se encuentre. ¡Si tuviera más tiempo!

—¿Cuánto tiempo te queda?

Una buena pregunta. Con muchísima suerte, la noticia tardaría tres días más en saberse, pero, por desgracia, no podía contar con tanta suerte. Ni, peor aún, el Demonio, ¿qué haría a continuación?, me volví a preguntar. ¿Qué posibilidades tenía de detenerle? No me gustó la respuesta que obtuve a mi última pregunta.

—Hoy y mañana —dije.

—¿Y qué pasará después?

—La Puerta de la Muerte se abrirá. El asunto escapa de mis manos, mi cadáver aparece en algún sitio y me pierdo una estupenda guerra Dragón-Jherég. Tú consigues verla. Afortunada tú.

Me dedicó una desagradable sonrisa.

—Quizá disfrutaría —dijo. Le devolví la sonrisa.

—Quizá.

—Sin embargo —admitió—, no beneficiaría en nada a la Casa.

Yo también me mostré de acuerdo.

—Por otra parte —continuó—, si le mato, no hay problema. Las dos Casas no

pelean, y sólo los dzurs salen perjudicados. ¿A quién importa eso? Bien, tal vez logremos interceptar la información sobre ellos antes de que se propague.

—Ellos no representan ningún problema. El problema es que tú acabas muerta, o bien matas a Morrolan. Creo que ninguno de los dos desenlaces son ideales.

—No tengo la menor intención de matar a mi primo —manifestó.

—Fantástico. Entonces, le dejas vivo, con su reputación muerta.

Se encogió de hombros.

—No es que no me preocupe el honor de mi primo —me informó—. Es que me preocupan más las prioridades que Morrolan.

—Eso es otra cosa —admití.

—¿Sí?

—Para ser sincero, Alieria, no estoy convencido de que puedas vencer a Mellar. Le acompañan dos expertos guardaespaldas, ambos buenos guerreros, y también buenos brujos. Ya te dije quién fue su maestro de esgrima, y recuerda que era lo bastante bueno para conseguir ingresar en la Casa del Dzur. Está decidido a que sólo un jhereg le mate, y temo que se las ingeniará para ello. No estoy nada seguro de que puedas matarle.

Escuchó con paciencia mi monólogo, y después me dedicó una sonrisa cínica.

—De alguna forma, lo conseguiré —fue su respuesta.

Decidí cambiar de tema. Sólo me quedaba probar otra cosa más..., que tal vez provocara mi muerte. No era mi intención, así que pregunté:

—A propósito, ¿dónde está Sethra?

—Ha vuelto a la Montaña Dzur.

—¿Eh? ¿Por qué?

Alieria estudió el suelo unos instantes, y después devolvió su atención al gato.

—Se está preparando.

—Para...

—Una guerra. Maravilloso.

—¿Cree que se desencadenará?

Alieria asintió.

No le conté mis planes, y dio por sentado que va a estallar.

—Y quiere asegurarse de que ganen los dragones, ¿eh?

Alieria me miró de soslayo.

—No tenemos la costumbre de combatir para perder —dijo. Suspiré. Bien, ahora o nunca.

Oye, jefe, no querrás hacer eso.

Tienes razón, pero para eso me pagan. Cierra el pico.

—Una última cosa, Alieria —dije.

Entornó los ojos. Creo que, por el tono de mi voz, captó algo.

—¿Qué es...?

—Todavía trabajo para Morrolan. Él me paga, y por lo tanto le debo cierta lealtad. No permitiré que contraríes sus deseos.

Y, como surgida de la nada, antes de que terminara de hablar, Exploradora se materializó en su mano. La punta a la altura de mi pecho. Alieria me midió con sus ojos fríos.

—¿Crees que puedes detenerme, jhereg?

Sostuve su mirada.

—Es probable que no —admití. ¿Qué cómo? La miré y comprendí que estaba dispuesta a matarme allí mismo—. Si lo haces, Alieria, Loiosh matará a tu gato.

No hubo respuesta. ¡Uf! A veces, creo que Alieria no tiene sentido del humor.

Contemplé la hoja en toda su longitud. Sesenta centímetros la separaban de mi pecho..., y de mi alma, que antes había sido la de su hermano. Recordé una ocasión, y tuve la impresión de que habían transcurrido eones, cuando me encontré en una situación similar con Morrolan. Entonces, como ahora, me dediqué a calcular qué arma estaba más cerca. Un dardo envenenado sería una pérdida de tiempo. Mis venenos son rápidos, pero no tanto. He de alcanzar un nervio. Magra posibilidad. Tendría que ir a matar; cualquier cosa no serviría. Aquella vez, mis posibilidades habían sido escasas. Esta vez, eran peores. Al menos, Morrolan no había desenvainado su arma.

La miré a los ojos. Los ojos de una persona son lo primero que te informa si está a punto de ejecutar un movimiento. Sentí el pomo de mi daga en la mano derecha, con la punta hacia fuera. Sería necesario un movimiento brusco y hacia abajo, y caería en mi mano. Un movimiento hacia arriba posterior la dirigiría hacia su garganta. Desde aquella distancia, no podía fallar. Desde aquella distancia, ella tampoco. Moriría antes que ella, y nadie sería capaz de revivirme.

Di la palabra, jefe. Le arrancaré los ojos antes de... Gracias, pero espera un poco.

Aquella última vez, Morrolan me había perdonado la vida porque le era útil, y me tragué un insulto mortal. Esta vez, estaba seguro de que Alieria no cambiaría de opinión; una vez decidía emprender una acción, su tozudez la impulsaba a concluir. Al fin y al cabo, pensé con amargura, estábamos vinculados, de una forma extraña.

Me preparé para entrar en acción. Tendría que lanzarme sobre ella si aspiraba a alguna posibilidad, de manera que era absurdo esperar. Qué raro. Me di cuenta de que todo cuanto había hecho desde mi conversación con el Demonio había ido dirigido a encontrar una forma de matar a Mellar, o a arriesgar mi vida para impedir que alguien solucionara mi problema.

Controlé mi respiración y la estudié. Preparado, ya... Espera... Me quedé inmóvil. ¿Qué coño estás haciendo, Vlad? ¿Matar a Alieria? ¿Perder la vida a sus manos? ¿Qué iba a conseguir con eso, por el gran mar del caos? Claro, Vlad, claro. Buena idea. Lo

que necesitamos en este momento es que mates a un invitado de Morrolan... ¡y el menos indicado! Claro, lo que necesitamos en este momento es matar a Alier. Eso serviría...

¡Espera un momento! —grité—. ¡Ya lo tengo!

—¿El qué? —preguntó con frialdad. No estaba dispuesta a correr el menor riesgo; sabía que yo era un bastardo tramposo.

—De hecho —dije, en un tono de voz más normal—, tú también lo tienes.

—¿Y qué es lo que tengo, si eres tan amable de decirlo?

—Un Arma Definitiva.

—Sí, ya lo creo —admitió, sin ceder un milímetro.

—Un arma —continué— que está irrevocablemente vinculada a tu alma.

Esperó con calma a que continuara. Exploradora seguía apuntando a mi corazón.

Sonreí y, por primera vez en días, lo hice con sinceridad.

—No vas a matar a Mellar, amiga mía. ¡Él va a matarte a ti!

«El añadido de un simple hilo cambia la prenda»

No cabía la menor duda. Me estaba teleportando demasiado durante los últimos días. Me tomé unos minutos de descanso en la zona de teleportación de mi oficina, y luego subí corriendo la escalera, como un dzur que va de caza. Pasé por delante de mi secretario antes de que tuviera tiempo de abrumarme con hechos mundanos.

—Dile a Kragar que suba —ordené—. Ya.

Entré en mi oficina y me derrumbé. Había llegado el momento de estrujarse las meninges. Cuando mi estómago se serenó, los detalles del plan empezaron a cobrar forma. Habría que calcular el tiempo con precisión, pero eso no constituía ninguna novedad. Tendría que comprobar algunas cosillas, para asegurarme de que eran factibles, y lo haría antes de poner manos a la obra, por si podía encontrar una forma de sortear los problemas que surgieran.

Comprendí que debería depender de otra gente mucho más de lo que me gustaba, pero la vida está plagada de peligros.

Empezaba a desgranar puntos, cuando reparé en que Kragar estaba sentado en su sitio habitual, esperando a que yo advirtiera su presencia. Suspiré.

—¿Qué noticias tenemos hoy, Kragar?

—Los rumores están a punto de estallar; se está filtrando desde varios puntos.

—¿Mal?

—Mal. No podremos mantenerlo oculto durante mucho tiempo. Hay demasiado follón. Y los cadáveres no nos han ayudado.

—¿Cadáveres?

—Sí. Esta mañana han aparecido dos cuerpos. Ambas brujas, Mano Izquierda.

—Ah, ya. Una quizá sea aquella de la que hablamos antes.

—Sí. No sé quién era la otra. Supongo que el Demonio descubrió a alguien que se dedicaba a esparcir demasiados rumores.

—Tal vez. ¿Fue asesinada de una sola puñalada en el corazón?

Kragar aparentó sorpresa.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Y le habían echado un conjuro antiresurrección, ¿verdad?

—Exacto. ¿Quién era, Vlad?

—Nunca supe su nombre, pero era una bruja de la Mano Izquierda, como tú has dicho. Participó en el intento de asesinato de Morrolan, y él la eliminó con sus propias manos. No sabía que iba a ser de una sola puñalada en el corazón, pero así le mataron a él, y posee cierto sentido de justicia poética.

—Entiendo.

—¿Algo más? Asintió.

—Sí. Yo de ti no saldría hoy.

—¿No? ¿Qué sabes?

—Parece que le caes mal al Demonio.

—Ah, maravilloso. ¿Cómo lo has averiguado?

—Tenemos algunos amigos en su organización, y han oído rumores.

—Fantástico. ¿Ha contratado a alguien?

—No me lo han confirmado, pero tampoco me sorprendería.

—Brutal. Quizá le invite a una partidita de «Gira la Daga» y solucionemos así el conflicto.

Kragar resopló.

—¿Crees que se apaciguará si concluimos este asunto de Mellar por él?

—Es posible. Te diré más: es probable, si lo hacemos a tiempo, o sea, antes de que la noticia llegue a demasiados oídos. Por lo que yo sé, ya no tardará mucho. Creo que los miembros del consejo están empezando a experimentar recortes en sus propias bolsas. Pronto deberán dar una explicación.

—Estoy de acuerdo.

Se incorporó de repente.

—¿Tienes algo?

—Sí. Nada de lo que esté terriblemente orgulloso, pero debería bastar, al menos en parte.

—¿Qué parte?

—La difícil.

—¿Qué...?

—Espera un momento.

Me levanté y caminé hacia la ventana. Miré de forma automática hacia la calle y abrí la ventana.

Loiosh, intenta localizar a Daymar. Pregúntale si le importaría aparecer por aquí.

Por una vez, Loiosh no hizo comentarios y emprendió el vuelo.

—Muy bien, Vlad, ¿qué es?

—Haz circular el mensaje de que me gustaría muchísimo ver a Kiera. Después, saca mil imperiales de la tesorería y súbelos aquí.

—¿Qué...?

—Limítate a hacerlo, ¿de acuerdo? Te lo explicaré todo más tarde, cuando todo el mundo haya venido.

—¿Todo el mundo? ¿Cuántas personas?

—Um, déjame pensar... Cinco. No, seis.

—¿Seis? ¿Alquilo una sala de convenciones?

—¡Largo!

Me dispuse a esperar y repasé el plan una vez más. El punto clave, tal como yo lo veía, residía en si Kiera era capaz o no de dar el cambiazo. Si alguien podía, era ella, pero sospechaba que iba a ser difícil hasta para Kiera.

Existía también un problema aún más peliagudo, pero intenté no pensar en él.

Alarmas. «Bing bing», «clang» y todo lo demás, tanto psiónicas como audibles, se dispararon por toda la casa. Rodé por el suelo y ya tenía un cuchillo arrojadizo preparado cuando mi recepcionista irrumpió como un huracán, espada en mano, daga en la otra. Luego, comprendí lo sucedido; vi a Daymar, que flotaba con las piernas cruzadas a un metro del suelo.

Me quedé bastante complacido de que, antes de que tuviera tiempo de descruzar las piernas y levantarse, hubiera un total de cuatro personas en mi oficina, con las armas preparadas.

Me puse en pie, envainé la daga y levanté la mano.

—Falsa alarma —expliqué—. Buen trabajo.

Daymar miraba a su alrededor con una expresión de tibio interés. Mi recepcionista depuso las armas con aire de pesar.

—¡Atravesó nuestros bloqueos de teleportación como si no existieran! El...

—Lo sé, pero no pasa nada.

Mis muchachos aún se quedaron un momento, se encogieron de hombros y salieron, no sin arrojar miradas a Daymar, que parecía perplejo.

—¿Tienes bloqueos antiteleportación? —preguntó—. No me fijé en ninguno.

—Tendría que haber pensado en desactivarlos. Da igual. Gracias por aparecer.

—Ningún problema. ¿Qué necesitas?

—Más ayuda, viejo amigo. Siéntate, si quieres. —Di ejemplo acomodándome en mi silla—. ¿Qué tal se te dan los espejismos?

Reflexionó un momento.

—¿Arrojarlos o romperlos?

—Arrojarlos. ¿Puedes hacer uno bueno con rapidez?

—Por «rapidez», deduzco que te refieres a tan veloces que nadie vea las fases intermedias. ¿Me equivoco?

—Eso, y sin apenas preparativos. ¿Qué tal se te da? Se encogió de hombros.

—¿Qué tal se le da a Kiera robar?

—Es curioso que hayas dicho eso. Tiene que llegar de un momento a otro, con

suerte.

—Ah, ¿sí? ¿Qué sucede, si puedo preguntarlo?

—Ummm. Si no te sabe mal, me gustaría empezar las explicaciones cuando todo el mundo haya llegado.

—Oh. Bien, no hay problema. Meditaré un rato. Alzó las piernas del suelo, cerró los ojos y procedió.

En aquel momento, oí que Loiosh llamaba a la ventana. La abrí. Voló y aterrizó en mi hombro derecho. Miró a Daymar, lanzó un siseo de perplejidad y desvió la vista.

Me puse en contacto con mi mujer.

Cariño, ¿quieres pasarte por la oficina?

Desde luego. Supongo que no tendrás trabajo para mí, ¿verdad?

No exactamente, pero casi.

¡Vlad! ¿Tienes algo?

Sí.

¿Qué es? No, supongo que prefieres esperar a que llegue, ¿verdad? Voy enseguida.

Repetí el proceso con Alieria, que accedió a teleportarse. Esta vez, no obstante, me acordé de retirar los conjuros protectores antes de que llegara.

Paseó la vista a su alrededor.

—Así que esta es tu oficina. Parece muy funcional.

—Gracias. Es pequeña, pero adecuada a mi humilde estilo de vida.

—Entiendo.

Entonces, se fijó en Daymar, que aún flotaba a un metro del suelo. Puso los ojos en blanco, en un gesto muy similar al de Cawti. Daymar abrió los ojos y se puso en pie.

—Hola, Alieria —elijo.

—Hola, Daymar. ¿Has sondeado la mente de algún teckla en los últimos tiempos?

—No —respondió con expresión sincera—. Repíteme la pregunta en el próximo Ciclo.

—Lo tendré en cuenta.

Él también, probablemente, reflexioné, si aún seguían vivos.

Cawti llegó en aquel momento, a tiempo de evitar un nuevo encontronazo entre halcón y dragón. Saludó con afecto a Alieria. Alieria le dedicó una sonrisa alegre, y se fueron a un rincón a cuchichear. Las dos se habían hecho buenas amigas durante los últimos meses, gracias en parte a su mutua amistad con lady Norathar, que era una dragón convertida en jhereg convertida en dragón, y había sido socia de Cawti, si recordáis. La intervención de Cawti había sido fundamental para que Norathar recuperara su legítimo puesto de Señor Dragón. Bueno, yo también, pero da igual. Esa es otra historia.

Se me ocurrió entonces que también Norathar iba a verse atrapada en mitad de

esta historia. Sus dos mejores amigas iban a intentar matarse mutuamente, y era leal a ambos bandos. Deseché el pensamiento. Estábamos aquí para evitar que se viera forzada a tomar una decisión.

Kiera entró al poco rato, seguida por Kragar. Este me tendió una bolsa grande, que pasé de inmediato a Kiera.

—¿Otro trabajo, Vlad? Tendría que enseñarte el arte. Ahorrarías mucho tiempo y dinero si lo hicieras tú mismo.

—Kiera, no hay suficientes horas al día para que pueda aprender tu arte. Además, a mi abuelo no le gusta que robe. ¿Quieres ayudarme en esto? Es por una buena causa.

Sopesó la bolsa con aire ausente. Era capaz de adivinar cuántos imperiales contenía, sin la menor duda.

—¿Sí? —preguntó—. Bueno. Creo que te ayudaría de todos modos.

Formó su leve sonrisa y miró a los demás.

—Ah, sí —dije—. Kiera, esta es Alieria e'Kieron...

—Nos conocemos —me interrumpió Alieria.

Intercambiaron una sonrisa, y me sorprendió que las sonrisas parecieran sinceras. Por un momento, había temido que Kiera hubiera robado algo a Alieria. Se forjan amistades en los lugares más extraños.

—Muy bien —dije—, vamos al grano. Creo que todo el mundo conoce a todo el mundo, ¿verdad?

Nadie lo negó.

—Bien. Pongámonos cómodos.

Kragar, sin necesidad de que yo se lo comentara, se había encargado de que hubiera seis sillas en la habitación, y había pedido que trajeran un buen vino y seis copas. Llegaron, sirvió a todo el mundo y volvió a sentarse. Daymar declinó la silla y prefirió flotar. Loiosh se aposentó sobre mi hombro derecho.

Empecé a sentirme un poco nervioso. Había reunido en mi oficina a una ladrona genial, una noble de la Casa del Halcón, una Señor Dragón cuyo linaje se remontaba al mismísimo Kieron y a una asesina muy experta. Y a Kragar. Estaba un poco preocupado. ¿Quién era yo para utilizar a aquella gente, como si fueran vulgares jheregs de usar y tirar?

Miré a Alieria. Me estaba observando sin pestañear. También Cawti esperaba pacientemente a que explicara cómo íbamos a salir de aquella.

Eso es lo que yo era, por supuesto. Marido de Cawti, amigo de Alieria, y mis..., y el único que sabía, tal vez, cómo manejar la situación.

Carraspeé, tomé un sorbo de vino y organicé mis ideas.

—Amigos míos, quisiera daros las gracias a todos por haber venido para ayudarme a encontrar una salida. Para algunos de vosotros es indispensable, por un motivo u otro, que este asunto se resuelva favorablemente. A esos, me gustaría añadir

que me siento honrado de que confiéis en mí. A los que no tenéis un interés directo, os agradezco que queráis ayudarme. Os aseguro que no lo olvidaré.

Ve al grano.

Cierra el pico, Loiosh.

—En cuanto al problema, bien, la mayoría sabéis cuál es, más o menos. En pocas palabras, un noble de la Casa jherreg se encuentra bajo la protección de Lord Morrolan, y es necesario que sea asesinado, mañana como máximo —hice una pausa para tomar otro sorbo de vino y causar efecto—, o tendrán lugar acontecimientos que perjudicarán notablemente a algunos de nosotros.

Aliera resopló. Kiera lanzó una risita.

—Es importante recordar el límite de tiempo. Por razones que prefiero callar, sólo nos queda hoy y mañana. Hoy sería mucho mejor, pero temo que dedicaremos el día a allanar dificultades, y a ensayar nuestros papeles.

»Es importante para algunos de nosotros —lancé una veloz mirada a Aliera, pero su rostro no traicionó ninguna emoción— que nada pueda comprometer la reputación de Morrolan como anfitrión. O sea, no podemos hacer nada a esa persona, Mellar, mientras sea invitado del Castillo Negro, ni podemos obligarle a marchar mediante amenazas o magia, como control mental.

Paseé la vista a mi alrededor. Todavía retenía la atención de todo el mundo.

—Creo que he encontrado un método. Primero, dejadme demostrar lo que tengo en mente, para que superemos la parte difícil antes de continuar. Kragar, levántate un momento, por favor.

Obedeció. Me levanté y saqué mi estoque. Enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—Imagina por un momento que llevas armas ocultas en todas las partes concebibles de tu persona —dije.

Sonrió. ¡Imagina, como!

—Saca tu espada —continué— y ponte en posición de guardia.

Lo hizo, se irguió en toda su estatura, con la hoja apuntada a mis ojos, a la misma altura de su cabeza. Su espada era mucho más pesada y algo más grande que la mía y formaba una línea recta desde sus ojos hasta los míos. Tenía la palma hacia abajo, el codo salido. Existía una gracia aparente, aunque todavía considero la posición *en garcie* oriental más elegante.

Permanecí inmóvil un momento, y después atacé, simulando el movimiento dragaerano de lanzar un tajo directo a la cabeza. Apunté a su cabeza, justo por debajo de la línea de la hoja, lo cual me proporcionó un ángulo agudo elevado.

Ejecutó la parada obvia y dejó caer el codo para que su espada también formara un ángulo hacia arriba, aún más agudo que el mío. Al mismo tiempo, la fortaleza de su espada quedó igualada a la debilidad de la mía. De aquella forma podía alcanzarme muy bien en la cabeza. Sin embargo, antes de que lo recibiera, avancé y...

Sentí que algo golpeaba mi estómago, sin mucha fuerza. Bajé la vista y vi su mano izquierda. De haber sido un combate auténtico, habría una daga aferrada en aquella mano. De haber estado solos, tal vez habría utilizado una daga de verdad, sin haber llegado a clavármela, pero no quería que toda aquella gente supiera dónde guardaba sus cuchillos ocultos. Adopté una posición normal, le saludé y envainé mi espada.

—¿De dónde has sacado esa daga? —pregunté.

—Vaina del antebrazo izquierdo —respondió sin vacilar.

—Bien. ¿Podrías haberla sacado de otro sitio que te proporcionara un servicio similar?

Meditó unos momentos.

—Pensaba en una vaina de resorte para el antebrazo, dispuesta para ser utilizada con la mano izquierda. Si estuviera preparada para la mano derecha, que también es muy normal, su pondría que él elegiría una sencilla vaina de cintura. En los dos casos sería rápido. Me baso en el hecho de que toda la parte izquierda de tu cuerpo carece de defensas, y puedo atacar con el mismo movimiento de desenvainar. Una vaina en la parte superior del muslo supondría bajar mi mano más de lo necesario, no hay motivo para atacar de través, y cualquier otra cosa es peor.

Asentí.

—De acuerdo. Cawti, ¿algo que añadir, o estás de acuerdo?

Pensó un momento, y luego negó con la cabeza.

—No, tiene razón. Sería una de esas dos.

—Estupendo. Kragar, quiero que consigas dos hojas Morganti.

Pareció sorprendido un instante, y después se encogió de hombros.

—Muy bien. ¿Han de ser muy potentes?

—Lo bastante para que cualquiera las identifique como Morganti, pero no lo bastante para que se note cuando estén envainadas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Encontraré un par como esas. Y, déjame que adivine, querrás una del tamaño apropiado para una vaina de cintura, y la otra para una vaina de antebrazo.

—Premio. Espera un momento...

Había investigado con mucha atención las armas que Mellar portaba, pero el tamaño no me había preocupado demasiado. Intenté recordar... ¿Dónde estaba aquel bultito? Ah, sí. Y cuando había interrumpido la conversación con el Señor Dragón para volverse, ¿qué longitud de mango surgía de la vaina de la cintura? Exacto. Parecía un mango de hueso normal. ¿Qué longitud lo equilibraría, y qué anchura? Tuve que especular, pero pensé que me aproximaba bastante.

—Vaina de cintura —anuncié—. Treinta y cinco centímetros de longitud, la mitad de la cual pertenece a la hoja. Apenas más de dos centímetros y medio en la parte más ancha. La hoja mide unos catorce centímetros de largo, y la anchura es de unos dos

centímetros cerca de la guarda. —Me detuve—. ¿Algún problema?

Kragar daba la impresión de sentirse inquieto.

—No lo sé, Vlad. Creo que las puedo conseguir, pero tampoco lo doy por seguro. Hablaré con mi suministrador y veré lo que tiene, pero eres demasiado preciso.

—Lo sé. Haz lo que puedas. Recuerda que esta vez no han de ser indetectables.

—Eso ayudará.

—Bien.

Me volví hacia Kiera.

—Ahora, la pregunta decisiva. ¿Puedes aliviar a Mellar del peso de un par de dagas sin que se entere, y más difícil todavía, sin que sus guardaespaldas se den cuenta? Me estoy refiriendo, por supuesto, a las dagas de la cintura y el antebrazo.

Sonrió a modo de respuesta.

—Bien, ¿puedes devolvérselas? ¿Puedes volver a ponerlas en su sitio sin que se dé cuenta?

Frunció el ceño.

—¿Devolverlas? No sé... Creo que sí..., tal vez. Te refieres a sustituir las suyas por dos nuevas, ¿verdad?

Asentí.

—Recuerda que serán dagas Morganti —añadí—, y han de permanecer indetectables durante el cambio.

Desechó la dificultad con un ademán.

—Si puedo hacerlo todo, el hecho de que sean Morganti es indiferente. —Adoptó una expresión vacía por un momento, y observé que su mano se agitaba, como si repasara mentalmente los movimientos necesarios—. La daga de la cintura —dijo por fin— es posible. Y la otra... —Su expresión pensativa no cambió—. Vlad, ¿sabes si tiene un mecanismo de resorte para la mano izquierda, o un mecanismo reversible para la mano derecha?

Medité. Convoqué su recuerdo, el bulto que debía de ser un cuchillo, pero no pude aclararlo.

—No lo sé. Sé que tiene algo, uno de los dos, pero no sé cuál. Hummmm, se me acaba de ocurrir que si lleva el tipo reversible, no lo utilizará para lo que estamos hablando, así que da igual. Podemos dar por sentado...

—Escucha, Vlad —me interrumpió Kragar—, recuerda que es un espadachín consumado, lo cual significa que lucha con espada y cuchillo. Existen grandes posibilidades de que emplee el mecanismo de resorte, de forma que tuerza la muñeca y caiga un cuchillo en su mano izquierda.

Asentí.

—¿Tienes una vaina de antebrazo, Vlad? —preguntó Kiera. Me ponía violento hablar de ello, pero comprendí qué tenía en mente, y era una pregunta razonable.

Asentí—. ¿De resorte, o para sacar con la mano derecha?

—Para sacar con la mano derecha.

Se levantó.

—Son más fáciles, pero el que estés atento lo compensará. Vamos a ver qué puedo hacer...

Se puso delante de mi escritorio. Dejó su copa de vino a escasos centímetros de la mía. Yo la sujetaba apenas, y tenía la manga un poco abierta, lo cual debía proporcionarle ventaja.

Clavé la vista en su brazo y mano cuando dejó la copa. Según mis cálculos, su mano no se acercó a más de ocho centímetros de la mía.

Volvió a su silla y se sentó.

—¿Qué tal? —preguntó.

Me subí la manga y examiné la vaina. Contenía el mismo cuchillo de siempre.

—Bien —contesté—, a excepción del pequeño detalle de...

Callé. Exhibía aquella sonrisa que yo conocía tan bien. Introdujo la mano en su capa, sacó un cuchillo y lo sostuvo en alto. Oí una exclamación ahogada, y vi que Kragar la estaba mirando.

Imprimió un veloz giro a su muñeca, y un cuchillo apareció de repente en su mano. Lo miró, y se quedó boquiabierto. Lo sostuvo como si fuera una serpiente venenosa. Cerró la boca, tragó saliva y devolvió el cuchillo a Kiera. Ella devolvió a Kragar el suyo.

—Sospechas infundadas —explicó Kiera.

—Estoy convencido —dijo Kragar.

—Yo también —dije.

Kiera pareció complacida.

De pronto, me sentí mucho mejor. El plan era factible.

Lo he visto todo, jefe.

Estoy seguro, Loiosh.

—Bien —dije—. Alier, ¿viste la estocada que lancé a Kragar, seguida de la parada?

—Sí.

—¿Puedes ejecutar la misma maniobra?

—Sospecho que sí.

—Muy bien. Nos ejercitaremos. Saldrá perfecto.

Asintió.

Me volví hacia Cawti.

—Tendrás que llevar a cabo una sencilla eliminación.

—¿De alguna manera en particular?

—Muy rápida, muy silenciosa, y muy discreta. Servirá de distracción, nos ayudará

un poco, pero es necesario que nadie se dé cuenta, o pondremos sobre aviso a Mellar demasiado pronto, y todo se estropeará.

—¿Puedo matar al tipo?

—Ningún problema. Tu objetivo es un huésped que no fue invitado. Lo que le ocurra es su problema.

—Eso facilita las cosas. *Creo* que no presentará ninguna dificultad.

—Recuerda que es un brujo cojonudo, y no tendrás mucho tiempo para examinarle.

—¿Y qué? Yo desayuno brujos.

—Algún día, tendrás que prepararme uno.

Cawti sonrió.

—¿Lleva conjuros protectores?

Miré a Alier, que había investigado a los dos después de marcharme.

—No —dijo—. Son lo bastante buenos para erigir defensas con rapidez si las necesitan, pero creo que no quieren llamar la atención utilizando conjuros en el Castillo Negro, a menos que sea inevitable.

—Habláis en plural —dijo Kiera—. ¿De cuál debo encargarme?

—Ese es el problema —dije—. No lo sabemos. Será el que esté a la izquierda de Mellar, y no sabemos cuál será. ¿Te supone algún problema?

Me dedicó su sonrisa que yo llamo «Yo-sé-algo-que-tú-no», y un cuchillo apareció en su mano derecha. Lo lanzó al aire, lo recogió y desapareció. Me di por contestado.

—Daymar, tendrás que lanzarme un espejismo. Tendrá que ser rápido, completo e indetectable.

De pronto, dio la impresión de que Daymar dudaba.

—¿Indetectable? Por más sutil que sea, Morrolan se dará cuenta de que he lanzado un espejismo en su castillo.

—Morrolan no estará presente, de manera que no debes preocuparte por eso. No obstante, ha de ser lo bastante bueno para que un brujo de primera, *que* sí estará presente, no se dé cuenta. En ese momento, estará muy ocupado, por supuesto.

Daymar reflexionó un momento.

—¿Cuánto tiempo ha de durar el espejismo?

—Unos cinco segundos.

—En ese caso, ningún problema.

—Bien. Eso es todo. Este es el plan...

* * *

—Me gusta, Vlad —dijo Kragar—, hasta la teleportación. Te dejará en una posición penosa, ¿no? ¿Por qué no retomamos el plan original que pensaste con Alieria en ese punto?

—No estás pensando bien —contesté—. Vamos a llevar a cabo una estratagema muy complicada. Ha de ejecutarse con suficiente rapidez para que Mellar actúe mientras se encuentre desorientado y confuso. De hecho, hemos de provocarle pánico. A una persona como Mellar no le entra el pánico con facilidad, y tampoco durará mucho rato. Si le concedemos tiempo para pensar, comprenderá lo que ha pasado y se teleportará. Volveremos al principio.

—¿Crees que podremos obligar a Morrolan a erigir un bloqueo antiteleportación alrededor del Castillo Negro, para que Mellar no pueda volver? Tal vez Alieria lo consiga.

—Alieria no estará en condiciones de erigir o mantener un bloqueo antiteleportación, ¿recuerdas? Si Morrolan está presente, abortará la primera fase del plan, y no podremos ejecutarlo.

—¿Y si se lo contamos todo a Morrolan? —preguntó Cawti.

Alieria contestó por mí.

—Nunca me permitiría hacer lo que voy a hacer, aunque estuviera de acuerdo con el resto..., cosa que dudo, por descontado.

—¿Por qué?

—Porque es Morrolan. Cuando todo haya terminado, si sale bien, reconocerá que fue estupendo, pero en el ínterin, intentará impedirlo, si puede.

—¿Qué quieres decir con lo de que no permitiré hacer lo que vas a hacer? —preguntó Cawti.

—Eso mismo. Aunque no estuviera implicado de ninguna manera, trataría de impedir esa parte.

—¿Por qué? Si no corres peligro...

—No he dicho en ningún momento que no fuera a correr peligro —replicó Alieria con calma.

Cawti la miró fijamente.

—No pretendo entender de Armas Definitivas, pero si hay peligro...

—No hay nada que no sea peligroso. Es una oportunidad mejor que si obligara a Morrolan a matarme.

Cawti parecía preocupada.

—Pero Alieria, tu alma...

—¿Y qué? Creo que tengo buenas posibilidades de sobrevivir, lo cual permite que el honor de Morrolan quede intacto, y el problema resuelto. De lo contrario, Morrolan y yo terminamos peor, sin la menor posibilidad de que la situación se solucione. Es nuestra mejor oportunidad.

La expresión de Cawti no mejoró, pero no dijo nada más sobre el asunto.

—¿Y si Daymar lanza un segundo espejismo, para que yo pueda intervenir? —dijo Kragar.

—Muy mal —contesté—. ¿Quién se encargaría de la teleportación? Recuerda que nosotros no podremos hacerlo, porque equivale a utilizar magia contra un huésped del Castillo Negro. Estoy convencido de que uno de los dos guardaespaldas se ocupará de la teleportación, para borrar el rastro al mismo tiempo.

—¿Aunque Mellar pida que lo hagas tú?

Miré a Alieria, que asintió.

—Aun en ese caso —dijo—. Tiene que irse por voluntad propia, o conminado por uno de sus guardaespaldas. De lo contrario, Morrolan se ofenderá.

—Bien... Imagino que sí. De todos modos, tiene que existir una forma de que podamos ayudarte.

Me encogí de hombros.

—Seguro, puede darse la circunstancia de que no erijan a tiempo sus bloqueos antiseguimiento, y entonces podrías localizarme. Además, espero que Alieria sea capaz de encontrarme con Exploradora, una vez se recobre.

Me abstuve de añadir «si se recobra».

—¿Cuanto tiempo tardará? —preguntó Kragar.

—¿Quién sabe? —elijo Alieria—. Por lo que yo sé, esto no se ha hecho nunca.

Cawti no parecía muy complacida.

—¿No hay forma de que podamos encontrarte?

—Bueno, sería muy amable por vuestra parte intentarlo, pero estoy seguro de que se erigirá algún tipo de bloqueo, y el tipo que se encarga es muy bueno. Sin la ayuda de Exploradora, tardaréis bastante en romper el conjuro.

Cawti apartó la vista,

—Por lo que he oído, Vlad, no eres tan buen espadachín como él.

—Lo sé, pero yo peleo al estilo oriental, ¿recuerdas? Mi intención es eliminarle antes de que averigüe que no soy lo que aparento.

—Lo cual me recuerda —terció Alieria— que, si se produce un enfrentamiento, tendrás que mantenerle ocupado todo el rato.

—Espero que él se ocupe de eso —repliqué con sequedad—. ¿Por qué lo dices?

—Porque si se da cuenta de lo que pasa, y tal como le hablaste, así será, se teleportará otra vez al Castillo Negro si le concedes la oportunidad.

Fantástico.

—Tienes razón —admití—. Es muy probable. ¿Cuánto tiempo calculas que tardará?

—¿En teleportarse? Si no me equivoco, unos dos o tres segundos.

—Por lo tanto, no puedo concederle más de dos segundos de respiro durante la

pelea. —Me encogí de hombros—. Ya está bien. Como ya he dicho, no espero que me conceda el menor respiro, si llegamos a luchar, pero confío en que no sea necesario.

—A propósito —dijo Kragar—, ¿qué pasará si te pide a ti que le teleportes?

—Confío en que se lo pida al otro tipo. Cincuenta por ciento de posibilidades. Si se decanta por mí, pondré cara de imbécil y fingiré que estoy anonadado. Debería ser suficiente.

Daymar chasqueó los dedos.

—¡La Nigromántica! —exclamó—. No será necesario que rastree la teleportación; utilizará sus propios medios para localizarte.

—Sin contacto psiónico, imposible —contesté—. Es posible que los bloqueos levantados para impedir rastrear la teleportación bloqueen también los conjuros habituales de rastreo..., lo cual significa que no podréis ponerlos en contacto conmigo, y viceversa.

—Oh —dijo Daymar.

—Bien, ¿se le ocurre a alguien otra alternativa? —pregunté a la habitación en general—. ¿He pasado algo por alto?

Se hizo el silencio.

—Me lo imaginaba —dije—. Muy bien, esto es lo que hay. A trabajar.

Kragar se fue a buscar los cuchillos. Los otros se marcharon a ensayar su parte. Yo me encaminé al armario de las armas y encontré dos cuchillos idénticos. Eran estiletos largos y finos, de unos dieciocho centímetros de longitud.

Cogí uno y lo afilé con esmero. Tardé más de una hora. No fue necesario darle una capa de pintura negra antireflectante, pues no iba a ser preciso que lo disimulara mucho en cuanto lo tuviera en la mano.

No es que no quiera utilizar cualquier tipo de arma para terminar un trabajo; es que me siento mejor si tengo una en mente desde el principio y sé cuál es exactamente. Por eso elegí dos armas idénticas. Después de afilar una, no la volvería a tocar hasta que fuera al Castillo Negro, al día siguiente. De esa forma, tendría muy poca relación conmigo. Al haber establecido muy escaso «contacto» conmigo, podría abandonarla sin problemas en el lugar de los hechos. Es mucho más seguro que ser sorprendido después con ella encima, pues no hay forma de disimular el vínculo establecido entre el arma del crimen y la víctima.

Cogí el duplicado, comprobé el peso y el equilibrio, y lo sostuve un rato. Lo utilicé con ambas manos, y después me concentré un rato en usarlo con mi mano izquierda.

Saqué mi estoque, practiqué un poco de esgrima, me entrené en lanzarlo contra un blanco clavado en la pared entre parada y respuesta. De hecho, nunca pienso en arrojar un cuchillo contra alguien si se trata de un trabajo normal, pero en este caso, podía llegar a ser necesario.

Después, saqué unos trozos de madera, los alineé contra la pared y los acuchillé

varias veces, alternando los métodos. Utilicé todos los tipos de ataque que se me ocurrieron, varias veces cada uno.

Me quedé satisfecho. Era una buena hoja. No servía demasiado para cortar, pero era improbable que el golpe mortal fuera un corte. Se arrojaba bastante bien, aunque no era perfecta, y se adaptaba a mi mano lo suficiente para todos los movimientos que pudiera requerir.

Elegí una vaina adecuada y, después de pensar un rato, la sujeté a la parte externa de mi pierna izquierda, justo encima de la rodilla. El cuchillo era demasiado largo para ocultarlo al cien por cien, pero mi capa lo disimulaba bastante bien, y estaba situado en un lugar perfecto para extraerlo con la máxima velocidad posible si nos batíamos a espada. Bueno, no. Habría estado mejor en mi nuca, pero entonces lo tendría demasiado elevado, lo cual no me serviría para asestar una puñalada en mitad de una parada, por ejemplo.

Loiosh contempló en silencio mis preparativos durante un rato.

Tu plan presenta un problema, jefe, dijo por fin.

¿Cuál es?

La parte de la «distracción». ¿Qué tiene de malo?

Si yo me dedico a distraer al personal, significa que no estaré contigo cuando tú te largues. Lo sé.

¡Bien, no me gusta! Si quieres que te diga la verdad, viejo amigo, a mí tampoco.

«Por sutil que sea el mago, un cuchillo entre los omoplatos
estropea su estilo»

Todo ciudadano del Imperio Dragaerano mantiene un vínculo permanente con el Orbe Imperial, que gira alrededor de la cabeza de la emperatriz con colores que cambian para reflejar el estado de ánimo de la soberana en un momento dado.

Este vínculo sirve a muchas funciones al mismo tiempo. Tal vez el más importante, para la mayoría de la gente, es que permite utilizar el poder del gran mar del caos (muy distinto del menor creado por Adron), que proporciona la energía necesaria para la brujería. Para alguien con suficiente aptitud, es posible manipular, moldear y usar este poder para casi todo, siempre en función de la habilidad del usuario, por supuesto.

Para la mayoría de la gente, una de sus funciones menos importantes consiste en, con tal de concentrarse de la manera apropiada, saber la hora exacta, según el Reloj Imperial.

Debo admitir que poseo ciertas aptitudes para la brujería. O sea, puedo encender un fuego, teleportarme o matar a alguien por su mediación, esto último, si el tipo no es muy bueno y si tengo suerte. Por otra parte, apenas la utilizo, pero el Reloj Imperial es como un amigo en el que he podido confiar desde hace años.

Ocho horas después de mediodía, cada dos días (y hoy tocaba), Morrolan inspeccionaba los puestos de su guardia en persona. Salía del Castillo Negro, se teleportaba de torre en torre, hablaba con los guardias y les pasaba revista. Pocas veces necesitaba corregir o criticar algo, pero era muy eficaz para mantener la moral de la tropa. También era una de las escasas cosas que Morrolan hacía con regularidad.

Ocho horas después de mediodía, el día de hoy, el día después de la reunión en mi oficina, Morrolan estaba inspeccionando los puestos de guardia, y por lo tanto no se encontraba en la sala de banquetes del Castillo Negro.

Yo sí.

Y Daymar también, a mi lado. Cawti estaba por alguna parte, al igual que Kiera. Miera esperaba en el pasillo.

Traté de pasar desapercibido. No bebí nada, porque no quería que nadie se fijara

en que mi mano temblaba.

Paseé la vista por la sala y localicé por fin a Mellar. Kiera estaba a unos tres metros de él, detrás, y miraba en mi dirección. Decidí que, al menos en parte, había logrado pasar desapercibido, porque ninguno de mis conocidos me había visto todavía. Bien. Si la suerte nos favorecía un par de minutos más, daría igual.

Muy bien. Manos, relajaos. Músculos de la espalda, destensaos. Estómago, tranquilízate. Cuello, álzate. Rodillas, abandonad vuestra rigidez. Ha llegado el momento de actuar.

Cabeceé en dirección a Kiera. Ella me devolvió la señal. Ya no estaba nervioso.

Desde donde yo estaba, vi con toda claridad a Kiera cuando pasó junto a uno de los guardaespaldas de Mellar, cogió una copa de vino que estaba a su lado y se alejó. No vi en ningún momento que realizara el trueque. De hecho, me pregunté si lo había hecho hasta que Kiera me miró y asintió. Me fijé en su mano derecha, que estaba caída a lo largo de su costado. La tenía cerrada en un puño, con dos dedos extendidos. Dos armas plantadas. Estupendo. Indiqué con los ojos que me había enterado.

Allá vamos, me dije.

Paseé la vista alrededor de la sala. Esta era la parte que no había planeado, pues no sabía, de un día para otro, quién iba a estar en la sala.

Cerca de una mesa, a unos seis metros de distancia, localicé al Señor Halcón que había hablado con Mellar el otro día. ¡Perfecto! Le debía una. Me acerqué a él, mientras planificaba mi acción. Observé el contenido de la mesa y lo memoricé. Dediqué el tiempo suficiente para proporcionar las instrucciones a Loiosh con todo detalle.

¿Sabes lo que has de hacer, Loiosh?

Preocúpate por tu interpretación, jefe. Yo voy a hacer lo que es normal en mí.

Me apoyé en la mesa, elevé mi nobleza un par de grados y hablé.

—¿Queréis alcanzarme una copa de ese Kiereth del cuatrocientos treinta y siete por favor?

Por un momento, temí haberme superado cuando vi que extendía la mano hacia el vino, pero entonces se contuvo y se volvió hacia mí, con ojos y voz gélidos.

—No soy criado de los jheregs —anunció—, ni de los orientales.

Bien. Ya era mío. Fingí buen humor.

—¿De veras? —respondí, con mi mejor sonrisa sardónica—. Os pone nervioso servir a vuestros superiores, ¿eh? Bueno, me parece muy bien.

Sus ojos llamearon y llevó la mano al pomo de la espada. Después, al recordar dónde, supongo, lo dejó correr.

—He de preguntar a Morrolan —dijo— por qué permite que seres inferiores disfruten de su hospitalidad.

Pensé que debería alentarlos a ello, para ver cuánto tiempo duraba, pero tenía que

ceñirme a mi papel.

—Hacedlo —contesté—. Debo admitir que yo también siento curiosidad. Informadme de cómo justifica vuestra presencia aquí, entre la nobleza.

Algunas personas nos observaban, y se preguntaban si el halcón me desafiaría o, simplemente, atacaría. Me daba igual.

Percibí que la multitud también miraba.

—¿Os creéis en un plano de igualdad con los dragaeranos? —preguntó.

—Como mínimo —contesté, sonriente.

Me devolvió la sonrisa, una vez serenado.

—Qué idea tan peregrina. Un dragaerano no soñaría en hablar a nadie en ese tono, a menos que estuviera dispuesto a defenderlo con el acero.

Reí en voz alta.

—Oh, siempre, cuando sea —dije.

—Muy bien. Mis padrinos os irán a buscar por la mañana.

Fingí sorpresa.

—¿Sí? Mis padrinos os irán a buscar en el callejón. —Le di la espalda y me alejé.

—¿Cómo?

Oí el grito de rabia detrás de mí. Había dado tres pasos, cuando oí el ruido del acero al ser desenvainado. Seguí anclando sin vacilar.

¡Ahora, Loiosh!

Allá voy, jefe.

Noté que el jherreg abandonaba mi hombro, mientras yo me alejaba con paso sereno pero firme del Señor Halcón. Ahora, iba a necesitar todas las aptitudes que Kiera me había enseñado años antes.

Oí gritos detrás de mí, como «¡Me ha mordido!», «¡Socorro!», «¡Llamad al curador!», «¿Dónde está el maldito jherreg?» y «¡Mira, está agonizando!».

Sabía que nadie me miraría mientras caminaba hacia Mellar. Observé que sus guardaespaldas no parecían muy sobre aviso, aunque ellos, de entre todos los presentes, tendrían que haber reparado en que se trataba de una maniobra de distracción.

El rostro de Mellar estaba sereno. Experimenté una súbita admiración hacia él. Aquello era lo que esperaba. Había decidido morir aquí, y estaba preparado. Sus guardaespaldas lo sabían, y no hacían el menor esfuerzo por impedirlo. ¿Habría podido yo esperar tan tranquilo a que me clavarán una daga Morganti en la espalda? Ni por asomo.

Sonreí para mí. Iba a llevarse una sorpresa. Continué hacia él, desde atrás. Era consciente de la multitud que me rodeaba, pero nadie se fijaba en mí. A todos los efectos, había desaparecido. El arte del asesino. Se requeriría una habilidad excepcional para localizarme en aquel momento, una habilidad fuera del alcance de

los dos guardaespaldas, estaba seguro.

Mellar se erguía inmóvil, a la espera del golpe fatal. Había estado flirteando con una joven tsalmoth que se hacía pasar por una doncella teckla tontorróna, y Mellar fingía que lo creía. La joven le estaba mirando con curiosidad, porque Mellar había dejado de hablar.

Y, por sorprendente que sea, empezó a sonreír. Sus labios se curvaron en la más tenue y leve sonrisa.

¡Ahora, Alier!

¡Allá voy!

Que Yerra proteja tu alma, dama que fue mi hermana...

La sonrisa se desvaneció de la cara de Mellar cuando una voz chillona y ebria resonó en la sala.

—¿Dónde está? —gritó Alier—. ¡Enséñame al teckla que deshonró el nombre de mi prima!

Se abrió un sendero ante Alier. Vislumbré a la Nigromántica, con una expresión sorprendida en la cara. Es difícil verla sorprendida. Habría hecho algo, pero se encontraba demasiado lejos.

Hablando de demasiado lejos...

¿Loiosh?

¡Estoy ocupado, joder! ¡No me dejan pasar! Intento acercarme, pero...

Olvídalo. Tal como quedamos. No podemos correr el riesgo. Quédate donde estás.

Pero...

No.

Avancé al mismo tiempo que Alier, ella por delante, yo por detrás. Por supuesto.

Buena suerte, jefe.

Me puse en posición y percibí una repentina tensión en la espalda de Mellar. Le oí mascullar para sí.

—¡Ella no, maldita sea! —siseó a sus guardaespaldas—. Detenedla.

Los dos avanzaron para cortar el paso a Alier, pero ella fue más veloz. Una luz verde destelló en su mano izquierda levantada. Después, vi algo de lo que había oído hablar, pero nunca había visto. La energía que envió hacia ellos se dividió en dos rayos, que alcanzaron a ambos guardaespaldas en pleno pecho. Cayeron al suelo. Si les hubiéramos dado tiempo para pensar, se habrían dado cuenta de que Alier no podía estar muy borracha para lanzar un conjuro como aquel. Eran lo bastante buenos para neutralizar parte de los efectos, y empezaron a recobrar.

En aquel momento, Cawti, mi mujer, a la que en otros tiempos llamaban «La Daga de los Jhereg», atacó. En silencio, con rapidez y precisión perfecta.

Creo que ninguno de los presentes lo hubiera visto, aunque no estuvieran ocupados mirando a Alier, que agitaba a Exploradora sobre su cabeza con

movimientos ebrios, pero uno de los guardaespaldas caídos, mientras intentaba levantarse, trató de gritar, descubrió que ya no tenía laringe y se desplomó.

Y entonces, sentí un hormiguelo cuando el conjuro de Daymar obró efecto. Daymar lanzó su segundo conjuro con igual rapidez, y el guardaespaldas muerto se hizo invisible.

Ocupé su lugar. Adapté el paso al de mi «compañero», pero vimos que no íbamos a llegar a tiempo. Sospeché que el otro tipo estaba mucho más perturbado por lo ocurrido que yo.

Mellar también comprendió que no llegaríamos a tiempo de salvarle. Tenía dos opciones: dejar que Alieria le matara, y moriría entre las ruinas de trescientos o más años de planificación, o plantar cara a Alieria.

Desenvainó al instante la espada y adoptó posición de combate, mientras Alieria se tambaleaba hacia él. Ya sabía que debería matarla, si le era posible. Sabía que su mente estaría funcionando a pleno rendimiento: planificar su mandoble, calcular el tiempo y concluir que podría matarla sin que fuera definitivo, con tal de ser cuidadoso. Debía asegurarse de matarla, pero evitando mandobles a la cabeza.

Retrocedió un paso.

—Estáis bebida, mi señora... —empezó, pero Alieria atacó antes de que pudiera terminar. Exploradora describió un arco cerrado, en dirección al lado derecho de su cabeza. Si Mellar hubiera sido más lento, o el ataque más difícil de parar, todo habría terminado en aquel instante, pero ejecutó la parada obvia y Alieria se dispuso a trabar combate.

Era un espadachín demasiado bueno para pasar por alto el hueco que se le ofrecía, y no lo hizo. Una parte de mi mente observó que, en efecto, la daga de su manga izquierda contaba con un mecanismo de resorte.

Su mano izquierda se movió a la velocidad del rayo y la daga se hundió en el abdomen de Alieria.

Debió de darse cuenta, incluso antes de apuñalarla, de que algo iba mal. Cuando asestó el golpe, noté en mi mente la sensibilidad que identifica a un arma Morganti.

Alieria chilló. Puede que fuera sincero o no, pero fue uno de los chillidos más horrendos que he oído en mi vida. Me estremecí al oírlo, y al ver la expresión de su cara cuando la hoja destructora de almas penetró en su cuerpo. Mellar avanzó y trató en vano de extraerla, pero su propia fuerza la retuvo cuando Alieria cayó al suelo, y sus gritos enmudecieron. La hoja se deslizó en la mano de Mellar.

Siguió un momento de silencio, de inmovilidad total. Mellar contempló el cuchillo. El otro guardaespaldas y yo estábamos a su lado, petrificados, como todos los demás. Mellar comprendió que había perdido todo derecho a reclamar la protección que Morrolan le había ofrecido. Ahora, cualquiera podía matarle, sin recriminaciones. Debió de pensar que todo su plan se había venido abajo y, sin duda,

su única idea era escapar. Intentar salir de aquel lío e improvisar otra cosa.

Y, en aquel momento de debilidad, de casi pánico, se produjo el golpe final, asestado por Daymar, para rematar su sensación de desorientación y sacarle de quicio.

Mellar sintió el impacto de la sonda mental y gritó. En aquel momento, no supe si estaba lo bastante desorientado para que sus defensas mentales se hubieran venido abajo. Puede que la sonda mental funcionara o no, pero produjo el efecto que a mí me interesaba. Mellar se volvió hacia mí.

—¡Salgamos de aquí! —gritó.

Fue una desgracia que me mirara a mí en lugar de al otro guardaespaldas, pero sabía que podía ocurrir.

No le devolví la mirada, sino que mantuve la vista clavada en el frente. Vio, sin duda, mi expresión estupefacta y perpleja. Percibí una nota inconfundible de pánico en su voz, cuando se volvió hacia el otro guardaespaldas. La multitud empezó a reaccionar, y confié con todas mis fuerzas en que Sethra la Menor o la Nigromántica no le alcanzaran antes de que nos largáramos del castillo.

—¡Muévete! —gritó al otro guardaespaldas—. ¡Salgamos de aquí!

En aquel momento, creo que tuvo una inspiración y se volvió hacia mí, con los ojos abiertos de par en par. O el conjuro de Daymar se estaba desvaneciendo, o yo ya no me parecía al guardia que imitaba, o captó algún fallo en mi interpretación. Estaba retrocediendo, cuando las paredes desaparecieron a nuestro alrededor.

Hice lo que pude por superar las náuseas propias de la teleportación y tomé una veloz decisión.

Si no se hubiera dado cuenta de que algo iba mal, si se hubiera vuelto hacia el otro guardaespaldas en primer lugar, no habría problema. Le habría matado y liquidado al guardaespaldas como fuera. Ahora, sin embargo, era diferente.

Tenía tiempo de eliminar a Mellar o al guardaespaldas, pero no a los dos antes de que uno me apuñalara. ¿Por cuál debía decantarme?

El guardaespaldas levantaría un bloqueo antiteleportación y lanzaría un conjuro antirastreo, mientras que Mellar ya había desenvainado la espada. Además, estaba más cerca.

Sin embargo, debía matar a Mellar de una forma permanente. Como ya he dicho, es difícil matar a alguien de manera que no pueda ser revivido. Ya preparado y en guardia, no sería tan fácil como haberle podido asestar una puñalada en la nuca. ¿Qué pasaría si le liquidaba, pero no era permanente? ¿El guardaespaldas me abatiría a continuación? Se teleportaría de nuevo con el cuerpo de Mellar y le devolvería la vida enseguida. Si iba a por el guardaespaldas, podría hacerle un trabajo completo a Mellar, sin tener que preocuparme porque huyera.

No obstante, lo que me decidió fue el hecho de que el guardaespaldas era un

brujo, lo cual le proporcionaba mayor ventaja en esta situación de la que a mí me apetecía.

No me detuve a pensar en todo esto; pasó por mi mente mientras me movía.

Me eché hacia atrás y, en tanto mi mano derecha volaba hacia la espada, mi izquierda encontró tres dardos envenenados. Los arrojé hacia el guardaespaldas y recité mentalmente una breve plegaria a Yerra.

El primer mandoble de Mellar, que descargó justo en aquel momento, erró su blanco. Había logrado ponerme fuera de su alcance. ¡Dioses! ¡Qué fuerte era! Yo ya estaba en el suelo, pero había sacado el estoque. Rodé a mi izquierda y me incorporé...

... a tiempo de parar, apenas, un golpe que me habría partido el cráneo. Mi brazo tembló a causa del impacto producido por su espada, más pesada, y oí el bendito ruido de un cuerpo que se desplomaba a mi izquierda. El guardaespaldas estaba fuera de juego, al menos. Gracias, Yerra.

Por primera vez, tomé conciencia de mi entorno. Estábamos en una zona selvática. Debía de ser al oeste de Adrilankha, lo cual equivalía a unos cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia del Castillo Negro. No podrían rastrear la teleportación a tiempo de ayudarme, sobre todo si el guardaespaldas/brujo había logrado lanzar su conjuro. Asumí que estaba solo.

Mellar atacó de nuevo. Retrocedí lo más rápido que pude, con la esperanza de que no hubiera obstáculos detrás. Yo no era un espadachín tan bueno como Mellar, tenía un nudo en el estómago y me costaba un gran esfuerzo mantener la vista clavada en él. Por otra parte, un espadachín mediocre puede repeler a uno superior durante bastante rato, siempre que le sea posible retroceder. Sólo podía confiar en que se distrajera un momento y me concediera la oportunidad de arrojarle mi cuchillo..., sin terminar atravesado al mismo tiempo. En aquel momento, habría permitido que me liquidara si hubiera tenido la seguridad de poder hacerle un trabajo completo a cambio. De hecho, busqué la oportunidad.

Sin embargo, no tenía la menor intención de darme esa oportunidad. Ignoraba si había adivinado mis intenciones, pero no se distrajo ni un segundo. Seguía lanzando mandobles a mi cabeza y avanzando. Su mano izquierda se apoderó de un cuchillo.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando comprendí que empuñaba ahora la hoja Morganti que yo le había endilgado, una de las dos que le habíamos proporcionado para asegurarnos de que utilizara una en Alieria. Se dio cuenta y sus ojos se dilataron. Por primera vez, sonrió. Fue una sonrisa muy desagradable, considerando que yo era el afortunado. Lo mismo podía decirse del cuchillo. En aquel momento, la ironía de toda la situación se me escapaba.

Continué retrocediendo. Hasta el momento, lo único que me mantenía con vida era el hecho de que no estaba acostumbrado a un espadachín que sólo le presentara

un lado de su cuerpo, al contrario que en el estilo dragaerano. Él luchaba con el cuerpo hacia adelante y la daga levantada en posición de atacar, parar o lanzar conjuros.

No iba a lanzar conjuros con el arma, y no necesitaba parar, porque yo aún no había podido atacar. Ni siquiera una estocada sencilla, y ahora tenía dos armas contra la única mía. Además, como buen espadachín que era, no tardaría en adaptarse a mi forma de luchar.

De momento, se contentaba con mantenerme ocupado hasta que me topara con un árbol o tropezara con un tronco, como sucedería inevitablemente en aquella selva. Entonces, todo habría terminado. Me clavaría el cuchillo y mi alma serviría de alimento a una sensibilidad de veinticinco centímetros de frío acero.

Habló por primera vez.

—Todo fue un engaño desde el principio, ¿no?

No contesté, pues me faltaba el aliento.

—Ahora lo entiendo —continuó—. Habría funcionado de haber sido tú un espadachín mejor, o si me hubieras apuñalado cuando tuviste la oportunidad, en lugar de ir a por mi amigo.

Tienes razón, bastardo, pensé. Pásamelo por la cara.

—Tal como están las cosas —prosiguió—, a estas alturas ya sabrán la verdad en el Castillo Negro. Si yo lo he deducido desde aquí, es evidente que allí también, con la ventaja de que pueden examinar el cuerpo y el cuchillo. ¿Qué me impide volver?

Me detuve y traté de contraatacar. Me repelió con la daga y tuve que saltar hacia atrás. Atacar me resultaba imposible.

—Es una suerte que pueda teleportarme —dijo—, de lo contrario habría funcionado.

La teleportación tarda dos o tres segundos, amigo mío, y no pensaba concedértelos. Lo siento, pero no soy tan psicótico.

Él también debió de comprenderlo, porque dejó de hablar. Conseguí posar mi mano izquierda sobre el estilete que había seleccionado para destruirle, y lo saqué. Lo acuné en mi mano al igual que un jhereg sostiene su huevo. Por un breve instante, pensé en arrojárselo, pero para ello tendría que exponer el cuerpo. En tal caso, me atravesaría antes de que pudiera soltarlo, y mi cabeza rodaría por el suelo.

Medité un momento en aquella posibilidad. Si me precipitaba hacia su espada, la daga no podría herirme. Se necesita un alma viva para alimentar a una hoja semejante. Mi alma estaría a salvo y, tal vez, podría arrastrarle conmigo.

Rechacé la idea y retrocedí de nuevo. No, Mellar tendría que hacerlo sin ayuda. No iba a permitir que me hiciera pedazos y me abandonara allí, para que los jheregs salvajes devoraran mi cuerpo, y rematar la ironía de la situación.

¿Jheregs? ¿Jheregs salvajes? Noté una repentina brisa gélida en la nuca, que me

recortó el tacto del filo de un cuchillo, y otras cosas.

Un recuerdo del pasado me asaltó. Esta misma selva era... ¿Podría tal vez...?

La idea me distrajo hasta tal punto que casi olvidé parar una estocada. Salté hacia atrás y su espada desgarró mi costado. Noté que la sangre empezaba a manar, y empezaba el dolor. Yerra sea loada, mi estómago se había calmado.

La brujería es similar a la magia en muchos aspectos, pero utiliza los poderes psiónicos antes que fuentes de energía exteriores. Los rituales y conjuros se utilizaban para conducir a la mente por el sendero correcto y dirigir el poder. ¿Hasta qué punto eran necesarios?

Mi mente retrocedió..., retrocedió..., retrocedió a la época en que convocó a la jhereg que era la madre de Loiosh, en esta misma selva. Lo más probable era que su madre hubiera muerto mucho tiempo atrás, pero yo no la necesitaba. ¿Podría repetirlo de nuevo?

No, probablemente.

Ven a mí, sangre de mi Casa. Únete a mí, caza conmigo, encuéntrame.

Casi tropecé, casi resulté muerto, pero no. ¿Cómo infierno era? ¡Vamos, cerebro, piensa!

Como mi abuelo me había enseñado mucho tiempo antes, dejé que mi brazo, mi muñeca, incluso mis dedos, realizaran el trabajo de mantenerme con vida. Mi mente tenía otras cosas que hacer, el brazo que empuñaba la espada tendría que arreglárselas solo.

Algo..., algo acerca de... ¿alas? No, vientos, eso era, vientos...

Que los vientos de la noche selvática...

Algo, tal vez la expresión de Mellar, me advirtió del árbol que había a mi espalda. Lo esquivé sin que me descuartizaran.

... detengan el vuelo de la cazadora.

Me sentí desfallecer. La pérdida de sangre, claro. No tenía tiempo para eso.

El aliento de la noche a la mente de la bruja...

Me pregunté si Loiosh volvería a hablar conmigo. Me pregunté si alguien volvería a hablar conmigo.

... que nuestros destinos se entrelacen.

De pronto, Mellar cambió de táctica, y dirigió la espada hacia mi pecho, en lugar de buscar mi cabeza. Me vi obligado a parar con torpeza, y me alcanzó con la punta. ¿Había sido el crujido de una costilla, o sólo una buena imitación? Alcé mi espada antes de que la daga me cogiera por debajo, y salté hacia atrás. Mellar me siguió de inmediato.

¡Jhereg! ¡No pases de largo!

Cuando se acercó, tal vez demasiado de lado, intenté un mandoble de disuasión, inexistente en la esgrima dragaerana. Me dejé caer sobre Lina rodilla y lancé una

estocada hacia el brazo con el que empuñaba la espada. Se quedó tan sorprendido como yo de que mi primer movimiento ofensivo alcanzara su destino, y me dio tiempo a retroceder antes de que contraatacara. Sangraba un poco por la parte superior del costado derecho. Era demasiado esperar que afectara al brazo, pero me concedió más tiempo.

¡Enséñame dónde está su alma!

Mi costado chilló de dolor cuando reulé un poco más. Cada parada creaba destellos rojos ante mis ojos, y pensé que estaba a punto de perder la conciencia. Por otra parte, me sentía exhausto. Literalmente. Creo que nunca había imprimido tanta energía a un conjuro.

Esquivé otro mandoble que casi me abre el estómago. Lanzó un tajo con el cuchillo, tan rápido que apenas lo vi, pero como yo estaba retrocediendo, falló. Di unos pasos atrás, antes de que pudiera atacar de nuevo.

¿Qué? ¿Había algo...? ¡Vamos, cerebro! Mente, relájate... Mantente receptiva... Escucha...

¿Quién?, resonó en mi cerebro.

Alguien que te necesita, transmití a duras penas, a punto de caer. Me aferré a mi conciencia con todas mis fuerzas.

¿Qué ofreces?

¡Oh, Diosa Demonio! ¡No tengo tiempo para esto! Tuve ganas de ponerme a llorar, de decirles a todos que se largaran.

Inmovilizó mi hoja con la daga, y la espada descendió. Salté a un lado, lo conseguí.

Larga vida, oh Jhereg. Y carne roja y fresca, sin necesidad de luchar o buscar. Y, en ocasiones, la posibilidad de matar dragaeranos.

Considerando las circunstancias, un momento muy jodido para regatear.

Mellar hizo algo con la muñeca que debería ser imposible con una espada tan pesada. Rozó levemente un lado de mi cabeza, con tanta fuerza como pudo, a tenor de lo que estaba haciendo, y con tanta levedad como le era posible, considerando el tamaño de su arma.

Pero no me desvanecí. Aproveché una oportunidad, porque no me quedaba otro remedio, y lancé un mandoble contra su frente. Retrocedió y paró con el cuchillo. Di otro paso atrás antes de que descargara la espada sobre mí. Pensé entonces que, aunque el jhereg accediera a responder, tal vez estaba demasiado lejos para serme de ayuda.

¿Y qué pides tú?

Mellar sonrió de nuevo. Se daba cuenta de que yo estaba en las últimas, y le bastaba con esperar. Continuó atacando.

Para el futuro, ayuda en mis esfuerzos, tu amistad y tu sabiduría. Para el presente, ¡salvar mi vida!

Una vez más, Mellar me alcanzó en un lado de la cabeza. Sentí un zumbido en mis oídos, y me di cuenta de que iba a caer. Vi que se acercaba, levantaba el cuchillo, con una amplia sonrisa...

... y luego se volvía, sobresaltado, cuando una forma alada le golpeó en la cara. Retrocedió y agitó la espada: falló.

Dejé caer la espada y me apoyé con la mano derecha. Me incorporé a duras penas. Mellar lanzó otro mandoble al jherreg. Pasé el cuchillo a mi mano derecha y caí hacia adelante, pues ya no podía andar. Agarré su brazo izquierdo con mi mano izquierda, el brazo con el que sujetaba la daga, y le obligué a volverse.

Vi pánico en sus ojos, y su cuchillo empezó a describir un arco hacia mi cuello. Intenté inmovilizar su brazo derecho, que giraba hacia adelante con la espada, pero no lo conseguí.

Proyecté mi mano con las fuerzas que me quedaban.

El estilete le alcanzó en el ojo izquierdo y se hundió hasta la empuñadura en su cerebro. Gritó, un largo aullido de desesperación, y perdió todo interés en cortarme la cabeza. Vi que la luz de la vida desaparecía de su ojo derecho, y me habría regocijado de haber sido capaz.

Yo también grité entonces, mientras nos retorcíamos, tropezábamos, caíamos. Aterrizamos el uno sobre el otro, yo con la cara vuelta hacia arriba, y lo único que seguía en el aire era su brazo sin vida, que sujetaba un cuchillo vivo en un puño que no lo soltaría. Lo miré, incapaz de reaccionar, mientras descendía..., descendía..., descendía... y se hundía en el suelo, junto a mi oreja izquierda.

Sentí la frustración del arma, y experimenté una fugaz simpatía por cualquier cazador que pierde a su presa por un margen tan nimio.

Entonces, un pensamiento se alojó en mi mente.

Acepto.

Justo lo que necesitaba, recuerdo haber pensado, otro jherreg sabihondo.

* * *

No perdí del todo la conciencia, aunque tampoco creo que estuviera consciente por completo. Recuerdo que seguí tendido allí, con una sensación de impotencia total, mientras contemplaba al jherreg dar cuenta del cadáver de Mellar. En un momento dado, varios animales se acercaron y me olfatearon. Creo que uno de ellos era un athyra; no estoy seguro acerca de los demás. Cada vez, el jherreg levantaba la vista de su banquete y siseaba a modo de advertencia. Se largaron.

Por fin, tal vez una hora y media después, oí un súbito alboroto. El jherreg paseó la vista a su alrededor, siseó, y yo miré también. Vi a Alieria, que empuñaba a

Exploradora. La acompañaban Cawti, Kragar y Loiosh.

El otro jhereg era una hembra. Siseó a Loiosh. Entre los jherregs la hembra es quien domina (entre los jherregs, la cuestión sigue en el aire).

Cawti se precipitó hacia mí con un grito y se arrodilló. Depositó mi cabeza sobre su regazo y empezó a acariciarme la frente. Alieria se dedicó a examinar y curar mis diversas heridas. Sería difícil decidir qué me fue de más ayuda, pero resultaba agradable ser objeto de tantas atenciones.

Kragar ayudó a Alieria, después de comprobar que los dos cadáveres eran, sin la menor duda, cadáveres.

Loiosh se había acercado a la jhereg. Se estaban mirando.

Alieria dijo algo entonces, algo acerca de que la sonda mental de Daymar había funcionado, pero yo no estaba escuchando, de manera que no estoy seguro.

Loiosh desplegó sus alas y siseó. La hembra desplegó todavía más sus alas y siseó con mayor virulencia. Permanecieron un rato en silencio, y luego volvieron a intercambiar siseos.

Intenté comunicarme con Loiosh, pero no logré nada. Al principio, pensé que mi mente todavía se encontraba demasiado agotada a causa del conjuro que había lanzado, pero después me di cuenta de que Loiosh me estaba bloqueando. Nunca lo había hecho. Tuve un atroz presentimiento.

De repente, los dos alzaron el vuelo. Carecía de fuerzas para alzar la cabeza y seguirles con la vista, pero adiviné lo que estaba pasando. Las lágrimas me cegaron y la desesperación disipó las escasísimas fuerzas que me quedaban. Traté de introducirme en su mente, envié una llamada desesperada e intenté traspasar las barreras que había alzado contra mí.

¡No! ¡Vuelve!, creo que transmití.

La cara de Cawti, que flotaba sobre mí, empezó a oscilar, y mi cuerpo y mi mente se rindieron por fin, admitieron la derrota, y la oscuridad que me acechaba encontró una puerta.

No obstante, el contacto fue tan nítido y claro como siempre. De alguna forma, se deslizó por debajo de la puerta que estaba a punto de cerrarse.

Escucha, jefe, he trabajado para ti sin parar desde hace más de cinco años. ¿No crees que merezco unos días de permiso para mi luna de miel?

Epílogo

«El fracaso conduce a la madurez; la madurez conduce al éxito»

Esta vez, yo había dictado las condiciones.

La Llama Azul estaba tranquilo a aquella hora, con tres camareros, un ayudante, un lavaplatos y tres clientes.

Todos eran agentes que trabajaban para mí. Todos, en un momento u otro, habían «trabajado».

Esta vez, estaba de cara a la puerta, dando la espalda a la pared. Tenía un cuchillo sobre la mesa, junto a mi mano derecha.

Deseé que Loiosh estuviera de vuelta, pero en esta ocasión no me hacía falta. Yo dictaba las normas y estábamos jugando con mis piedras. En algún sitio, Cawti y Kragar estaban al acecho.

Que lo intente... Lo que sea. Lo que le dé la gana. ¿Brujería? ¡Ja! En el local no penetraría ningún conjuro que careciera de la aprobación de Miera. ¿Intentar colar un asesino? Tal vez, si quería contratar a Mario, aparecería con algo que pudiera preocuparme. Sólo eso podía quitarme el sueño.

Una cara apareció en el umbral, seguida de otra.

El Demonio había venido acompañado por dos guardaespaldas. Se detuvieron en la puerta y miraron a su alrededor. Por ser competentes, comprendieron cómo estaba el patio y hablaron un rato en voz baja con el Demonio. Vi que meneaba la cabeza. Bien. Era inteligente, y tenía redaños. Iba a hacerlo a mi manera porque ya sabía, a estas alturas, que era la única alternativa. Era un hombre de negocios demasiado experto para no comprender que era preciso.

Le vi indicar a sus hombres que esperaran junto a la puerta, y se adelantó solo.

Me levanté cuando llegó a la mesa, y nos sentamos al unísono.

—Lord Taltos —dijo.

—Demonio —contesté.

Miró el cuchillo, dio la impresión de que iba a hablar, pero cambió de opinión. Tampoco podía recriminarme, al fin y al cabo.

Como yo había solicitado la entrevista, pedí el vino. Elegí un curioso vino del

desierto, que hacían los serioli. Habló primero, antes de que llegara el vino.

—Observo que vuestro familiar está ausente. Espero que no se encuentre enfermo.

—No está enfermo, pero gracias por vuestro interés.

Llegó el vino. Permití que el Demonio lo degustara. Son los pequeños detalles que distinguen a un anfitrión educado. Bebí el vino y dejé que resbalara por mi garganta. Frío y dulce, pero ni helado ni empalagoso. Por eso lo había elegido. Me había parecido apropiado.

—Tenía miedo de que hubiera comido algo que le hubiera sentado mal — continuó el Demonio.

Lancé una risita. Decidí que aquel tipo llegaría a gustarme, si antes no nos matábamos mutuamente.

—Supongo que encontraron el cadáver —dije.

Asintió.

—Ha sido encontrado. Algo devorado por los jheregs, pero eso no tiene nada de malo.

Expresé mi acuerdo.

—También recibí vuestro mensaje —añadió.

Asentí.

—Lo sé. Tengo lo que habíais reclamado.

—¿Todo? —Todo.

Esperó a que yo continuara. Estaba disfrutando lo bastante como para que no me importara el dolor resultante de los acontecimientos acaecidos el día antes. Uno de los motivos por los que había llenado el local de mis muchachos era que no deseaba demostrar lo mucho que me había costado entrar a pie. Levantarme cuando había entrado el Demonio me había costado bastante; disimular el hecho me había costado mucho más. Alier es buena, pero lleva tiempo.

—¿Cómo lo supisteis? —preguntó.

—Por su mente.

El Demonio arqueó las cejas.

—Estoy sorprendido —admitió—. No imaginaba que se le pudiera someter a sondeos mentales.

—Tengo gente muy buena a mi servicio. Además, le sorprendimos en un buen momento.

Asintió y bebió vino.

—Debo decir que, por mi parte, todo ha terminado —dijo.

Esperé a que continuara. Para eso había concertado la cita, al fin y al cabo.

Bebió otro sorbo de vino.

—Por lo que yo sé y creo —dijo, eligiendo las palabras con suma cautela—. Nadie de la organización tiene algo contra vos, abriga mala voluntad u obtendrá beneficio de

cualquier daño que os acaezca.

No era cierto en un sentido literal, pero ambos sabíamos a qué se refería, y tenía una reputación que preservar. Pensé que no me estaba mintiendo. Me sentí satisfecho.

—Bien —dije—. Permitidme comunicaros que no guardo rencor por nada de lo que haya sucedido, o casi sucedido, antes. Creo comprender lo que pasó, y no estoy resentido.

Asintió.

—En cuanto a lo demás —continué—, si enviáis una escolta a mi oficina, digamos cuatro horas después de mediodía, estaré en condiciones de entregar vuestros bienes, con el fin de que os sean restituidos.

Asintió para expresar su satisfacción por la medida.

—Quedan pendientes algunos flecos —dijo.

—¿Por ejemplo?

Miró a la lejanía un momento, y después se volvió hacia mí.

—Algunos amigos míos están excepcionalmente complacidos por el trabajo que llevasteis a cabo ayer.

—¿Perdón?

Sonrió.

—Quiero decir, el trabajo que vuestro «amigo» llevó a cabo ayer.

—Sí. Continúa.

Se encogió de hombros.

—Algunos piensan que una recompensa no estaría de más.

—Entiendo. Bien, acepto con placer, en nombre de mi amigo, por supuesto. Antes de que entremos en detalles, empero, ¿me permitís que os invite a comer?

Sonrió.

—Claro que sí. Sois muy amable.

Llamé a un camarero. De hecho, era un camarero abyecto, pero daba igual. Creo que el Demonio lo comprendió.

* * *

Más que nuestro apartamento, más que mi oficina, la biblioteca del Castillo Negro me hacía sentir como en casa.

¿Cuántas veces en el pasado nos habíamos sentado en la habitación Morrolan y yo, o Morrolan, yo y Alier, o algunos otros, y pronunciado alguna variante de «Gracias a Yerra, ya ha terminado»?

—Gracias a Yerra, ya ha terminado —dijo Alier.

Me recliné en el sofá. Como ya he dicho, Alier era buena, pero una recuperación completa requiere tiempo. Los costados todavía me dolían, y mi cabeza no paraba de darme problemas. De todos modos, durante los tres días transcurridos desde que Mellar había abandonado el mundo de los vivos, y los dos días pasados desde que me había reunido con el Demonio para decidir cómo le devolvía los nueve millones de imperiales (y para asegurar que no volvieran a cometerse atentados contra mi vida), mi transición de vuelta a la humanidad había ido muy bien.

Cawti, sentada a mi lado, me acariciaba la frente de vez en cuando. Loiosh había regresado y estaba posado sobre mi pecho, lo más cerca del hombro como permitía mi postura. Su pareja ocupaba el otro lado. Me sentía muy satisfecho de la vida, en conjunto.

Morrolan estaba sentado frente a mí y contemplaba su copa de vino. Tenía sus largas piernas estiradas frente a él. Levantó la vista.

—¿Cómo la llamas? —preguntó.

—Se llama Rocza —contesté.

Al oír su nombre, se inclinó y me lamió la oreja. Cawti le rascó la cabeza. Loiosh siseó una advertencia celosa, y entonces Rocza levantó la vista, siseó, lamió a Loiosh bajo su barbilla similar a la de una serpiente. Loiosh se sentó, calmado.

—Mira que somos hogareños —comentó Morrolan.

Me encogí de hombros.

Continuó mirando a la hembra jhereg con curiosidad.

—Vlad, sé tanto de brujería como cualquier oriental, debes admitirlo...

—Sí, es cierto.

—... y entiendo cómo tienes un segundo familiar. Siempre había dado por sentado que la relación entre brujo y familiar es de tal naturaleza que impide que ocurra con otro animal.

»Además —continuó—, nunca he oído que se pueda convertir en familiar a un animal adulto. ¿No hay que conseguir algo así como un huevo, con el fin de lograr el vínculo apropiado?

Loiosh siseó a Morrolan, que sonrió y ladeó la cabeza.

—Te he llamado «algo así como», ya lo sé —dijo Morrolan.

Loiosh volvió a sisear y lamió la barbilla de Rocza.

—Bien, Morrolan —dije—, ¿por qué no lo averiguas por ti mismo? Eres un brujo. ¿Por qué no te consigues un familiar?

—Ya tengo uno —contestó con sequedad. Acarició el pomo de Varanegra, y yo me estremecí de manera involuntaria.

—En cualquier caso, Rocza no es mi familiar —expliqué—. Es la pareja de Loiosh.

—Pero acudió a tu llamada...

—Pedí ayuda y me oyó. Llegamos a un acuerdo similar al que realiza el brujo con

la madre de su familiar en lo tocante al huevo, pero no fue exactamente lo mismo. Utilicé el mismo conjuro, o una variante muy parecida, para lograr el contacto inicial —admití—, pero ahí acaban las similitudes. Después de lograr el contacto, nos limitamos a hablar, más o menos. Creo que le caí bien.

Rocza levantó la vista y siseó. Tuve la sensación de que equivalía a una carcajada, pero no estoy seguro. Loiosh intervino en ese punto.

*Escucha, jefe, a nadie le gusta que hablen de él como si no estuviera presente, ¿vale?
Lo siento, amigo.*

Me estiré y disfruté la sensación de que la sangre circulaba y todas las demás cosas buenas.

—No sabes lo feliz que fui cuando ese par me comunicó que no iban a matarse mutuamente —continué.

—¡Bah! —dijo Alier—. En su momento, no nos lo pudiste anunciar. Estabas muy ocupado agonizando por tercera vez.

—¿Tan cerca estuvo?

—Tan cerca estuvo.

Me estremecí. Cawti me acarició la frente con ternura.

—Supongo que el sentimiento es mutuo —dije—. También me complació mucho ver que lo habías logrado, a fin de cuentas. No te lo dije antes, pero estaba muy preocupado por todo este asunto.

—¡Estabas preocupado! —exclamó Alier.

—Aún no entiendo eso, Alier —dijo Kragar, quien, descubrí, había estado sentado a su lado todo el rato—. ¿Cómo es que sobreviviste a la daga Morganti?

—Por un pelo.

Kragar meneó la cabeza.

—Cuando nos hablaste del plan, dijiste que saldría bien, pero no explicaste cómo.

—¿Por qué? ¿Quieres intentarlo? No recomiendo que te coman tu alma como forma de diversión.

—Simple curiosidad...

—Bien, básicamente, tiene que ver con la naturaleza de las Armas Definitivas. Exploradora está vinculada a mí, lo cual significa que está vinculada a mi alma. Cuando el cuchillo amenazó con destruirme, Exploradora entró en acción para protegerme, absorbiendo mi alma. Cuando la amenaza desapareció, pude volver a mi cuerpo. Además, por si surgían problemas, teníamos a la Nigromántica al lado.

Se quedó pensativa unos momentos.

—Desde allí, la perspectiva es interesante —comentó.

—Desde aquí es bastante aterradora —intervino Morrolan—. Pensábamos que te habíamos perdido.

Alier le sonrió.

—No es fácil deshacerse de mí, primo.

—En cualquier caso, funcionó —dije.

—Sí —admitió Morrolan—. Imaginé que harías lo imposible por salir bien librado del asunto.

—En más de un sentido.

—Supongo.

Meneé la cabeza.

—La cosa no acaba ahí. Al parecer, ciertos caballeros se han alegrado mucho de la devolución del oro, además de lo otro. Se me ha concedido la responsabilidad de una zona algo más grande.

—Sí —dijo Kragar—, y ni siquiera tuviste que pedir a tu amigo que matara a alguien para lograrlo.

Pasé por alto el comentario.

—Debo señalar, no obstante —continuó Kragar—, que no tienes más responsabilidades que antes, en la práctica.

—¿No?

—No. Sólo ganas más dinero. Yo soy el que tiene más responsabilidades. ¿Quién te crees que se encarga del trabajo?

—Loiosh —contesté.

Kragar resopló. Loiosh siseó una carcajada.

Estás perdonado, jefe.

Afortunado de mí.

Morrolan parecía perplejo.

—Hablando de oro, eso me recuerda algo. ¿Cómo descubriste dónde estaba?

—Daymar se ocupó de ello. Justo antes de que Mellar me teleportara, Daymar sondeó su mente. Mellar estaba completamente desorientado, y era el único momento en que tenía la posibilidad de lograrlo. Le pilló con los pantalones psíquicos bajados, por decirlo de alguna manera. Daymar descubrió dónde había escondido el oro y descubrió los acuerdos a los que había llegado para filtrar la información sobre los dzurs. Por supuesto, fue la propia sonda mental la que desmoronó por fin a Mellar y le aterrorizó.

—Oh —dijo Morrolan—. De modo que averiguaste la información que tenía sobre los dzurs.

—Sí. Y la eliminamos.

—¿Cómo lo hicisteis?

Miró a Kragar, que se había encargado del asunto. Sonrió.

—No fue difícil —dijo—. Mellar se la había entregado a un amigo en un sobre cerrado. Cogimos a ese amigo, le llevamos al muelle donde habíamos tirado el cadáver de Mellar y le explicamos que ya no existían motivos para que guardara lo

que le habían confiado. Hablamos un rato, y acabó dándonos la razón.

Mejor no saber más, decidí.

—Lo que no entiendo —siguió Kragar— es por qué no quisiste que la información saliera a la luz, Vlad. ¿Qué más nos da a nosotros?

—Había un par de motivos —dije—. De entrada, dejé claro a unos cuantos Señores Dzur conocidos míos que lo iba a hacer. El que unos héroes dzurs te deban favores nunca hace daño. La otra razón es que Aliera me habría matado en caso contrario.

Aliera sonrió apenas, pero no lo negó.

—Bien, Vlad, ¿vas a retirarte, ahora que eres rico? —preguntó Morrolan—. Podrías comprar un castillo fuera de la ciudad y darle el aire decadente apropiado, si quisieras. Tengo curiosidad. Nunca he tenido el placer de ver a un oriental decadente.

Me encogí de hombros.

—Es posible que compre un castillo en alguna parte, puesto que Cawti quiere uno, y ahora podemos permitirnos algunos lujos, como un título más alto en la Casa Jhereg, pero dudo que me retire.

—¿Porqué?

—Tú eres rico. ¿Te has retirado?

Morrolan resopló.

—¿De qué debería retirarme? He sido profesionalmente de cadente desde que tengo memoria.

—Bien, si tú lo dices... ¡Oye!

—¿Sí?

—¿Y si nos retiramos los dos? ¿Te gustaría vender el Castillo Negro? Te pagaría un buen precio.

—Olvídalo.

—Bueno, sólo era una pregunta.

—Hablemos en serio, Vlad. ¿Has pensado alguna vez en abandonar la Casa Jhereg? Ya no les necesitas, ¿verdad?

—¡Ja! He pensado cientos de veces en abandonar la Casa Jhereg, pero hasta el momento siempre he conseguido ser un poquito más rápido que quien deseaba echarme.

—O más afortunado —apuntó Kragar.

Me encogí de hombros.

—En cuanto a irme voluntariamente, no lo sé.

Morrolan me miró con cautela.

—En realidad, no te gusta lo que haces, ¿verdad?

No contesté, porque en aquel momento no lo sabía. ¿Me gustaba? Sobre todo ahora, cuando mi motivo más poderoso, el odio hacia todo lo dragaerano, resultaba

carecer de la causa que yo pensaba. ¿O no?

—Alier —dije— no estoy seguro acerca de esa herencia genética mediante el alma. O sea, sentí algo por ello, pero también viví plenamente lo que viví, y creo que me influyó más de lo que piensas. Soy lo que soy, además de lo que fui. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Alier no contestó. Me miró con una expresión indescifrable. Un incómodo silencio cayó sobre la habitación, mientras seguíamos sentados, absortos en nuestros pensamientos. Kragar estudiaba el suelo, Cawti me acariciaba la frente, Morrolan daba la impresión de mirar a su alrededor en busca de otro tema.

Por fin, encontró uno y rompió el silencio.

—Todavía hay algo que no comprendo, en lo tocante a Rocza.

—¿Qué es? —pregunté, tan aliviado como el que más. Estudió el suelo, frente al sofá.

—¿Cómo piensas, exactamente, enseñarle a hacer sus necesidades en el sitio correcto?

Noté que enrojecía cuando el olor llegó a mi nariz, y Morrolan llamó a sus criados con una expresión irónica.